

TRILOGÍA DE LOS GUARDIANES, 3



NORA ROBERTS

LA ISLA DE CRISTAL

DEBOLSILLO

NORA ROBERTS

La isla de cristal
Trilogía de Los Guardianes, 3

Traducción de
Nieves Calvino

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para mis nietos.
Ellos son la magia y el futuro*

Vive, vela [...]
La muerte murió, no él.

PERCY BYSSHE SHELLEY

Todos para uno y uno para todos.

ALEJANDRO DUMAS

Prólogo

Se reunieron en la alta montaña, muy por encima del mundo, bajo un cielo cuajado de refulgentes estrellas y una blanca y expectante luna.

Juntas, las diosas dirigieron la mirada más allá del castillo que resplandecía en su propia montaña, por encima de la oscura superficie cristalina del mar.

—Dos estrellas halladas y puestas a salvo. —Luna alzó el rostro al cielo con dicha y llena de agradecimiento—. El destino eligió bien a los seis. Los guardianes poseen un corazón fuerte y leal.

—Su prueba no ha terminado —le recordó Celene—. Y se necesita algo más que un corazón leal para enfrentarse a aquello a lo que han venido a enfrentarse.

—Lucharán. ¿Acaso no han demostrado ser unos guerreros, hermana? —exigió Arianrhod—. Han corrido peligro. Han sangrado.

—Y más peligro correrán. Veo batallas en el horizonte, sangre derramada. Nerezza y la malvada criatura que creó no desean solo las estrellas, la sangre de los guardianes. Quieren la aniquilación.

—Así ha sido siempre —murmuró Luna—. En el fondo de su corazón, así ha sido siempre.

—La han debilitado. —Arianrhod posó una mano en la enojada empuñadura de la espada sujeta a su cadera—. Prácticamente la han destruido. Sin el humano al que convirtió, lo habrían conseguido.

—¿Acaso no creímos lo mismo la noche del nacimiento de la reina, la noche en que creamos las estrellas?

Celene abrió los brazos y debajo, en la orilla del magnífico mar, brillaron las imágenes del pasado.

—Una noche llena de dicha, esperanza y celebración —continuó—. Y conjuramos tres estrellas. Para la sabiduría, forjada con fuego.

—Para la compasión, fluida como el agua —agregó Luna.

—Para la fortaleza, fría como el hielo —concluyó Arianrhod.

—Nuestros poderes y nuestras esperanzas juntas en un regalo para la nueva reina. Un presente que Nerezza codiciaba.

En la playa, bañada por la blanca luz de la luna, las tres diosas se enfrentaron a la oscura. Cuando lanzaron sus estrellas hacia la luna, Nerezza atacó con el negro rayo para golpearlas, para maldecirlas.

—Y por eso la maldijimos, la arrojamos a un hoyo —continuó Celene—. Pero no la destruimos, no pudimos. No era nuestro este deber, esta misión, esta guerra.

—Protegimos las estrellas —le recordó Luna—. Caerían, ya que Nerezza las había maldecido, pero nosotras las protegimos. Cuando cayeran, caerían en secreto y permanecerían ocultas.

—Hasta que aquellos que descendieran de nosotras se unieran en la búsqueda para encontrarlas, para protegerlas. —La mano de Arianrhod apretó con fuerza la empuñadura de su puñal—. Para luchar todos y cada uno de ellos contra la oscuridad. Para arriesgarlo todo a fin de salvar los mundos.

—Su hora ha llegado —convino Celene—. Sacaron la Estrella de Fuego de su piedra, cogieron la Estrella de Agua del mar. Pero les aguardan las últimas pruebas de la misión. Así como Nerezza y su ejército profano.

—Da igual qué poderes, qué dones tengan; se enfrentan a una diosa. —Luna se llevó la mano al corazón—. Y nosotras solo podemos observar.

—Es su destino y en su destino habita el destino de todos los mundos —dijo Celene.

—Su hora ha llegado. —Arianrhod asió las manos de sus hermanas—. Y con ella, si son fuertes y sabios, si sus corazones se mantienen leales, puede que la nuestra.

—La luna está llena y el lobo aúlla. —Celene señaló la estela del cometa que surcaba el cielo—. Que vuelen, pues.

—Y que el coraje les acompañe —apostilló Arianrhod.

—¡Allí! —Luna señaló el vasto y oscuro mar, donde la luz surgió, parpadeó y luego se apagó—. Están a salvo.

—Por ahora. —Celene agitó la mano, disipando las imágenes de la playa—. El futuro comienza ahora.

Un hombre que no podía morir tenía poco que temer. Un inmortal que había vivido casi toda su larga vida como soldado, librando batallas, no rehuía una pelea con una diosa. Un soldado, aunque solitario por naturaleza, comprendía el deber y la lealtad de aquellos que combatían a su lado.

El hombre, el soldado, el solitario que había visto a su hermano menor destruido por la magia negra, que había visto su vida patas arriba por culpa de la misma, que luchaba contra la descabellada codicia de una diosa, conocía la diferencia entre la oscuridad y la luz.

No le asustó atravesar el espacio impulsado por un compañero soldado, un viajero en el tiempo, mientras aún estaban cubiertos por la sangre de la batalla..., aunque habría preferido cualquier otro medio de transporte.

Percibió a sus compañeros en medio del vendaval, del estallido de luz y la vertiginosa velocidad (y, sí, claro que esta resultaba bastante excitante). El hechicero, que poseía más poder que cualquier otro que Doyle hubiera conocido en toda su vida. La mujer que, en calidad de vidente, era el pegamento que los unía. La sirena, todo encanto, coraje y corazón..., y un verdadero placer para la vista. El viajero, leal y valiente y también un tirador certero. Y la mujer..., bueno, la loba ahora, ya que la luna había salido justo cuando se prepararon para trasladarse desde las batallas de la bella isla de Capri.

Ella aulló, no había otro término para describirlo, y en aquel sonido no

percibió temor alguno, no, sino la misma excitación atávica que rugía por sus propias venas.

Si un hombre tenía que aliarse con otros, tenía que unir su destino a los otros, podía irle mucho peor que con aquellos hombres y mujeres.

Entonces olió Irlanda, el húmedo aire, el verdor, y la excitación desapareció. El astuto y frío destino le llevaba de nuevo allí, donde su corazón y su vida se hicieron pedazos.

Cayeron de golpe y porrazo mientras se preparaba para enfrentarse a aquello, para hacer lo que debía hacer.

Un hombre que no podía morir pudo sin embargo sentir la agravante sacudida al golpear el suelo, con tanta fuerza que los huesos le crujieron y el aliento abandonó sus pulmones.

—¡Hostia puta, Sawyer!

—Lo siento. —Oyó la voz entrecortada de Sawyer a la izquierda—. Es mucho trecho que cubrir. ¿Hay alguien herido? ¿Annika?

—No estoy herida. Pero tú... —Su voz era como un melódico canturreo—. Estás herido. Estás débil.

—No es para tanto. Tú estás sangrando.

Ella sonrió, alegre como unas campanillas.

—No es para tanto.

—A lo mejor deberíamos probar con paracaídas la próxima vez. —Sasha profirió un rápido gruñido.

—Tranquila, ya te tengo.

Cuando sus ojos se acostumbraron, Doyle vio que Bran se desplazaba y acercaba a Sasha.

—¿Estás herida?

—No, no. —Sasha meneó la cabeza—. Algunos rasguños. Y el aterrizaje

me ha dejado sin aliento. Debería estar acostumbrada. ¿Y Riley? ¿Dónde está Riley?

Doyle se giró hacia un lado, empezó a incorporarse... y su mano se apoyó sobre el pelaje. El animal gruñó.

—Está aquí. —Desvió la mirada y se enfrentó a aquellos ojos ambarinos. La doctora Riley Gwin, arqueóloga de renombre... y licántropo—. Se encuentra bien. Como ella misma suele decir, se cura rápido en forma de lobo.

Doyle se levantó y se percató de que, a pesar del brusco aterrizaje, Sawyer lo había conseguido. A unos metros de distancia, sobre la fresca y húmeda hierba, había una pila formada por fundas de armas, equipaje, cajas cerradas con libros de investigación, mapas y otros artículos vitales, todo ello amontonado con cierto orden.

Y su moto, algo de suma importancia personal para él, estaba de pie e ilesa. Satisfecho, le tendió una mano a Sawyer y le ayudó a levantarse.

—No ha estado del todo mal.

—Sí. —Sawyer se pasó los dedos por su melena despeinada por el viento y vetada por el sol. Después esbozó una sonrisa cuando Annika realizó una serie de piruetas—. Hay alguien que sí ha disfrutado del viaje.

—Lo has hecho bien. —Bran posó una mano en el hombro de Sawyer—. Es toda una hazaña transportar a seis personas y todo lo demás por el mar y el cielo en..., bueno..., en cuestión de minutos.

—Me ha provocado un dolor de cabeza de campeonato.

—Y algo más.

Bran levantó la mano de Sawyer, con la que había agarrado a Nerezza del pelo mientras la transportaba lejos.

—Vamos a solucionar eso y todo lo que sea necesario. Deberíamos llevar adentro a Sasha. Está un poco débil.

—Estoy bien. —Pero continuó sentada en el suelo—. Solo un poco

mareada. Por favor, no —se apresuró a decir y se colocó de rodillas de cara a Riley—. Todavía no. Primero vamos a ubicarnos. Riley tiene ganas de correr —les dijo a los demás.

—Estará bien. Aquí no hay peligro. —Bran ayudó a Sasha a levantarse—. Los bosques son míos —le dijo a Riley—. Y ahora son tuyos.

La loba se giró y salió disparada, desapareciendo en la espesura.

—Podría perderse —comenzó Sasha.

—Es una loba —señaló Doyle—. Y seguro que encuentra el camino mejor que cualquiera de nosotros. Se transformó, aunque lo hizo mientras nos íbamos, y necesita su momento. Loba o mujer, se las puede arreglar solita.

Dio la espalda al bosque por el que de niño había correteado con libertad, donde había cazado, adonde había acudido en busca de soledad. En otro tiempo, aquella había sido su tierra, su hogar..., y ahora le pertenecía a Bran.

Sí, el destino era astuto y frío.

Doyle podía ver el recuerdo de su hogar en la casa que Bran había construido en la agreste costa de Clare. El lugar donde su familia había morado durante generaciones.

Desaparecido hacía siglos, se recordó. La casa y la familia, convertidos en polvo.

En su lugar había lujo; no esperaba menos de Bran Killian.

Una magnífica casa señorial, con los imaginativos toques que cabría esperar de un mago, se dijo Doyle. Tres pisos de piedra, parte de la cual era posible que procediera de los muros de su antigua casa, con dos torres redondas en sendos extremos, que aportaban elegantes pinceladas, y una especie de parapeto central que proporcionaba una espectacular vista del acantilado, del mar y de la tierra.

Todo realizado —Doyle suponía que aquel era el término adecuado— por

unos jardines en plena floración dignos de las hadas, cuya mezcla de fragancias transportaba el viento.

Doyle se dio el gusto durante un momento, permitiéndose pensar en su madre y en cuánto le habría gustado todo aquello.

A continuación lo dejó a un lado.

—Magnífica casa —dijo.

—Magnífica tierra. Y como le dije a Riley, es tan tuya como mía. Bueno, así lo siento yo —añadió Bran cuando Doyle meneó la cabeza—. Hemos venido juntos —prosiguió mientras el viento le despeinaba el cabello, negro como la noche, en torno a su rostro de rasgos angulosos—. Nos hemos unido con un propósito. Hemos luchado y sangrado juntos y no cabe duda de que volveremos a hacerlo. Y aquí estamos, con los pies plantados en el lugar del que tú procedes y donde yo sentí la necesidad de construir. Eso también tenía una finalidad y vamos a aprovecharlo.

Annika acarició el brazo de Doyle para consolarle. Su largo cabello negro era una atractiva maraña a causa del viaje. Tenía magullado su extraordinario rostro.

—Es precioso. Se puede oler el mar. Puede oírse.

—Está ahí abajo. —Bran le brindó una sonrisa—. Seguro que no tienes problemas para llegar a él. Por la mañana verás más cosas que tiene que ofrecer. Por ahora, será mejor que metamos nuestras cosas dentro y nos instalemos.

—¡Ahora te escucho! —Sawyer comenzó a coger algunas cajas—. Y, por Dios, necesito comer algo.

—¡Yo prepararé la comida! —Annika le rodeó con los brazos, le besó con entusiasmo y luego cogió su bolsa—. ¿Hay comida que pueda cocinar, Bran? ¿Algo que pueda preparar mientras tú te ocupas de atender las heridas?

—Tengo la cocina bien abastecida. —Agitó el dedo en dirección a las

grandes puertas arqueadas—. La casa está abierta.

—Mientras haya cerveza. —Doyle cogió dos estuches con armas, su prioridad, y echó a andar detrás de Annika y Sawyer.

—Esto le hace sufrir —le dijo Sasha a Bran—. Puedo sentir su dolor y el dolor de los recuerdos y de la pérdida.

—Y lo lamento de veras. Pero todos sabemos que hay una razón para ello, para que sea aquí adonde tenemos que buscar la última estrella y acabar con esto.

—Porque siempre hay un precio. —Tras exhalar un suspiro, se apoyó contra él, cerró sus ojos azules como el cielo de verano y demacrados a causa de la batalla y el viaje—. Pero Annika tiene razón. Es una casa preciosa. Es impresionante, Bran. Quiero pintarla una docena de veces.

—Tendrás tiempo para hacerlo docenas y docenas de veces. —Hizo que se volviera hacia él—. He dicho que esta casa les pertenece a Doyle y a Riley tanto como a mí. También es de Annika y de Sawyer. Pero, *fáidh*, es tuya igual que lo es mi corazón. ¿Vivirás aquí conmigo, al menos parte del tiempo de nuestra vida en común?

—Viviré contigo aquí y en cualquier parte. Pero debería echar un vistazo dentro para ver si es tan maravillosa como por fuera.

—Ahora que estás tú aquí, es un auténtico hogar. —Agitó una mano para deslumbrarla. Todas las ventanas se iluminaron. Unas resplandecientes luces recorrían los senderos del jardín.

—Eres el aire que respiro —susurró Sasha y a continuación cogió el estuche que contenía la mayoría de sus herramientas de trabajo, que era su prioridad.

Entraron a un amplio vestíbulo de techos altos, con un reluciente suelo de madera. Sobre una pesada mesa con patas curvadas en forma de dragón había bolas de cristal y un alto jarrón repleto de rosas blancas.

La estancia se abría a una sala de estar con sillones de tonos vivos, más mesas recias y deslumbrantes lámparas. Y tras agitar de nuevo la mano, Bran hizo que surgieran unas llamas doradas y rojizas en una chimenea de piedra tan grande que el musculoso Doyle cabría dentro, erguido y con los brazos estirados a los lados.

Cuando Doyle volvió desde la parte de atrás de la casa y entró, enarcó una ceja y realizó un brindis con la cerveza que sujetaba en la mano.

—Te decantaste por el lujo, hermano.

—Supongo que sí.

—Iré a por más cosas si tú te ocupas de Sawyer. Su dolor de cabeza es muy real. Puedo verlo. Y tiene algunas quemaduras muy feas. Annika está peor de lo que dice.

—Tú ayuda a Sawyer y a Annika —dijo Sasha—. Yo ayudaré a Doyle.

—Está en la cocina con Annika. —Doyle miró a Sasha—. Puedo ocuparme de meter el resto. Tú tienes tus propias heridas de guerra, rubita.

—Nada serio. Estoy bien —le dijo a Bran—. El mareo me ha durado solo un par de minutos esta vez y el resto puede esperar. Me vendría bien una copa de vino si tienes.

—Claro que tengo. Deja que le eche un vistazo y luego te ayudaré con lo demás.

Salió afuera con Doyle, empezó a recoger más bolsas y luego fijó la mirada en el bosque.

—Volverá en cuanto se haya desfogado. —Doyle dio un trago a la cerveza—. Pero estarías más contenta con todos tus polluelos en el corral.

Sasha se encogió de hombros.

—Así es. Ha sido un día... tremendo.

—Encontrar la segunda estrella debería llenar tus ojos de alegría en vez de tristeza.

—Hace un año todavía negaba quién era. No sabía nada de ninguno de vosotros, de las diosas, de la oscuridad o de la luz. Jamás le había hecho daño a nadie, menos aún...

—Aquello con lo que has luchado y has matado no eran personas. Eran «cosas» creadas por Nerezza para sembrar la destrucción.

—También había personas, Doyle. Humanos.

—Mercenarios pagados por Malmon para que nos matasen o algo peor. ¿Es que te has olvidado de lo que les hicieron a Sawyer y a Annika en la cueva?

—No. —Sasha se rodeó con los brazos para protegerse del repentino escalofrío—. Jamás lo olvidaré. Y jamás entenderé cómo los seres humanos pueden torturar y tratar de matar a otros por dinero. Por qué matan o mueren para lucrarse. Pero ella sí, Nerezza sí. Ella conoce esa clase de codicia, esa cegadora sed de poder. Y entiendo que eso es contra lo que nosotros luchamos. Malmon lo dio todo a cambio de eso. Ella se llevó su alma, su humanidad y ahora él es una cosa. Es su criatura. Nos haría lo mismo a todos nosotros.

—Pero no lo hará. No lo hará porque no le daremos nada. Hoy le hemos hecho daño. Esta noche es ella quien está herida y sangra. He buscado las estrellas, las he perseguido más años de los que puedas imaginar. Me acerqué, o eso creía. Pero acercarse no significa nada. —Tomó otro buen trago de cerveza—. No me gusta utilizar la suerte o el destino como razón o excusa, pero la dura realidad es que los seis estamos juntos tal y como debía ser. Estamos destinados a encontrar las Estrellas de la Fortuna y acabar con Nerezza. Tú sientes más que los demás. Ver y sentir es tu don y tu maldición. Y sin ese don no estaríamos aquí. No viene mal que sepas disparar una ballesta como si hubieras nacido con un arco en una mano y una flecha en la otra.

—¡Quién iba a imaginarlo! —Exhaló un suspiro; una mujer guapa con el pelo largo y veteado por el sol y unos penetrantes ojos azules. Una mujer que

había ganado músculo y fuerza, por dentro y por fuera, durante las últimas semanas—. Siento tu sufrimiento. Lo lamento.

—Lo aguantaré.

—Sé que tú tenías que estar aquí, que tenías que caminar de nuevo por esta tierra, contemplar de nuevo este mar. Y no solo por la búsqueda de las estrellas, no solo por la lucha contra Nerezza. Quizá, aunque no estoy segura, pero quizá sea para encontrar consuelo.

Doyle se cerró en banda; eso era supervivencia.

—Ha pasado mucho tiempo desde que aquí hubo algo para mí.

—Y sin embargo venir aquí esta noche te ha resultado más duro a ti y llegar ha sido más difícil para Riley —murmuró Sasha.

—Teniendo en cuenta que acabábamos de luchar contra una diosa y sus letales secuaces, no ha sido como montar en un tiovivo para ninguno. Vale, ha sido difícil para ella —dijo al ver la mirada silenciosa de Sasha. A continuación se metió el botellín de cerveza vacío en el bolsillo de su ajada chaqueta de cuero y cogió unas maletas—. Se desfogará y volverá por la mañana. Coge lo que puedas, yo me ocupo del resto. Ambos sabemos que habrías sido de más ayuda a Bran con las heridas.

Sasha no discutió y Doyle se fijó en que cojeaba un poco. Para zanjar el asunto, dejó las bolsas dentro y la cogió en brazos.

—¡Oye!

—Es más sencillo que discutir. ¿La casa es lo bastante grande para ti?

Atravesaron el amplio vestíbulo abovedado y las estancias que se extendían más allá. Todo colores vivos e intensos, un crepitante fuego en las chimeneas, luces encendidas, reluciente madera.

—Es magnífica. Es enorme.

—Yo diría que los dos tendréis que hacer un montón de niños para llenarla.

—Yo...

—Eso te da que pensar.

Aún no había recuperado el habla cuando Doyle la llevó a la cocina. Sawyer estaba sentado en un taburete frente a una larga encimera de color gris pizarra, un poco menos pálido, mientras Bran le curaba las quemaduras de las manos.

Annika, guapísima a pesar de los cortes, los arañazos, sofreía pollo en una enorme sartén en una cocina profesional de seis fogones, según reconoció Sasha.

—Vale, ahora tienes que... —Sawyer se interrumpió y soltó el aire entre los dientes cuando Bran le provocó otra punzada de dolor.

—Saco el pollo y añado las verduras. Puedo hacerlo —insistió Annika—. Deja trabajar a Bran.

—Yo te echo una mano. —Sasha le dio un empujón en el hombro a Doyle—. Déjame en el suelo.

La orden hizo que Bran se girase y se acercara con rapidez a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde te duele?

—No...

—Cojea un poco. De la pierna derecha.

—Es solo...

—Déjala aquí, al lado de Sawyer.

—Solo está un poco dolorida. Termina con Sawyer. Yo ayudaré a Annika y...

—¡Puedo hacerlo yo! —Sin duda frustrada, Annika sacó el pollo en una fuente—. Me gusta aprender. Aprendo. El pollo con el ajo y el aceite, con las especias. Las verduras. El arroz.

—Estás cabreando a la sirena —comentó Doyle, y dejó a Sasha sobre un taburete—. Huele bien, preciosa.

—Gracias. Sasha, tú podrías atender las heridas de Bran mientras él atiende

las tuyas y las de Sawyer. Está herido y débil porque...

Las lágrimas le anegaron los ojos, que brillaban como verdes pozas, antes de volverse con rapidez hacia los fogones.

—Anni, no. Estoy bien.

Sawyer se dispuso a levantarse al ver que ella meneaba la cabeza tras oír sus palabras. Doyle se limitó a empujarlo de nuevo para que se sentase en el taburete.

—Ya me ocupo yo.

Cruzó el irregular suelo de madera y le dio un tirón del pelo a Annika, que lo llevaba suelto.

Ella se giró y se vio de repente en sus brazos.

—Tenía confianza. Tenía confianza, pero tenía mucho miedo. Me daba miedo que ella le matara.

—No lo ha hecho. El tirador es demasiado listo. Se la llevó a dar una vuelta y ahora estamos todos aquí.

—Siento un amor muy grande. —Con un suspiro, apoyó la cabeza en el pecho de Doyle y miró a Sawyer a los ojos—. Siento un amor muy grande.

—Por eso estamos aquí —dijo Sawyer—. Yo también confío en eso.

—Necesitará algo de tiempo para recuperarse —alegó Bran—. Un poco de comida y dormir.

—Y una cerveza —añadió Sawyer.

—Eso no hay ni que decirlo. Y ahora tú. —Bran se volvió hacia Sasha.

—No veo esa copa de vino.

—Estoy en ello. —Doyle le dio un beso en la frente a Annika e hizo que se girara de nuevo hacia los fogones—. Tú cocina.

—Lo haré. Va a estar muy rico.

Mientras Doyle servía el vino, Bran le remangó la pernera del pantalón a

Sasha. Profirió una sarta de impropiedades al ver los zarpazos en carne viva que tenía en la pantorrilla.

—Conque unos rasguños, ¿eh?

—De verdad que no me había dado cuenta. —Aceptó el vino que Doyle le ofreció y tomó un trago con rapidez—. Y ahora que soy consciente de ello, me duele mucho más.

Bran le quitó la copa y añadió unas pocas gotas de una botella de su maletín de medicinas.

—Bebe despacio y respira con calma —le dijo Bran—. Te va a escocer cuando te lo limpie.

Sasha bebió y respiró con calma, y cuando sintió el escozor, como una docena de avispas furiosas, agarró la mano de Doyle.

—Lo siento. *A ghrá*. Lo siento. Solo un minuto más. Está infectada.

—Ella está bien. Tú estás bien. —Doyle atrajo la mirada de Sasha mientras Sawyer le acariciaba la espalda—. Pedazo de cocina que tienes, rubita. Alguien que sabe cocinar como tú tiene que estar dando saltos de alegría.

—Sí. Me gusta..., ay, Dios, vale..., me gustan los armarios. No solo que haya un kilómetro de armarios, sino las puertas de cristal emplomado. Y las ventanas. Debe de entrar una luz maravillosa.

—Tiene que beber más —dijo Bran con los dientes apretados—. Sawyer.

—Bébetelo. —Sawyer le acercó la copa a los labios—. Tú y yo haremos un concurso de cocina... y Anni —añadió.

—Acepto el reto. —Después exhaló una larga y trémula bocanada de aire—. Gracias a Dios —dijo cuando Bran aplicó una buena capa de fresco y reconfortante unguento sobre la herida.

—Has aguantado. —Doyle le dio una palmadita en el hombro.

—Te toca a ti —le dijo Sasha a Bran.

—Tómame un minuto para ti... y dame otro a mí. —Bran se sentó a su lado

—. Nos ocuparemos el uno del otro. Y cuando hayamos terminado, imagino que Sawyer tiene una historia que contar mientras comemos.

—Creedme —replicó Sawyer—. Es de las buenas.

La cocina contaba con una larga mesa, con bancos a un lado y sillas al otro, colocada delante de un amplio ventanal curvado. Se sentaron juntos, con la comida de Annika, una hogaza de pan integral y mantequilla fresca, cerveza y vino. Y la historia de Sawyer.

—Cuando he subido..., menudo empujón, por cierto —le dijo Sawyer a Bran—, ella estaba luchando para controlar ese perro de tres cabezas que montaba.

—Al que has disparado en las tres —señaló Sasha.

—Tres de tres. —Sawyer dobló los dedos para formar una pistola y añadió —: ¡Pum! Y ella tenía la atención puesta en Bran.

—Si acababa con el hechicero, acababa con nuestra magia. —Doyle engulló un trozo de pollo—. No está bueno, Annika.

—¡Oh!

—Está que te mueres.

Ella rio, moviéndose con entusiasmo en su asiento mientras Doyle cogía otro trozo. Luego Annika apoyó la cabeza en el hombro de Sawyer.

—Has sido muy valiente.

—No lo pensé; esa es la clave. Nerezza estaba pendiente de todos vosotros, tratando de controlar a esa bestia. No me ha visto venir. —Sawyer bajó la vista y flexionó la mano, que casi se había curado del todo—. He agarrado a esa arpía del pelo, que flotaba por todas partes y lo tenía a mano. Y entonces sí que me ha visto venir y le ha entrado miedo. He podido verlo; tenemos que ser conscientes de eso. La he pillado por sorpresa y he visto su miedo. No ha durado mucho, pero estaba ahí.

—Ya le hicimos daño antes, en Corfú. —Bran asintió, con una expresión

intensa en sus negros ojos—. La obligamos a batirse en retirada, nos hicimos con la Estrella de Fuego y le hicimos daño. Hace bien en tener miedo.

—Esta vez llevaba armadura, así que no es imbécil. Y tiene buena pegada. Tú tenías tu rayo y ella tenía el suyo —le dijo a Bran. Después se masajéo el pecho, aliviando la quemazón del golpe—. Lo único que podía hacer era aguantar. Ella se pensaba que me había pillado y he de decir que quizá durante un minuto yo también lo he creído. Pero no iba a pillarme donde estábamos porque ya había iniciado el desplazamiento. La cosa se descontroló, se descontroló de verdad, pero es lo mío. Viajar es lo mío. Yo sé lidiar con lo que supone y ella no. Ni tan rápido ni tan bien. Nerezza empezó a cambiar.

—¿A cambiar? —le instó Sasha.

—La tenía agarrada del pelo, ¿no? Ese pelo negro al viento. Y durante el desplazamiento, comenzó a perder el color. Y su rostro se marcó un Dorian Gray.

—Envejeció —dijo Sasha.

Sawyer asintió y continuó:

—Se le echaron los años encima. Por un instante he pensado que eran imaginaciones mías y que el viento y las luces me estaban quemando los ojos, pero su cara ha empezado a hundirse y ha envejecido delante de mis narices. Estaba envejeciendo y sus rayos apenas me hacían cosquillas. Se estaba debilitando y la he soltado. Casi me arrastra con ella; aún le quedaban fuerzas para eso. Pero me he zafado y ella ha caído. No sé dónde coño ha caído, pero lo ha hecho. No he podido apuntar porque ya casi había consumido todas mis energías. Y necesitaba regresar. —Giró la cabeza y besó a Annika—. Realmente necesitaba regresar.

Sasha lo agarró del brazo.

—¿Es posible que eso la haya destruido?

—No lo sé, pero le he hecho daño y esa caída va a dejar su huella.

—Según la leyenda, es una espada lo que acabará con ella. —Bran se encogió de hombros de todas formas—. Y es bien sabido que las leyendas se equivocan. En cualquier caso, a pesar de los cortes y los rasguños... —Hizo una pausa para lanzarle una reveladora mirada a Sasha— le hemos hecho más daño nosotros a ella que ella a nosotros. Si sigue con vida, necesitará tiempo para recuperarse y eso nos da ventaja.

—Conocemos sus temores y su miedo es otra arma contra ella —intervino Doyle—. A pesar de ello, esto no acabará hasta que tengamos la última estrella.

—Pues la buscaremos y la encontraremos. —Bran se apoyó contra el respaldo, seguro de sí mismo y a gusto—. Ya que es aquí adonde nos ha conducido la búsqueda.

—Creo que la encontraremos..., la Estrella de Hielo —dijo Annika—. Hemos encontrado las otras. Pero ahora que estamos tan cerca no sé qué haremos una vez las tengamos.

—Ir adonde nos lleven. —Bran miró a Sasha, que enseguida sirvió más vino.

—Pero sin presiones —murmuró.

—Fe —le corrigió Bran—. Todo es cuestión de fe. Pero por esta noche estamos todos aquí, estamos a salvo y hemos disfrutado de una cena estupenda.

Annika esbozó una sonrisa, satisfecha.

—He hecho suficiente para Riley, por si está demasiado hambrienta para esperar al desayuno. Ojalá regresara.

—Lo hará y pronto.

—Puedo sentirla —anunció Sasha—. Puedo sentirla ahora. No está lejos, pero no está preparada para entrar. No está muy lejos.

—Entonces estamos todos a salvo, como he dicho. Y aunque Sawyer parece

estar mejor, ahora necesita descansar. Os enseñaré los dormitorios y podéis elegir el que más os convenga.

A Doyle le daba igual dónde dormir, así que eligió una habitación al azar, con vistas al mar en lugar de al bosque. Tal vez la cama fuera digna de un rey, con sus altos y torneados doseles, pero no estaba listo para usarla.

Abrió las puertas que daban a la amplia terraza de piedra que recorría la fachada de la casa con vistas al mar, dejó que el aire húmedo invadiera el cuarto, que el rumor del mar al romper las olas ahogara sus pensamientos.

Inquieto, previendo los recuerdos que podrían asaltarle en sueños, se colgó su espada y se adentró en la noche.

Por muy a salvo que estuvieran, y creía que por el momento lo estaban, era una estupidez no salir a patrullar, ignorar la necesidad de vigilar.

Bran había construido su casa en el mismo lugar en el que se había alzado la de Doyle..., aunque la de Bran era cinco veces más grande. Doyle no podía ignorar eso..., no podía fingir que no había razones para aquello.

La casa se alzaba sobre el acantilado, con un serpenteante rompeolas construido en seco en el borde. Se fijó en que ahí también había un jardín y que el aire estaba perfumado por la fragancia del romero, la lavanda y la salvia que crecían cerca de la pared de la cocina.

Se encaminó hacia el acantilado, dejando que el viento le alborotase el cabello y le refrescara el rostro mientras sus agudos ojos verdes escudriñaban el turbulento mar, el nublado cielo y la luna llena que se desplazaba tras los grises zarcillos de las nubes.

Esa noche nada llegaría del mar ni del cielo, pensó. Pero si las visiones de Sasha resultaban ciertas, y por el momento así había sido, encontrarían la

última estrella allí, en la tierra de sus antepasados. Darían con ella y encontrarían la forma de acabar con Nerezza.

Su búsqueda de siglos concluiría.

Y luego ¿qué?

«Luego ¿qué?», pensó de nuevo mientras el soldado que llevaba dentro comenzaba a patrullar.

¿Unirse a otro ejército? ¿Luchar en otra guerra? No, no más guerras, caviló mientras caminaba. Estaba harto, más que harto. Por cansado que estuviera de su vida después de tres siglos, estaba aún más cansado de presenciar la muerte.

Podía hacer lo que quisiera..., si es que sabía qué quería. ¿Buscar un lugar en el que establecerse una temporada? ¿Construir su propio hogar? Tenía dinero ahorrado para eso. Un hombre no vivía tanto tiempo como él y carecía de dinero, siempre que tuviera cerebro.

Pero ¿establecerse? ¿Para qué? Llevaba tanto tiempo de un lado para otro que a duras penas concebía la idea de echar raíces en alguna parte. Viajar, supuso, aunque bien sabía Dios que ya había viajado más que suficiente.

Y ¿para qué pensar en eso ahora? Su deber, su misión, su búsqueda no había concluido. Era mejor pensar en el siguiente paso y dejar el resto.

Rodeó la fachada de la casa y alzó la mirada. Podía ver la sólida casa solariega que habían construido sus antepasados. Podía ver que Bran la había aprovechado, la había respetado cuando la amplió, haciéndola suya.

Por un instante oyó las voces, acalladas hacía mucho tiempo. Su madre, su padre, sus hermanas y hermanos. Habían trabajado aquella tierra, habían forjado su vida, habían entregado su corazón.

Habían envejecido, enfermado, muerto. Y él era cuanto quedaba de ellos.

Eso, justo eso, era inmensamente triste.

—¡Maldición! —murmuró y dio media vuelta.

La loba le observó, con los ojos brillantes bajo la tamizada luz de la luna. Se mantuvo inmóvil en la linde del bosque, hermosa y feroz.

Él bajó la mano con la que de manera instintiva había tratado de coger la espada envainada a su espalda. No se movió, observando a quien le observaba mientras el viento le agitaba el abrigo.

—Así que has vuelto. Sasha y Annika están preocupadas por ti. Me entiendes perfectamente —agregó al ver que la loba no se movía—. Por si te interesa, Sawyer se está curando y está descansando. La herida de Sasha era más grave de lo que creíamos. Ah, eso ha captado tu atención —dijo cuando la loba se acercó—. También está descansando y Bran se ha ocupado de ellos. Sasha está bien —añadió—. Uno de esos mamones le hizo un agujero en la pierna y se le infectó antes de que Bran se ocupara de ella. Pero ya está bien. —Vio que la loba levantaba la cabeza y escudriñaba la casa con aquellos astutos ojos dorados—. Hay un montón de habitaciones en la casa y camas suficientes aunque fuéramos el doble de personas. Supongo que ahora querrás entrar y verlo por ti misma —dijo. La loba se limitó a aproximarse a las grandes puertas delanteras y a esperar—. Muy bien. —Doyle se acercó y abrió la puerta.

Las cosas de Riley estaban en un ordenado montón dentro.

—No las hemos subido porque no queríamos elegir por ti. Tienes mucho donde elegir.

La loba empezó a moverse, deteniéndose de forma breve para estudiar el salón, el crepitante fuego, y después fue hasta las escaleras y miró hacia atrás.

—Imagino que ahora quieres que suba tus puñeteras cosas al piso de arriba. —La loba le sostuvo la mirada sin pestañear—. Ahora soy el botones —farfulló y cogió su bolsa de viaje—. Puedes recoger el resto mañana. —Empezó a subir y la loba mantuvo el paso—. Bran y Sasha están abajo, al final de la torre redonda. Sawyer y Annika en esa primera puerta de ahí, con vistas

al mar. —Doyle señaló hacia el otro lado del descansillo—. Yo estoy ahí, también dando al mar.

La loba se dirigió hacia la habitación de Doyle, se detuvo en una puerta, se desplazó a otra, a otra y a otra más y luego volvió sobre sus pasos y entró en un dormitorio que daba al bosque, con una cama de dosel abierto, un escritorio grande y una chimenea recubierta de malaquita.

Doyle dejó su bolsa de viaje y se dispuso a salir y a dejarla a solas.

Pero ella se acercó a la chimenea, lo miró y volvió.

—¿Qué? ¿Se supone que ahora tengo que encenderte la chimenea? Joder.

Sin dejar de farfullar en ningún momento, cogió unos bloques de turba de un cubo de cobre y los colocó en el hogar como hacía de niño.

Era muy fácil, solo se tardaba un momento, y si el olor hizo que se le encogiera el corazón, lo pasó por alto.

—En fin, si quieres algo más... —Ella fue hasta la puerta que llevaba a un pequeño balcón—. ¿Quieres salir otra vez? Por Dios bendito. No tiene escalera. —Se acercó y abrió—. Si quieres bajar, tendrás que saltar. —Pero ella se limitó a olfatear el aire y acto seguido volvió a entrar y se sentó junto al fuego—. Vale, puertas abiertas. —No podía culparla, ya que él había hecho lo mismo en su cuarto—. Si necesitas cualquier otra cosa, tendrás que esperar a mañana y encargarte tú misma. —Se dispuso a salir, pero se detuvo—. Annika ha preparado comida para ti, por si te apetece por la mañana.

Dejó la puerta abierta, sin estar muy seguro, y se dirigió a su propio dormitorio. Oyó que la puerta de Riley se cerraba cuando llegó a la suya.

Así pues, por si de algo servía, Sasha tenía a todos sus polluelos en el corral, pensó.

Un hambre voraz y un frío estremecedor despertaron a Riley al alba. El fuego se había consumido; la lluvia repicaba en la terraza, al otro lado de la puerta abierta.

Estaba tumbada en el suelo delante del fuego apagado, desnuda y desorientada. Raras veces dormía en medio de la transformación; era demasiado intensa. En las escasas ocasiones en que lo hacía, se debía al más absoluto agotamiento.

Por supuesto, una cruenta batalla seguida de un viaje mediante la brújula mágica de Sawyer equivalía al más absoluto agotamiento.

Entumecida, tiritando, se levantó, se apartó su corto y enmarañado cabello y miró a su alrededor. Su mente, sus razones, su instinto funcionaban a la perfección en forma humana, así que la noche anterior había elegido la habitación en base no solo a su gran y magnífica cama, sino también al escritorio.

Necesitaba un buen espacio de trabajo para investigar.

Pero eso lo haría más tarde. En ese momento necesitaba ropa y, por Dios, necesitaba comer. No era solo el ayuno del atardecer al amanecer —una estricta norma de su manada—, sino la enorme cantidad de energía que consumía la transformación. De mujer a loba y de loba a mujer.

En ese momento se sentía débil, temblorosa y agradecida porque Doyle le había subido la bolsa de viaje, aunque lo hiciera a regañadientes. Rebuscó en

su interior, cogió los primeros pantalones que encontró y se puso unos viejos marrones de bolsillos, una descolorida sudadera de Oxford y unos abrigados y gruesos calcetines que un año le tejió una tía para su cumpleaños.

Quería darse una ducha, una ducha caliente e interminable, pero necesitaba más alimentarse.

Salió de su cuarto despacio, echó un vistazo al pasillo e hizo memoria. Todavía no había visto la cocina ni sabía dónde estaba, pero bajó.

Pensó que a Bran le había ido muy bien con la enorme casa en la costa irlandesa. No solo por el tamaño, aunque era una auténtica pasada, sino por el estilo, por el trabajo. Y los ingeniosos toques místicos aquí y allá, que daban testimonio de su legado.

Nudos celtas incluidos en la decoración... y dragones y hadas sexis. Colores bonitos y potentes; gruesas y vistosas molduras. Cautivadoras piezas de arte que le recordaron que tenía que ver dos piezas en particular.

Dos de los cuadros de Sasha..., dos en los que Bran había escondido las estrellas mediante la magia. Tenía plena confianza en que estaban a salvo, pero quería verlo con sus propios ojos.

Mientras tanto, presionándose el estómago vacío con una mano, deambuló por la casa. Que la cocina estuviera al fondo parecía lo más probable, así que se dirigió hacia allí bajo la plomiza luz de un lluvioso amanecer.

Pasó por delante de una especie de masculino despacho; montones de cuero en tonos chocolate, las paredes en verde oscuro y un precioso escritorio de gran tamaño. Por otra habitación que le sorprendió con su viejo piano de cola, un violonchelo —siempre había querido aprender a tocar el violonchelo—, una colección de bodhrán irlandeses, flautas y violines. Una espaciosa sala de estar que conseguía parecer acogedora, una preciosa biblioteca, que estuvo a punto de hacer que se olvidara del hambre.

Todo con amplias arcadas, suelos relucientes, chimeneas listas para ofrecer

calor y luz.

¿Cuántas habitaciones necesitaba un hombre?, se preguntó. Y por último dio con la cocina.

No una simple cocina, pese a su estilo elegante, sino una estancia gigantesca con sofás y sillas de cuero y una televisión del tamaño de una pared. Y flanqueando el otro lado de la cocina había una zona de juegos: una mesa de billar, un bar completo, que sin duda había salido de algún maravilloso club antiguo, un par de mesas de pinball que también estuvieron a punto de hacer que el hambre pasara a un segundo plano.

Podría haber vivido en aquella estancia el resto de su vida. Sobre todo con las amplias puertas de cristal que dejaban ver ese cielo turbulento y ese lúgubre mar.

—Tienes clase, irlandés —murmuró y prácticamente se abalanzó sobre la fruta apilada de manera artística en un gran cuenco de madera pulida. Tras pegar un mordisco a un melocotón, casi gimió al saborear el primer bocado de comida, y abrió las puertas dobles de una nevera.

Se abalanzó de nuevo.

Abrió el recipiente con sobras para husmear, buscó un tenedor y se comió el plato de pollo y arroz de Annika sin calentar, acompañándolo con una Coca-Cola... y casi se mareó mientras su organismo celebraba la combinación de proteínas y caféina.

Más centrada, estudió la cafetera de la encimera y decidió que sí podría manejarla. Mientras hervía oyó pasos. Intentó no molestarse por eso, pero, por Dios, le habría venido bien disponer de otra hora de silencio y soledad.

Pero cuando entró Sasha, cuando vio el alivio en los ojos de su amiga, se sintió mal por mosquearse.

—Necesito café —dijo Riley.

—Yo también. ¿Qué tal estás?

Riley se encogió de hombros y sacó unas tazas del armario con puertas de cristal.

—Bien. Me he zampado las sobras que dejó Annika, así que bien.

Y se sintió todavía peor cuando Sasha la abrazó por detrás.

—Tenía que correr para desfogarme.

—Lo sé, lo sé. Te sentí regresar, así que no pasa nada. ¿Aún tienes hambre?

—Por ahora estoy llena, gracias. ¿Tú cómo estás? Te llevaste unos cuantos golpes.

—Bran se ocupó de ello. Sawyer se llevó la peor parte.

—Sí, sí, lo sé. Pero ¿está bien?

—Todos lo estamos. Espero que duerma unas cuantas horas más; pensaba que tú lo harías.

—Es probable que más tarde. Tenía que alimentarme. —Y ya alimentada, se apoyó contra la encimera y sonrió—. Menudo casoplón.

—Es alucinante, ¿verdad? —Sasha deambuló por la cocina con su café—. Y aún no he visto ni la mitad... Quiero salir, aunque esté lloviendo, y verlo. Pero es alucinante. Y he dormido en una habitación de la torre con un mago. ¿Qué podría haber más alucinante?

—¿Has dormido o practicado sexo?

A Sasha le brillaron los ojos al mirar a Riley por encima del borde de su taza.

—Las dos cosas.

—Sabía que terminarías alardeando. —Riley se acercó a las puertas de cristal y contempló la fina lluvia y el grisáceo mar—. Podría estar ahí afuera. En el agua o debajo de ella, como las otras dos. Otra isla, así que ahí hay un motivo. Tendré que encargarme de conseguir un barco.

Sasha se acercó y contempló las vistas con ella.

—Agradezco que no hayas preguntado, pero te responderé de todas formas.

No lo sé. No he sentido nada todavía.

—Acabamos de llegar. Deberíamos disponer de un poco de tiempo para organizarlo todo antes de que ella nos ataque de nuevo.

—Sawyer dijo que le atacó con fuerza durante el desplazamiento... y puede verse cuánto. Pero también dijo que se debilitó y envejeció antes de que la soltara.

Riley asintió y tomó un trago de café.

—Es de lógica. Hicimos que le saliera ese mechón canoso y esas arrugas en la cara después de patearle el culo en Corfú. Puede que esta vez nos enfrentemos a una vieja bruja que a duras penas puede dar un buen bofetón. Pero no, en realidad no lo creo —añadió.

—Tenemos dos de las estrellas y la hemos vencido dos veces. Encontraremos la tercera.

—Es bueno ser optimista.

Sasha miró a Riley.

—¿Tú lo eres?

—No pienso hablar mal del pensamiento positivo. Es una buena herramienta..., siempre que estés dispuesto a respaldarlo. —Riley hizo un gesto—. Disponemos de espacio fuera para entrenar. Delante, donde el bosque, hay más, pero bueno. Podríamos instalar un campo de tiro decente. También está el bosque. A juzgar por lo que recorrí anoche, debe de tener una extensión de entre dos y dos hectáreas y media por lo menos. Es tranquilo, privado. Esto es Irlanda, así que lo más seguro es que nos toque entrenarnos bajo la lluvia muy a menudo. —Al ver que Sasha no decía nada, le lanzó una mirada—. Y acabamos de llegar. Todos necesitamos un descanso. Estoy acelerada —admitió—. Una gran y sangrienta batalla, la luna, el viaje.

—¿Fue diferente viajar en forma animal?

—Excitante a su manera y raro, al menos al principio, porque estaba

curándome mientras volábamos y no podía concentrarme de verdad. La recuperación fue más rápida y más dura y me dejó conmocionada.

—Te entiendo.

—Después tenía que desfogarme. Sobre todo me gusta conocer el terreno que piso antes de la luna llena para poder juzgar por dónde es seguro correr. Pero tenía que desahogarme. Por suerte, como he dicho, hay casi dos hectáreas y media de bosque privado. Has pescado un gran y mágico pez, Sasha.

—Tú me ayudaste.

—¿Yo? No recuerdo haber lanzado ningún anzuelo por ti.

—Fuiste mi amiga. La primera amiga que he tenido que sabía lo que era, lo que poseo, y que me aceptó por mí misma. Me aconsejaste, me escuchaste, te preocupaste por mí. Y todo eso me ayudó a ser lo bastante lista y fuerte para..., bueno..., para lanzar el anzuelo yo solita.

—Tía, estás en deuda conmigo.

Sasha se echó a reír y abrazó a Riley con un brazo.

—Lo estoy. Te lo pagaré en parte preparando el desayuno. Ya que estamos en Irlanda, voy a decantarme por la especialidad de Bran de un desayuno irlandés completo.

—Acepto. Primero quiero ducharme. No pude hacerlo después de la batalla.

—No hay prisa. Antes quiero pasear y deambular por la casa. Apenas vi nada anoche.

—¿Bran toca el piano?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Tiene una auténtica belleza. Un piano de cola vienés de mediados del siglo XIX.

—¿Es que lo sabes todo?

—Básicamente. También tiene un violonchelo, violines, violas, flautas y una

impresionante colección de bodhrán. Debe de tocar algunos instrumentos.

—Nunca ha surgido, así que tendré que preguntarle. ¿Tú tocas alguno?

—El piano, claro, aunque hace mucho que no. Y tiene una zona de juegos ahí que es una auténtica pasada. Y una biblioteca que es una pequeña catedral.

—Creo que has visto más que yo de la casa.

—Yo no he practicado sexo.

—Ya, claro.

Sasha se volvió cuando Annika, con su pelo al viento, un vaporoso vestido y descalza, rodeó a Riley con los brazos.

—Sí, buenos días a ti también.

—Estábamos preocupados. Doyle dijo que no nos alarmáramos porque volverías. Pero estábamos intranquilos. ¡Ya estás aquí! Buenos días.

—¿Cómo puedes tener este aspecto a primera hora de la mañana? ¿Sin haber tomado café?

—No me gusta el café. Pero me gustan las mañanas. Sawyer va a reposar un rato más, pero está mucho mejor. Se sentía lo bastante descansado como para aparearse y yo he sido muy delicada.

—Sexo. —Riley meneó la cabeza—. Siempre se trata de sexo. Cuéntame más..., no, quiero que me cuentes más después de que me haya duchado.

—A veces me gusta estar arriba..., encima —se corrigió—. Encima, cuando ha de ser delicado y lento. Entonces puedo tener muchos orgasmos.

—Vale. —Riley exhaló un suspiro—. Puede que la ducha sea más larga de lo que en un principio tenía previsto.

Cuando Sasha rio y Riley se escabulló, Annika esbozó una sonrisa desconcertada.

—No lo entiendo. ¿Es que tiene que lavarse más?

—No, quería decir que... Te lo explicaré, pero voy a necesitar más café.

Después de una ducha caliente, lo siguiente mejor era una comida caliente. Para cuando Sasha hubo terminado de preparar el desayuno con la ayuda de Annika, el equipo se había reunido en la cocina.

Riley captó el olor —¡Beicon!— y oyó la mezcla de voces mientras bajaba.

—Tengo un coche aquí —dijo Bran—. Cabremos todos, aunque no con comodidad.

—Yo tengo mi moto —intervino Doyle—. Y puedo llevar a alguien de paquete.

—Es cierto. Yo puedo conseguir una furgoneta para tenerla de reserva por si queremos o necesitamos recorrer cualquier distancia en un solo vehículo. Ahí viene —agregó Bran cuando entró Riley—. Sasha nos ha dicho que te has curado y has descansado. ¿Has encontrado una habitación que te convenga?

—Sí, gracias. He elegido una con un escritorio de buen tamaño con vistas al bosque. Menudo casoplón, irlandés —dijo mientras se servía más café.

—Sí que lo es. Pensé: ¿por qué tirarme a lo pequeño? Y cuando tenga familia aquí, se llenará rápido. Deberíamos comer y después os enseño a todos esto.

—Me he quedado con lo de comer. —Sawyer sacó una fuente con huevo y patatas fritas del calentador y dejó que otro cogiera la fuente de carne y el montón de pan tostado.

La mesa situada junto a la ventana cubierta de lluvia exhibía el trabajo manual de Annika con las servilletas en forma de corazón, las brochetas de madera formando un tipi con diminutas flores cayendo y un único capullo de rosa blanca coronándolo. Velitas de té formaban otro corazón, cuyo interior estaba lleno de pétalos de rosa.

Bran las encendió agitando un dedo e hizo que Annika aplaudiera.

—Tus jardines están preciosos bajo la lluvia —le dijo a Bran—. Creo que si viviera en este castillo junto al mar, jamás querría marcharme.

—Me alegra saber que puedo volver aquí.

—También le gusta la lluvia. —Sawyer se llenó el plato de comida—. He de decir que voy a echar de menos el sol de la isla.

—Yo estoy lista para la lluvia. —Sasha le pasó una fuente a Doyle—. Nos dará un día para reagruparnos.

—Esto es Irlanda —le recordó Riley—. Lo más seguro es que tengamos más de un día lluvioso. Pero sí, nos hemos ganado disponer de un poco de tiempo para reagruparnos. ¿Alguna pista de dónde la arrojaste, Sawyer?

—Ni una. Pero estaba herida cuando lo hice.

Mientras comía, puso a Riley al corriente como había hecho con los demás.

—Eso encaja. Le atacamos donde más le duele, retrocede y pierde fuerza. Eso debería darnos un poco de tiempo. ¿Qué hay de Malmon? ¿O de la cosa en que se ha convertido?

—Se escabulló —repuso Doyle—. Es más fuerte y más rápido.

—¿Puede permanecer así sin ella? —se preguntó Riley—. Eso es un enigma. Doy por sentado que tienes este lugar cerrado a cal y canto, Bran.

—Supones bien.

—Así que las estrellas están aquí y están a salvo.

—Lo están. Te las enseñaré, ya que querrás comprobarlo por ti misma. Imagino que elegiste tu cuarto por el espacio de trabajo y sin duda lo utilizarás. Pero hay otra zona que también podría resultarte de utilidad.

—¿Ah, sí?

—La torre norte. Echaremos un vistazo después de desayunar.

—¿Puedes creer que tenemos una torre norte? —Con una amplia sonrisa, Sawyer comió más beicon—. Y una torre sur. Y mira esto. —Señaló con el pulgar las máquinas de pinball de la zona de ocio.

—Ya lo vi. Te daré una paliza más tarde.

—Vas a llorar —le dijo Sawyer a Riley—. Perderás. Necesitamos un nuevo

cuadro de tareas.

Sasha asintió.

—Me encargaré de eso hoy, pero como Annika y yo nos hemos ocupado del desayuno, asigno por tanto la cocina a Riley y Doyle. He mirado la comida y los artículos de limpieza y estamos más que cubiertos por ahora, así que aplazamos las compras de momento, al menos en lo doméstico.

—A mí me gustaría ir de compras en Irlanda.

Riley miró a Annika enarcando las cejas.

—Si ir de compras fuera deporte olímpico, te llevarías todas las medallas. Pero llegará el momento en que necesite ropa para la lluvia.

—Hay cosas en el vestíbulo —dijo Bran—, pero tendremos que salir por ahí. Conozco la tierra y los pueblos de aquí, pero nunca he considerado ninguna de las dos cosas con la búsqueda en mente.

—Vamos a necesitar más munición —señaló Doyle.

—Otra cosa en la que no había pensado.

—Tengo algunos contactos. —Riley se encogió de hombros—. Haré algunas llamadas.

—Eso es tan sorprendente como las compras de Annika. Perdimos algunas flechas en la última batalla —prosiguió Doyle—. Y muchas balas.

—Me ocuparé de ello, y en cuanto saque mis libros y mapas de la maleta me pondré a trabajar en...

—¿Podemos tomarnos un momento? —interrumpió Sasha—. Sé que no podemos aflojar. Sé que tenemos que aprovechar el tiempo que tengamos antes de que Nerezza nos ataque de nuevo. Pero ¿podemos tomarnos un momento para vivir? Estamos todos aquí, alrededor de esta mesa, en este lugar, después de enfrentarnos a algo a lo que parecía que teníamos todas las probabilidades en contra de sobrevivir, más aún vencer. Pero aquí estamos y también dos de

las estrellas. Yo creo que es un milagro. Una victoria ganada con mucho esfuerzo, pero aun así un milagro.

—Tienes razón. —Bran la miró a los ojos y a continuación recorrió la mesa con la mirada—. Nos tomaremos nuestro momento y esto nos fortalecerá.

—A mí me parece bien —alegó Doyle con naturalidad y después miró a Sasha—. Cuando elabores ese cuadro de tareas, deja tiempo y espacio para el entrenamiento diario. Incluyendo ejercicios de calistenia.

Sasha exhaló un suspiro.

—Eso es cruel, Doyle.

—Oye, yo también necesito mi momento. Tú te has hecho más fuerte, rubita, pero eso fue en la soleada isla de Sawyer. A ver qué tal se te da hacer cincuenta sentadillas y flexiones bajo la lluvia.

—Puede que haya alternativa a eso. Si hemos terminado, puedo enseñároslo todo —prosiguió Bran—. Y también las estrellas. Me parece que las tareas de cocina pueden esperar un poco.

—En mi mundo pueden esperar eternamente.

—Tu mundo es eterno —le recordó Sawyer a Doyle, pero agarró a Annika de la mano y se puso en pie—. Yo voto que hagamos una visita completa a la casa.

—Pues empecemos por arriba. —Cuando Bran se levantó, le ofreció una mano a Sasha—. Tengo muchas cosas que enseñaros.

Subieron la escalera trasera, siguieron a Bran cuando giró en el descansillo de la segunda planta y se desviaron a la derecha.

—Acceso a la zona del tejado —explicó—. Ahí las vistas son espectaculares incluso en un día lluvioso.

No se equivocaba, pensó Riley cuando Bran abrió una gruesa puerta abovedada y salieron bajo la lluvia.

La ancha y llana zona del tejado permitía una vista de trescientos sesenta

grados.

Vieron el furioso oleaje del grisáceo mar y el violento romper de las olas contra la roca y el acantilado. Su rugido restallaba bajo densos bancos de nubes, que se desplazaban con lentitud bajo un viento amenazador.

Al volverse percibió las apenas visibles sombras de las montañas descender tras el neblinoso cielo y alrededor del profundo bosque, verde y en penumbra. Más allá, donde había corrido la noche anterior, vio una o dos casas y campos salpicados de ovejas, las delgadas columnas de humo de las chimeneas encendidas en un lluvioso día de verano.

—Es un buen lugar —dijo Doyle a su espalda—. Incluso en un día como hoy podríamos divisar un ataque a casi un kilómetro de distancia. El terreno es elevado, con un sitio donde refugiarnos cerca. —Se acercó y bajó la vista desde el muro almenado—. Será de utilidad.

—Se puede oler el mar —murmuró Annika.

—Y oírlo —intervino Sawyer—. Salir en barco va a ser complicado.

—Conseguiré un barco de buceo y equipo —dijo Riley con aire distraído—. Nos las apañaremos. ¿Eso es un cementerio? ¿Más o menos a las diez en punto? ¿Cómo de antiguo crees...? —Recordó demasiado tarde. Aquella tierra había pertenecido a la familia de Doyle. Se volvió hacia él, maldiciéndose a sí misma—. Lo siento. No lo he pensado.

—La primera tumba es de mi bisabuela, que murió en 1582, al dar a luz a su sexto hijo. Es bastante antiguo. Aunque a los arqueólogos les suele gustar excavar más hondo, ¿no es así?

—Depende.

—En cualquier caso, es un buen lugar estratégico —prosiguió como si ella no hubiera hablado.

—Y antes de que nos ahogemos en la lluvia, dejad que os enseñe qué más nos será útil.

Mientras Bran los llevaba de nuevo adentro, Sasha acarició el brazo de Riley. Cuando esta hizo como si se apuntara a la cabeza con un arma y disparara, Sasha meneó la cabeza y le dio un apretón.

Fueron más rápido cuando oyeron el grito de placer de Annika.

—¡Hostia puta! —Riley no dio ninguna voltereta, como hizo Annika delante de la pared de espejo que sin duda le encantaba, pero se frotó las manos.

El magnífico gimnasio tenía suelo de bambú del color de la miel sin refinar, un circuito completo de máquinas. Dos cintas de correr y un par de máquinas elípticas delante de la pared de ventanas salpicadas por la lluvia, así como una bicicleta reclinada. Un TRX dominaba un rincón; una nevera grande con las puertas de cristal, abastecida de agua y bebidas energéticas, el otro.

Contaba con bancos de musculación, mancuernas, esterillas de yoga enrolladas y apiladas, pesas rusas, balones medicinales y bosus.

—Oh, cuánto te he echado de menos —dijo Riley, y de inmediato agarró una pesa de cuatro kilos y medio de su soporte.

—Me parece adecuado para los ejercicios de calistenia si el tiempo no colabora.

Doyle se encogió de hombros al oír el comentario de Bran.

—Se libran batallas con mal tiempo y con buen tiempo. Pero... será útil. Mmm. Una barra para hacer flexiones.

—Ay, mierda —farfulló Sasha, haciéndole sonreír.

—¿Por qué no la pruebas, rubita? Enséñanos lo que tienes.

—Estoy disfrutando de mi momento.

—Pues mañana. A primera hora. Puedo incluir algunos circuitos en el entrenamiento y las pesas serán bienvenidas. Pero correremos afuera llueva o haga sol. Una máquina no hace que sientas la tierra bajo los pies.

—¡Las paredes brillan mucho! —Annika realizó un elegante y perfecto salto mortal delante del espejo—. Me gusta.

—A mí también me gustaría si me pareciera a ti. —Después de hacer unas cuantas flexiones de bíceps, Riley colocó de nuevo la pesa—. ¿Podemos utilizarlo cuando queramos, irlandés?

—Es tan tuyo como mío.

—Genial. Luego le dedicaré un rato. Ese será mi momento —le dijo a Sasha.

—Para gustos, los colores. Yo pienso montar mi caballete.

—Hablando de caballete y de cuadros... —Riley se volvió hacia Bran.

—Eso es lo siguiente. Debería decirles que hay una zona de baño cruzando esas puertas.

—¿Zona de baño? —dijo Annika, aterrizando de pie a la perfección.

—Una sauna, un jacuzzi, una ducha y un vestuario. Lamento que no haya piscina.

—Ah, no pasa nada. El mar está muy cerca.

Con una sonrisa, Bran señaló la puerta.

—Hay una zona de almacenaje en esta planta —comenzó mientras los sacaba de allí—. Más dormitorios y una sala de estar.

—¿Cuántos sois en tu familia? —preguntó Sawyer.

—¿Incluyendo primos? —Con una carcajada, Bran se detuvo junto a una puerta en una pared circular; una puerta de madera oscura, que parecía antigua y no tenía ni pomo ni bisagras—. Creo que bastantes más de un centenar.

—¿Un... centenar?

Se echó a reír otra vez al ver la reacción de Sasha.

—Ya es demasiado tarde para que te eches atrás, *mo chroí*.

Bran dirigió la mano hacia la puerta, con la palma hacia ella. Habló en gaélico, haciendo que Doyle le lanzara una mirada.

—*Solo para mí y los míos, ábrete.*

Tras las palabras y el gesto, un rayo descendió por la madera,

desprendiendo una palpitante luz azul.

Y la puerta se abrió.

—Mejor que una cerradura de seguridad, una barra antirrobo y un perro guardián —dijo Riley.

—Solo se abrirá para cualquiera de nosotros. Igual que las puertas del primer y del segundo piso de esta torre. Lo que hay dentro está a salvo de cualquiera que intente llevárselo.

Bran les indicó que entraran.

Riley no se quedó boquiabierta, pero estuvo a punto.

Se trataba del taller de Bran, o la tienda de magia, pensó. La guarida del hechicero. Cualquiera que fuera el término, al igual que el resto de la casa, contaba con todo lo necesario.

Se alzaba dentro de la torre..., lo cual debería haber sido física o estructuralmente imposible.

Pero claro, se trataba de magia.

Había estantes flotantes con botes, tarros y cajas. Reconoció algunas plantas bajo espectrales luces, cálices, dagas rituales, calderos y cuencos.

Bolas y agujas de cristal. Libros encuadernados en cuero, algunos de ellos con siglos de antigüedad, sin duda. Espejos, velas, amuletos, estatuas.

Vio escobas, huesos, runas y cartas del tarot.

Y los cuadros de Sasha sobre una chimenea de piedra.

«Aquí, por supuesto —pensó Riley—. Magia dentro de magia dentro de magia. A salvo del mal, dentro de la luz.»

—Te dije que compré el primero de tus cuadros antes de conocerte, antes de saber de ti. —Bran rodeó los hombros de Sasha con el brazo mientras los estudiaban—. Lo vi en una galería de Nueva York y quise que fuera mío. Lo necesitaba. Mi sendero del bosque, que tan bien conocía, llevaba aquí. Aunque solo yo sabía que conducía aquí. A menudo recorría ese sendero hacia esa luz

que tan bien pintaste tú y pensé en colgar el cuadro en mi piso de Nueva York para que me recordara a esto. Pero lo traje aquí, ya entonces. Lo coloqué aquí, en mi lugar máspreciado.

—Soñé con ello. —Sola y mucho antes de conocerle—. Soñé con el sendero, los árboles y la luz, pero no pude ver el final del camino. No hasta ahora.

—Y el segundo, su compañero, que también pintaste a partir de visiones que nos guiaron aquí. No solo a la casa, sino a la tercera estrella. La encontraremos en este lugar.

El final del sendero, la magnífica casa en la que se encontraban en esos momentos, reluciendo bajo la suave luz, adornada con jardines, alzándose sobre un turbulento mar, pensó Riley.

Las cosas venían de tres en tres, no solo las estrellas, sino todas las cosas. ¿Pintaría Sasha un tercer cuadro?

—En tus visiones, en tus obras, las estrellas relumbran, sanas y salvas.

Bran alzó ambas manos. Una pátina de color envolvió los cuadros con su fulgor. Rojo en el sendero, azul en la casa. Y desde ese mundo se deslizaron hasta sus manos, envueltas en cristal, resplandecientes como la verdad.

—De nosotros depende protegerlas —dijo Bran—. Y hemos de encontrar la tercera; la Estrella de Hielo.

—Y cuando las tres, fuego, agua y hielo, estén en manos de los guardianes, las batallas no terminarán. —Conforme hablaba, los ojos de Sasha se oscurecieron y adquirieron intensidad—. Cuando estén las tres, pues tres se forjaron, tres se entregaron al mundo, la oscuridad buscará más sangre, más muerte. Unidos la derrotaréis. Sumidos en el caos caeréis ante ella. Habrá decisiones que tomar, caminos que coger. Persistid, sujetad las tres, una para dos, y entonces, solo entonces, aparecerá la Isla de Cristal. Solo entonces se abrirá para el valiente y el corazón valeroso.

»¿Surcaréis la tormenta? —Se giró hacia los demás, con su visión brillando como un millar de soles—. ¿Daréis un salto de fe? ¿Veréis lo que vive dentro de la piedra y de la tristeza? ¿Oiréis aquello que os llama? Y encontraréis la última, y al encontrarla, ¿os mantendréis firmes, persistiréis? —Después de inspirar hondo, Sasha cerró los ojos—. Hace frío.

Bran miró de inmediato a la chimenea e hizo que las llamas cobraran vida.

—No, me refiero a... Lo siento. En el lugar donde está la estrella. Dondequiera que esté, hace frío —explicó—. No puedo verlo, pero puedo sentirlo. Y supongo que nada de eso resulta útil.

—Pues yo discrepo. —Riley le frotó el hombro—. Nos has avisado de que la tercera parte no es el final. De nada sirve considerar el trabajo hecho cuando no es así. La encontraremos, lucharemos contra la bruja y encontraremos la Isla de Cristal. E iremos allí con las tres estrellas. Pan comido, ¿no? Si te gusta el pan duro y mohoso.

—Yo me apunto —dijo Sawyer—. Un trozo de pan es un trozo de pan.

—A mí me gusta el pan —adujo Annika.

—No será el primer trozo rancio que me como. —Doyle contempló las estrellas—. Encontraremos la estrella y daremos con la isla. Cueste lo que cueste.

—Yo diría que estamos unidos y ya hemos elegido el camino.

Bran alzó las estrellas hacia los cuadros. Estas se acercaron y se introdujeron en ellos.

Para esperar a la tercera.

Con las estrellas de nuevo a salvo gracias a la magia, Bran los condujo hasta la escalera de caracol central.

Ese hombre tenía clase de la cabeza a los pies, pensó Riley mientras echaba un vistazo al salón de la segunda planta. Y con la incorporación de una mesa grande y recia, se podía utilizar como otro despacho o zona de trabajo.

Aplaudía la combinación de lo antiguo con lo nuevo; la gran televisión de pantalla plana, un antiguo bar de madera de raíz, abundantes asientos en tonos intensos, que parecían gustar a Bran, en los que pasar el rato, una chimenea de granito del color del bosque.

Había esculturas de alabastro, bronce y madera en hornacinas en las redondeadas paredes. Intrigada, Riley se acercó y pasó un dedo por las fluidas líneas de tres diosas, talladas juntas en alabastro.

—Fódla, Banba, Ériu. —Volvió la vista hacia Bran—. Así, a ojo, yo diría que datan del 800 después de Cristo.

—Eso me han dicho. De mis favoritas, igual que las diosas, así que pasó a mí a través de la familia.

—¿Quiénes son? —preguntó Sasha.

—Las hijas de Ernmas, de los Tuatha Dé Danann —respondió Riley—. Pidieron al bardo Amergin que diera nombre a la tierra, esta tierra, en honor a ellas, y él así lo hizo. Un triunvirato; no nuestras tres diosas, pero un triunvirato de todas formas. Reinas y diosas de una isla. Es interesante. —Se

giró y gesticuló—. Y ese bronce. Morrigan, captada en medio de la transformación de mujer a cuervo. Otra de las hijas de Ernmas, otra gran reina y diosa. Diosa de la guerra. —Riley se desplazó a otra hornacina—. Aquí tenemos a la Dama del Lago, en ocasiones conocida como Niniane. Diosa del agua. Y aquí, en su carruaje, Fedelma, la profetisa, que predijo grandes batallas.

—¿Nos representan a nosotros? —Sasha se acercó a la talla de madera pulida de la diosa profetisa.

—Me parece interesante. El irlandés tiene muchas obras de arte magníficas por todas partes, pero es curioso que estas piezas en particular estén en esta torre en concreto.

—Juntas —apuntó Annika—. Igual que nosotros. Me gusta.

—A mí también me gusta. Representa la fortaleza —decidió Riley—. Y parece que da buena suerte. Yo no lo haría —añadió cuando Sawyer trató de coger la escultura de la diosa emergiendo del agua—. Es probable que tenga un valor de cinco o seis millones en el mercado.

—¿Qué has dicho? —Sawyer retiró la mano de golpe.

—La leyenda de esa pieza dice que uno de mis antepasados estaba enamorado de la dama y que conjuró la escultura. —Bran esbozó una sonrisa—. Da igual cómo se forjara, el caso es que ha pasado de generación en generación en mi familia. Pero tu percepción del conjunto es fascinante, Riley. Las coloqué aquí con mis propias manos. Elegí su lugar antes de conoceros a ninguno de vosotros. Pero encajan bien, ¿no os parece?

—Son realmente preciosas. —Annika imitó a Sawyer y no las tocó.

—También es curioso que en la otra torre colocara un bronce del mago Merlín y uno de Dagda.

—Lo de Merlín es evidente. Dagda, otra vez los Tuatha Dé Danann, al que

se conoce como el dios del tiempo, entre otras cosas. —Apuntó a Sawyer con un dedo.

—Y con él tengo a Caturix.

—Rey de la batalla —murmuró Riley, mirando a Doyle con las cejas enarcadas—. Encajaba muy bien.

—También tengo a las colegas del triunvirato de diosas en la primera torre. Morrigan, Badb y Macha.

—El segundo grupo de hijas de Ernmas. Me gustaría echarle un vistazo en algún momento.

—Cuando quieras —le dijo Bran a Riley.

—Por interesante que pueda ser, solo son símbolos. —Doyle se irguió, con las manos en los bolsillos—. Las esculturas no luchan. No sangran.

—Dice el tío al que maldijo una bruja hace tres siglos. No espero que las estatuas den un salto y se unan a nosotros —prosiguió Riley—. Pero el simbolismo importa y ahora mismo parece que está de nuestro lado.

—Estoy totalmente de acuerdo. Y eso no significa que no vaya a gruñir mientras haga las dominadas mañana.

Doyle le brindó una sonrisa torcida a Sasha.

—Me parece bien.

—La planta principal puede proporcionarnos algo más tangible con qué trabajar.

—¿Por casualidad no tendrás a *Excalibur* ahí abajo? —preguntó Sawyer a Bran.

—Lo siento, pero no. La tiene mi primo Kerry. Es broma —dijo al ver que a Riley se le salían los ojos de las órbitas bajo su enmarañado flequillo.

—Jamás bromees sobre *Excalibur* con un arqueólogo. ¿Qué hay abajo?

Empezó a bajar por la escalera de caracol, sin esperar.

Doyle oyó su reacción antes de que llegara a la mitad del camino. Según su

experiencia, el sonido que dejó escapar era el que solía soltar una mujer al llegar al orgasmo.

Oyó reír a Bran.

—Imaginaba que lo aprobarías —dijo mientras bajaba, cerrando el grupo.

Libros, se percató Doyle. Cientos de libros. Libros antiquísimos en imponentes estanterías redondas. El aire olía al cuero de las encuadernaciones y a papel, aunque de manera más débil.

Había un libro enorme en un atril, cuya cubierta de cuero labrado estaba cerrada con llave. Pero otros recorrían la estancia, con su amplio hogar de piedra. Altas y angostas ventanas, intercaladas entre las estanterías, proporcionaban luz y asiento.

Una larga mesa de biblioteca dominaba el centro de la habitación.

Su propio interés se vio avivado cuando se fijó en los mapas.

—Libros, recopilados durante generaciones —comenzó Bran—. Sobre magia, sabiduría popular, leyendas, mitología e historia. Sobre sanación, hechizos, hierbas, cristales, alquimia. También diarios, memorias y tradiciones familiares. Mapas, como ya ha descubierto Doyle, algunos antiguos. Encontrarás algunos duplicados de lo que ya tienes —le dijo a Riley.

Ella tan solo meneó la cabeza.

—Hace que lo que yo tengo parezca la estantería de un niño pequeño. Podría vivir aquí. —Exhaló una profunda bocanada—. Si no soy capaz de hallar respuestas en este lugar, es que no las hay. Y siempre hay respuestas.

—He buscado, claro, pero yo carezco de tu comprensión. Y llegados a este punto, la búsqueda es más reducida y concreta. —Cruzó la estancia y sacó un grueso volumen de un estante—. Se dice que esto lo escribió uno de mis antepasados..., por parte de madre. Cuenta su visita a la Isla de Cristal para celebrar el nacimiento de una nueva reina. Está escrito en gaélico antiguo.

Riley lo cogió y lo abrió con cuidado. De manera reverente.

—Puedo ponerme a traducirlo. A Doyle se le da mejor, ya que es un irlandés de la antigüedad.

—No puedo aportar pruebas de su veracidad —prosiguió Bran—. Pero la tradición familiar generalmente la sustenta.

—Puedo ahondar en la tradición y la mitología —comentó Riley con aire distraído mientras echaba un vistazo al libro—. Imagino que lo que hay aquí se queda aquí.

—Esta cámara está controlada mediante la magia para preservar los libros; papel, encuadernación. Algunos son tan antiquísimos que se desmigalarían fuera de esta atmósfera y si se manipularan sin estar bajo este hechizo.

—Entendido. De todas formas, es un lugar cojonudo para trabajar. —Dejó el libro sobre la larga mesa y señaló el que estaba sobre el atril—. ¿Qué libro es ese?

—Es el libro de los hechizos, también de mi familia, del primero que se puso por escrito al último. He añadido lo que creé en Corfú y en Capri. Solo alguien de mi sangre puede abrirlo. —Se acercó mientras hablaba—. Me fue entregado en mi veintiún cumpleaños. Se lo pasaré a mis descendientes. Contiene conocimiento, un legado y poder.

Posó la mano sobre el ejemplar y dijo unas palabras en gaélico. Y mientras hablaba, el libro comenzó a emitir un resplandor.

—¡Oh! —Annika agarró la mano de Sawyer—. Es precioso. ¿Puedes oírlo?

—Sí. Y sentirlo.

El aire se agitó; la luz cambió.

—«Soy de la sangre.» —Doyle tradujo a los demás las palabras de Bran—. «Soy del oficio. Soy todo lo que vino antes, todo lo que vino después. Este es mi compromiso, este es mi deber, este es mi gozo.»

Cuando Bran alzó la mano, el grueso cierre desapareció. Abrió la tapa labrada y... surgió un destello, un chasquido. Después se hizo el silencio.

—Mirad, todo el que ha tenido el libro pone su nombre.

—Hay muchos —murmuró Sasha mientras él pasaba la página—. El tuyo es el último.

—Por ahora.

—¿Estará... nuestro hijo?

—Sí, si nuestro hijo está dispuesto. Si acepta.

—¿Es una elección?

—Siempre lo es. Los hechizos están catalogados. Por sanación, conocimiento, protección, bloqueo, devoción, etc. Si alguno necesita buscar un hechizo, solo tiene que pedirlo y se abrirá.

—Las ilustraciones —dijo Sasha mientras él pasaba algunas páginas—. Son maravillosas, realmente vibrantes.

—Las crea el libro. Verás que cada página lleva un nombre. Si un hechizo resulta útil, lo anotamos, lo ofrecemos. Si el libro acepta, se incorpora.

—¿Si el libro acepta?

—Tiene poder —repitió—. Si necesitáis algo, pedidlo.

Cerró el libro y mantuvo la mano posada en él. El cierre se materializó y se cerró de golpe.

—Algún día, cuando dispongamos de tiempo de sobra, me gustaría examinarlo detenidamente. Pero por el momento... —Riley giró en círculo—. Me parece que tengo suficiente para mantenerme ocupada.

—Durante un par de décadas —medió Sawyer.

—¿Te parece bien si me pongo manos a la obra y empiezo?

—Por supuesto. —A modo de bienvenida, Bran realizó un gesto en dirección a la chimenea y las llamas cobraron vida—. Más tarde estaré en la tercera planta. Hay bebidas en la segunda y todo lo necesario para preparar té o café.

—Como ya he dicho, podría vivir aquí. Iré a por algunas cosas a mi cuarto

y luego empezaré a indagar. Mi móvil funcionará aquí dentro, ¿no?

—Aquí y en cualquier otra parte.

—¿Puedo echarte una mano aquí, en lo que sea? —preguntó Sasha.

—Puede, pero lo cierto es que Doyle me sería más útil.

Él no pareció demasiado contento, pero se encogió de hombros.

—He de ocuparme de unas cosas y después puedo dedicarte un rato.

—Me parece bien. Haré unas llamadas, traeré unas cuantas cosas aquí abajo y me pondré al tajo. ¿Bran? —Con los brazos en jarra, Riley giró en redondo —. Esto mola.

Antes de empezar, Riley contactó con su familia. Debería llamarlos, hablar con ellos, pero... un correo electrónico era más rápido, más sencillo y podía enviarles un e-mail a todos a la vez.

Llamaría a sus padres después de la luna, pero podía darles a ellos y a su manada detalles sobre el punto de la búsqueda en el que estaba, y dónde se encontraba literalmente, vía e-mail.

A continuación echó un vistazo a su lista de contactos. Tenía que conseguir un barco y un equipo de buceo. Dado que habían tenido que bucear para hacerse con las otras dos estrellas, daba por hecho que iban a necesitarlo.

Dio con un arqueólogo con el que había trabajado en una excavación en el condado de Cork hacía unos años y probó.

Fue necesario conversar un poco y ponerse al día, razón por la cual optó por contactar con la familia vía e-mail, pero consiguió el nombre de un lugareño.

Al cabo de veinte minutos, y tras cierto coqueteo y negociación por teléfono, tenía listo lo que necesitaba.

Cogió los libros que quería, junto con su ordenador, su tableta y un par de

cuadernos y lo llevó todo a la torre.

Cuánto le habría encantado trabajar allí a solas, pensó mientras entraba de nuevo. Solo ella y los cientos de libros antiguos... y sus propios aparatos electrónicos. Un buen fuego, una mesa grande. La lluvia cayendo afuera, un poco de música de su lista de reproducción.

Pero necesitaba a Doyle.

Ese hombre hablaba y leía tantos idiomas como ella..., y algunos mejor. Lo cual era irritante, admitió mientras instalaba su ordenador portátil.

Pero claro, había dispuesto de unos cuantos siglos para aprender idiomas. Y otras cosas.

Tenía cabeza para la estrategia y las tácticas; ella no siempre estaba de acuerdo, pero tenía buena cabeza para ello. Era brutal como sargento instructor..., pero eso lo respetaba. Era la guerra, una guerra a un nivel imposible, así que o te entrenabas de forma brutal o morías.

Y en la batalla, Doyle era feroz, rápido y valiente. Claro que, siendo inmortal, ¿por qué temer?

En cualquier caso, no se trataba de una competición. Lo cual era una sandez, reconoció mientras colocaba sus cosas. Para ella, casi todo era una especie de competición. Sabía trabajar en equipo; a fin de cuentas era un animal gregario. Pero prefería ser una alfa.

Teniendo en cuenta la noche que había pasado y lo que esperaba lograr, subió por la escalera de caracol y preparó una cafetera de café fuerte. Después de dudar un poco, cogió dos grandes tazas blancas.

Si Doyle aparecía, tener una segunda taza le ahorraría tiempo.

A continuación se instaló en la mesa, con el fuego encendido, la lluvia cayendo afuera, y comenzó a leer, lo mejor que podía, el libro escrito por los antepasados de Bran.

Tomó notas en el cuaderno a medida que avanzaba y paró cuando era

necesario para buscar una palabra o una frase con el ordenador.

Apenas levantó la vista cuando se abrió la puerta.

Se preguntó si la descolorida camiseta de los Grateful Dead que él llevaba puesta era una socarrona broma privada acerca de su inmortalidad o si, como cualquier amante sensato del rock, era un fan.

Sea como fuere, resaltaba sus admirables pectorales.

—El *requetetatarabuelo* de Bran era un engreído —comenzó—. O a lo mejor solo lo parece. Su estilo es muy florido y se jacta bastante de haber sido invitado a la llegada. Así llama al nacimiento de la nueva reina.

—Vale. —Doyle echó café en la segunda taza.

—Tú podrías leer esto más rápido.

—Pues parece que te las apañas. Además, el viaje de un tío a la Isla de Cristal hace cientos de años no nos sirve de mucho aquí y ahora. La isla está donde le place..., ¿no es eso lo que dice la leyenda?

—«Va y viene a su antojo, surcando las brumas del tiempo y el espacio. Muchos han buscado sus costas, pero el cristal raras veces se abre. Solo los elegidos por el destino, aquellos cuyas proezas, actos y poderes son dignos, tienen el don de pasar» —citó Riley y dio un golpecito al libro con el dedo—. O algo por el estilo. Este tío..., Bohannon..., ha inflado mucho sus méritos personales. Le lleva como regalo a la reina dos pájaros enjoyados, una alondra y un ruiseñor. Uno para que le cante hasta quedarse dormida y otro para que la despierte con sus gorjeos. Hay un pasaje entero sobre cómo los hizo.

—¿Y en qué nos ayuda eso ahora?

—Es información, *cagaprisas*. No cabe duda de que habla de un bebé, así que esto confirma un nacimiento. La mayoría de la información que hemos averiguado lo confirma, aunque existen teorías sobre que una joven era elegida

mediante una tarea o una proeza, al estilo del rey Arturo. Pero aquí escribe acerca de la reina niña, Aegle, y de sus guardianas: Celene, Luna y Arianrhod.

—Eso ya lo sabíamos.

—Esto lo confirma todavía más —insistió Riley—. Y la invitación le llegó por Arianrhod; de un celta a otro celta, creo. Y viajó desde Sligo hasta la costa de Clare..., que es aquí en el presente. Tuvo que ir por mar desde aquí, cosa que no le resultó fácil..., algo que también narra con todo lujo de detalles. El mar oscuro bajo la luna llena, bla, bla, bla. Pero entonces se pone interesante.

Riley giró el libro y lo empujó hacia él.

—Lee eso. En voz alta —dijo con impaciencia al ver que sus ojos empezaban a recorrer las palabras—. Oírlo me sirve de ayuda.

—Ay que joderse. Muy bien. «Aunque el mar se mece bajo mis pies y las nubes tras las que la luna danza difuminan su luz, nada temo. Me he envuelto en mi poder como si de una capa se tratara y navego bajo mi propio encantamiento mientras la bruma se arremolina y se torna más densa. Durante un momento, incluso la luna se perdió y el mar se estremeció de miedo. Puede que algunos hubieran gritado o hecho que el barco diera media vuelta, pero yo he seguido navegando, con la sangre tan fría como...» Por Dios santo.

—Ya, ya, pero sigue.

—«Mientras yo prosigo mi rumbo a pesar de los rugidos del demonio del agua.» —Doyle hizo una pausa y le lanzó una mirada fría—. Demonio del agua.

Riley se encogió de hombros.

—Podría ser un *wahwee*, aunque eso es aborigen, puede que un munuane..., tal vez una ballena, un tifón. O simplemente una exageración. Continúa.

—El demonio de agua —masculló, pero siguió—. «Luces y antorchas ardían en medio de la bruma y la luna escapó de las nubes para iluminar el

camino con un haz de luz. El cristal se abrió para mí, el mar quedó en calma y ante mis ojos apareció la Isla de Cristal, que resplandecía como una gema.

»Arena, blanca como la luna, con un montón de antorchas encendidas. Bosques frondosos y verdes, iluminados por diminutas y danzarinas pinceladas de colores. El palacio resplandecía como la plata sobre una montaña. Música de gaitas, flautas y arpas flotaba en el aire. Vi malabaristas y bailarines y hasta mí llegó el olor a carne en la hoguera, a hidromiel en las copas, mientras unos muchachos corrían a adentrarse en la oscuridad para arrastrar mi bote hasta la costa.»

Cuando Doyle hizo una nueva pausa, Riley se limitó a agitar el dedo en un círculo.

Él maldijo entre dientes, pero continuó:

—«Y aunque la noche era fría y húmeda cuando partí de la costa de mi mundo, la noche allí era calurosa y seca. Bajé del barco a la blanca arena de la Isla de Cristal, donde aguardaba Arianrhod con sus hermanas para recibirme. Cuando mi pie tocó tierra supe que me habían concedido algo a lo que muy pocos habían tenido acceso con anterioridad y a lo que muy pocos lo tendrían después de mí. Pues aquí está el palpitante corazón del poder de todos los mundos.» —Doyle levantó la vista—. ¿Tú te lo crees?

—No tengo suficiente información, pero es interesante, ¿verdad? Es magia; eso no podemos negarlo. ¿Y si tiene un núcleo, un corazón, un mundo donde se genera? Tiene todo el sentido que Nerezza quiera las estrellas, creadas allí por las tres diosas. Resulta lógico que si las tuviera en sus malvadas manos tendría todo el poder y la capacidad para destruir..., bueno..., para destruirlo todo. Así que es interesante. —Se inclinó hacia atrás—. Continúa.

—De haber sabido que iba a leerte un cuento, me habría traído una birra.

—Te traeré una birra si con eso me evito traducir.

—Trato hecho.

Riley subió la escalera.

—Otra cosa en la que pensar —dijo, alzando la voz.

—Yo tengo mucho en qué pensar. ¿En qué otra cosa tienes que pensar tú?

—Tendría que realizar pruebas para tener una mejor estimación de la antigüedad de este diario, pero yo diría que es del siglo IX.

—De acuerdo.

Riley puso los ojos en blanco y miró por encima de la barandilla.

—Muestra un poco de curiosidad intelectual y pregunta por qué, Doyle.

—Me lo vas a decir de todas formas.

—Pues sí. —Empezó a bajar con la cerveza para Doyle—. En el siglo IX tenían un diseño matemático para los manuscritos y los amanuenses pautaban el papel de pergamino marcando líneas invisibles en el envés con un punzón. A veces apretaban demasiado. Puedes ver las marcas en el pergamino del libro. Aquí Bo exagera, muy satisfecho con su posición en la vida. Debió de ordenar a un lacayo que hiciera las marcas. Si fuera del siglo XII..., algo que, por la tinta, no creo..., se empezó a utilizar una especie de lapicero para pautar las páginas.

—Así que es antiguo, cosa que ya sabíamos. ¿Qué más da un par de siglos arriba o abajo?

—Para ti es fácil decirlo, amigo. En este caso sí importa. —Le entregó la cerveza—. Pues aunque he hallado fragmentos de la leyenda de la isla que parecen ser muy anteriores, este es el relato serio más antiguo y está narrado en primera persona. La narración de un viaje a la Isla de Cristal para los festejos en honor al nacimiento. Cuando se crearon las estrellas, Doyle. Nos dice cuándo nacieron las estrellas. Es lo que en mi círculo denominamos un descubrimiento.

—Datar las estrellas no es encontrar la tercera.

—A veces el conocimiento es la recompensa —alegó con sequedad,

creyendo en ello a pies juntillas—. Pero si puedo datar esto y autenticarlo de algún modo, sabremos cuándo nació la reina, cuándo se crearon las estrellas. Sabemos que este encantador tipo partió de la costa de Clare... él solo. No es muy probable que tuviera que navegar lejos, pues partió por la noche y llegó la misma noche. Olvidémonos de la magia por un momento, asumamos que la isla estaba aquí, en la costa de Clare, lo cual me gustaría porque nosotros también estamos aquí.

Doyle frunció el ceño y cogió su cerveza.

—Tendríamos una suerte cojonuda.

—Teniendo en cuenta el último par de meses, que le den por el culo a la suerte. Estamos donde estábamos destinados a estar. No sé si nos haremos a la mar una noche y daremos con ese portal, pero puede que si utilizamos su narración, la combinamos con otros avistamientos, establecemos las coincidencias y calculamos las corrientes, obtengamos una ubicación o una zona. Siempre hay un patrón, Doyle.

Él bebió un trago de cerveza.

—Ahora sí que has despertado mi interés.

—Estupendo. Esto ha de ser más secundario a partir de hoy. Como es lógico, no podemos recuperar la estrella hasta que la encontremos. Pero nos convendría tener un rumbo y proporcionarle a Sawyer unas posibles coordenadas cuando encontremos la tercera estrella. Nerezza estará aún más cabreada.

—Está herida. A lo mejor la encontramos antes de que ella vuelva a la acción. Y no —añadió cuando Riley se limitó a enarcar las cejas—. No lo creo ni por un segundo.

—Pues muy bien. Para resumir: encontramos la estrella, encontramos la isla, hacemos el trabajo. Espero que terminar el trabajo incluya destruir a Nerezza.

—Según nuestra vidente, una espada acabará con ella.

—Y sería todavía mejor si fuera la tuya, pero ninguno de nosotros piensa que vaya a ser tan fácil.

—Bran le lanzará un encantamiento teniendo eso en cuenta. Puede que sea hora de ponernos con eso.

—No vendría mal. —Riley también lo había pensado—. Puede que eso lo tengamos ya resuelto con el hechizo que Bran lanzó sobre las armas. Pero... hablemos con franqueza ahora que los demás no están aquí. —Podría hablar claro con él, pensó. Decirle cosas que dudaría en decir a los demás. Cosas que había que contraponer a la esperanza—. Aunque no acabemos con ella antes de que llevemos las estrellas de nuevo a la isla, salvamos a los mundos. ¡Bien por nosotros! Pero irá a por nosotros cuando hayamos cumplido con nuestro trabajo. Puede permitirse esperar. —Riley le sostuvo la mirada con frialdad y firmeza mientras proseguía—: Bran y Sasha se largarán, se casarán y tendrán un par de críos. Annika y Sawyer vivirán en una isla; él en tierra; ella en el mar. Seguramente hasta consigan que eso funcione. Yo buscaré una excavación o escribiré un libro. Es probable que haga las dos cosas. Tú harás lo que haces. Y ella vendrá a por nosotros de uno en uno o de dos en dos y nos aniquilará como a moscas. A ti no puede matarte, pero seguro que se le ocurrirá algo peor. —La imagen no era nada halagüeña, así que alargó la mano, le quitó la cerveza y tomó un trago—. A todos se nos ha llevado a emprender este rumbo. Se nos ha reunido con un único fin: encontrar las estrellas, devolverlas y salvar los mundos. Estamos en ello. Creo que podemos conseguirlo. Creo que podemos llevar a cabo la misión. Pero después de eso nadie dice que vayamos a vivir felices para siempre, Doyle. Nadie dice que estemos destinados a matar a la diosa oscura y hacer el baile de la victoria.

—Pues más vale que lo digamos nosotros y lo hagamos. —Le quitó la

cerveza y dio un trago—. Porque desde luego no pienso ser el esclavo sexual de una diosa psicópata durante toda la eternidad.

—Yo estaba pensando en que te tendría asándote a fuego lento sobre una hoguera durante toda la eternidad.

—Me gusta el calor, pero la cuestión sigue siendo la misma. Será mejor que lo consigamos, Gwin. Todo. O nadie cabalgará hacia el horizonte hasta que lo hagamos. Estamos juntos hasta que la aniquilemos.

Ella también había pensado en eso, pero...

—Annika solo tiene un par de meses hasta que sea una sirena a tiempo completo.

—Lo haremos antes. Pondremos a Bran a trabajar con la espada. Estaremos preparados para ella cuando regrese.

—De acuerdo. Apunto una espada destruyediosas en la lista. —Riley hizo un gesto—. Lee.

Nerezza se revolvió en su nueva cámara, en su cueva en las entrañas de la tierra. ¡Cuánto dolor! El dolor la desgarraba, la devoraba como dientes bajo la piel, le quemaba como lenguas de fuego y hielo.

Jamás en toda su existencia había experimentado semejante dolor.

Su grito de ira resonó como un entrecortado quejido.

La criatura que otrora fuera Andre Malmon —humano, rico y salvaje a su manera— le acercó un cáliz a los labios con sus garras.

—Bebe, mi reina. Esto es vida. Es fuerza.

La sangre que le dio bajó por su irritada garganta. Pero el dolor, el dolor...

—¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Solo un día.

No, no, sin duda habían sido años, décadas. Había sufrido demasiado. ¿Qué

le habían hecho?

Recordaba un torbellino, una tremenda caída, un calor abrasador, un frío glacial. Miedo. Recordó el miedo.

Y las caras, sí, recordaba las de los que la habían atacado.

Lágrimas ardientes rodaban por sus mejillas mientras bebía, mientras los ojos reptilianos de Malmon se clavaban en los suyos con una mezcla de adoración y locura.

A aquello, a aquello la habían reducido.

—Mi espejo. Tráeme mi espejo.

—Debes descansar.

—Soy tu diosa. Haz lo que te ordeno.

Cuando la criatura se fue, Nerezza se dejó caer, sin fuerzas; cada aliento que tomaba era una tortura. Las garras de sus pies resonaban en la piedra cuando Malmon regresó y sostuvo el espejo en alto.

Su cabello, su hermoso cabello, ahora era gris como el fétido humo. Arrugas y surcos marcaban su rostro amarillento, sus negros ojos estaba vidriosos por la edad. Toda su belleza había desaparecido; habían destruido su juventud.

La recuperaría, lo recuperaría todo. Y los seis que habían causado aquello lo pagarían con creces.

Impulsada por la cólera, agarró el cáliz y bebió un buen trago.

—Dame más. Dame más y después harás lo que yo te diga.

—Haré que te pongas bien.

—Sí. —Clavó los ojos en los de él; ojos llenos de locura—. Harás que me ponga bien.

Mientras Doyle leía, traduciendo con fluidez, Riley tomaba notas. Le ayudaron a formarse una imagen de la isla; un bosquejo, en realidad, aunque algo más tangible. Y otra de las tres diosas. Vestidas con túnicas blancas, cinturón de plata, de oro o enjoyado. Y Arianrhod —no cabía duda de que Bo estaba coladito por ella— destacaba en su descripción. La esbelta belleza, con su cabello como una flamígera puesta de sol y unos ojos tan vívidos como un cielo de verano. Bla, bla, bla, pensó Riley mientras escribía «ojos azules» y «pelirroja». Bo ensalzaba su piel de alabastro, su voz..., como el canto del arpa.

«Quiere tirársela.»

—¿Qué?

—¿Uh? —Levantó la vista de sus notas y miró a Doyle a los ojos—. No me he dado cuenta de que había hablado en voz alta. He dicho..., he escrito..., que quiere tirársela. Bo está coladito por Arianrhod.

—¿Y eso por qué es relevante?

—A eso se le llama comentar, don Vivo en la Inopia. También observo que estamos hablando de una isla boscosa, con altas montañas... y con un castillo, palacio o fortaleza, construido sobre la más alta. Eso es estrategia. Conviene un terreno elevado. Sabemos que hubo una guerra civil y que los rebeldes perdieron y acabaron siendo desterrados, atrapados en la Bahía de los

Suspiros. Donde encontramos la Estrella de Agua. Cualquier cosa que saquemos de este diario puede ser un paso hacia la Estrella de Hielo.

Después de considerarlo, Doyle hizo un resumen.

—No creo que Bo, al que le pone palote Arianrhod, nos diga nada más que el hecho de que tiene polla y que ella está buena.

—Puede que no, pero todo apunta a que las otras dos también están buenas y a él solo le gusta una. Además, escribió que Arianrhod le invitó, a lo mejor tenían algo. La historia dice que nosotros descendemos de ellos. Tienes que echar un polvo para engendrar. Puede que dé lo mismo quién desciende de quién, pero es relevante si el antepasado de Bran y la diosa..., la del nombre celta..., se lo montaron y él es un descendiente directo.

Al cabo de un momento, Doyle meneó la ceja, algo que ella se tomó como que reconocía que tenía razón. Y continuó leyendo.

Doyle tenía buena voz, pensó. No una voz melodiosa, pero sí buena y potente. Leía bien y no todo el mundo leía bien en voz alta.

Se preguntó cuántos libros había leído. Tal vez miles, imaginó. Era un hombre que había pasado de las velas de sebo a la tecnología láser, del caballo y el carruaje a los viajes espaciales.

Podría pasarse una década interrogándole en busca de información acerca de lo que había visto, cómo había vivido y qué había sentido.

Por el momento continuó tomando notas, siguiendo los comentarios y descripciones de Bohannon mientras iba a caballo desde la playa y cruzaba campos de naranjos y limoneros, cuyas flores perfumaban el dulce aire nocturno.

—Podemos suponer que era primavera..., por los naranjos en flor.

—Eso si consideramos que en la isla rigen las mismas reglas de las estaciones que en este mundo —señaló Doyle—. Y a este lado del ecuador.

—Bien pensado. —Tuvo que reconocer que tenía razón—. Pero si nos

ceñimos a la ubicación física, en la época y el lugar de Bo, es primavera. Estoy teorizando. Además, es una isla bien cuidada. Habla de los huertos, de la ancha y seca calzada..., iluminada por antorchas. La luna llena, que también nos ayuda a calcular el tiempo. El palacio de plata..., es inevitable preguntarse si eso es algo literal o solo es prosa.

Apuntó los detalles mientras él leía. Extensos jardines, mujeres con vaporosos vestidos, la música filtrándose a través de las puertas y ventanas abiertas, hacia los amplios bancales. El estandarte de la nueva reina —una paloma blanca surcando un cielo azul— ondeaba en lo alto de cada torre.

Doyle llegó al vestíbulo, con sus tapices de vivos colores, dorados árboles en flor en jarrones de plata, cuando dejó el libro.

—Si tengo que leer sobre diseño de interiores, voy a necesitar algo más que una cerveza.

—Y cuando pueda describirle a Sasha la isla, el palacio, con todo detalle, ella podrá dibujarlo. Y puede que dibujarlo le provoque una visión. La visión podría acercarnos más.

Doyle se terminó la cerveza y la dejó.

—Es buena idea.

—Tengo muchas.

—Tienes montones de ideas. Algunas de ellas son buenas.

—Si quieres otra birra, tráeme un poco de agua. La última vez me tocó ir a mí. Y necesito diez.

—¿Diez qué?

—Diez minutos.

Se apartó de la mesa, fue hasta el sofá situado junto a la chimenea y se tumbó. Y se quedó dormida en un abrir y cerrar de ojos.

Doyle valoraba aquella habilidad, que desarrollaba un soldado. Dormir a voluntad, dormir en cualquier parte.

La dejó durmiendo, subió arriba y decidió que el agua era la mejor opción por el momento. Abrió una botella y bebió mientras se aproximaba a una de las ventanas.

Sintió que un puño le atenazaba con fuerza el corazón. Desde allí alcanzaba a ver el pozo del que había sacado agua innumerables veces en su juventud. Bran lo había conservado, lo había integrado en una zona ajardinada. Un jardín que Doyle sabía que a su madre le habría parecido precioso.

Flores, arbustos, pequeños árboles, serpenteantes caminos discurrían por lo que en otra época fue un terreno de cultivo y por los establos, desaparecidos hacía mucho tiempo. Seguramente quedaron reducidos a escombros antes de que Bran comprara la tierra.

Se obligó a mirar, a dirigir la vista hacia las tumbas, y sintió una nueva punzada al ver a Annika arrodillada junto a la tumba de su madre, colocando... flores y pequeñas piedras.

Esa mujer poseía un corazón tierno, el más grande que jamás había conocido, pensó. Y había conocido la bondad en su época, así como la brutalidad. Ella cambió de posición, cogió más flores de su cesta y las depositó sobre la tumba de su padre, junto con sus piedrecitas.

Lo que hacía era mostrar su respeto a aquellas personas a las que nunca conoció.

Y él aún no había ido a verlos.

Allí no había nada más que polvo, se dijo, pero en el fondo de su corazón sabía que no era así. Riley tenía razón. Los símbolos importaban y había que mostrar respeto.

Pero, por el momento, se dio la vuelta y volvió abajo.

Miró a Riley con atención durante largo rato. Dormía boca arriba, con la cabeza sobre uno de los elegantes cojines, los brazos cruzados sobre la cintura. Con una navaja enfundada en el cinturón.

Imaginaba que de haber tenido su sombrero, se habría tapado la cara con él.

En lo que a rostros se refería, el suyo no estaba mal. No era Annika, pero pocas lo eran. Sin embargo tenía una buena estructura ósea, que sin duda le sería de utilidad cuando envejeciera..., si llegaba a vivir tanto. Una mandíbula fuerte, capaz de encajar un puñetazo, una boca generosa, que siempre tenía algo que decir.

Suponía que el pelo corto armonizaba con su rostro, aunque sospechaba que se lo cortaba con su propio cuchillo cuando era necesario.

Él también hacía lo mismo.

Recordó la primera vez que la había visto en forma de lobo..., aquella noche en Corfú, en plena batalla. La conmoción que supuso, su magnificencia mientras le miraba con aquellos ojos dorados.

Unos ojos que habían llorado por él cuando creyó que había muerto.

Había olvidado lo que era que una mujer llorara por él.

Hacía una eternidad que no se había permitido estar con una mujer para otra cosa que el desahogo más básico. Al mirar a Riley en ese momento, recordándose que ella no era ni por asomo la clase de mujer por la que alguna vez se había sentido atraído, se preguntó por qué tendría que hacerle pensar en ese desahogo y en más cosas.

Con toda probabilidad se debía a que, de los seis, eran los dos únicos que no iban a disfrutar de dicho desahogo. Sin duda era así de simple.

Entonces ella abrió los ojos y los clavó directamente en los suyos y supo que distaba mucho de ser tan simple.

—¿Algún problema? —exigió.

—Tus diez minutos han terminado.

—Vale.

Se incorporó, se desperezó, y Doyle podría haber jurado que vio a la loba en aquel gesto.

Cuando Riley se puso de pie, él permaneció donde estaba, bloqueándole el paso.

—Repito; ¿algún problema?

—No. Me había olvidado de que eres bajita.

—No soy bajita. Soy de estatura media. Tú eres más alto que la media.

—Eres bajita —dijo de manera tajante y se hizo a un lado—. Voy a dedicarle otra hora a esto y después tengo que moverme, tomar un poco de aire.

—Entendido. Me pregunto quién se ocupa de la comida.

—¿Tienes hambre otra vez?

—Es el ciclo. Hace que mi metabolismo queme calorías lentamente. En fin, otra hora o más y habremos acabado con el diario. ¿Has leído algo más mientras disfrutaba de mis diez minutos?

—No.

—Bueno, te apuesto veinte pavos a que se tira a la diosa. O ella se lo tira a él. Tengo el presentimiento de que ella tomará la iniciativa en eso.

Doyle pensó en la prosa ñoña.

—Acepto la apuesta. Ella puede conseguir algo mejor.

Cogió el libro y ella volvió a tomar notas.

Transcurrida la hora, Riley alzó la mano con la palma hacia arriba.

—Págame.

—Podría estar mintiendo. Me tiré a la diosa de la luna en el castillo sobre la montaña.

—Págame.

Resignado, Doyle sacó un billete de veinte del bolsillo.

—Si tuviéramos más diarios, apostaría doble o nada a que las diosas hermanas disfrutaron de un buen meneíto durante los festejos. —Riley se guardó el billete en el bolsillo—. Es de lógica. Nosotros también empezamos

allí, en la isla. Nuestros linajes. Todo empezó allí. Y más de un milenio después, según mi teoría, estamos abriéndonos camino de nuevo hasta allí. Podemos hacerlo gracias a dicha ascendencia porque cada uno de nosotros tiene algo más, una especie de don.

—A mí me maldijeron. No fue un don.

—Lo siento. —Su tono era una mezcla de comprensión y brusquedad—. Siento lo que le pasó a tu hermano y a ti. Pero dejando a un lado las emociones, ese aspecto de ti, la maldición de la inmortalidad forma parte del conjunto. Cada uno de nosotros aporta algo especial y todo junto compone el guiso.

El rostro y los ojos de Doyle se endurecieron y se tornaron fríos. Su voz destilaba fuego glacial.

—¿Estás diciendo que mi hermano tenía que morir para que a mí pudieran lanzarme una maldición?

Riley le habría contestado con la misma furia si no hubiera captado el remordimiento y la pena que se entremezclaban con ella.

—No, y de nada sirve cabrearse. Lo que digo es que te habrían maldecido aunque le hubieras salvado. Si la bruja no le hubiera atraído, habría habido otra conexión, otra disputa. Tú mismo dijiste que habías buscado a Nerezza y las estrellas durante cientos de años. Sin suerte. Pero te unes a nosotros y en un par de meses tenemos dos de las estrellas y le hemos pateado el culo un par de veces. Siempre iba a depender de nosotros.

—Y entonces, según tu teoría, ¿qué era mi hermano? ¿Nada más que un peón para atraer al caballo?

—Era tu hermano. —Su tono se impuso al deje cortante de Doyle. No se inmutó—. Es imposible saber por qué un ser malvado le eligió. Lo que digo es que otra cosa te eligió a ti y al resto de nosotros. Para mí, el diario lo corrobora todavía más. —Aunque sostuvo la mirada de sus ojos cargados de

furia apenas contenida, hizo una breve pausa. En ese instante suavizó un poco el tono—. Soy la última persona que menospreciaría el vínculo de la familia. Lo es todo. Solo intento entender todo el conjunto y verle el sentido para intentar que avancemos.

—Pero el sentido es lo de menos, ¿no? —Se levantó de nuevo—. Necesito un poco de aire.

Riley exhaló después de que Doyle se marchara.

—Soy científica, joder —farfulló, frustrada, y después cogió sus notas y fue a buscar a Sasha... y comida.

Dado que parecía que todo el mundo se había desperdigado, se dirigió a la cocina y buscó los ingredientes para prepararse un sándwich.

Mientras ponía pavo y jamón y consideraba sus opciones en cuestión de queso, Sasha entró con un nuevo cuadro de tareas.

—Imaginaba que la comida de hoy sería un caos, ya que todos nos estamos instalando —comenzó Sasha—. Te he asignado la tarea a ti mañana, a menos que vayamos a alguna parte.

—Vale. ¿Quieres uno?

Sasha miró el enorme sándwich que estaba preparando.

—Me parece que no. Bran ha hablado con su familia en Sligo durante un rato y va a trabajar en la torre. Annika quería ayudarle y Sawyer salió para ponerse a buscar el mejor lugar en el que instalar un campo de tiro al blanco.

Sasha dejó en la repisa el cuadro de tareas, convenientemente artístico además de práctico.

—Entonces ¿tienes un rato? —le preguntó Riley.

—Puedo tenerlo, si necesitas algo.

—Doyle y yo hemos estado leyendo el diario. He tomado notas. El antepasado de Bran, una especie de pomposo patán, se lo montó con Arianrhod.

—¿Que hizo qué...? Ah. ¡Oooh! —repitió Sasha, alargando la exclamación.

—Precisamente. Entiendes lo que implica.

—¿Que es posible que Bran descienda de ella? Eso tendría sentido, ¿no te parece?

—Lógica. —Sintiéndose resarcida, Riley agitó un dedo en el aire—. Lo que no le he dicho a Doyle, ya que se estaba mosqueando, es que, hablando desde un punto de vista lógico, tenemos a dos irlandeses que viven en el mismo lugar..., con unos cientos de años de diferencia, pero en el mismo lugar.

—Doyle podría descender del mismo linaje. —Sasha asintió mientras ponía la tetera al fuego—. Es de lógica, ¿no es así?

—A mí no me cabe duda. Deja que te cuente algunas cosas importantes del diario.

Mientras lo hacía, Sasha cortó una manzana, un poco de queso, añadió unas galletitas saladas y se sentó a tomarse el té.

—Puede que estuviera en esta costa —declaró Sasha—. Puede que lo esté de nuevo.

—Tengo algunos detalles sobre cómo es; incompleto, ja, ja. Y de cómo es el palacio, de cómo eran las diosas..., Arianrhod en particular. Si quieres dibujarlo a partir de mis notas...

—Puede que vea algo. Puedo intentarlo. Y la reina era un bebé, así que el nacimiento era algo literal.

—El hombre entregó su presente..., los pájaros cantores..., a las diosas y fue presentado ante la reina. —Riley hojeó sus notas—. «Una hermosa niña de cabellos de oro y ojos azules, como profundos lagos, colmados ya de sabiduría. Y en su hombro, descubierto para que todos lo vieran, portaba la marca real. La estrella del destino.»

—Otra estrella. ¿Escribió algo sobre sus padres?

—Estaba más interesado en la comida y el vino y mucho más aún en la

diosa, los ropajes y la reina. Era un gilipollas, al menos en su propio relato. Y según su narración, el palacio es el típico de los cuentos de hadas. Grande, de plata y lleno de obras de arte y elaboradas estancias. Pero también habla de los espesos bosques y de un círculo de piedra en otra montaña, donde fue caminando para presentar sus respetos a los ancianos. Una cascada y un tortuoso camino, el Árbol de Toda Vida.

—¿Y sobre Nerezza?

—Habladurías. Muy jugosas. —Riley tomó un trago de cerveza y meneó el culo sobre la silla para arrimarse más—. Para empezar, a ella no la invitaron. Vivía en el extremo más alejado de la isla, medio desterrada a esa zona cuando intentó causar problemas a la anterior reina. No hay mucha información al respecto, pero era temida y odiada. Todo el mundo la rehuía. La noche en que llegó nuestro narrador oyó lo que creyó que era una tormenta. Al principio hizo caso omiso, pero parecía una de las grandes. Se levantó de la cama..., describe profusamente su recámara..., y miró afuera. Y vio un calcinado abismo que atravesaba la playa..., profundo y negro, dice él, y a las tres diosas a un lado. Afirma que sintió que el mundo se estremecía y que la blanca arena se derramaba por la grieta. Cuando las cosas se calmaron, levantó la mirada, igual que las diosas, y vio tres nuevas estrellas bajo la luna. Más brillantes y hermosas que cualquier otra estrella del cielo, etcétera. Antes del alba, Arianrhod apareció en su dormitorio y se lo montaron. Se quedó allí tres días y tres noches y ella acudió a verle cada noche.

—Para engendrar un hijo, parte dios, parte hechicero —concluyó Sasha mientras Riley le pegaba un buen mordisco al sándwich.

Riley asintió y agitó el dedo en círculo.

—Imagino que es posible que en su diario parezca un engreído y un pretencioso, pero tenía que tener algunas virtudes que ella valoraba y quería. Cuando se marchó, ella le dio un anillo con una brillante piedra blanca. La

Piedra de Cristal, la llamó, y le dijo que enviaría a su mundo un gran presente, que algún día volvería a ella.

—El hijo. Sus descendientes.

—Lo mismo pienso yo, Sasha.

—Es muy bonito. Iré a por mi cuaderno de dibujo. Ha dejado de llover, así que me gustaría dar un paseo, hacerme una idea de dónde estamos, de dónde está la casa de Bran, y después veré si puedo utilizar tus notas para dibujar algo.

—Yo tengo que deshacer el equipaje y organizar algunas cosas más.

—Yo me ocupo de la cena de esta noche con la ayuda de Bran. Creo que voy a intentar preparar el estofado a la cerveza Guinness. Me aseguraré de que esté hecho antes de que salga la luna para que puedas comer antes de ayunar.

—Te lo agradezco. Ve por el sendero que pintaste —le aconsejó Riley—. Estaba precioso bajo la luz de la luna. Yendo desde aquí es bonito, pero a la vuelta es una pasada.

Sasha se levantó, pero se detuvo.

—Bran quiere que conozca a su familia.

—Pues claro.

—Son muchos. Y yo... soy la americana a la que no conocen y que está con Bran desde hace solo...

—Corta el rollo. —Todavía comiendo, Riley la apuntó con un dedo—. Deja de buscar problemas. Conocer a los padres, etcétera... Es normal que estés un poco nerviosa, pero, por Dios, Sasha, eres una puñetera guerrera. Estás luchando contra una diosa. Esto será pan comido.

—Sé que tengo que conocerles..., quiero conocerles —se corrigió—. Con el tiempo. Lo que ocurre es que no quiero estropear nada.

—Fíjate en ese hombre. Es realmente estupendo, ¿verdad?

—Más aún.

—Y podría decir, sin temor a equivocarse, que sus padres algo han tenido que ver con eso. Lo más probable es que también sean estupendos. Tranquilízate.

—Es una tontería preocuparse por algo así, cuando hay tantas otras cosas por las que hacerlo.

—Es humano —la corrigió Riley—. No se puede dejar de ser humano. Salvo yo, tres noches al mes.

Sasha esbozó una sonrisa.

—Y ni siquiera entonces. Tienes razón. Voy a olvidarme de esto. Déjame tus notas ahí y veré qué puedo hacer con ellas después de que dé un paseo.

—Lo haré. Y estaré por aquí si tienes alguna pregunta.

Doyle fue hasta el acantilado y, como había hecho de niño, descendió por las traicioneras rocas, por los inestables tramos de hierba. El muchacho creía a pies juntillas que jamás se caería. El hombre sabía que sobreviviría si eso pasaba.

Se dijo que se arriesgaba a caerse —al dolor de morir y de resucitar— con el fin de examinar las cuevas excavadas en la pared del acantilado. Por improbable que fuera que la estrella estuviera tan cerca, nunca se sabía.

Pero tras esa excusa, sabía perfectamente que escalaba sin cuerda ni arnés solo porque había hecho lo mismo cuando era un crío. Lo hacía entonces y lo hizo en el presente, entusiasmado con el azote del viento, el gutural rugido del mar, la resbaladiza y helada pared del acantilado. Aferrarse como una lagartija por encima de las rocas contra las que rompían las olas, desafiando a la muerte, absorbiendo la vida igual que hacía con el aire salobre.

Ah, cuánto había ansiado vivir aventuras de niño. Luchar contra los

bandidos o ser uno de ellos, marcharse a caballo para blandir una espada contra la tiranía, hacerse a la mar en un viaje a alguna tierra inexplorada.

«Cuidado con lo que desees», pensó mientras se detenía en una estrecha cornisa a contemplar el azote del mar y las rocas de abajo.

Había vivido aventuras, había luchado contra los bandidos..., había sido uno de ellos de vez en cuando. Había llevado la vida de un soldado guerra tras guerra tras guerra, hasta que perdió las ganas. Había navegado y volado a tierras corrientes y exóticas.

Y bien sabía Dios que se había cansado de todo.

Pero se había embarcado en aquella misión y había tomado ese rumbo siglos antes de que ninguno de los otros cinco hubiera nacido. Llegaría hasta el final.

Y después... no tenía ni idea.

Una vida tranquila durante una temporada..., pero claro, no estaba hecho para llevar una vida tranquila. ¿Viajar? Pero no había un lugar en todo el mundo que ardiera en deseos de volver a ver. Podría entretenerse acostándose con mujeres, pues ese deseo siempre ardía..., si bien el tedio podía aparecer cuando la chispa perdía fuerza.

Independientemente de lo que hiciera, cómo y dónde, jamás podría quedarse más de una década, más o menos. Jamás podría forjar vínculos, ni siquiera superficiales, pues después de un tiempo la gente se fijaba en un hombre que no envejecía.

Y a aquellos que deseaban la inmortalidad les advertiría de nuevo: cuidado con lo que desees.

De nada servía darle vueltas, se recordó. Su sino era su sino. Pero el problema era que una vez terminara aquella misión, también acabaría el compañerismo que, aunque de mala gana, había acabado apreciando.

También apreciaba formar parte de un ejército de camaradas iguales. Pero

¿formar parte de aquello? ¿Ser parte de los seis que vivían, dormían, comían, luchaban y sangraban juntos en contra de todo pronóstico?

Eso forjaba una familia.

Cada uno de ellos, a pesar de sus dones y poderes, seguiría el ciclo natural de la vida. Envejecerían, morirían.

Él no.

Y de nada servía darle vueltas, pensó de nuevo mientras recorría la cornisa hasta la angosta entrada de la cueva que buscaba.

Hubo un tiempo en que ese fue su rincón secreto, un lugar en el que podía sentarse sobre esa misma cornisa y soñar sin que nadie supiera dónde estaba. Cogía yesca y sebo a hurtadillas, panecillos de miel y carne. Allí había soñado, tallado, pedido deseos, se había enfurruñado, observado el vuelo de las aves marinas.

La entrada era más pequeña de lo que recordaba, pero ¿acaso no lo era todo? El muchacho se colaba dentro con facilidad y el hombre tuvo que esforzarse un poco.

Olía igual, a humedad y excitación, y el rugido del mar resonaba en el interior, de forma que el aire parecía estremecerse. Se acuclilló durante un momento, cerró los ojos y sonrió, pues en ese instante se vio transportado de nuevo a la simple e inocente infancia, con todo el futuro por delante, rebosante de color, coraje y gallardía.

En vez de un trozo de vela, sacó una linterna y la encendió.

No era mucho más pequeña de lo que recordaba, se percató mientras caminaba encorvado de lado hasta que pudo erguirse..., por los pelos. Y ahí estaba el pequeño saliente en el que guardaba una vela. Se inclinó y pasó los dedos por el endurecido charco de cera. Y allá estaban los restos raídos de la vieja manta que había birlado en las caballerizas. Olía a caballo, lo cual no le había molestado.

La cueva se abría a una pequeña cámara, que había nombrado su cámara del tesoro, ya que la pared más cercana a la entrada hacía que esta quedara oculta gracias a la curva que describía.

Todavía estaba allí el botín de su infancia, como si fueran antigüedades. La copa rota que había fingido que era un cáliz, tal vez uno de los del rey Arturo. Piedrecillas y conchas metidas en un cuenco desportillado, algunas monedas de cobre, una vieja punta de flecha —antigua incluso entonces—, trozos de cuerda, la daga que había utilizado para tallar... y con la que había grabado su nombre en la piedra.

Una vez más pasó los dedos, dibujando el nombre que el muchacho había grabado con tanto esfuerzo.

DOYLE MAC CLEIRICH

Debajo había hecho su mejor grabado de un dragón, pues había adoptado el dragón como su símbolo.

—Ay, vaya —murmuró, y se dio la vuelta. La luz de su linterna iluminó la depresión en la pared de frente y el diminuto fardo de tela impermeabilizada—. ¿Después de tanto tiempo?

Se acercó, lo sacó y desenrolló. Dentro estaba la flauta que con esmero había hecho con una pequeña rama de un castaño. Había imaginado que era mágica, elaborada para él, y solo para él, para invocar al dragón. El dragón que por supuesto había salvado de una muerte segura. El que se había convertido en su amigo y compañero.

Ay, volver a ser niño, pensó, con semejante fe y un sinfín de sueños.

Se llevó la flauta a los labios, colocó los dedos en los agujeros y probó. Para su sorpresa y alegría, de esta surgió una afinada melodía. Tal vez sonara triste en la resonante cueva, pero sincera.

Se permitió esa sensiblería, volvió a enrollarla en la tela y se la guardó en el bolsillo.

El resto podía seguir allí, pensó. Algún día, otro muchacho aventurero podría encontrar los tesoros y maravillarse.

Escaló de nuevo, dejando atrás la cueva, los recuerdos, el mar.

Sawyer le paró cuando saltó el muro.

—¡Eh! ¿Has bajado?

—Estaba echando un vistazo.

Sawyer se echó la gorra hacia atrás, se asomó y miró abajo.

—Muy escarpado. Yo también he estado echando un vistazo... en un terreno más llano. ¿Qué te parece si instalamos las dianas allí?

Doyle siguió la dirección que señalaba.

—¿Delante de esos jardines?

—Sí, bueno, en realidad no puedes escapar de los jardines, a menos que nos instalemos en el bosque. Podríamos hacerlo, pero esto está más escondido. Tenemos mucho terreno, pero por lo que he podido ver, la gente puede deambular y algunos lo hacen. Aquí atrás, el ruido del agua enmascarará los disparos.

—Me parece bien que esté más escondido, aunque sospecho que Bran se conoce la zona de sobra y sabe que nadie causará problemas. —Aunque él también se conocía bien el terreno, pensó Doyle—. Hay más espacio para desperdigarse al otro lado de la casa y podemos utilizarlo para otro tipo de entreno. Pero este servirá para practicar con las armas.

—Muy bien. Parece ser que Riley nos ha conseguido el barco y el equipo.

—¿De veras?

—Tiene contactos. Quiero echar un ojo a los mapas, pero he explorado la zona general y he tanteado el terreno.

—Así que puedes traernos de vuelta aquí de dondequiera que tengamos que

ir.

Sawyer levantó los pulgares.

—Sin problemas. Parece ser que Sasha está dibujando a partir de las notas que Riley y tú habéis sacado del diario, con la esperanza de que... —Hizo girar los dedos en el aire—. No sé cómo funciona eso. Y por lo visto a ti y a mí nos tocan las armas, así que ya que hemos elegido el lugar para las prácticas de tiro, podemos prepararlo.

—Después de una cerveza.

—Eso no te lo voy discutir.

Lo cierto era que a Doyle le resultaba difícil discutir con Sawyer. Era un hombre afable, astuto como un zorro, de una lealtad inquebrantable y podía darle a una mosca a más de dieciocho metros de distancia.

Entraron por el vestíbulo y fueron a la cocina, donde flotaba el tentador olor de lo que fuera que Sasha estuviera removiendo en la olla que tenía puesta al fuego mientras Riley observaba.

—¡Guau! —Dado que a Sawyer le interesaba cocinar tanto como comer, se acercó a ella—. ¿Qué es?

—Estofado a la cerveza Guinness. He encontrado un par de recetas por internet y he estado jugueteando con ellas. Creo que va a salir rico.

—Tiene una pinta estupenda. Nosotros vamos a por una cerveza. ¿Te apetece un vino?

—Me parece que ya es hora, gracias. Me he estado ocupando de esto y dibujando. Creo que he tenido más éxito con el guiso que con... —Se volvió y vio que Doyle había cogido su cuaderno de dibujo—. Cuesta estar segura de si me he acercado siquiera, teniendo en cuenta que me baso más o menos en descripciones generales. —Al ver que él no decía nada, se acercó y, al igual que él, estudió uno de sus dibujos de Arianrhod—. No puedo saber si la he hecho hermosa porque al narrador se lo parecía. Desconozco la forma de su

cara o el largo de su pelo y cómo lo llevaba, la forma de sus ojos. Supongo que simplemente me he guiado por el instinto.

—¿Esto es tu instinto?

La crudeza de su voz hizo que le mirara alarmada. Vio la misma crudeza en sus ojos.

—Sí. ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre?

—Tío. —Sawyer se acercó y puso una mano en el brazo de Doyle—. ¿Estás bien?

—Yo mismo leí cómo la describía. Riley tomó notas para ti mientras yo leía. Y ¿es así cómo has dibujado a la diosa?

—Sí, Arianrhod. Es lo más parecido que puedo imaginar. Así... así es como la he visto basándome en las notas. ¿Por qué?

—Porque... has dibujado a mi madre. Lo que has dibujado en tu cuaderno es el rostro de mi madre.

Agridulce. Ese era el término que se usaba, ¿no?, pensó Doyle mientras contemplaba el dibujo. Todas aquellas sensaciones contradictorias retorciéndose y entrelazándose, hasta que se fundían en una única y trémula emoción.

Jamás había logrado entenderlo tan bien hasta ese momento.

Cuando se obligó a apartar y levantar la mirada, vio que le habían rodeado. Sawyer estaba a su espalda, las mujeres a ambos lados.

Tuvo que reprimir el instinto de apartarse.

—No voy a preguntar si estás seguro porque es evidente que lo estás —dijo Riley con tacto—. Sasha ha dibujado a tu madre a partir de la descripción de Arianrhod.

Otra batalla interna; sostenerle la mirada a Riley, impedir que todo se descontrolara.

—Mi madre podría haber posado para este retrato.

—Hay otros. —Sacha pasó las páginas de su cuaderno de dibujo. De perfil, de frente, de cuerpo entero.

Doyle se obligó a coger el cuaderno y a hojearlo como si no significara nada... personal. Pero, por Dios, incluso la media sonrisa de aquel dibujo, la que decía: «Sé que has estado tramando algo».

El vivo retrato de su madre.

—No vestía de forma tan... elegante y normalmente se hacía una trenza o

llevaba el pelo recogido, pero podrían ser dibujos de ella cuando era joven.

—¿Es posible que Sasha..., ya sabes..., captara los recuerdos de Doyle? No a propósito —se apresuró a añadir Sawyer—. Que simplemente los sintiera.

—No lo creo. De verdad que no. Doyle no estaba cerca cuando estaba dibujando estos y me he basado en las notas de Riley.

—Yo tengo una teoría.

Doyle miró a Riley.

—Cómo no.

Antes de que pudiera decir nada, Annika llegó con Bran, riendo.

—Me gusta ayudar a hacer magia. Me gustaría... Ah, hola. —Su pronta sonrisa se esfumó cuando se fijó en las caras de sus amigos—. Algo ocurre. ¿Tenemos que pelear?

—No, ahora no, pero es bueno que estemos todos aquí. Podemos hablar de todo esto de inmediato. —Sasha tendió una mano a Bran—. Sentémonos en el salón junto a la chimenea.

—Siempre que haya cerveza de por medio, estoy dispuesto. —Mientras le asía la mano, Bran miró los dibujos—. ¿Qué es esto? ¿Es que has sacado algunas fotos antiguas?

—¿Qué? No, yo...

—Esta es mi abuela..., la madre de mi madre; es su vivo retrato. Bueno, cuando tenía unos veinte años. —Notó la mirada severa de Doyle cuando cogió el cuaderno de dibujo—. ¿Qué pasa?

—Es el sonido de mi teoría al llevarse el puñetero premio gordo —comentó Riley—. Tu abuela, la madre de Doyle. —Tocó el dibujo con el dedo—. Arianrhod.

—Entiendo. —Bran asintió y miró de nuevo el dibujo—. Tengo la sensación de que me he perdido muchas cosas.

—Es muy hermosa. —Annika se colocó para poder ver mejor—. Es la

madre de Doyle, la abuela de Bran, ¿y también una diosa? No entiendo cómo es posible.

—Me parece que no. —Sawyer rodeó la cintura de Annika con un brazo—. Vamos a por una copa de vino para ti y a poner a todos al día.

Cuando se acomodaron en el salón, con el fuego crepitando y una copa en la mano, Riley se quedó de pie. No solía impartir clases y menos aún dar conferencias, al menos no de manera formal, pero, cuando lo hacía, sabía tocar los puntos relevantes.

—Voy a resumirlo, pero antes, Bran, tú has leído el diario de tu antepasado que me diste.

—Por supuesto. Aunque es posible que esté escrito de manera florida, proporciona un relato de primera mano sobre el nacimiento de la nueva reina y el tiempo que pasó en la isla. Puede que lo haya inflado un poco.

—No entiendo.

—Es una expresión —le dijo Sawyer a Annika—. Luego te lo explico.

—Así que sabes que afirma que se acostó con Arianrhod... las tres noches que estuvo en la isla.

—Bueno, hasta las diosas y los hechiceros tienen necesidades y estaban de fiesta. No... Ah, entiendo. —Bran se recostó, levantó su cerveza e hizo un gesto con la cabeza a Doyle—. Quería un hijo..., un hijo mágico.

—Linaje —dijo Riley—. Un hijo al que un día pudiera enviar a Irlanda para continuar con la estirpe. Algunos descendientes de ese hijo se instalaron aquí mismo; otros emigraron. Tu familia está en Sligo.

—La mayoría sí —convino Bran—. Y la abuela de mi abuela era de Clare, una bruja de Quilty. No queda lejos de aquí, en línea recta. Así que encaja muy bien, ¿no te parece? ¿Hermano?

Doyle contempló su cerveza con aire pensativo.

—No sé de ninguna bruja en mis antecedentes familiares. Y no nací siendo

inmortal.

En cuanto a Riley, dado que el dolor de Doyle se filtraba por el escudo de hierro que había creado, podría haberse compadecido de él. Pero tenía que insistir.

—¿Nunca comentaron alrededor de la hoguera nada sobre un pariente con el don de la clarividencia o el poder de sanar, de hablar con los animales?

Doyle se removió y le lanzó una mirada irritada.

—Siempre hay habladurías. Y esto es Irlanda, así que...

—Las habladurías se basan en algo. De todas formas, no vas a discutir los hechos. Sasha ha dibujado a Arianrhod y el parecido con tu madre, con la abuela de Bran, es innegable. Los seis estamos conectados. Sasha nos conectó a cada uno cuando aún estaba en Estados Unidos, dibujando y pintando las visiones que no quería tener. Todos vinimos a Corfú al mismo tiempo. Todos nos juntamos. Bran y tú tenéis las mismas raíces, plantadas la noche de las estrellas en la Isla de Cristal. Y también todos nosotros.

—¿Descendemos todos de ella?

—Hay tres diosas. Dudo que pusieran todos sus huevos..., nunca mejor dicho..., en una sola cesta. Una gran celebración, muchas personas mágicas. Imagino que montones de hombres que se ajustaban a sus necesidades. Teriántropos, viajeros, sirenas y tritones.

—Arianrhod acudió al antepasado de Bran la noche de las estrellas, la misma en que Nerezza las maldijo —prosiguió Riley—. La noche que las diosas comprendieron que se habían sembrado las semillas del..., digamos..., infortunio. Así que tomaron medidas para engendrar y crear guardianes. Los seis. Nosotros.

—Seis que tuvieran su sangre —declaró Bran.

—Muy diluida, aunque tienes que reconocer que es guay —comentó Sawyer—. Tenemos sangre de diosas, tío.

—¿Nos utilizaron ya entonces? —preguntó Doyle, mientras la más candente indignación atravesaba la pena—. ¿Sellaron nuestros destinos? ¿Decidieron que mi hermano tuviera una muerte agónica antes de convertirse en un hombre para que a mí pudieran maldecirme con la inmortalidad?

—No lo creo. —Para contrarrestar su ira, Riley habló de manera enérgica—. No digo que los dioses no puedan ser crueles, pero tampoco creo que pulan los detalles. Tú te las habrías visto, de una u otra forma, con una fuerza que te hubiera convertido. Es posible que Sasha hubiera aceptado su don toda su vida, pero igualmente habría acabado en Corfú. Yo también, aunque hubiera optado por escribir y enseñar en vez decantarme por el trabajo de campo.

»Pero sí, nos utilizaron —dijo al cabo de un momento—. Nos dieron algo de ellas y esa parte de su sangre puede que haya influido para que nos juntemos todos, para que sigamos unidos y corramos el peligro que corremos.

—Y ¿no crees que nos ha ayudado a derrotar a Nerezza? —Sasha miró a Riley a los ojos—. Tú lo crees y ahora yo también. Lo siento mucho, Doyle, y ojalá lo hubiera sabido o percibido antes de que vieras el dibujo. Ojalá hubiera habido una forma de prepararte.

—Tú no tienes la culpa. Leí la puñetera descripción y no até cabos. —Ahora se preguntaba por qué no se había percatado, pero no había marcha atrás—. No me gusta la idea de que un trío de diosas iniciara mi linaje por interés propio.

—Puedes hablar del asunto con ella cuando encontremos la isla. —Riley se encogió de hombros—. Como son diosas, es muy probable que todavía estén cerca. Y creo que todo apunta a que vamos a encontrar la isla desde aquí, que va a estar cerca de estas costas, igual que hizo el antepasado mutuo de Bran y de Doyle.

—Puedo ir a nadar y mirar. —Annika se arrimó a Sawyer—. Sawyer me ha dicho que me llevará esta noche para que pueda nadar. También puedo mirar.

—Puedes hacerlo, pero no creo que vaya a ser tan fácil.

—Y no es el momento —añadió Sasha—. No, no es una visión, solo es de lógica. No hay razón para que la isla se revele hasta que tengamos la última estrella.

—Estoy de acuerdo. —Riley se sentó en una silla, dejó caer los hombros y se estiró—. Seguramente tengamos un poco de tiempo antes de que Nerezza nos ataque, así que no deberíamos malgastarlo.

—El entrenamiento empieza mañana al alba —dijo Doyle.

—Muy bien. Y he arreglado lo del barco y el equipo. ¿Te conoces estas aguas, Anni?

—No muy bien, pero nadaré y miraré. Buscaré cuevas.

—Vale. Así que Annika va a explorar. Yo me ocupo del equipo y Bran ya está elaborando más suministros mágicos.

—Doyle y yo vamos a instalar el campo de tiro —intervino Sawyer.

—Y yo terminaré de preparar la cena y probaré a dibujar un poco más.

—Yo voy a pillarme temprano un tazón de esa sopa —le dijo Riley—. Prefiero no volver a apurar tanto y esperar a estar tan cerca de la transformación. Bran, ¿hay algún modo de que puedas hacerle algo a una de las puertas para que así pueda volver a entrar sin ayuda?

—Pues sí y debería haberseme ocurrido a mí. Lanzaré un encantamiento a la de la cocina para que solo tengas que acercarte a ella.

—Gracias. A menos que alguno tenga algo más que decir o me necesite, me voy un rato al gimnasio.

—¿Has oído que hay entrenamiento al amanecer?

Riley le brindó una sonrisa a Sasha.

—No es lo mismo. Oye, vente conmigo. Haremos unos levantamientos.

—Yo voy a levantar una cuchara de madera para remover la sopa.

—Voy contigo. —Annika se puso de pie de un brinco—. Me gusta el

gimnasio con espejos.

—Sí, lo sé. Vamos.

—¿Qué vamos a levantar? —preguntó Annika mientras seguía a Riley afuera.

—Seguro que descubre la manera de hacer que levantar pesas sea un juego.

Sawyer sonrió al tiempo que la veía marcharse, se dispuso a beber un trago de cerveza y pilló la mirada de Sasha.

—Tengo que hacer una cosa —decidió—. Vuelvo en un par de minutos para montar los blancos, Doyle.

—Quiero un cuaderno nuevo.

Sasha se levantó y salió de la habitación con él, dejando a Doyle y a Bran solos.

—Mi abuela está viva —comenzó Bran—. Anda ocho kilómetros todos los días, llueva o haga sol, tiene una gata que se llama Morgana, le da la tabarra a mi abuelo por sus puros y de vez en cuando se toma un whisky. Lo voy a pasar muy mal cuando le llegue la hora. —Hizo una pausa para reflexionar—. Mi familia viene aquí de vez en cuando y vino mientras construía esta casa. Mi abuela recorrió conmigo el esqueleto de la casa en las primeras fases. Me dijo: «Muchacho, has elegido bien. Este lugar ha conocido el amor y la pena, la risa y las lágrimas, como casi todos. Pero este más que la mayoría. Tú honrarás eso al tiempo que la haces tuya».

—¿Es clarividente?

—No, no lo es. Como es natural, es bruja, pero no tiene el don de la clarividencia. Lo percibió, creo que percibió lo que aquí hubo, igual que yo. Algo que llamaba a la sangre. La tuya llamando a la mía. —Bran se inclinó hacia su amigo, hacia su hermano—. Perdiste a tu familia, Doyle, a algunos miembros por crueldad, a otros por el orden natural de las cosas. Quiero decirte que aún tienes familia.

—¿Quiera o no?

Bran tan solo sonrió.

—Bueno, eso no se puede elegir, ¿verdad?

Tenía que reconocer que había congeniado con Bran más rápido y con más facilidad de lo que había congeniado con nadie últimamente, incluso hasta donde alcanzaba a recordar. Ahí había algo que simplemente le había llamado, pensó Doyle.

En la sangre.

—Había dejado de desearlo. De desear tener familia —dijo Doyle—. Es pura supervivencia. Aun con todo tu poder no sabes lo que es ver siglos de amaneceres, saber cada anochecer que no habrá un final para ti, pero que sí lo habrá para todo el que te importa. Si dejas que alguien te importe.

—No puedo saberlo —convino Bran—. Pero ahora sé lo que también importa. Tenemos la misma sangre y, antes de que lo supiéramos, éramos compañeros y amigos. Te he confiado mi vida y la vida de la mujer a la que amo. Volvería a confiártelas de nuevo. No hay un vínculo más estrecho.

La amargura de aquella sensación agrisulce aún estaba bien asentada en su estómago.

—Las diosas, el destino, me han traído de nuevo aquí.

—Pero no solo.

Doyle asintió despacio y clavó la mirada en los ojos negros de Bran.

—No, hermano, solo no. Así que fue aquí donde esto comenzó para mí. Puede que sea aquí donde lo terminemos.

Riley se llevó un tazón de sopa a su cuarto cuando cayó la tarde. Se lo comió mientras investigaba un poco más. A lo largo de los años, había estado en

Irlanda, y en esa parte de Irlanda, muchas veces en excavaciones. Con sus padres, de niña, mientras estudiaba.

Había cuevas en tierra y submarinas, ruinas y círculos de piedra. Hasta que leyó el diario se había inclinado porque la estrella estaba en Clare o en sus alrededores..., aunque se había abierto a la posibilidad de que cayera en otra parte de Irlanda.

Pero ahora estaba segura de que la estrella estaba en Clare.

La Estrella de Fuego estaba en una cueva bajo el mar. Parte de una roca en una cueva subterránea. Había llamado a Sasha.

La Estrella de Agua, también en el agua, aunque en esa ocasión era parte del agua, esperando a que Annika encontrara la estatua de la diosa y le devolviera de nuevo su brillante forma azul.

La pauta sugería de nuevo el agua. Una cueva o caverna en las frías aguas del Atlántico, cerca de la costa. Hielo, frío. Eso también encajaba.

¿Cantaría o llamaría como habían hecho las otras estrellas? ¿Quién la oiría? Por ahora, apostaba por Doyle. Posiblemente Bran, pero era Doyle quien tenía raíces más profundas allí.

Solo por si acaso, estaría pendiente de él.

Annika iba a explorar en el mar, como solo podía hacerlo una sirena. Y mientras lo hacía, Riley decidió que ella indagaría a su manera; en libros, por internet, en mapas.

Como mínimo, podían empezar a hacer descartes. Si Sasha tenía una o dos visiones para señalarles un rumbo, proporcionarles unas miguitas de pan, mucho mejor, aunque en su opinión, nada sustituía la investigación y la acción basada en esta.

Se quedó absorta, pero esa vez, teniendo en cuenta las prisas para desnudarse antes de la transformación, había puesto la alarma del móvil para salir diez minutos antes de que anocheciera.

Cuando sonó, apagó el portátil, cerró sus libros y abrió las puertas de la terraza.

No vio ni rastro de nada ni de nadie. En las mejores circunstancias, prefería realizar la transformación en la intimidad. No solo por modestia —aunque, ¡oye, eso contaba!—, sino también porque era algo personal.

Su derecho de nacimiento, su don. Un don que ahora creía relacionado con las tres diosas. Quizá escribiera un artículo sobre ello, pensó mientras se desvestía, y se lo enviara al consejo. Era posible que alguien tuviera más información al respecto. Información que podría añadirse al conjunto.

Desnuda, se sentó en el suelo delante de la chimenea mientras el sol se ponía por el oeste, sobre el frío océano Atlántico.

Lo sintió aproximarse, sintió la descarga, la emocionante inevitabilidad. Latigazos de energía, las primeras punzadas de dolor. A solas, a salvo, se dejó arrastrar, lo asumió, lo aceptó.

Sus huesos cambiaron, se elongaron. Dolor, presión y una especie de regocijo.

Se le arqueó la columna al ponerse a cuatro patas, al tiempo que el oscuro pelaje cubría su carne.

Olió la noche, el fuego, el humo, su propio sudor.

Y con la noche llegó el feroz júbilo.

«Soy yo.»

La loba se hizo carne y, dentro de ella, la mujer estaba exultante.

Libre y llena de fiereza, atravesó corriendo las puertas abiertas y saltó la barandilla para sumergirse en el fresco aire nocturno, en la floreciente oscuridad.

Y aterrizó en la tierra, con el cuerpo rebosante de una tremenda energía. Echó la cabeza hacia atrás y aulló al cielo, internándose a continuación en las densas sombras del bosque a toda velocidad.

Podía correr kilómetros y a menudo lo hacía durante la primera hora. Olió a ciervo, a conejo, a ardilla, y cada olor era tan característico y nítido como una fotografía.

Aunque hubiera estado famélica, ni cazaba ni se alimentaba. La loba hacía ayuno.

Se mantenía entre los árboles, alejándose de forma instintiva cuando captaba el olor del hombre o de un tubo de escape, cuando oía el rugido de un coche en una carretera. Aunque ellos vieran solo a una loba..., que muchos tomarían por un perro grande.

Los licántropos no eran como en las películas de terror, sembrando el caos con sus peludas patas, sus caras aterradoras y sus ojos enloquecidos, desesperados por desgarrar la garganta de los caprichosos seres humanos.

Por mucho que le encantara la cultura popular, la mayoría de las películas y los libros sobre hombres lobo la ponían de muy mala leche.

Independientemente de cuales fueran las raíces de esa creencia popular, hacía mucho que las habían arrancado, cuando los licántropos se civilizaron, cuando se establecieron las reglas. Y a cualquiera que quebrantara dichas reglas sagradas se le perseguía y castigaba.

Por fin redujo la velocidad, pues había consumido la desbocada energía para así poder caminar y disfrutar de la noche. Exploraba a medida que avanzaba. Quizá el bosque contuviera secretos y pistas.

Un búho ululó, llamando a su compañera nocturna. Cuando levantó la vista, vio que sus ojos brillantes la miraban. La blanca luna llena reinaba en lo alto, por encima de los árboles. Lanzó su propia llamada solo una vez, honrándola, y acto seguido dio media vuelta para emprender el camino de regreso a la casa de Bran en el acantilado.

Podría haber estado horas corriendo y explorando, pero pronto amanecería y necesitaba descansar antes de eso. Pensó en su familia, en su manada, tan

lejos de allí, y los echó de menos con todo su corazón. Sus olores, sus sonidos, ese vínculo primario.

Vio las luces entre la espesura, captó el olor a humo de turba, a rosas. Todo el mundo estaría ya dormido, pensó, pero habían dejado alguna luz encendida para ella. Algo innecesario, claro, aunque muy considerado.

Volvió la vista hacia atrás, tentada de echar una carrera más, y vio al búho descender en picado sobre el sendero, con las alas desplegadas bajo la luz de la luna. Aquello la atraía, igual que la noche. Estuvo a punto de dar media vuelta y echar a correr, pero percibió otro olor.

Aquello también la atraía.

Así que fue hacia la linde del bosque y escudriñó las sombras donde se encontraba Doyle, en el cementerio de su familia.

Soplaba un débil viento, suficiente para agitar su largo abrigo mientras estaba allí, de pie, inmóvil como una estatua bajo la lluviosa y azulada luz de la luna. Su cabello, negro como la noche, enmarcaba un rostro endurecido por la barba de unos cuantos días.

En forma de loba, cuando todo se agudizaba, sintió el deseo que en otras circunstancias era capaz de reprimir. Podía imaginarse sus manos sobre ella, las suyas sobre él, con sus cuerpos enredados de manera apasionada, sucumbiendo al instinto animal y tomando, tomando en medio del frenesí, hasta saciar sus necesidades.

Y al ceder a la imaginación, esas necesidades la desgarraron por dentro.

Se estremeció, conmocionada y furiosa por su intensidad, por su incapacidad para volver a reprimirlas.

Al final iba a volver a correr, pensó, pero antes de que pudiera moverse, él se giró, con la espada que llevaba a la espalda desenfundada y presta.

Clavó los ojos en los suyos. Los perspicaces ojos de Riley captaron en los

de él vergüenza primero y después irritación antes de que Doyle pudiera controlarse.

—Tienes suerte de que no tuviera la ballesta. Podría haberte disparado una flecha. —Bajó la espada, pero no la enfundó—. Creía que ya estarías dentro. Es más de la una de la madrugada.

Como si tuviera toque de queda.

—Bran se ha ocupado de la puerta para que puedas entrar sin ayuda de nadie. Y ya que a ti no se te ocurrió, Sasha te abrió la puerta de tu habitación y cerró las de tu terraza.

Doyle quería que se marchara, podía verlo con toda claridad, y ella prefería darle lo que deseaba, pues también quería lo mismo. Pero parecía muy solitario allí de pie, con la espada brillando en su mano y su familia sepultada a sus pies.

Se aproximó a él entre las lápidas, sobre la desigual hierba.

—No busco compañía —comenzó, pero ella se quedó ahí, de pie, igual que él, contemplando la tumba. Había crecido liquen en la lápida, tan bonito como las flores de abajo.

AOIFE MAC CLEIRICH

—Mi madre —dijo Doyle cuando ella se sentó a su lado—. Volví y me quedé hasta que ella murió. Mi padre, que está ahí, a su lado, falleció dos años antes que ella. Yo no estuve aquí para apoyarla cuando le perdió. —Volvió a guardar silencio y por fin envainó la espada—. Al menos no puedes llamarme tarugo ni discutir. —Doyle enarcó las cejas al ver que ella giraba la cabeza y le miraba con frialdad—. Es lo que haces a la menor oportunidad. Ahí puedes ver que tenía sesenta y tres cuando murió. Una edad avanzada para la época en la que vivía, para una mujer que había dado a luz a siete hijos. Sobrevivió a

tres de ellos y cada uno de los que abandonaron este mundo le dejó un vacío en el corazón. Pero mi madre era fuerte. Era una mujer fuerte.

»Era hermosa —añadió—. Tú misma lo viste por el dibujo de Sasha. Pero no es esa la imagen de ella que he llevado conmigo todo este tiempo. Es la de una mujer anciana y enferma, lista para pasar página. No sé si es bueno o no que esa imagen la sustituya otra de joven, llena de vida y hermosa. ¿Acaso importa?

Riley se arrimó un poco a él, mostrándole cierto consuelo. Doyle posó la mano en su cabeza sin pensarlo. Y ella se lo permitió.

—Creo que hay vida más allá de la muerte. Con todo lo que he visto no tengo más opción que creerlo. Y saberlo es para mí un infierno. No puedo llegar ahí, pero es bueno saber que ellos sí. O a veces lo es. Es más fácil no pensar en ello. Pero hoy... —Se interrumpió un instante y tomó aire—. Mira ahí; Annika ha dejado unas flores y las ha colocado en forma de corazón. Joder, Sawyer es un hombre con suerte. Disfrutará de una vida llena de dulzura. Annika vino a presentar sus respetos, a prodigar su ternura y a honrarles de esta forma. ¿Cómo no iba a venir yo aun sabiendo que no están aquí? —Bajó la mirada a su propia mano durante un instante y enseguida la apartó de la cabeza de Riley y se la metió en el bolsillo—. Necesitamos dormir. Pienso daros una paliza por la mañana. —Esbozó una sonrisa al oír que ella soltaba un bufido—. Me tomaré eso como un desafío.

Doyle se giró con ella, regresaron a la casa y entraron, apagando la luz de la cocina al pasar.

Subieron las escaleras los dos en silencio.

Ella se desvió hacia su habitación, lanzándole una última mirada antes de empujar la puerta para que se cerrara.

Doyle se fue a la suya, preguntándose por qué había hablado tanto, por qué

se había sentido obligado a decir tantas cosas. Y por qué ahora sentía el corazón más ligero por haberlo hecho.

Una vez en su dormitorio, abrió las puertas a la noche y encendió la chimenea por el simple placer de disfrutar del fuego más que por la necesidad de calor. Apoyó la espada junto a la cama para tenerla a mano, con la ballesta y un carcaj con flechas, tal y como tenía por costumbre.

No esperaba problemas esa noche, pero era del todo partidario de estar siempre preparado para lo inesperado.

Se desvistió y apagó la luz. Se tumbó en la cama, con la luna y el fuego como iluminación, y se permitió divagar durante un momento. Pero dado que sus pensamientos giraban en torno a la loba y a la mujer que moraba en su interior, los bloqueó con la misma facilidad con que había apagado las luces. Con la destreza de un soldado, se obligó a dormir.

Soñaba a menudo. A veces sus sueños le devolvían a la infancia; otras, a las guerras, y en ocasiones más placenteras le llevaban con las mujeres. Pero los que le atormentaban mientras dormía ardían con intensidad. La guarida de la bruja, la sangre de su hermano, el impactante dolor de la maldición que le lanzaron y que durante un agónico momento pareció abrasarle por dentro.

Campos de batalla sembrados de muertos, muchos de ellos por su propia mano. El hedor de la guerra, siempre el mismo independientemente del siglo, las armas, el campo. Sangre, muerte, miedo.

La primera mujer a la que se permitió amar un poco, muriendo en sus brazos, y el hijo que nació muerto y que provocó el fallecimiento de esta. La segunda mujer con la que se había arriesgado un siglo después, envejeciendo y sumiéndose en la amargura por ello.

Morir y el dolor que causaba. Resucitar y el dolor que conllevaba.

Nerezza, la búsqueda por todo el mundo y a través del tiempo. Luchar con los cinco en los que confiaba. Más sangre, más miedo. Un enorme coraje.

El tajo de la espada, la letal balada de un rayo, el estruendo de las balas. El grito de criaturas salidas del infierno de la diosa oscura.

La loba de belleza deslumbrante y con unos ojos del color del potente whisky.

La mujer, brillante y valiente, avispada y rápida.

Aquellos ojos... le obligaban a hacerse preguntas.

La loba se acurrucaba a su lado; una compañera en la noche. Cálida, suave, le aportaba una extraña sensación de paz. El amanecer llegó envuelto en intensos tonos rojos y dorados, desplazando a la luna a base de color y de luz. La loba aulló una vez.

Un sonido agridulce.

Y se transformó. Carne y extremidades, pechos y labios. Ahora una mujer, con su disciplinado y terso cuerpo desnudo contra el suyo. El olor del bosque impregnado en su piel, una invitación impresa en sus ojos.

Ella rio cuando se colocó encima. Gimió cuando se apoderó de su boca, clavándole las uñas en la espalda. Tomó sus pechos firmes y perfectos en las manos, suaves como la seda contra sus ásperas palmas. Sabía a verdor y naturaleza.

Sus fuertes piernas le rodearon cuando arqueó la espalda, pidiendo más. Así que la penetró sin cesar, con fuerza, con rapidez, hundiéndose en su prieta humedad mientras aquellos ojos —los de la loba, los de la mujer— le miraban.

Los condujo a ambos a la locura. No mostró piedad, hasta que...

Despertó en la oscuridad, duro como una piedra y solo.

Lo último que necesitaba era tener sueños eróticos con una mujer que no paraba de fastidiarle la mitad del tiempo como protagonista. Hasta que concluyera aquella misión, tenía que mantener la mente y el cuerpo

concentrado en las estrellas, en derrotar a Nerezza o en asegurarse de que los cinco con los que luchaba sobrevivían.

Cuando aquello terminara, buscaría una mujer para disfrutar de una noche de sexo impersonal y sin complicaciones. Y después...

No era necesario que pensara a más largo plazo.

Inquieto, irritado, se levantó de la cama; no habría soñado con ella si no hubiera estado con él en el cementerio.

Podía oler el amanecer, verlo aproximarse en la incipiente claridad. Desnudo, fue hasta las puertas abiertas y salió en busca de aire fresco y húmedo.

Se volvió al oír un débil sonido y se preparó, listo para lanzarse a por su espada. Sasha estaba en la terraza que daba al mar con su caballete y una de las camisas de Bran encima de su fino camisón. Bran, ataviado solo con unos vaqueros, se detuvo detrás de ella mientras la luz de su dormitorio los iluminaba.

Doyle pudo ver la intensidad que dominaba el rostro de Sasha mientras pasaba el carboncillo por el cuaderno de dibujo.

Bran bajó la mirada y ladeó la cabeza.

—Te conviene ponerte unos pantalones —dijo, alzando la voz—. Parece que vamos a empezar el día con visiones.

—Despertaré a los demás.

Se vistió con rapidez y, teniendo en cuenta el comienzo del día, cogió su espada antes de ponerse en marcha. Llamó a la puerta de Riley de manera enérgica, recordó que el sol aún no había salido, aunque lo haría en cualquier momento, y se limitó a abrir.

La loba estaba frente a los rescoldos de la chimenea, tiritando. Y profirió un grave gruñido de advertencia.

—Ahórratelo —espetó Doyle—. Es Sasha. No, está bien —añadió cuando

la loba se preparó para salir a toda prisa de la habitación—. Está pintando. Bran está con ella. Sasha...

Se interrumpió cuando la loba echó la cabeza hacia atrás y profirió un prolongado gemido. Sus ojos mantuvieron su fiereza, clavados en los de él, destilando ira. Pero debajo había una impotencia que hizo que Doyle retrocediera. Aunque le parecía fascinante presenciar la transformación, cerró la puerta para concederle intimidad.

Oyó el aullido, una mezcla de dolor y de júbilo, mientras se encaminaba toda prisa a despertar a los demás.

Dado que no veía razón para esperar al resto, Doyle fue directo al dormitorio principal de la torre. Este daba a una elegante sala de estar, cuyas puertas a la terraza con vistas al mar estaban abiertas.

Bran giró la cabeza para mirarle.

—Se despertó, o dejó de dormir, solo unos minutos antes de que tú salieras. Dijo que necesitaba su caballete. Conseguí ponerle una camisa por los pelos antes de que bajara aquí y empezara..., hace mucho frío. —Indicó a Doyle que se acercara más y luego señaló una mesa que había en la terraza—. Ya ha hecho estos.

Doyle estudió los dibujos a carboncillo a la escasa luz. Otro de Arianrhod, en esa ocasión ataviada como una guerrera y con una espada a la cadera. Los otros debían de ser de Celene y de Luna. Una era una belleza morena, también vestida para la batalla, con un arco en la mano; la otra era hermosa como un amanecer, con una paloma en el hombro y una espada en la mano.

En la morena vio cierto parecido con sus hermanas, la mayor y la pequeña, y sintió la intensa punzada de siempre. Y con el hermano que perdió en la otra, con un rostro tan dulce y unos ojos tan llenos de bondad.

Se dijo que estaba intentando convencerse a sí mismo. Tan seguro como que las lápidas de su familia se alzaban en la tierra. Retrocedió cuando oyó entrar a Sawyer y a Annika.

—¿Ha dicho alguna cosa? —Sawyer, todavía despeinado, se acercó a echar

un vistazo por encima del hombro de Sasha.

—Como puedes ver, está enfrascada en sus dibujos —le dijo Bran.

Sawyer se giró hacia la mesa junto con Annika.

—¡Oh! —Annika juntó sus manos—. Es mi madre. Quiero decir que es mi madre igual que esta es la de Doyle. Mi madre es así.

—Una madre —se percató Sawyer—. Tú te pareces a la otra.

—¿De veras?

—Los ojos. Tienes los mismos ojos que la rubia. Y he de decir que la rubia se parece mucho a mi abuela..., o a las fotos que he visto de ella cuando era joven. Era un bombón.

—Entonces tu abuela y mi madre son gemelas —dijo Riley, que estaba detrás de Sawyer—. Yo diría que mi teoría está más que confirmada. Cada uno de nosotros..., ya que cuando Sasha termine, uno de esos le sonará seguro..., descendemos de una de ellas.

—Creo que es algo más.

Riley miró a Doyle.

—¿Más?

—Este podría ser un dibujo de dos de mis hermanas; el parecido no es tan exacto como el de Arianrhod con mi madre, con la abuela de Bran, pero es sorprendente. ¿Y este? ¿El que, como dices tú, os suena a Sawyer y a ti? Es mi hermano Feilim.

—Qué interesante. Propongo que los examinemos cuando haya más luz y Sasha haya terminado. —Dicho eso, Riley cogió uno de los bosquejos—. Y veremos si hay más cruces.

—¿Qué? —Sawyer se rascó la cabeza—. ¿Todos somos primos?

—¿Teniendo en cuenta que puede que haya pasado un milenio desde que el árbol genealógico de esta familia echó raíces? Sí, me decanto por lo del cruce.

—Qué bonito. —Annika abrazó a Riley y después a Doyle—. Ahora somos

incluso más familia.

—Llevamos la misma sangre —dijo Sasha mientras por el este la luz se abría paso en el cielo—. Engendrados y nacidos en la Isla de Cristal, amamantados y cuidados por las madres, por las diosas, y enviados de un mundo a otro. Concebidos con las estrellas, nacidos con la luna, ofrecidos y entregados como un presente. Adondequiera que nos lleven los vientos del destino, unidos, sangre de la sangre, mil años más dos desde la caída.

»La Estrella de Hielo aguarda, congelada en el tiempo y en el espacio. Se acerca el día en que los mundos queden paralizados durante cinco latidos del corazón. Fuego para ver, agua para sentir, hielo para luchar, para ocupar su lugar cuando el Árbol de Toda Vida florezca una vez más. —Anegada por las visiones, Sasha alzó la mano hacia el cielo del este—. Y ella espera, débil y helada, atendida por su criatura. Espera y reúne oscuros poderes para atacar al corazón, a la mente y al cuerpo. Su cólera sacudirá este mundo como un terremoto. Buscad el pasado, abrid el corazón. —Bajó la mano y se la llevó al pecho—. Seguid su camino. Su luz es vuestra luz. Os espera. Los mundos esperan. Ella espera. Alcanzad el pasado y llevadlas a casa. —Sasha bajó los brazos y se meció—. Estoy bien —dijo cuando Bran la rodeó con los brazos—. Pero me vendría bien sentarme un minuto.

—Estás helada. Mierda. En tu interior. Annika, hay agua en el mueble bar de ahí.

—¿Mueble bar?

—Yo me ocupo.

Riley corrió adentro, abrió la pequeña nevera situada en la parte trasera del mueble bar mientras Bran casi llevaba en volandas a Sasha hasta una silla delante de la chimenea que encendió. Annika cogió una manta de color verde oscuro de un sofá y le arrojó las piernas a Sasha con ella.

—Gracias, de verdad que estoy bien. Lo que pasa es que no dejaban de

llegar, cada vez con más fuerza, y después cesaron de golpe. —Aceptó el agua, dando de nuevo las gracias, y tomó un sorbo—. Francamente, mataría por un café. ¿Por qué no vamos a...? Oh. —Esbozó una sonrisa cuando apareció una taza en la mano de Bran y su voz estaba teñida de amor mientras le acariciaba la mejilla—. Bran. No te preocupes tanto. Estoy bien.

—Tienes las manos frías —le dijo y se las colocó alrededor de la taza.

—Todo parecía tan apremiante. Tenía que plasmar las imágenes. Juraría que he oído sus voces en mi cabeza, diciéndome que os las enseñase a todos. Las he visto con la misma claridad con la que os veo. Y... casi podía sentir, casi sentía que podía acercar la mano y tocarlas. —Tomó un trago algo mayor del café—. Anni, has dicho que la morena del arco es tu madre.

—Se parece mucho a ella. Es muy hermosa.

—Y mi abuela..., la misma conexión que Bran y Doyle. No sabía cómo era la madre de mi madre de joven. Apenas la conocía, en realidad. Pero lo sé. La diosa es Celene, la clarividente, que creó la Estrella de Fuego para obsequiar a la nueva reina con percepción y sabiduría. El vínculo más estrecho de Riley y Sawyer es Luna, la paloma y la espada, la Estrella de Agua, que dotó a la reina de corazón y compasión. Y la última es Arianrhod, la guerrera, para el coraje.

—Y los seis tenemos algo de todas ellas —apuntó Riley.

—Sí. Eligieron una pareja, engendraron un hijo, lo guiaron, amaron y cuidaron y en su decimosexto cumpleaños enviaron a ese hijo de su mundo al nuestro. Sentía su tristeza.

Annika se arrodilló y apoyó la cabeza en el regazo de Sasha.

—Mi madre lloró cuando me marché para venir con vosotros. Estaba orgullosa, pero lloró. Tiene que ser duro enviar lejos a un hijo o una hija.

—Lo fue, y a partir de ahí solo pudieron observar. Y en esta ocasión solo pueden observar y abrigar esperanzas. Es difícil de explicar, pero somos sus

hijos. Ellas así lo sienten. Somos su esperanza, lo que comenzaron aquella noche.

—¿El último dibujo?

Sasha levantó la vista hacia Doyle.

—Una pesadilla.

Riley salió, cogió el cuaderno de dibujo y lo llevó adentro.

—Parece que las cosas se ponen que arden.

Sasha contempló el dibujo con una débil sonrisa. Estaban entre la casa y el acantilado, armados en la oscura noche mientras Nerezza cabalgaba la tormenta de fuego. Del cielo caían llamas que calcinaban la tierra, los árboles, y abrían grietas en la tierra que se ensanchaban y arrojaban más fuego. Quemaba incluso a sus criaturas aladas, que se lanzaban en picado y atacaban a los seis.

A lomos de su bestia, Nerezza arrojaba lanzas de fuego mientras su cabello blanco con mechones negros ondeaba a su espalda. Su belleza se había calcificado, como una punzante gema con una costra de moho.

Y el moho era locura.

—No puedo decir cuándo vendrá tal y como está aquí, pero vendrá. Quiere las estrellas, las ansía, pero nos destruirá aunque con eso destruya sus posibilidades de conseguirlas. Cuando venga, cuando venga aquí, lo hará para reducirnos a cenizas.

—Puedo trabajar con eso.

Todos los ojos se clavaron en Bran, que acarició el cabello de Sasha con una mano.

—Desde luego puedo empezar. La tormenta de fuego es aquí más poderosa, más abrasadora que aquella a la que nos enfrentamos en Capri. Pero, a fin de cuentas, quien está advertido está prevenido. Y nosotros lo estaremos.

—Agradezco tu optimismo —dijo Riley—. Pero ya sabes que hasta los

brujos arden. Bueno, históricamente.

—Ese simple hecho significa que nos gusta conjurar protecciones, escudos y hechizos contra eso mismo. Y dado que este no será un fuego normal y corriente, requerirá de un hechizo extraordinario. Me pondré con ello. —Se inclinó y besó a Sasha en la cabeza—. Por ahora, me parece que es el turno de cocina de Sawyer.

—Después de entrenar —dijo Doyle de manera tajante—. Primero entrenar y después comer. Con una salvedad —añadió antes de que Riley pudiera hablar—. Ya que Riley necesita combustible. Come rápido —le dijo, y bajó de nuevo la vista al dibujo—. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Para no entretenerse, Riley se preparó un batido energético..., al que añadió un par de huevos crudos. No estaba demasiado bueno, y ni mucho menos le apetecía, pero serviría.

Doyle ya había empezado con el calentamiento cuando salió afuera; estiramientos, una carrera suave. Se quedó a cierta distancia durante un momento y eso le dio una perspectiva diferente de su equipo. Sasha parecía un poco pálida, lo cual no era de extrañar, aunque dispuesta. Annika..., bueno, Annika era Annika, y reía mientras hacía sentadillas y zancadas. ¿Bran y Sawyer? Ambos estaban en una forma excelente cuando empezó, pero ¿ahora? Eran puro músculo. Era admirable.

¿Y Doyle? Ese hombre había empezado teniendo músculos en los músculos. Aunque a ella le parecía un poco bruto, tal y como había prometido, empezó a machacar a todos.

Se unió a ellos, decidida a dejarse la piel. Grietas ardientes en la tierra, lluvia de fuego cayendo del cielo y una diosa muy cabreada, con tendencias sicóticas, eran una motivación cojonuda.

Después de correr cinco kilómetros siguieron los ejercicios de calistenia y Riley empezó a sudar. No se quejó cuando Doyle les ordenó subir al gimnasio. Joder, solo estaba empezando.

Los dividió en grupos. Pesas, levantamiento de peso en banco, dominadas y cambio.

—¿Cuánto levantas? —le preguntó a Riley cuando se tumbó en el banco.

—Sesenta y un kilos.

Él la miró con incredulidad.

—Es más de lo que pesas.

—Puedo levantar sesenta y un kilos. Cinco series de diez.

Doyle colocó los pesos.

—Demuéstramelo.

Colocó las manos, reguló su respiración y empezó. En la última serie los músculos le ardían y sudaba a mares. Pero hizo las cincuenta repeticiones.

—No está mal. Sécate e hidrátate. Te toca, rubita.

—¿De verdad me vas a obligar a hacer eso?

—Eres más fuerte de lo que piensas. —Pero ajustó los pesos y los redujo a cuarenta kilos—. Prueba. Tres repeticiones para empezar. Descansas y tres más.

Riley vio esforzarse a Sasha mientras engullía agua; tenía agallas y, sí, más fuerza que hacía dos meses.

—Tres más.

—Eres un cabrón, Doyle.

—Te has ganado otras tres.

Hizo tres más y luego dejó que sus brazos cayeran a los lados.

—¿Podemos terminar ya?

—Buen trabajo. Estira un poco. Y a la ducha.

—Gracias a Dios. —Sasha se bajó del banco como pudo y se sentó en el

suelo.

Riley le llevó una botella de agua y se sentó a su lado.

—El día en que saliste a la terraza de aquel hotel de Corfú no podías levantar cuarenta kilos ni una sola vez.

—Nunca se me pasó por la cabeza levantar cuarenta kilos. Jamás de los jamases. Me gusta hacer yoga y un poco de Pilates.

—Ambos son excelentes en la mayoría de los casos. Más tarde tenemos que practicar unas acrobacias con Annika.

—Sí, sí. Deja que me ahogue en este charco de mi propio sudor durante un minuto.

Riley tocó el bíceps de Sasha con un dedo.

—Tienes bola.

Sasha frunció los labios y flexionó el brazo.

—Más o menos.

—Nada de más o menos. Tía, tienes músculos.

Sasha apoyó la cabeza en el hombro de Riley.

—Gracias. Cambiaría todo eso por una siesta de dos horas, seguida de un litro de café. Pero gracias.

—Vamos arriba. —Riley se levantó y le tendió una mano—. Nos daremos esa ducha y nos tomaremos ese café. A esta hora me comería unas buenas judías.

Cuando terminó de ducharse para espabilarse y limpiarse el sudor del ejercicio, buscó una sudadera, unos pantalones anchos y se puso sus queridas Converse, el batido no era más que un recuerdo lejano. Necesitaba comida y en cantidades industriales. Café..., suficiente para nadar en él.

Olió el café mientras bajaba al trote las escaleras de atrás y lo siguió como

al canto de una sirena. Sawyer estaba removiendo algo en un cuenco enorme mientras Annika removía otra cosa en otro más pequeño.

Riley miró a Sawyer con el ceño fruncido.

—Pensaba que habríais terminado.

—Necesitaba una ducha.

—El sexo en la ducha es genial —dijo Annika con una sonrisa natural—.

Pero requiere un poco de tiempo.

—Estupendo. Una mujer puede morir de hambre mientras vosotros os restregáis bajo el grifo.

Se sirvió café en una taza.

—Tortitas, beicon, salchichas, helado de yogur y frutas del bosque. — Sawyer se giró hacia los fogones—. Pon la mesa y comerás antes.

Riley cogió los platos, sabiendo que si Annika pudiera, añadiría un montón de adornos a la tradicional forma de poner la mesa. En cuanto a ella, le interesaba mucho más el beicon.

En cuanto Sawyer sacó unas cuantas lonchas de la sartén a una fuente, agarró una y se la pasó de una mano a otra para enfriarla. Se quemó la lengua con el primer bocado, pero mereció la pena.

Y cuando retiró una tortita de la plancha, la enrolló como un burrito y se la zampó. Cuando llegaron los demás, el aperitivo previo al desayuno había reducido su hambre hasta hacer que fuera tolerable.

Bran contempló la mesa y los tres floreros que había añadido Annika. Había puesto una rosa en cada uno; blanca, roja y amarilla, había envuelto los floreros con servilletas blancas, atado lazos a la «cintura» y añadido pinchos a modo de espada.

—Las tres diosas.

—He pensado que debían unirse a nosotros.

Bran le brindó una sonrisa a Annika.

—La comida parece digna de dioses.

Riley, que la consideraba más que digna, se sentó y se llenó el plato.

—Voy a investigar de nuevo en la biblioteca de la torre. ¿Hay algo concreto ahí sobre las estrellas o la isla?

—El caso es que no he leído ni una parte de lo que hay ahí, pero sé de unas cuantas. En varios idiomas —añadió Bran—. Te lo enseñaré después de desayunar.

—Entrenamiento con armas a mediodía. —Sawyer probó sus tortitas y les dio un aprobado.

—Estaré listo para el descanso. Hoy me toca hacer la comida. Prepararé sándwiches.

—Después de eso combate cuerpo a cuerpo. —Doyle estudió con recelo el bonito helado.

—Está bueno —le dijo Annika, cogiendo una cucharada—. Sawyer dice que además es sano. Lo he hecho yo.

La ternura que le inspiraba Annika no le dejó más alternativa que probarlo.

—Está bueno —repuso, aunque personalmente podría pasar sin comer yogur toda su vida inmortal.

—Trabajaré la defensa y el ataque..., a nivel mágico..., en la torre, así que estaré a mano si me necesitáis.

—Yo me pongo con los mapas, para que mi útil brújula y yo podamos ir adonde sea necesario.

—Annika y yo podemos ayudar a Bran, a Riley o a Sawyer..., dependiendo de lo que haga falta. —Sasha echó un vistazo a su gráfico de tareas—. Annika está a cargo de la colada.

—Me gusta la colada. Doblar es divertido y huele bien.

—Toda tuya —dijo Sasha—. Como este lugar es tan grande, he asignado distintas secciones para las tareas de limpieza básicas a todos. —Miró a

Doyle con las cejas enarcadas—. La moral del equipo se mantiene alta si vivimos y trabajamos en una casa limpia.

—No he dicho ni mu.

—En voz alta no —matizó—. Y te toca la cena esta noche.

Doyle se encogió de hombros y miró a Bran.

—¿Dónde puedo comprar pizza por aquí?

—Bueno, me parece que es posible que tengas que ir a Ennis, a menos que te refieras a pizza congelada. Puede que haya más cerca, aunque así, a bote pronto, no conozco ningún lugar.

—Pues iré a Ennis. Estoy deseando recorrer la carretera con mi moto.

—¿Es un pueblo? ¿Con tiendas? —Annika prácticamente dio un salto en la silla—. Puedo ir contigo. Me gusta la moto.

Riley no se molestó en disimular su sonrisita e inspiró su respuesta a Doyle.

—Te llevaré a dar una vuelta después de desayunar. —Le gustaba su compañía y disfrutaba del simple placer de llevar a alguien de paquete—. Pero si voy hasta Ennis, Sawyer debería venir. Necesitamos munición.

—Entonces necesitas a Riley. —Mientras cogía la cafetera, a Sawyer le pasaron desapercibidas las miradas de irritación de Doyle y de Riley—. Los contactos los tiene ella. He hecho inventario —prosiguió—. Y tengo una lista para ti. Desconozco si tus contactos llegan tan lejos, pero he estado pensando. Tal y como está construido este lugar, contamos con excelentes puntos con vistas ventajosas desde dentro. Si tuviéramos un par de armas largas con miras telescópicas.

—Las torres. —Riley asintió, analizándolo detenidamente. Una buena arma de largo alcance, un buen tirador; sí, podía ser una ventaja—. ¿Eres bueno con un rifle, tirador?

—Me las apaño. ¿Y tú?

—Sí, yo también me las apaño. Haré unas llamadas.

Después de desayunar, hojeó un par de libros que Bran le sacó. Decidió que primero trabajaría sobre los escritos en inglés y después abordaría los escritos a mano en latín; podría ser divertido. Y terminaría con los dos en gaélico, ya que no lo hablaba con fluidez.

Colocó su ordenador portátil, sus tabletas y sacó su teléfono móvil. Empezó a hacer llamadas.

Doyle la sorprendió al cabo de cuarenta minutos. Había imaginado que buscaría lo que fuera con tal de no unirse a ella en la aventura de la biblioteca. Con el teléfono en la oreja, cogió uno de los libros que tenía amontonados y se lo pasó por encima de la mesa, girando un dedo.

—Sin problemas —dijo al teléfono—. Pero me gustaría examinarlos y probarlos. —Se levantó, fue hasta la venta y volvió mientras escuchaba—. Me parece bien. Tengo una lista de munición. Si puedes abastecernos, tal vez podamos calcular lo que tú llamarías un descuento por la cantidad. —Se echó a reír—. No preguntes, Liam. Claro, espera. —Sacó la lista de Sawyer del bolsillo y comenzó a recitarla. Puso los ojos en blanco, cogió su botella de agua y bebió un trago—. Ya he dicho que somos una especie de club, tenemos lo que podría denominarse un torneo. Ponte en contacto con Sean. Él responderá por mí. De eso no cabe duda, pero no es más fanfarrón que otros. Como he dicho, trabajé con él en el Black Friary en el condado de Meath y de nuevo hace unos tres años en el fuerte de Caherconnell, en el Burren. Corrobóralo con él y me avisas. Sí, a este número. Hasta luego. —Colgó y exhaló una bocanada de aire—. Lo conseguiremos, pero la confirmación tardará una o dos horas más.

—¿Otro traficante de armas?

—No exactamente, pero Liam tiene contactos con ciertas personas que suministran ciertos productos.

—Pero él no te conoce.

—No directamente. El primo de la ex novia de un socio mío. Mi socio, el ex, y el primo siguen siendo amigos, ya que mi socio le presentó a la ex a su marido, con quien tiene dos hijos, y el primo es el padrino del mayor. Mi socio y el primo van de caza juntos una o dos veces al año. Además, el primo dirige una especie de negocio paralelo, solo en efectivo, desde su granero, que está, convenientemente, a solo veinte kilómetros al este de Ennis. Si esto sale bien, tendremos pizza, armas y munición en un solo viaje.

No en su moto, pensó Doyle, decepcionado. Eso entrañaría coger el coche de Bran.

—Conduzco yo.

—¿Por qué? Yo me conozco mejor las carreteras.

—¿Y eso?

—Pues porque he estado aquí la última década y, de hecho, asesoré en el proyecto Craggaunowen durante una temporada, que está de camino a dicho granero.

—Entonces puedes indicarme, pero conduzco yo.

—Nos lo jugamos.

—No.

—¿Piedra, papel o tijera?

Doyle no se dignó a responder a esa pregunta, sino que se limitó a seguir leyendo.

—Esta narración no sirve de nada. Habla de cuatro hermanas, en Irlanda, a las que se les había encomendado proteger a una reina bebé. Tres eran puras y la cuarta fue engañada por un hada oscura que, prometiéndole poder y belleza eternos, la volvió contra las otras.

—Claro que sirve —discrepó Riley—. Es solo el teléfono escacharrado de la época. El origen está ahí.

—Bien enrevesado. Dice que las tres hermanas buenas ocultaron a la niña

en un castillo de cristal en una isla invisible y volaron hasta la luna, convirtiéndose en estrellas. Y llevada por la cólera, la cuarta hermana las hizo caer del cielo y bla, bla, bla. Una cayó como un rayo, golpeando la tierra con fuego; otra cayó en el mar, como una violenta tempestad; y la última cayó al norte, donde cubrió la tierra con hielo.

—No difiere tanto.

Doyle le lanzó una mirada en la que se mezclaba a partes iguales la irritación y la frustración.

—Difiere bastante, ya que la reina, que al parecer creció rápido, voló desde la isla invisible a lomos de un caballo alado para luchar con la hermana malvada, la venció y la convirtió en piedra.

—Excluye la probable exageración y hallarás los orígenes. Nerezza se materializó en una Columba de piedra en la cueva de Corfú.

Doyle dejó el libro a un lado.

—He vivido mucho tiempo y no he visto ningún caballo alado.

—Apuesto a que has vivido mucho tiempo sin ver a un cerbero hasta hace poco.

Eso no se lo podía discutir. Pero de todas formas...

—Es como una versión de los hermanos Grimm y además corrompida.

—Narrar una historia muchas veces hace que se corrompa y se exagere — señaló Riley—. Por eso hay que investigar los orígenes. Cuatro hermanas. — Levantó cuatro dedos—. Cuatro diosas. No es la primera vez que oigo o leo que son hermanas. Puede que lo sean. Una isla invisible, la Isla de Cristal, aparece y desaparece a voluntad. Tres estrellas; fuego, agua y hielo.

—No aporta nada.

¡Civiles!, pensó ella con cierta pena.

—Todavía no. Ser concienzudo puede resultar aburrido, Doyle, pero es así

como descubres lo que se ha pasado por alto o se ha descartado. Hay cosas peores que sentarte en una cómoda silla en una biblioteca a leer un libro.

—Un poco de sexo y violencia evitaría que fuera aburrido.

—Sigue leyendo. A lo mejor tienes suerte. —Su teléfono sonó y sonrió al ver quién llamaba—. Acabamos de tenerla, eso está claro. Hola, Liam —dijo y volvió a la ventana mientras negociaba el trato.

Dado que era evidente que lo tenía controlado, Doyle volvió con el libro. Al menos podía dar gracias a que esa historia en concreto fuera bastante corta. Aunque la reina derrotó a la hermana malvada, lamentó la pérdida de las otras y de las estrellas. Regresó a su isla, exiliándose hasta que un profeta, una sirena y un guerrero sacaran las estrellas de sus tumbas para que volvieran a brillar.

Acercó el cuaderno de Riley y tomó nota.

Empezó a pasar páginas para ver si alguna otra historia del libro de folclore hacía referencia a las estrellas y lo dejó cuando llegó Sawyer.

—¿Te parece bien que utilice la mitad de la mesa? Quiero probar con los mapas aquí.

—No hay problema. De hecho, trabajaré contigo y le dejaré los libros a Gwin.

—Eso no es lo único que puedes dejarle a Gwin. —Riley esbozó una sonrisa petulante mientras se guardaba el móvil en el bolsillo—. Acabo de conseguir toda la munición de tu lista, tirador.

—¿Las balas submarinas también?

—Sí, esas también. Y he conseguido un par de rifles Ruger AR-556, junto con dos docenas de cargadores de treinta balas.

—Nunca he disparado ese modelo —dijo Sawyer.

—Yo tampoco. El trato está supeditado a que los examine y los pruebe. Pero los he buscado en Google mientras hablaba y debería estar más que bien.

Doyle y yo podemos recogerlos, junto con la munición, regresar, comprar la pizza y ya está.

—A menos que quieras ir tú —intervino Doyle. Pensó en enviarlos a los dos y evitarse el viaje con Riley.

—No me importaría, pero si lo hiciera sería imposible disuadir a Anni de que viniera. —Los ojos de Sawyer, grises como la niebla, mostraban miedo y humor—. Entonces se perderá en Ennis. De compras.

—Olvidalo. Ida y vuelta. Menos mal que fui al cajero en Capri o andaría corta de pasta. —Riley miró la hora—. Voy a quedarme aquí hasta el mediodía.

—Yo trabajaré en los mapas con Sawyer —le dijo Doyle.

—Vale. —Se sentó y frunció el ceño al ver su nota—. ¿Qué es esto sobre un profeta, una sirena y un guerrero?

—Según el cuento que me has obligado a leer, la reina se exilió en su isla hasta que encuentren las estrellas y dejen que brillen de nuevo.

—Siempre hay un origen —farfulló Riley y cogió el libro.

Y se puso de lleno a investigar tan tranquilamente.

Con unos cuantos moratones por el combate cuerpo a cuerpo, ya que Sasha se estaba volviendo más feroz, Riley se colgó una pequeña mochila al hombro y se dirigió al coche de Bran.

Prefería conducir a ir de pasajero; francamente no entendía que alguien prefiriera lo contrario. Pero Doyle se lo había pedido antes, y como respetaba eso, se montó en el asiento del copiloto y se preparó para relajarse.

Irlanda tenía unos paisajes magníficos, y cuando conducías, al menos ella, no tenías ocasión de disfrutarlos.

Cuando Doyle se puso al volante, decidió que sería simpática.

—Es una pena que no podamos ir en la moto. ¿Qué tal la vuelta con Anni?

Doyle dio marcha atrás, giró y recorrió el irregular camino de entrada hasta la carretera.

—Había un pueblo a unos ocho kilómetros de la ruta que tomé. Tenía un par de tiendas. No dejo de preguntarme cómo me convenció para que me desviara y parásemos.

—Tiene tetas.

—Es la chica de otro hombre.

—Que sigue teniendo tetas. Y encanto a toneladas. —Cambió de posición para aligerar el peso sobre su cadera izquierda.

—Menudo batacazo te pegaste al final del combate cuerpo a cuerpo.

—Sasha es más hábil que antes. Cometí el error de contenerme.

—Bran se habría ocupado de los moratones.

—Si no tienes unos cuantos moratones es que no ha sido una buena pelea.

El mundo allí era hermoso, pensó. Salvaje y agreste pese a las verdes montañas y los montones de ovejas pastando. Aquello tenía un aura salvaje y atemporal que siempre le había atraído.

El granjero en el campo con su tractor; ¿habrían cultivado sus antepasados la misma tierra con arado y caballo? Y la sencilla técnica de aquellas paredes de piedra. ¿Acaso aquellas piedras no las habían extraído y sacado de esos mismos campos manos sepultadas ahora en los camposantos?

Si se eliminaran las carreteras pavimentadas, los coches, las casas modernas dispersas, no se diferenciaría demasiado de cuando Doyle vivía allí. Eso era algo que él estaba abocado a sentir, pensó.

El cielo había pasado de tener un tono azul claro a estar encapotado. Condujeron bajo la lluvia y la dejaron atrás.

—¿El mayor invento o descubrimiento?

Doyle la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Cuál es para ti el invento o descubrimiento más importante hasta la fecha? Habrás visto un montón a lo largo de tres siglos.

—No pienso responder a un interrogatorio.

—No es un interrogatorio; es una pregunta. Me interesa tu opinión al respecto.

Tal vez hubiera preferido el silencio, pero a esas alturas la conocía lo bastante bien como para saber que no dejaría de insistir.

—La electricidad, ya que abrió la puerta a otros avances para los que eran necesaria.

—Sí, un buen salto. Yo me quedo con el fuego..., como descubrimiento. Pero en cuanto a la tecnología, la electricidad es indiscutible.

—Si nos remontamos a los albores del tiempo..., que es muy anterior a mi época..., tenemos la invención de las herramientas comunes, la rueda.

—El descubrimiento de la sal y sus usos —agregó—. Las hierbas medicinales, aprender a elaborar ladrillos, cortar la piedra, construir pozos y acueductos. ¿Fuiste al colegio? Tienes que girar a la izquierda en la siguiente carretera.

Doyle giró sin decir nada.

—A alguien que se dedica a lo mismo que yo no le cuesta sentir curiosidad por un hombre que ha vivido en zonas que ha estudiado. Es todo.

—Fui al colegio.

—Me preguntaba si, teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y posibilidades, habías optado por ampliar tu educación.

—Lo hacía cuando algo me interesaba.

—Ajá. —La carretera se estrechó y se volvió más tortuosa. Le encantaban esas carreteras, las curvas rápidas, los setos, los jardines pasando de largo a toda velocidad—. Idiomas. Se te dan bien los idiomas.

—Llevo buscando las estrellas más años de los que tú tienes. Más años de los que ha vivido tu abuela. Así que he viajado. Viajar es más provechoso si hablas el idioma.

—No te lo discuto. En la siguiente carretera a la derecha. ¿Por qué una espada? Disparas bien un arma.

—Si voy a matar a un hombre, prefiero mirarle a los ojos. Y me ayuda a recordar quién soy —dijo tras un prolongado silencio—. Resulta fácil olvidarlo.

—No lo creo. No creo que jamás lo olvides.

Doyle no quería preguntar, no había hecho ninguna pregunta de forma deliberada. Pero no pudo contenerse.

—¿Por qué te acercaste a las tumbas anoche?

—Regresaba cuando te vi. Respeto a los difuntos, quiénes y qué eran, lo que hacían, cómo vivían, lo que dejaron tras de sí. Tú dijiste que no estaban ahí. Tienes razón y también te equivocas.

—¿Cómo puede ser?

—Han seguido adelante, se han reciclado, que es lo que yo considero la reencarnación. Para mí, es así como funcionan las cosas. Pero ellos siguen ahí porque tú estás ahí. Porque la tierra que habitaron, que trabajaron, donde construyeron un hogar y una vida, está ahí. —Riley continuó contemplando el paisaje mientras hablaba porque sentía que a él le sería más fácil de ese modo —. Hay árboles en el bosque que estaban ahí cuando ellos vivían y que siguen ahí.

»¿Te acuerdas del proyecto Craggaunowen en el que ejercí de asesora? Pues no queda lejos de aquí. Tampoco el monasterio de Dysert O’Dea. Ambos son lugares alucinantes. En Irlanda hay innumerables sitios realmente alucinantes porque respeta su historia..., larga y con múltiples capas..., y a sus antepasados, lo que hicieron y cómo vivieron y murieron. Esa es la razón de que puedas sentirlos aquí, si te permites hacerlo, y de que otros lugares del mundo están vacíos porque en ellos solo importa el futuro y a nadie le importa demasiado el pasado. —Señaló—. Es ahí. El gran granero blanco, la vieja casa amarilla... y el enorme perro marrón.

—No deberías tener problemas para manejar al perro.

—Aún no he conocido a uno que se me resista. Y me ocuparé de Liam y del acuerdo.

Doyle tomó el largo camino de entrada de gravilla, al final del cual se encontraba la casa y el granero aún más al fondo. El perro profirió una serie de graves y guturales ladridos de advertencia, pero Riley se apeó y le lanzó una mirada cuando este se plantó ante ella, inmóvil.

—Ya basta, grandullón.

—No muerde mucho.

El hombre que salió del granero llevaba una gorra de tweed sobre su mata de cabello gris y cubría su esquelético cuerpo con una chaqueta de punto holgada y unos pantalones vaqueros. Esbozó una amplia sonrisa, con las manos plantadas en sus estrechas caderas, sin duda divertido.

Riley optó por establecer las pautas, le devolvió la sonrisa y después señaló al perro.

—Ven a olisquear, colega.

El perro meneó la cola despacio un par de veces. Se acercó a ella, le olisqueó las piernas, las Converse naranjas y después le lamió una mano, que descansaba contra su muslo.

—Bueno. —Liam se aproximó—. Esto es nuevo. Aunque es verdad que no muerde a menos que yo se lo diga, no suele confraternizar con desconocidos.

—Los perros me adoran. —Ahora que habían zanjado el tema, Riley se agachó y acarició al perro con rapidez—. ¿Cómo se llama?

—Es nuestro Rory. ¿Y quién es su perro guardián?

—Este es Doyle y forma parte de mi equipo. —Le ofreció la mano a Liam.

—Encantado de conocerla, doctora Riley Gwin, que según dice nuestro amigo Sean no la hay más lista y rápida. Y a usted, Doyle... —Dejó que su voz se fuera apagando mientras le ofrecía la mano.

—McCleary.

—McCleary, ¿uh? Mi madre se casó con un James McCleary y lo perdió en la Segunda Guerra Mundial. La dejó viuda y con un bebé en camino; mi hermano Jimmy. Se casó con mi padre unos tres años después, pero tenemos parientes apellidados McCleary. ¿Tiene familia aquí, Doyle McCleary?

—Es posible.

El hombre señaló con su largo y huesudo dedo.

—Percibo cierto deje de Clare bajo su acento yanqui. Y en usted, la famosa

doctora Gwin.

—Soy una mezcla, igual que Rory, pero con raíces en Galway y en Kerry.

—He descubierto que los mestizos son los más listos y se adaptan mejor. ¿Y cuánto tiempo piensan quedarse en Irlanda?

Como sabía que a la gente del campo le gustaba conversar, Riley apoyó el peso en un pie y se relajó, con el perro recostado contra su pierna de manera amigable.

—No sabría decirle, pero lo estamos disfrutando. Estamos en la costa, en casa de un amigo. Bran Killian.

Liam enarcó las cejas.

—¿Sois amigos de Killian? Interesante muchacho; parece ser que es mago. Eso se rumorea.

—Seguro que eso le encanta.

—Me han dicho que tiene una buena casa en el acantilado, construida en las que hace mucho eran tierras de los McCleary. ¿Alguna relación con usted, Doyle?

—Es posible.

—A Doyle no le interesa sacar a la luz los orígenes tanto como a mí —dijo Riley con despreocupación—. Usted es un O’Dea, un apellido antiguo y prominente. Es probable que la familia de su padre viviera en Clare, puede que en el pueblo que lleva su nombre. Dysert O’Dea, Tully O’Dea. El nombre antiguo era O’Deaghaidh, y significa buscador, seguramente un reconocimiento a los hombres santos de su clan. Perdieron muchas tierras en las rebeliones del siglo XVII.

—Sean dijo que era toda una erudita. —Una chispa de humor danzaba en los claros ojos azules de Liam—. Mi madre se llamaba Agnes Kennedy de soltera.

«De acuerdo —pensó—, voy a jugar.»

—Kennedy es el nombre anglicanizado de Cinnéide, Cinneidigh. *Cinn*, que significa cabeza; *eide*, que se traduce como «serio» o «casco». Cinnéide era sobrino del rey supremo Brian Boru. Existe un registro de O Cinnéide, lord de Tipperary, en el libro *Annals of the Four Masters*, del siglo XX. —Esbozó una sonrisa—. Proviene usted de un linaje prominente, Liam.

Él se echó a reír.

—Y usted tiene un cerebro impresionante, doctora Riley Gwin. Bueno, imagino que quiere hacer negocios, así que vamos al granero a ver qué tenemos para usted.

El granero olía a heno, como cualquier granero. Contenía herramientas y equipo, un viejo tractor raquíptico y un par de casillas. Una nevera, que sin duda se enchufó por primera vez en los años cincuenta..., y que Riley imaginaba que contenía cerveza y aperitivos.

Al fondo, el inclinado suelo de hormigón llevaba a un pequeño y ordenado arsenal. Rifles, escopetas, pistolas colocadas en dos grandes cajas fuertes para armas. Munición a montones, almacenada en estanterías metálicas. Un largo banco de trabajo en el que había herramientas para elaborar cartuchos de escopeta.

—¿Lo hace usted mismo?

Liam sonrió a Riley.

—Es un hobby que tengo. Esto es lo que os interesa. —Cogió un Ruger de la caja fuerte y se dispuso a pasárselo a Doyle, pero Riley lo interceptó.

Comprobó el cargador, vacío, sopesó su peso y apuntó hacia la pared lateral.

—No quiero ser grosero, pero esa es mucha arma para una mujer de su tamaño —dijo Liam.

—Una vez, un borracho en un bar de Mozambique pensó que era demasiado menuda para protestar cuando me puso las manos donde yo no quería. —Bajó

el arma y se la ofreció a Doyle—. Ese hombre y su brazo roto descubrieron que no era así. ¿Puedo ver el otro?

—Mozambique —dijo Liam, riendo entre dientes, y le pasó el segundo rifle.

—Nunca he disparado uno de estos. Me gustaría probarlo.

—Sería tonta si no lo hiciera. —Liam cogió dos cargadores de la estantería—. Salgan por detrás, si no les importa. —Les ofreció unos protectores para los oídos—. Mi esposa está en la cocina. Dejen que le mande un mensaje para avisarle.

Salieron por detrás del granero, donde la tierra daba paso a campos y cercas de piedra y a un par de caballos castaños que pacían en la hierba.

—Son una preciosidad —dijo Riley.

—Son mi orgullo y mi alegría. No se preocupen porque están acostumbrados al ruido, igual que nuestro Rory. Me gusta practicar tiro al plato aquí y también disparar a unos blancos de papel.

Señaló los blancos redondos de papel sujetos a planchas de madera, apoyados también por balas de heno.

—Tienen un buen alcance, como sabe, pero como no está familiarizada con el arma, tal vez quiera acercarse más.

—Esta distancia está bien.

Calculó que había poco más de cuarenta y cinco metros, y cuando se tratara del verdadero objetivo, querría disparar de manera certera a una distancia mucho mayor. Pero valdría con aquello.

Cogió el cargador, levantó el arma, se colocó en posición y apuntó. Había esperado el retroceso y el rifle no le decepcionó.

No dio en el centro, pero por menos de un par de centímetros y medio.

—Bien hecho —dijo Liam, con un tono que evidenciaba sorpresa y satisfacción.

Riley se colocó, disparó de nuevo y dio en el centro.

—Mejor —murmuró ella, y disparó una serie más que respetable de cinco tiros—. Es rápido. Me gusta la empuñadura, la presión del gatillo. Tiene un buen equilibrio y no me pesa. —Miró a Doyle—. Te toca.

Hizo lo mismo que Riley, cargó el segundo rifle, se colocó y disparó. Dio en la parte exterior del primer anillo blanco, coló uno dentro y consiguió una serie decente, aunque ni tan certera ni tan agrupada como la de ella.

—Servirá. —Doyle extrajo el cargador.

—Bueno, ya que lo ponéis tan fácil, voy a incluir unos estuches para guardarlos. ¿Puedo enseñaros alguna otra cosa para vuestro... torneo?

—Nos apañamos con esto..., además de la munición de la que hablamos.

—Menudo torneo celebráis. —Pero Liam lo dejó ahí y concluyeron el trato.

Cargaron las armas en sus estuches de lona y la munición en el asiento trasero del coche de Bran y lo taparon todo con una manta antes de despedirse de Liam y del perro.

Riley volvió a ocupar su asiento.

—Disparas bastante bien con un arma larga, pero te desvías un pelín a la izquierda.

No replicó, pues era consciente de que tenía razón.

—¿Te has sacado la información sobre su apellido y el de su madre de la nada?

—Del cerebro —le corrigió—. Puedes buscarlo. Me actualicé sobre su apellido antes de que viniéramos..., por si acaso. ¿Kennedy? Es de los fáciles. Si leo, si estudio algo, suelo recordarlo casi todo. O lo suficiente. Es interesante que tenga parientes que se apellidan McCleary, ¿verdad? Y teniendo en cuenta el lugar, es más que probable que estén emparentados con los tuyos.

—Es solo una coincidencia.

—Puede que quieras creer eso, pero has vivido demasiado tiempo como

para creerlo. Demasiados cruces contigo aquí, McCleary. La tierra, el lugar de la casa, la relación directa con Arianrhod. Nuestra profetisa encontró la Estrella de Fuego; nuestra sirena, la Estrella de Agua. Tú eres un guerrero con espada, colega. Apuesto a que tú encuentras la Estrella de Hielo. Y si Nerezza llega a la misma conclusión, vendrá a por ti con todas sus fuerzas.

—Que lo haga.

—La derrotaremos. Joder, yo termino lo que empiezo y te juro que me encantaría ponerme en plan viuda negra con ella. Pero estoy leyendo las señales, haciendo caso, digamos, a la clarividente, así que lo más probable es que seas tú. Una espada es lo que acaba con ella; eso dice la profetisa.

—Si lo consigo, será el mayor placer de toda mi vida. Y he gozado de unos cuantos.

—¿De veras? —Dado que él había abierto esa puerta, cambió de posición para mirarle—. Así que ¿no todo es triste y oscuro en el mundo inmortal?

—Eres una mosca cojonera, Gwin.

—Tengo una medalla. Es verdad —dijo cuando él le dirigió una mirada fugaz—. Es un disco de plata con las siglas M.C. grabadas en él. Me la regaló un profesor que tuve cuando estudiaba. La llevé puesta cuando di el discurso como primera de mi promoción. Trabajé con él en una excavación hace unos cinco años, seis después de aquello, y una noche acabamos acostándonos.

—¿Solo una?

Riley se limitó a encogerse de hombros.

—No había nada por ninguna de las dos partes. Decidimos que nos habíamos sentido atraídos por el cerebro del otro y que el resto no funcionaba. Sencillamente, resultaba raro. —Le señaló—. El encuentro sexual más raro.

—No.

—¡Venga! —exclamó con una atractiva y sincera carcajada—. Yo me acosté

con el cerebro de mi profesor de antropología en una tienda en Mazatlán. Iguálalo.

Doyle tenía ganas de reír y se contuvo por los pelos.

—De acuerdo, al azar. Me acosté con una mujer que actuaba en un circo ambulante. Acróbata sobre la cuerda floja, equilibrista.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Estaba como una puta cabra, afirmaba que en realidad era una serpiente que había tomado forma humana para procrear.

—Ah. ¿En qué siglo?

—Esto... —Tuvo que pensar un poco—. El XIX, a principios, si es que importa.

—Simple curiosidad. ¿Con qué parte de ella te acostaste? Vale, vale, con toda ella, pero quería decir como lo del cerebro de mi profesor.

—Era valiente.

—Tal vez fuera una locura, pero la valentía atrae. Desvíate a la cuneta.

—¿Por qué?

—Desvíate a la cuneta —repitió.

Aunque farfullando, se desvió hacia la minúscula cuneta.

—Si tienes que mear, llegaremos a Ennis...

—¿Ves ese pájaro? —le interrumpió—. En el poste.

—Veo al puñetero cuervo.

—No es un cuervo y es el séptimo que he visto desde que salimos del granero.

—A mí me parece un puñetero cuervo. —Pero sintió un cosquilleo en la nuca cuando el pájaro se sentó a mirarlos—. Y hay más de siete cuervos en el condado de Clare.

—No es un cuervo —repitió y se bajó del coche.

Cuando Doyle la vio sacar un arma de debajo de su camisa, se bajó a toda

prisa.

—No vas a disparar a un pájaro solo porque...

El pájaro gritó mientras él hablaba y se lanzó directamente a por ellos. Riley le disparó en el aire y se convirtió en ceniza.

—No era un cuervo —dijo una vez más, dio media vuelta y disparó a los otros dos, que se disponían a atacarlos por la espalda.

—Reconozco que me he equivocado.

—Desde luego que sí. —Esperó, observó, pero no llegó ningún otro—. Exploradores. Debe de encontrarse mejor.

Después de enfundar el arma, Riley se giró de nuevo hacia el coche.

Doyle la cogió del brazo.

—¿Cómo sabías lo que era? Yo tengo ojos, igual que tú.

—Con luna o sin ella, la loba está siempre dentro de mí. La loba sabe cuando un cuervo no es un cuervo.

Se tomó un momento, se apoyó contra el coche y contempló el campo cercano, donde las ovejas pastaban entre tumbas y las ruinas de lo que estimó que había sido una pequeña capilla. Y el silencio era glorioso, como una catedral desierta.

—¿No te preguntas quién construyó eso y por qué lo hizo aquí? ¿Quiénes acudían a rezar y a quién rezaban?

—En realidad no. —Pero la mezquindad de aquella mentira le golpeó entre los omóplatos—. Sí, de vez en cuando, si paseo por un lugar —se corrigió—. Estás en lo cierto cuando dices que puedes sentir qué y quiénes estuvieron antes ahí. En algunos lugares, en ocasiones.

—He descubierto que en los campos de batalla sobre todo. ¿Has estado alguna vez en Culloden?

—Sí, en 1746.

Riley se apartó del coche, con la mirada encendida, y le agarró del brazo.

—¿El 16 de abril? ¿Estuviste allí? ¿Allí, allí de verdad? Ay, tienes que contármelo todo.

—Fue sangriento y brutal y los hombres morían gritando. Esa fue mi batalla.

—No, pero... —Se detuvo. Doyle no contaba historias de guerra, sino que lo evitaba—. Podrías al menos decirme en qué bando estabas.

—Perdimos.

—Estuviste en el ejército jacobino durante el alzamiento. —Levantó la mirada hacia él, completamente fascinada—. ¿Te capturaron o te mataron?

—Me capturaron y me colgaron y es una experiencia muy desagradable.

—Estoy segura. ¿Tú...?

Cuando Doyle retrocedió y rodeó el capó, Riley decidió dejar el tema de las guerras antes de que él se cerrara en banda.

—El progreso social más importante —dijo cuando se montó de nuevo en el coche.

—No pienso en ello.

—Tienes que vivir en sociedad.

—Procuro no hacerlo.

—Los movimientos sociopolíticos, tanto si dan lugar a una revolución como si son producto de la misma, dan forma al pasado, presente y futuro. La Carta Magna, el asentamiento religioso isabelino, la Declaración de los Derechos Humanos, Proclamación de la Emancipación, el New Deal. Y puedes volver a...

Él le agarró la camisa por los hombros y la levantó del asiento. Fue un acto tan inesperado que hizo que cayera contra él. Doyle se apoderó de su boca antes de que ella pudiera reaccionar.

Después su reacción fue elemental, ya que su boca estaba caliente, un tanto frenética, y despertaba necesidades apenas contenidas. Su boca era tosca, igual que sus manos.

Y eso le parecía bien.

No cabía duda de que había estallado, pero al menos ahora tenía algo que quería. Una pincelada, un desahogo, sin importar que eso avivara más su hambre. Sabía, simplemente sabía, que ella se aferraría en vez de apartarle. Sabía que le envolvería con aquel aroma salvaje y terrenal.

La agarró del pelo, de esa mata cortada de manera sexy y descuidada, y se pegó un festín.

Después la soltó, sentándola de nuevo en el asiento con la misma brusquedad con que la había hecho levantar.

—Bueno, ha sido interesante.

—Me picaba el gusanillo y tú lo has empeorado al no cerrar el pico.

—La curiosidad intelectual no es ningún defecto en mi mundo. —Un tanto ofendida, le dio un golpe en el hombro—. Reto a cualquiera que se siente junto a un tío de trescientos años a no hacer preguntas.

—Los demás no me atosigan con preguntas.

—Si Annika te atosigara, te parecería encantador. ¿Y quién podría culparte? Sawyer tiene un don para deducir qué quiere y necesita de manera sutil. Si Bran no te ha hecho unas cuantas preguntas directas a solas, yo soy una bailarina de Tupelo. Y Sasha no tiene que preguntar, pero cuando lo hace, resulta..., no sé..., algo así como maternal.

Doyle esperó un segundo.

—¿Tupelo?

—Tienen bailarinas. Espera. —Esa vez se limitó a bajar la ventanilla, a remangarse y a disparar a un pájaro negro que les observaba desde el poste en el que estaba posado. Y satisfecha, guardó su arma, subió la ventanilla y se apoyó en el respaldo—. Y ahora ¿qué?

¿Acaso era sorprendente que tuviera esa maldita picazón?

—Ahora vamos a por pizza.

—Suena bien.

Mejor fingir que no había pasado. Eso era lo que Doyle se decía. Fueron hasta el pueblo sumidos en un grato silencio..., ya que Riley sacó su móvil y comenzó a mirar cosas.

Requirió cierto esfuerzo moverse por las angostas calles llenas de tráfico, con peatones caminando por las aceras.

Imaginaba que a los turistas les resultaba encantador; los bares, las tiendas, las paredes pintadas, las flores derramándose de sus cestas.

Él prefería los espacios abiertos.

Pese a todo, a diferencia de Annika, Riley no exclamaba en cada escaparate por el que pasaban, desde el coche o a pie, una vez aparcaron.

Se movía con paso rápido, como una mujer con una misión; un rasgo que agradecía.

—Debería estar lista —dijo mientras se abrían paso entre los peatones que aprovechaban un bonito día—. Hice el pedido por mensaje desde el coche.

Otra cosa que agradecía, reconoció. Pensaba con antelación, no perdía el tiempo.

Había pedido cuatro pizzas grandes, variadas, y dado que le tocaba a él la cena, esperó a que pagara. Llevó la mitad de regreso al coche.

Cargaron las cajas de pizza con las armas.

—He tenido mucho tiempo para conseguir fondos y lo que necesito.

Ella ladeó la cabeza, se bajó las gafas de sol y le miró.

—Casi puedo oír la pregunta que da vueltas en tu cabeza. ¿De dónde sacas el dinero, McCleary? ¿Qué haces con él? ¿Qué opinas de la evolución del sistema fiscal?

—No he preguntado. —Riley le clavó un dedo en el pecho—. Señor

Taciturno.

—Lo harás. Puede que te haya espantado por el momento, pero empezarás otra vez.

Riley le agarró de la camisa con rapidez y se puso de puntillas al tiempo que tiraba de él. Le dio un beso fuerte y exigente.

—¿Te parezco asustada? —Le apartó, abrió su puerta y se montó.

La había picado, reconoció Doyle. La había provocado porque quería otra degustación, otra descarga de ella.

«Confórmate con eso», se advirtió.

Se montó en el coche y arrancó.

—Yo no atosigo.

Doyle salió del abarrotado aparcamiento y se incorporó a la abarrotada calle.

—¿Es la palabra lo que te molesta?

—Es lo que el término da a entender, sí. Aprender es algo propio de mi naturaleza y tú tienes siglos de conocimiento y experiencia almacenados. Pero entiendo que hay conocimientos y experiencias que no deseas especialmente revivir. Así que es muy desagradable que aquello que para mí es natural sea calificado como irrespetuoso e insensible.

—Puedes ser irrespetuosa; eso no me importa. Lo de insensible jamás se me ha pasado por la cabeza. —Cuando dejaron atrás las aglomeraciones y se adentraron en las montañas y el campo, Doyle pudo volver a respirar bien—. Admiro la Declaración de la Independencia como documento creado por el intelecto humano, el valor y la compasión.

—Coincido contigo. —Una vez más se bajó las gafas y le sonrió con los ojos—. ¿La mejor época para la música?

—Me estás desafiando a que diga que la época de Mozart o de Beethoven fue de genialidad e innovación.

—No te lo discuto.

—Pero voy a decir la segunda mitad del siglo XX y el nacimiento del rock and roll porque es tribal y sale de las entrañas. Tiene su origen en la rebeldía.

Riley se colocó las gafas bien y se recostó en su asiento.

—Tienes potencial, McCleary. Tienes potencial.

Dado que Sawyer salió de la casa cuando Doyle aparcó, Riley le llamó.

—Misión cumplida —dijo Sawyer mientras Riley sacaba las cajas de pizza—. Bran y yo hemos buscado dónde almacenar todo esto..., dejando a un lado la pizza. Hemos optado por la sala de estar de la segunda planta en la zona norte.

—El ataque será por la noche, mejor en la planta de los dormitorios. —Riley asintió—. Tengo la cena. Ocupaos del resto, chicos.

Llevó las cajas de pizza directamente a la cocina y vio a Annika y a Sasha sentadas junto a la pared del acantilado mientras se tomaban un vino. Decidió que se había ganado uno, así que se sirvió una copa y salió.

—Has vuelto. —Sasha palmeó las piedras a su lado a modo de invitación—. Siéntate.

—Suena bien, pero tenéis que venir a ver lo que hemos comprado.

—Me gusta la pizza. —Annika se bajó de un ágil salto de la pared—. Pero no creo que hayáis comprado algo divertido como un vestido nuevo. El resto son armas.

—Sí y sé que no te gustan, pero deberías saber qué son y dónde están. —Riley miró a Sasha—. Y eres tan buena como Katniss con el arco, pero tienes que familiarizarte con los Ruger.

—Tienes razón. —Sasha se bajó con suavidad y le dio un pequeño apretón

en la mano a Annika—. Ha sido un descanso agradable sentarnos simplemente un rato.

—¿Habéis visto algún cuervo? —preguntó Riley.

Sasha frunció el ceño.

—¿Cuervos?

—Os lo explicaré. En realidad hemos hecho algo más que recoger la pizza y las armas en lo que a información se refiere.

Las condujo adentro, se lo pensó y a continuación cogió la botella de vino para llevársela arriba.

—Sasha y yo hemos ayudado a Bran mientras estabais fuera —comenzó Annika—. Está preparando un escudo contra el fuego.

—Guay. ¿Es un escudo contra el fuego o un escudo de fuego?

—¡Las dos cosas! Qué lista eres.

—Si lo consigue con éxito, Bran ganará el premio al más listo.

Se encaminó hacia el sonido de voces masculinas y entró en la sala de estar, que por suerte se encontraba entre su dormitorio y el de Doyle, donde los tres hombres estaban guardando las cajas de munición en una antigua vitrina.

—Eduardiana —observó Riley—. De alrededor de 1900. Muy bonita.

—Todo lo sabes —comentó Sasha.

—Hay que intentarlo. No era su función original, pero sirve y resultará más fácil llevar el inventario. De todas formas, quizá deberíamos trasladar una parte al piso principal.

—Doyle ha dicho lo mismo. —Bran retrocedió—. Estoy pensando en la despensa.

—Y esto también sirve. —Riley miró mientras Sawyer abría la cremallera de la funda de uno de los rifles—. Tiene bastante retroceso —le dijo.

—Tiene pinta de ser malo.

Comprensiva, Riley le dio una palmada en la espalda a Annika.

—Es malo. Vamos a necesitar eso.

—Tú límitate a sus brazaletes de Wonder Woman. —Al oír el comentario de Sawyer, Annika frotó los brazaletes de cobre que Bran había conjurado para ella—. No tienes que tocar ninguno de estos.

Sawyer abrió la puerta de la terraza, se llevó el rifle afuera, comprobó su peso y disparó unas cuantas veces.

—Lo probamos a unos cuarenta y cinco metros. Tenemos que practicar a más distancia. —Riley cargó el segundo rifle y se lo ofreció a Sasha—. Familiarízate con él.

Sasha lo cogió, resignada ya a las armas.

—Pesa.

—Comparado con tu ballesta o una pistola, claro. Pero no para ser lo que es. Incluiremos prácticas de tiro mañana después de que nos sumerjamos.

—Mañana nos sumergimos. —La tensión desapareció del rostro de Annika—. Esto es mucho mejor. Puedo enseñaros algunas cuevas, pero el agua estará mucho más fría que la de Carpi o Corfú.

—Nos las apañaremos. —Riley le llenó la copa a Annika, a Sasha y después la suya—. ¿Qué os parece dejar una caja de munición de cada calibre y un carcaj de flechas en la despensa? Lo iremos rotando.

Dado que sentía que se había ganado una copa, y la de ella la tenía a mano, Doyle cogió la de Riley y se bebió la mitad.

—Servirá. Pero ahora creo que deberíamos haber comprado un tercer rifle; tenía un Remington. Podríamos dejarlo en la despensa y otro en el piso principal por si lo necesitamos.

—A toro pasado. —Riley le arrebató su copa—. Podemos volver si decidimos que necesitamos otro.

—Has dicho que habéis recogido más cosas —le recordó Sasha—. Información.

—Sí. Yo voto que bajemos y le metamos mano a la pizza. He tenido que venir todo el camino oliéndola y tengo ganas de comer.

—No me lo tienes que decir dos veces. Voy a llevar esto abajo —dijo Sawyer, rifle en mano—. Me gustaría probarlo afuera después de que cenemos.

Cuando se dispusieron a bajar con los suministros para dejar en el piso principal, Sasha retuvo a Bran.

—Algo ha pasado entre ellos..., entre Riley y Doyle.

—¿Han discutido? No es ninguna sorpresa.

—No me refiero a eso.

—Ah. —Bran sonrió—. Supongo que eso tampoco debería ser ninguna sorpresa, ¿o sí? Dos personas sanas y atractivas en una situación cercana e intensa. Más que sorprendente, es inevitable. ¿Por qué te preocupa? —Le dio un golpecito con un dedo entre las cejas—. Veo tu preocupación.

—Una cosa es que sea solo sexo. A pesar de la asignación de tareas, las comidas familiares, las compras masivas de Annika..., de todo lo que hacemos para establecer una especie de orden y normalidad, hemos arriesgado nuestras vidas cada día desde que nos conocimos. Así que el sexo, bueno..., es también algo que entra dentro de la normalidad. Pero... Doyle ha cerrado su corazón, Bran. Es su único modo de protegerse por tener que vivir década tras década mientras todas aquellas personas que conoce mueren. Incluso la confianza, la conexión y el afecto que siente por todos nosotros le resulta preocupante y difícil.

—Lo sé. Y Riley también lo sabe.

—Pero Riley es..., bueno..., es un animal gregario. Es su naturaleza. Necesita y valora su soledad, sus estudios, pero en el fondo tiende hacia la familia y el equipo. Y los lobos se emparejan de por vida, ¿no es así?

—Tengo la clara sospecha de que Riley se ha emparejado antes.

—Él es su equivalente.

Bran frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Lo he sentido en todo momento. Por parte de ella, no de él. Doyle está cerrado a cal y canto, así que no suele transmitir sus sentimientos ni sus emociones..., y yo no me meto.

—No, no lo haces.

—Es más bien lo que percibo cuando los veo juntos o los imagino juntos. Él es lo que ella quiere, lo sepa o no, lo admita o no, él es lo que ella quiere a largo plazo. Creo que podría enamorarse de él y que eso podría hacerle daño.

Bran posó las manos en los hombros de Sasha.

—Riley es la primera amiga de verdad que has tenido.

—Sí. Y fue ella quien me ofreció su amistad, la primera que lo hizo sabiendo lo que soy.

—Así que es natural que te preocupes por ella. Y sin embargo es una mujer adulta y lista como la que más. Tendrá que labrarse su propio camino. Tú estarás a su lado adondequiera que la lleve.

Sasha asintió y se acercó para darle un abrazo, se aferró a él y deseó con toda su alma que su primera amiga de verdad pudiera ser tan feliz como lo era ella.

—¡Oye! —espetó con impaciencia; la voz de Riley tronó desde el piso de abajo—. Daos el lote más tarde o comeremos sin vosotros.

—Ya vamos. —Sasha se apartó y cogió a Bran de la mano.

Abrieron otra botella de vino y, aun tratándose de una comida tan informal, Annika dobló las servilletas con forma de cisne, les colocó collares de flores diminutas y lo puso a nadar sobre una fuente azul claro.

—Hemos traído de queso sin más para los aburridos —comenzó Riley—. De pepperoni, de carne, carne y más carne y la espectacular vegetariana.

—Creo que empezaré con la aburrida e iré a más. —Sasha se sentó y rio cuando Bran agitó la mano sobre las porciones para hacer que el queso burbujeara de nuevo.

—Riley y Doyle tienen información. —Annika eligió una porción de la vegetariana, pues era muy bonita—. Y nosotros también. ¿Quién empieza?

—Yo tengo más trabajo, así que le cedo el primer puesto a Riley y a Doyle.

—Dado que el señor Pocas Palabras pasará por encima de puntillas, tomaré la delantera. —Riley optó por la de carne—. Resulta que mi contacto aquí, en Clare, al que le hemos comprado las armas y la munición, tiene un hermanastro, el mayor. Es un McCleary.

—Igual que Doyle —dijo Annika.

—Igual. Don Cínico quiere denominarlo coincidencia.

—No lo es. —Sasha miró a Doyle con cierta comprensión—. Simplemente no lo es.

—No se puede decir que no te tropieces con un montón de McCleary en Clare o en Galway o en cualquier otra parte del país —agregó Bran—. Pero no, no lo es. ¿Conocías a este hombre de antes?

—No. —Riley bajó la pizza con un trago de vino y pensó que aquello era lo mejor de lo mejor—. Es primo de la ex de un amigo. Un tío interesante. Conocía tu nombre, Bran. Y percibí respeto y curiosidad por su parte. Os cuento la versión corta: la madre de Liam, así se llama, se casó con un tal James McCleary, que se fue a luchar en la Segunda Guerra Mundial dejando a su mujer embarazada y murió en la guerra. Ella tuvo a su hijo y unos años más tarde se casó de nuevo. Os digo que podría haber acudido a un par de lugares para conseguir lo que queríamos, pero fui directa a este. Liam nos ofreció un trato justo, no hizo demasiadas preguntas y tiene una conexión directa con el clan McCleary.

—Voy a decir algo importante —intervino Sawyer con la boca llena de

pizza—. No descubrimos los puñeteros vínculos, la confirmación de los mismos, antes de que llegáramos aquí, a este punto. Así que yo digo que no era ni el momento ni el lugar entonces. Ahora sí lo es.

—Ya éramos familia.

Sawyer se arrimó a Annika y la besó.

—Muy cierto. Y a lo mejor teníamos que llegar a eso antes de llegar aquí.

—Ya no somos solo un equipo —declaró Bran—. Somos un clan.

—En gaélico, hijos o progenie. Así que en dicho clan o tribu, las personas se unían por parentesco, ya fuera real o algo que se percibía. Eso encaja.

—Empezamos por separado. —Sasha puso su mano sobre la de Bran—. Forjamos una alianza porque al principio no éramos un equipo.

—Tú nos convertiste en un equipo. —Sawyer alzó su copa hacia ella—. Más que nadie de nosotros.

—Nosotros nos convertimos en un equipo, pero gracias. Y Annika tiene razón; nos convertimos en una familia a partir de ahí. Y la familia permanece incluso como un clan.

—Deberíamos hacernos con un escudo de armas.

Annika le lanzó una mirada perpleja a Sawyer.

—Pero el escudo es ya un arma.

—No, es un símbolo, como un emblema.

—Un diseño heráldico —explicó Riley—. Y, ¿sabes qué? Me gusta. Sasha debería dibujarlo.

—Sería la primera vez para mí, pero puedo intentarlo.

—Los símbolos son importantes. —Doyle se encogió de hombros cuando todos los ojos se volvieron hacia él—. Es algo que se acostumbra a decir en este grupo. En este clan. Así que sería importante.

—Me pondré con ello.

—Podemos pedir camisetas a juego, pero entretanto... —Riley hizo una

pausa para coger otra porción de pizza—. Estoy segura de que Nerezza se encuentra mejor.

—Os atacó. —Sasha se sacudió en su silla—. No he percibido...

—No de manera directa —la interrumpió Riley—. Ha enviado exploradores. Cuervos. Me he cargado a unos cuantos.

—¿Has matado pájaros? —Annika se llevó una mano al corazón, conmocionada sin duda.

—Los pájaros no se convierten en cenizas cuando les metes una bala. Estos sí lo han hecho.

—Lobezna los ha reconocido. —Doyle se limitó a sonreír cuando Riley le gruñó—. Parece que la loba sabe distinguir un cuervo de un secuaz.

—Explorador —le corrigió Riley—. No es que no nos hubieran sacado los ojos de tener ocasión, pero estaban débiles..., lo que con suerte quiere decir que ella también lo está aún.

—Pero sabe dónde estamos —medió Sawyer.

—Yo diría que sí. No está lista para hacer algo al respecto, pero sabe que estamos aquí.

—Y cuando esté lista, nosotros también lo estaremos —dijo Bran—. Un clan, un escudo de armas y, por mi parte, un escudo. Cuando llegue el momento, combatiremos el fuego con fuego.

—Y armas de fuego. Yo también he explorado —adujo Sawyer—. Mi opinión es que las torres, fuera, las..., llamémoslas almenas para divertirnos..., es una ubicación mejor para los rifles de largo alcance. No estás a cubierto, pero dispones de una vista de trescientos sesenta grados y cuando las criaturas que envíe se acerquen a unos dieciocho metros, te pones a cubierto. Hay mucho tiempo para hacerlo.

—Bien pensado. A mí también me gustaría echar un vistazo.

—Ya lo he hecho yo —le dijo Doyle a Riley—. Sawyer tiene razón. Es una

posición mejor para apuntar hacia tierra, aire y mar.

Riley lo pensó.

—Bran, ¿te acuerdas de esas bolas volantes que hiciste para que Anni practicara con sus brazaletes de Wonder Woman?

—Sí, y sí, también bien pensado. Puedo proporcionaros objetivos..., en tierra, aire y mar.

—Qué guay. Podemos probar estar noche, cuando terminemos aquí.

—Yo recogeré. —Annika lanzó una mirada suplicante a todos los que estaban sentados a la mesa—. No me gusta el ruido que hacen las armas. Me quedaré aquí y limpiaré.

—Está bien. —Sawyer le dio un apretón en la mano por debajo de la mesa.

—Mañana nos sumergimos. —Con la esperanza de hacer que Annika sonriera de nuevo, Riley cambió el tema por otro que a su amiga le gustaba—. Deberíamos prepararnos para ponernos en marcha a las ocho y media y así poder pasar a buscar el barco y el equipo. O podemos ir un par a por la embarcación, la traemos hasta aquí y Sawyer transporta al resto hasta ella. Guardaremos el barco aquí mientras sigamos con esto; solo tenemos que ocuparnos de rellenar las bombonas cuando las necesitemos.

—Es más eficiente. —Sawyer giró un dedo mientras comía—. Riley y Doyle..., que son los que mejor pilotan..., van a por el barco. Cuando os veamos regresar, yo llevaré al resto a bordo.

—Me vale. A las ocho y media —le dijo Riley a Doyle, que se limitó a asentir.

Se encaminaron arriba, dejando que Annika se ocupara de los restos, y salieron a contemplar el inminente anochecer desde el muro almenado.

—Los días son más largos; por la época del año y por la zona geográfica —

comentó Riley—. A ella le gusta la oscuridad, pero puede que ataque más a menudo de día. Es el último asalto y ha perdido los dos primeros.

—De día o de noche, acabaremos con todos. —Preparado, Sawyer cargó un rifle—. Dame un blanco a cuarenta y cinco metros por lo menos.

—¿Dónde lo quieres? —preguntó Bran.

—Sorpréndeme.

Bran fue complaciente y lanzó una esfera al aire, sobre el mar. Sawyer ajustó su posición, disparó y la alcanzó en el centro.

—¡Fíjate! —Riley cogió el segundo rifle—. Dame uno.

Esa vez Bran lo lanzó hacia el norte. Riley lo derribó.

—Vale, más de noventa metros, blancos múltiples. ¿Te apuntas?

—Yo he inventado el juego. Listo.

Después del aluvión de disparos, Riley bajó su arma.

—No has fallado, vaquero.

—Tú tampoco.

—A un par solo los he rozado. Tú has dado en el centro a todos. Tengo que practicar más. Tienes que probar. —Riley le ofreció el rifle a Sasha.

—No sé cómo voy a disparar a lo que casi no puedo ver.

—Bran lo acercará para ti. Empieza a dieciocho metros, justo encima del agua, Bran.

Doyle se colocó detrás de Sasha.

—Te dará un culatazo, así que tienes que acompañar el movimiento. —Ajustó su posición y posó las manos sobre las de ella—. Utiliza la mira, sujétalo para que no se mueva. ¿Lo tienes?

—Bueno, puedo verlo en la cruz..., en la mira.

—Que no se mueva —repitió—. No te muevas cuando aprietes el gatillo. Tienes que ir despacio, aumentar la presión, como trazar una línea. Continúa

incluso después de disparar. Aprieta despacio hasta el final. Toma aire, retenlo y dispara.

Hizo lo que él le decía y soltó un vergonzoso chillido cuando el retroceso la arrojó contra él.

—Lo siento. Y he fallado.

—Que no se mueva —dijo de nuevo Doyle—. Prueba otra vez.

Sasha no chilló esta vez, pero dejó escapar el aire con los dientes apretados. Y la tercera vez rozó la parte inferior del orbe.

—No va a ser tu arma principal —comenzó Doyle.

—Gracias a Dios. —Le pasó el rifle a Doyle, contenta de cederlo.

—Pero aprenderás a manejarlo, limpiarlo, cargarlo y utilizarlo con precisión.

—De acuerdo. —Describió un círculo con el hombro perjudicado—. Aprenderé.

—Y tú. —Doyle señaló a Bran—. No es tu arma principal ni de coña.

—Pues no —convino Bran.

Pasaron veinte minutos destruyendo orbes antes de guardar las armas.

—Voy a llevar a Anni abajo para que pueda nadar. La tranquilizará después de todo el ruido de los disparos.

—Al amanecer, como de costumbre —le recordó Doyle a Sawyer.

—No es probable que me olvide.

—Yo todavía tengo otra hora de trabajo por delante —decidió Bran.

—Y yo empezaré a trabajar en el escudo de armas.

Riley cerró la puerta que daba afuera mientras los demás iban desfilando. Doyle guardó los rifles.

—Mañana iremos en mi moto.

—Me parece bien. Ya que Sawyer transportará a los demás hasta nosotros, podremos empezar a bucear a eso de las nueve y media. Annika tiene razón

con lo de la temperatura del agua, así que tendremos que limitar el tiempo de inmersión. Puede que mañana hagamos un par de inmersiones de treinta minutos cada una.

Dado que Doyle no mostró intención de marcharse, Riley le miró con atención.

—¿Alguna vez te has sumergido en el Atlántico Norte?

—Unas cuantas veces.

—Y ahora me dirás que fuiste un Navy SEAL, ¿no?

—En su momento me pareció buena idea.

—¿En serio? —Una docena de preguntas se agolparon en su mente, pero meneó la cabeza.

—Cinco años. Más tiempo con un único grupo es peligroso.

—Eso ya lo veo. Pero ahora mismo no somos simplemente un grupo y ya sabemos quién eres. Eso debería facilitarte las cosas.

—No es así.

Riley exhaló un suspiro al ver que Doyle se marchaba tras decir aquello.

—Pues debería —murmuró.

Por la mañana, tras una extenuante hora bajo el látigo de entrenador de Doyle, un desayuno caliente, durante el cual pulieron y confirmaron su plan de inmersión, Riley se puso su ajada chaqueta de cuero. Y sus gafas oscuras, ya que un esperanzador sol se había abierto paso entre el cielo encapotado y la lluvia.

Llevaba el bañador debajo de la sudadera y los pantalones de corte militar, la pistola a la cadera debajo de la chaqueta y el teléfono móvil bien guardado en el bolsillo interior.

Y consideró que estaba lista para ponerse en marcha.

Había sido rápida y había salido a las ocho y veintisiete minutos. No sabría decir con exactitud por qué le irritó que Doyle la estuviera esperando junto a su moto.

Le ofreció un casco negro con un pequeño emblema del dragón impreso en el lateral de la moto.

—¿Por qué tienes esto? —preguntó—. Un cráneo fracturado no te frenará por mucho tiempo.

—Es la ley en muchos lugares y llamas menos la atención si cumples las leyes locales. Y un cráneo fracturado no me mataría, pero duele un huevo.

Riley se abrochó el casco.

—No lo he experimentado, pero no me cabe duda de que así es.

Doyle se subió a la moto.

—Indícame.

—Podrías dejarme conducir a mí.

—No. Establece la ruta.

—Al sur por la carretera de la costa hacia Spanish Point. Debería haber un cartel más o menos a medio kilómetro a este lado que indica Submarinismo Donahue. Síguelo hasta la playa. Tengo carnet —agregó, montándose detrás de él.

—Nadie conduce mi moto.

Doyle arrancó. El rugido de las motos siempre la había atraído, así como la sensación de velocidad y la libertad de volar por la carretera al viento.

Le atraía menos cuando iba de paquete.

A pesar de todo, su moto, sus reglas.

Colocó las manos en las caderas de Doyle e imaginó que conducía ella.

Bajaron por la angosta carretera llena de baches, doblaron las curvas en las que Bran había dejado que los setos de fucsia crecieran para formar los

márgenes y el camino de tierra estaba bordeado por atrevidas flores silvestres. Fueron más allá del bosque donde el camino de tierra daba paso al pavimento.

Aunque disfrutaba de la velocidad y la potencia, del olor a hierba todavía húmeda por la lluvia de la mañana, estuvo atenta a cualquier rastro de cuervos..., de cualquier cosa que le resultase rara.

No era necesario entablar conversación con el rugido y el viento ni dar indicaciones mientras Doyle los llevaba por la carretera de la costa. Imaginaba que había hecho el viaje a caballo o en carreta más de una vez.

¿Había jugado en la playa de niño, había chapoteado en las olas, reído a carcajadas mientras las frías aguas le bañaban? ¿Había navegado en una barquita, había pescado en el mar?

Podía imaginárselo, podía verle; un chico alto de largo cabello negro, ojos verdes como los billetes, corriendo sobre pizarra y arena, por los bajíos con sus hermanos como los críos hacían y seguirían haciendo.

«Una buena vida», pensó mientras doblaban una curva.

Se movió un poco, dirigió la mirada hacia el agua, de un sencillo azul con pinceladas verdes. Gaviotas blancas o grises se lanzaban en picado y más a lo lejos vio un barco de pesca blanco.

Doyle reducía la velocidad al atravesar los pueblos repletos de flores y aceleraba de nuevo en cuanto los dejaban atrás.

Le dio un golpecito en el hombro y le señaló cuando divisó el pequeño cartel al frente. Él se limitó a asentir y aminoró la velocidad al tomar el desvío.

El viento soplaba con más fuerza y era más fuerte cuando alcanzaron la angosta carretera descendente. Olía a mar, fresco y salobre, y a las rosas del jardín de una casa, al humo de alguna que otra chimenea.

«Pollos», pensó. Aunque no podía verlos ni oírlos, el olor de sus plumas le

inundó la nariz. Captó el olor del perro antes de que saliera corriendo a lo largo del derruido muro de piedra para observarlos.

Volvió a darle un golpecito en el hombro a Doyle cuando vio el edificio azul con el largo embarcadero. Divisó el barco de submarinismo, un barco de pesca y un bonito y pequeño yate con un hombre en cubierta, sacando lustre de forma paciente a los acabados brillantes.

Doyle aparcó junto a un par de camionetas y un deportivo y apagó el motor.

—Yo me encargo de esto —dijo Riley.

A continuación se bajó de la moto y se dirigió hacia el barco. El hombre se detuvo y puso los brazos en jarra.

«Su trato», pensó Doyle, y se encaminó sobre la pizarra hasta la delgada franja de oscura arena dorada.

«Fue ahí, ¿verdad?», pensó. El destino le dio un rápido codazo en las costillas. Ahí, donde había ido de niño..., con nueve o diez años, si no le fallaba la memoria. Tenía un primo que vivía cerca. Por Dios, ¿cómo se llamaba? Ronan, sí, Ronan era un niño de una edad similar a la suya, hijo de la hermana de su padre. Y habían ido de visita, muy cerca de ese lugar.

Sus dos hermanas más próximas a su edad perseguían a las aves. El hermano que las seguía en edad chapoteaba en la zona donde no cubría mientras la hermana pequeña se aferraba con timidez a las faldas de su madre. Su joven y malogrado hermano apenas gateaba. La madre, aunque por entonces lo ignoraba, llevaba otro bebé en el vientre.

Todos estaban ahí; sus padres, sus abuelos, su tía, su tío y sus primos.

Se quedaron tres días, durante los cuales pescaron, celebraron, tocaron música y bailaron hasta altas horas de la noche. Y Ronan y él habían surcado las aguas como focas.

Al invierno siguiente, su tía, cuyo nombre no alcanzaba a recordar, murió al dar a luz. Su padre lloró.

«La muerte nos debilita a todos», pensó Doyle.

Riley se acercó a él.

—Has estado antes aquí.

—Sí.

—¿Con tu familia?

—Sí. ¿Has cerrado el trato?

Ella le estudió un momento más y después asintió.

—Está hecho. Podemos cargar el equipo.

Una vez más, no hablaron, o solo lo hicieron de aspectos prácticos mientras cargaban las bombonas, los trajes de neopreno y el equipo junto con Donahue.

Doyle se percató de que Riley dirigió la conversación hacia Donahue, comentando las inmersiones que un conocido mutuo realizó hacía unos años.

Cuando Donahue preguntó por la moto, Riley sonrió y le dijo que alguien pasaría a buscarla más tarde. Y que volverían para llenar de nuevo las botellas cuando fuera necesario.

Dado que se había encargado ella, se puso al timón y sacó el barco del muelle, despidiéndose con la mano de Donahue, que ya se dirigía de nuevo a retomar su anterior tarea.

—Charlar de cosas sin importancia también hace que llames menos la atención —señaló.

—Tú ya has hablado suficiente por los dos. Es un buen barco.

—El amigo del que hablábamos es biólogo marino y su pareja es antropóloga marina. Así que Donahue estaba muy bien recomendado. La antropóloga también es licántropo. Es hija de una amiga de mi madre.

—El mundo es un pañuelo.

—Según las circunstancias.

Era un buen barco y sabía pilotarlo. Puso rumbo al norte, sin perder de vista la costa, hasta que divisó una cala.

—Un buen lugar para materializar a cuatro personas de nada —comentó.

Se metió en la cala, aprovechando la protección que ofrecía la pared del acantilado, y sacó su teléfono móvil.

—La latitud y la longitud para Sawyer. Tengo una aplicación para eso. Más vale que te acerques aquí para que nadie te caiga encima.

Doyle se aproximó mientras ella buscaba las coordenadas.

Se percató de que todavía olía a bosque, si el bosque surgiera del mar.

—Oye, Sawyer, estamos a mitad del camino. —Le dijo las coordenadas—. Es el mismo tipo de lancha neumática que hemos estado utilizando. Sí, eso es. Estamos en la timonera, metidos en una cala, con la proa hacia el acantilado, así que dispones del resto del barco. No falles —añadió y acto seguido se guardó el móvil.

—Tardarán un minuto. ¿Sabes? Teniendo en cuenta mi linaje y mi oficio, siempre he estado abierta a..., bueno, digamos a lo inusual. Pero hasta hace poco no me habría imaginado esperando a que cuatro colegas aparecieran de la nada.

—El mundo es un pañuelo y muy fluido.

—Fluido, sí.

El barco se mecía en el agua y Doyle, que podía pasar semanas sin hablar con nadie tan contento, se sintió inquieto con el silencio.

—¿Los licántropos soléis meteros en ciencia?

—Yo no diría eso. Conozco profesores, artistas, gente del mundo de los negocios, chefs, gandules, políticos...

—Políticos.

—Sí. —Esbozó una sonrisa—. Tenemos algunos en el Congreso y en el Parlamento. Hace unos veinte o veinticinco años oí hablar de un tipo que tenía grandes ambiciones de ser el líder del mundo libre, pero el consejo le

desanimó con firmeza. Si vas a por eso, la gente empieza a ahondar a fondo. Más vale no correr el riesgo. En realidad es una lástima.

—Un presidente licántropo.

—Podría irnos muchísimo peor.

—Y seguro que nos va.

—Desde luego que sí —dijo con una sonrisa—. Pero, oye, tres noches al mes, un licántropo no pude responder a una llamada a las tres de la madrugada, así que esa es zona prohibida.

—Y un nombre en clave del Servicio Secreto como «Peludo» carece de dignidad.

Riley se bajó las gafas de sol muy despacio y le miró por encima de ellas.

—Has hecho un chiste.

—He pensado en hacer carrera en el mundo de la comedia.

—Y ya son dos. Tengo que señalar este día en mi calendario.

Ver el humor danzando en sus ojos, tan dorados a la luz del sol, hizo que sintiera deseos de tocarla. Tocar tan solo su cabello, su piel.

Empezó a alzar la mano para hacer eso, cuando los demás aparecieron en el barco con un centelleo y una ráfaga de aire e impidieron que cometiera lo que habría sido un grave error.

—El tirador ataca de nuevo. —Sawyer miró a su alrededor—. Has elegido un buen lugar.

—Eso pensé. Instalaos, amigos y vecinos. —Riley se volvió de nuevo hacia el timón—. ¿Adónde, Anni?

—Oh. —Annika se las apañaba para estar sexy incluso con uno de los impermeables del vestíbulo de Bran—. Si navega como si volviéramos a casa de Bran, te diré cuándo parar.

—Me parece bien. Disfrutad de la agradable brisa mientras podáis.

—¿Llamas a esto agradable? —Sasha se acurrucó contra Bran mientras

Riley sacaba el barco de la cala.

—¿Comparado con lo que va a hacer debajo del agua? Esto es casi tropical.

Incluso con los trajes de neopreno, el Atlántico te hacía tiritar y se tragaba el sol. Riley, armada como Sawyer con una pistola subacuática, encendió el foco que llevaba en la capucha para que su haz atravesara la oscuridad del agua.

Nadaron por parejas, con Annika y Sawyer al frente, mientras ella hacía volteretas antes de tomar la delantera. Sasha y Bran iban detrás y Riley no se quejó cuando él describió un círculo con la mano en el agua y creó una luz. Ella ocupó un lado junto con Doyle.

Todos eran conscientes de aquello que podría atacarles en el mar si Nerezza tenía fuerzas. Escualos mutantes y peces dentados sedientos de sangre. Tanto Doyle como Sasha iban armados con arpones.

Fíjate cómo se mueve, pensó Riley al ver a Sasha surcar el agua, recordando lo nerviosa que la submarinista novata estaba en su primera inmersión en Corfú.

Aprendía rápido. Todos habían tenido que reforzar sus puntos débiles personales durante aquella misión. Quizá transformar una flaqueza en fortaleza y aprender a confiar lo suficiente para convertirse en un clan formara parte del todo, reflexionó.

Vio un banco de caballas, peces normales y corrientes, por delante de ellos, y siguió la luz de Bran hacia la entrada de una cueva. Annika se giró con fluidez delante de la misma, agitó una mano y luego entró.

Atravesaron el angosto pasaje de uno en uno y volvieron a colocarse por

parejas cuando el canal se ensanchó. Un resplandor, una chispa, una sensación, cualquier cosa que los condujera hasta la última estrella, la Estrella de Hielo.

«Lo bastante frío...», ese pensamiento cruzó por su mente. Con la paciencia de su oficio, revisó la cueva subacuática centímetro a centímetro, utilizando los ojos, sus dedos enguantados, haciendo todo cuando estaba en su mano para mantener la mente y el instinto completamente receptivos.

Pero asintió cuando Sawyer se dio un golpecito en la muñeca, colocándose de nuevo en el flanco con Doyle para regresar a la embarcación.

Cuando Riley salió del agua vio que Bran abrazaba a Sasha con fuerza y la besaba con pasión.

—Ay, Dios, es maravilloso. Vuelvo a sentir calor.

—¿Una boca mágica?

Bran se rio de lo que Riley había dicho mientras ella chorreaba agua sobre la cubierta.

—Tan solo una ventaja personal. —Agarró a Riley de los brazos y apretó con suavidad. Y el calor la inundó.

—Genial, aunque no haya habido morreo.

Pasó a Annika.

—Me gusta besar —le dijo y le rozó los labios con los suyos—. Y me gusta el calor.

Bran les dio sendas palmadas en el hombro a Sawyer y a Doyle.

—No tiene sentido que estemos tiritando. ¿Alguna cosa, *fáidh*?

—No, lo siento. Es muy diferente de donde hemos estado antes. En cierto modo, todo está muy oscuro e inhóspito. Pero no he sentido nada. ¿Alguien ha sentido algo?

—Yo he estado bien —le dijo Annika—. Pero no he oído cánticos, como oí con la Estrella de Agua.

—¿Listos para el segundo asalto? —preguntó Riley.

Sasha le dio la espalda a Bran para que este pudiera ayudarla a cambiar las botellas.

—A eso hemos venido.

La segunda inmersión del día fue igual de productiva que la primera. A ojos de Riley, eso significaba que podía tachar dos lugares de la lista.

Rutina, se dijo Riley cuando anclaron el barco al pie de los acantilados de la casa de Bran. La rutina formaba parte, una parte importante, de descubrir.

Optaron por la forma fácil, a la manera de Sawyer, para volver a la casa. Y se sumergió en la rutina, devorando la pizza que había sobrado y encerrándose con sus libros.

Por la noche volvió la lluvia, una lluvia torrencial con estruendosos relámpagos que retumbaban en el mar. La tormenta la despertó de un sueño que no pudo volver a retomar. Y con el rugido de las olas y el azote del viento, dudaba que pudiera volver a quedarse dormida.

Se puso una sudadera y unos pantalones de franela. Quería ver la tormenta bramar sobre el mar y los acantilados, así que salió de su habitación y se encaminó en silencio hasta la sala de estar con vistas al Atlántico.

«Glorioso», pensó mientras abría las puertas. Fogonazos de luz, restallidos, mientras el viento aullaba. Igual que una banshee, decidió, ya que estaban en Irlanda.

La naturaleza en estado puro siempre había hecho que su sangre bullera y siempre lo haría, y una violenta tormenta arreciando sobre el oscuro mar, sobre la agreste tierra, le calentó la sangre e hizo que se asomara lo suficiente para dejar que la lluvia salpicara su rostro.

Entonces bajó la mirada, captó un movimiento, vio una figura cerca del muro del acantilado y, por instinto, trató de coger el arma que no se había acordado de llevar consigo.

Un relámpago iluminó la figura de Doyle y el instinto de Riley se transformó

de repente en deseo.

Oscuro y taciturno bajo la tormenta, con el abrigo ondeando al viento y la espada en la mano, como si se preparara para luchar contra los elementos. «Guapísimo —pensó de nuevo—, y sexy de un modo primitivo y violento.»

Sí, siempre la había atraído lo salvaje.

Mientras aquello pasaba por su cabeza, él se dio la vuelta y sus ojos se encontraron cuando el fogonazo de un relámpago le iluminó. Doyle apretó aquellos pensamientos hasta convertirlos en un nudo corredizo que se aferró a su garganta.

El orgullo y la fuerza de voluntad hicieron que se quedara ahí un momento más, con los ojos clavados en los suyos, sosteniéndole la mirada aun cuando se hizo de nuevo la oscuridad, convirtiéndolo en una sombra.

A continuación retrocedió, cerró las puertas a la tormenta, al hombre, y volvió sola a su habitación.

«Rutina», se recordó Riley cuando al día siguiente repitieron lo mismo paso a paso.

Una carrera al amanecer por el mojado bosque, pasando por encima de las ramas que había derribado la tormenta. Finiquitado con una extenuante sesión en el gimnasio mientras el aguado sol trataba de asomar entre las nubes.

Una ducha, el desayuno, dos inmersiones más, entrenamiento con armas.

Se decantó por el fuego en la biblioteca, los libros, mientras Bran trabajaba en lo alto de la torre y Sasha pintaba en la sala de estar de la otra torre. Sawyer y Doyle fueron a llenar de nuevo las botellas de oxígeno y a comprar comida. Y Annika se valió de su encanto para acompañarlos, ya que un viaje al pueblo era sinónimo de compras.

Mientras trabajaba, oía de vez en cuando retumbar algo arriba y asumía que

Bran estaba progresando. Pero al cabo de dos horas, se sintió inquieta. Un poco de aire fresco, decidió. Necesitaba moverse, pensar. Mientras uno recababa información, llegaba un momento en que era necesario parar, dejar que aquello calara mientras se hacía otra cosa.

Ya que el día había dado un giro y la cara de agua del sol había pasado a última hora de la tarde, daría un paseo por el bosque. «Armada, desde luego», pensó mientras palmeaba la pistola que llevaba a la cadera. Un buen paseo por el bosque, aunque no dejara de estar alerta en todo momento.

No eran muchas las probabilidades de que allí se topara con la estrella, pero el tiempo que uno dedicaba a pensar nunca era baldío. Se puso una vieja chaqueta con capucha, se la abrochó y utilizó la escalera principal para salir. Estuvo a punto de dar media vuelta cuando vio el coche y la moto afuera.

Suponía que habían regresado mientras ella estaba trabajando, y dado que la parte trasera del coche continuaba abierta, con la compra dentro, aún estaban descargando.

Seguro que les vendría bien un poco de ayuda. Se dirigía hacia el coche, cuando Sasha la llamó.

—¡Hola! —Le lanzó una mirada y saludó a Sasha, que estaba justo delante de los árboles al principio de un sendero—. Parece que has tenido la misma idea que yo. Iba a dar un paseo, pero...

—Estupendo. Hay una cosa que... Ven conmigo.

—Antes deja que lleve esto.

—Tengo que enseñarte una cosa. No estoy segura... Necesito que lo veas.

—¿El qué? —Intrigada, Riley se apartó del coche.

—Es difícil de explicar. Me he apartado del sendero y casi me pierdo. Pero he descubierto unas marcas en un árbol. Grabados. No sé lo que son.

—¿Grabados? —Aquella palabra hizo que Riley apretara el paso—. ¿Recientes?

—No lo sé. —Mientras hablaba, Sasha volvió la vista hacia el bosque—. Debería haber hecho una foto con mi móvil. No se me ocurrió, tan solo he vuelto para contároslo a todos. Deja que te lo enseñe y haremos unas fotos para enseñárselo a los demás.

—Sasha, ni siquiera llevas tu cuchillo.

—Oh. No sé en qué estaba pensando, pero bueno, ahora estoy contigo. —Sasha cogió a Riley de la mano y tiró—. En serio, quiero que lo veas. Debe de significar algo.

—Vale. Ve tú delante.

Doyle salió y vio a Sasha y a Riley internarse en el bosque. Meneó la cabeza y cogió dos bolsas con compra.

—Gracias por la ayuda —farfulló y se dirigió a la casa.

Riley inspiró hondo bajo la luz del sol que se filtraba.

—Solo quería descansar de los libros. No imaginaba que encontraría algo guay. ¿Has percibido algo?

—¿El qué? ¿Alguna vibración?

—Ya sabes, ¿una sensación?

—He sentido que era antiguo..., más de lo que tiene sentido. Si eso tiene sentido. —Sasha avanzó con rapidez y gesticuló cuando se apartó del sendero—. Es que..., supongo que me sentí impelida a ir por aquí.

—Debe de haber una razón. Bueno, ¿son letras, símbolos?

—Ambas cosas. Nunca he visto nada parecido.

—He recorrido estos bosques durante dos noches y no lo he visto. Debería haberlo visto —agregó Riley mientras sorteaban zarzas y matorrales—. Tengo muy buena visión nocturna. Eso me lleva a pensar que estabas destinada a

encontrarlos. Pero no has percibido nada, no has tenido ninguna visión, así que...

Volvió la cabeza. El revés hizo que el dolor estallara en su pómulo y la arrojó por los aires. Se estrelló contra un árbol, vio las estrellas y sintió que algo se quebraba en su brazo derecho.

Gritó cuando sintió un agónico dolor al intentar coger de forma instintiva su pistola. Sasha saltó por encima de los matorrales y del tronco de un árbol caído cubierto de musgo.

Le brillaban los ojos.

Riley trató de rodar para defenderse, de coger su pistola con la mano contraria. Las violentas patadas en las costillas, en la espalda, en el vientre la dejaron sin aliento.

Sasha se echó a reír.

Una pesadilla, un sueño. No era real. Dominada por el dolor, presa de la conmoción, Riley luchó para desenfundar su cuchillo con la mano izquierda.

Profirió un agudo chillido cuando la bota de Sasha le pisó con fuerza la mano. Se le nubló la vista; se le revolvió el estómago.

Entonces las manos de artista de su amiga le agarraron el cuello.

Doyle entró en la cocina, donde Annika guardaba la comida tan contenta y Sawyer olía un tomate grande.

—Queda más, ¿verdad? —Sawyer dejó el tomate—. Ya lo traigo yo.

—¿Vas a preparar esa salsa?

—Como estaba anunciado.

—Tú haz eso. —Doyle cogió una cerveza fría de la nevera y bebió un buen trago—. Yo iré a por el resto.

—Trato hecho.

Después de beber otro trago, Doyle dejó el botellín y se dispuso a atravesar la casa otra vez. Una cerveza y unas patatas fritas con la salsa de Sawyer serían una buena forma de compensar el entusiasmo por las compras de Annika, pensó.

En cualquier caso, habían comprado todo lo que iban a necesitar para una semana. Y la próxima vez, otro se ocuparía de la sirena.

Levantó la vista y durante un instante se quedó perplejo al ver a Sasha bajar la escalera.

—No os he oído llegar. Estaba pintando en el otro lado de la casa. ¿Cómo...?

—¿Has estado arriba?

—Sí, acabo de pasar por la biblioteca de la torre a ver si podía ayudar a Riley, pero...

—Por Dios. Ve a por Bran y a por los demás. Riley tiene problemas.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ve a por ellos. —Desenvainó la espada que llevaba a la espalda y echó a correr—. Riley está en el bosque.

Acababa de llegar a la orilla del bosque cuando la oyó gritar.

No pensó, solo actuó. El grito había sido agónico y tal vez ya fuera demasiado tarde.

Sintió una risa terrible y jubilosa y se desvió del sendero para correr hacia ella a toda velocidad. No había tiempo para ser sigiloso y el instinto le exigía que hiciera más ruido. El sonido de alguien acercándose con rapidez podría hacer que parara lo que fuera que le estuvieran haciendo a Riley.

No se detuvo cuando vio a Riley tirada en el suelo, sangrando, inerte, y a Sasha —o aquello que había adoptado la forma de Sasha— de pie a su lado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se está muriendo —dijo la cosa con la voz de Sasha y a continuación

unos largos dientes asomaron entre sus labios y en sus manos aparecieron unas garras—. Todos moriréis muy pronto.

Aquella cosa le propinó una violenta patada en la cabeza a Riley mientras Doyle arremetía. Su espada golpeó el aire al descender cuando la criatura se contrajo en sí misma y corrió entre los árboles con velocidad sobrenatural.

Doyle se arrodilló en el suelo y le buscó el pulso con los dedos en el magullado cuello de Riley. Le encontró el pulso; era débil, pero latía.

Impulsado por el miedo, por la cólera, por una clase de tristeza que juró que jamás volvería a sentir, tanteó su cuerpo en busca de heridas. Su rostro, blanco como la cal bajo los morados, la sangre, las abrasiones, era lo de menos.

Oyó pasos que corrían, gritos, y agarró la espada con más fuerza, preparado para defender a Riley si el enemigo se unía a sus amigos.

Salieron de entre los árboles, armados para la batalla. Pero Doyle sabía que la batalla había terminado por el momento.

—Respira, pero han intentado ahogarla y tiene la mano rota y también las costillas. Creo que tiene el codo derecho destrozado. Y...

Sasha se arrodilló en el suelo junto a Riley, profiriendo un sentido gemido de angustia.

—No, no, no, no.

—Déjame ver. —Bran se arrodilló a su lado.

—Tenemos que llevarla dentro y curarla.

Annika, con las lágrimas rodando por su cara, se arrodilló al otro lado de Riley y acarició su cabello ensangrentado.

—No creo que debamos moverla hasta que sepamos... —Sawyer agarraba su arma con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos—. Se supone que no hay que moverla porque eso puede empeorar las cosas, ¿no?

—Sawyer tiene razón. Es lo prudente. —Tranquilo como un lago, Bran

ahuecó la mano bajo la cabeza de Riley—. Cuello y columna. Deberíamos ver si están afectados.

—Puedo hacerlo.

Bran miró a Sasha a los ojos, vidriosos por el shock.

—Con calma, *fáidh*. Despacio. Solo la superficie.

—De acuerdo.

Cerró los ojos, tomó aire y lo soltó, hasta que su respiración casi se normalizó. Utilizó las manos, el corazón, y con las manos de Bran sobre sus hombros para ayudarla, se abrió a las sensaciones.

—Ay, Dios, ay, Dios, hay mucho roto, mucho dañado.

—El cuello y la columna, Sasha —dijo Bran en voz queda—. Empieza por ahí.

—Magullados, golpeados. No rotos.

—Entonces podemos llevarla adentro. —Las lágrimas rodaban sin control por las mejillas de Annika—. No debería estar tumbada en la tierra. Hace frío. Está fría.

—Sí, podemos moverla. —Cuando Bran se dispuso a cogerla, Doyle le apartó de un empujón.

—Yo me encargo. —Riley gimió cuando la cogió en brazos y sus párpados se agitaron; tomó ambas cosas como buenas señales. Abrió los ojos un instante, cegados por el dolor, por la conmoción, y los clavó en los suyos—. Te tengo, *ma faol*.

Se le pusieron los ojos en blanco y los cerró de nuevo mientras él la sacaba del bosque.

—Directa a su dormitorio —ordenó Bran—. Voy a por mi maletín médico. Anni, trae toallas y agua caliente. Sawyer, una jarra con agua fresca. Fría no, fresca, y un vaso transparente. Sasha, retira todo salvo las sábanas de su cama por ahora.

Se dispersaron mientras Sasha corría escaleras arriba detrás de Bran. Aunque él también tenía ganas de correr, y podría haberlo hecho, ya que Riley no pensaba demasiado para él, Doyle se movió con cuidado, haciendo cuanto podía para no zarandearla.

Cuando entró en la habitación de Riley, Sasha había quitado la colcha y los almohadones.

—Puedo ayudarla.

—Espera a Bran.

Doyle la depositó sobre la cama como si estuviera hecha de frágil y fino cristal.

—Puedo ayudar. Si recobra la consciencia antes... No sé cómo va a poder soportarlo.

—Es dura. Resistirá. —Con sumo cuidado, Doyle le desabrochó la chaqueta, hizo caso omiso de la sangre, le quitó la pistolera y la funda del cuchillo—. Espera a Bran.

Sasha se sentó en un lado de la cama, conteniendo las lágrimas, y asió la mano buena de Riley.

—¿Cómo lo has sabido?

—La vi internarse en el bosque cuando estaba cogiendo la compra. La vi internarse contigo minutos antes de salir a por más y de que tú bajaras.

—¿Connmigo? ¿Connmigo?

—Mantén la calma. —Impartió la orden con brusquedad—. No puedes ayudarla si no mantienes la calma.

—Tienes razón. Y si Bran no está aquí en treinta segundos, voy a...

—Aquí estoy. —Llegó con su maletín y una mochila—. Tenía que coger algunas cosas más. Vierte medio vaso de eso —le dijo a Sawyer cuando este entró—. Necesito que recobre la consciencia lo suficiente para que se lo beba.

—Así no. Bran, así no. Antes deja que intente ayudarla.

Bran miró a Sasha.

—Está gravemente herida. Sé consciente de ello y ve con pies de plomo. Solo lo suficiente para que sea soportable.

—Tendré cuidado.

Posó una mano sobre la amoratada e inflamada mejilla de Riley y se contuvo de sisear al sentir el dolor.

—Solo lo suficiente —repitió Bran.

Lo intentó, intentó ir con pies de plomo, aliviar tan solo, pasar de puntillas sobre lo que entendía que era lesiones graves, internas, además de huesos destrozados y rotos.

Pero el amor y una habilidad que tan solo acababa de aprender a utilizar la sobrepasaron.

Colocó una mano sobre la que Riley tenía aplastada, sintió el feroz pisotón de la bota, la agonía cuando los huesos se quebraron e hicieron pedazos. Y, horrorizada, vio su propio rostro cernirse sobre el cuerpo postrado de Riley. Su propio rostro lleno de júbilo y de odio.

El dolor, el aplastante dolor, la golpeó.

Bran maldijo cuando Sasha cayó al suelo.

—Te tengo, te tengo. —Sawyer corrió hacia Sasha mientras Annika entraba a toda prisa, con toallas bajo el brazo y una olla con agua en las manos.

—Tú puedes hacer que hierva más rápido que el fogón. Me he acordado de eso.

—Por supuesto que puedo. No pensaba con claridad. Déjalo aquí —le dijo Bran a Annika.

—Lo siento. —Sasha se frotó la cara con las manos—. He profundizado demasiado. Deja que lo intente de nuevo.

—Vas a esperar. Doyle, Sawyer, necesito que inmovilicéis a Riley.

—No. —Sasha se meció—. Oh, no.

—Me daré prisa, pero es necesario que se tome esto. Levántale la cabeza para que pueda beberlo y procura que no se mueva —le pidió Bran a Doyle.

Sasha se arrodilló junto a la cama y asió de nuevo la mano buena de Riley.

—Solo para que sepa que estamos aquí. Puedo hacerle saber que estamos todos aquí. Le ayudará.

—Lo hará. —Bran se remangó—. Annika. Ocho gotas de la botella azul. Dos de la roja. Primero la azul y luego la roja.

Mientras Sawyer sujetaba las piernas de Riley y Doyle se colocaba en la cama detrás de ella, inclinándole la cabeza, sujetándole los hombros, Bran se colocó a horcajadas sobre ella y le sujetó con una mano la mandíbula, que empezaba a amoratarse.

Sus ojos, negros como el ónice, se tornaron más profundo, más oscuros. Riley se removió, forcejeó. Aulló.

—Maldita sea —farfulló Sawyer, viéndose obligado a sujetar con más fuerza—. Mierda.

—Dáselo —exigió Doyle, y perdió el control lo suficiente para acercar el rostro al cabello de Riley—. Bébetela puñetera medicina, Gwin, y no seas nenaza —murmuró, sufriendo.

Bran cogió el vaso de manos de Annika y vertió el contenido por la garganta de Riley sin miramientos.

Riley abrió los ojos de golpe y giró la cabeza de un lado a otro. Arqueó el cuerpo, las extremidades le temblaban mientras intentaban golpear de forma rítmica. Acto seguido se derrumbó, temblando, temblando, hasta que se quedó pálida e inmóvil como la muerte.

Cuando se bajó de la cama, Bran se limpió el sudor de la frente.

—Ya podemos empezar.

Despertó presa de la agonía, flotaba en sueños. Forcejeaba en pesadillas, buscaba la paz.

Halló la paz de vez en cuando, oyendo las voces de sus amigos. Sawyer... ¿leyendo? Sí, leyendo a Terry Pratchett, uno de los antiguos, con la mujer policía..., que resultaba ser una mujer lobo.

Igual que ella.

Annika cantando... ópera y canciones de Adele. Acurrucada con ella en la cama, canturreando en voz queda y oliendo a lluvia primaveral.

Las pesadillas se acercaron y el dolor se disparó. Y entonces Sasha estaba a su lado, diciéndole que no estaba sola, y el dolor disminuyó un poco.

Bran, pasando las manos sobre ella, unas veces cantando en gaélico o en latín, otras hablándole a ella o a otra persona que le respondía con un acento tan irlandés como el suyo.

Y Doyle, a menudo Doyle. Leía a Shakespeare. ¿Quién iba a imaginar que tenía una voz tan apropiada para Shakespeare? Y cuando los demonios la perseguían, demonios con los rostros de amigos, él la abrazó con fuerza.

—Oblígalos a retroceder, *ma faol* —le dijo..., le exigió—. Sabes hacerlo. ¡Lucha!

Así que luchó y se dejó llevar y la agonía pasó a ser un dolor persistente.

Doyle estaba ahí cuando llegó la mujer y vertió el contenido de un vial entre sus labios.

—No. No quiero...

—Lo que importa es lo que necesitas. Sé buena chica y trágatelo.

Tenía el cabello rojo y unos fieros ojos verdes y poseía una belleza que había sobrevivido décadas.

—Arianrhod.

—De hecho, no. Sino una de sus hijas, al parecer. Igual que tú. Duerme un poco más y este buen hombre velará por ti.

—Soy mucho mayor que tú.

La mujer rio al oír el comentario de Doyle y acarició la mejilla de Riley con la mano.

—Duerme —dijo.

Y Riley durmió.

Cuando despertó minutos más tarde —¿horas, días?— Doyle estaba a su lado, apoyado en las almohadas, leyendo en voz alta *Mucho ruido y pocas nueces* a la luz de la lámpara.

—Escribí un artículo sobre Beatrice como feminista.

Doyle bajó el libro, cambió de posición para estudiar su rostro con aquellos ojos que parecían exhaustos.

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué estás en la cama conmigo?

—Órdenes del médico. Del médico brujo. Estás hecha unos zorros, Gwin.

—Encaja con cómo me siento. ¿Qué ha pasado? ¿Qué coño ha pasado? No...

—Entonces recordó, trató de incorporarse, pero Doyle la sujetó con una mano —. Sasha. Está poseída. Tienes que...

—No, no fue así. No era Sasha.

—Me dio una paliza, así que sé muy bien... No. —Riley cerró los ojos y se obligó a intentar recordar lo que acudía a su mente en fragmentos—. No, no era Sasha. Era Malmon.

—Esa es nuestra teoría.

—Estoy segura. Se parecía a Sasha y hablaba como ella, hasta que me golpeó. Fue como si me golpeara con un ladrillo. —Se llevó la mano a la mejilla y presionó con cuidado—. Parece que ya está bien. No pude sacar mi pistola. No podía... Mi mano. —Levantó la mano izquierda y contempló el vendaje que la cubría—. Oh-oh.

—Casi se ha curado. No quieren que muevas los dedos demasiado todavía.

—Ella..., él..., me la pisó. Creo que me desmayé.

—Hay un montón de huesos en la mano. Desmayarte sería lo más sensato cuando te los rompen o aplastan todos.

Riley se rodeó con los brazos.

—¿Cómo de mal estoy?

—No estás muerta, y sin Bran y Sasha lo habrías estado. Aun así... lesiones internas en riñones, bazo, hígado, tan graves que casi te llevan al hospital, pero Bran encontró otra solución. Su abuela.

—Se parece a Arianrhod. Hablé con ella. Eso creo.

—Me ha dicho que lo hiciste más de una vez. Es una sanadora, una empática. Bran cree ciegamente en su don y no ha exagerado. No sé si tu mano sería plenamente funcional de no ser por ella.

—Entonces le estoy agradecida. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Un día? ¿Dos? —preguntó al ver que él se limitaba a menear la cabeza.

—Te internaste en el bosque hace cinco días.

—¿Cinco?

Cuando Riley se incorporó y rechinó los dientes para reprimir un gemido de dolor, Doyle se levantó de la cama y vertió algo en un vaso.

—Bébetelo.

—No quiero dormir otra vez. ¿Cinco días?

—Vale.

—¿Adónde vas? —exigió, rayando en el pánico cuando Doyle se giró hacia la puerta.

—A buscar a los demás.

—No. Espera. Quiero levantarme.

—Y yo quiero bailar con Charlize Theron en pelotas. Todos tenemos que afrontar las limitaciones.

—Hablo en serio. ¿Qué hora es? ¿Dónde está todo el mundo?

—Aunque hablas en sueños, había más tranquilidad cuando estabas inconsciente. Son casi las diez y media... de la noche... e imagino que los demás están abajo.

—Entonces quiero bajar. Ayúdame a levantarme, échame una mano.

Doyle exhaló un suspiro, se acercó y la cogió en brazos de la cama.

—No he dicho que me bajes en brazos. —Era humillante—. No quiero que me lleves en brazos.

—O bajo y les pido a todos que suban o te bajo en brazos. Elige.

—Me quedo con lo segundo. Espera..., un espejo.

Doyle rodeó la cama y se giró para que ella pudiera mirarse en el espejo de cuerpo entero situado en el rincón de la habitación.

Vio a un hombre alto, vestido todo de negro, sujetándola como si no pesara más que un cachorrito. Y parecía pálida, frágil..., demasiado delgada.

—Estoy hecha unos zorros. Debería agradecer tu sinceridad.

—De nada sirve mentir. Ayer tenías peor aspecto incluso. Casi te asfixió.

Sus ojos se cruzaron en el espejo y los de Doyle se tonaron negros cuando se encontraron.

—No me acuerdo de eso. ¿Por qué paró?

—Pensamos que me oyó acercarme.

—¿A ti? ¿Cómo supiste que tenías que venir?

—Te vi adentrarte en el bosque con la criatura que pensé que era Sasha —comenzó mientras la sacaba de la habitación—. Y después vi a Sasha bajar las escaleras de la casa. Atar cabos fue sencillo. No fui lo bastante rápido para impedir que te diera una patada en la cabeza. Durante los dos primeros días veías doble cada vez que recobraras la consciencia. Hasta ayer por la tarde vomitabas hasta el caldo que intentaban hacerte beber.

—Me alegro de no recordar eso. Odio vomitar. Me leías. Sawyer, tú y...

—Brigid nos dijo que leer, hablar y estar lo bastante cerca de ti para que

podieras sentirnos te ayudaría a sanar. Nos hemos turnado igual que hicimos cuando hirieron a Sawyer.

—A él le torturaron, le apuñalaron, le apalearon y le quemaron y no estuvo inconsciente tanto tiempo.

—Eso se lo hicieron hombres; es lo que Bran y Brigid dicen. A ti te hirió una criatura de Nerezza. Había veneno dentro de ti. Alégrate de que Bran ganara la discusión sobre el hospital. Jamás habrían tratado el veneno.

—Estoy todavía más agradecida.

Se puso tensa al oír voces.

—No era Sasha.

—Lo sé.

Doyle se detuvo.

—Ha sufrido. Has de saberlo. La preocupación, incluso el miedo, que los demás han sentido los últimos días, ella lo ha sentido con más intensidad.

—No fue culpa suya.

—Convéncela —se limitó a decir Doyle y después la llevó hacia las voces.

Todo cesó cuando Doyle entró con Riley en brazos. Sawyer, que estaba a punto de demostrarle a Annika la forma correcta de sujetar un taco de billar, se enderezó de golpe y sonrió de oreja a oreja. Annika rio de contenta y se las arregló para ejecutar una voltereta en aquel espacio relativamente reducido.

Bran, que estaba en el bar sirviéndose un whisky en un vaso corto, dejó la botella y se acercó para posar una mano en el hombro de Sasha. Ella estaba sentada en un sofá con la abuela de Bran, que desplegó con cuidado unas cartas del tarot.

—Se pondrá bien —dijo Brigid cuando Sasha se levantó de repente al tiempo que contenía la respiración y las lágrimas le empañaban los ojos.

—¡Aquí está! —Sawyer dejó el palo de billar y apoyó una mano en el respaldo de una silla para acercarse. Tomó el rostro de Riley entre las manos y le plantó un sonoro y fuerte beso—. Sí, aquí estás.

—Déjame en el suelo. —Riley le dio un ligero golpecito en el hombro a Doyle—. Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Es que es una montaña. Venga, pásamela a mí. —Sawyer apartó a Riley de Doyle y giró en círculo—. ¡Damas y caballeros, ha vuelto!

—Corta el rollo. —Mientras Riley reía, Sasha rompió a llorar—. Ah, venga ya, corta el rollo. Bájame —le dijo a Sawyer con los dientes apretados—. Bájame, bájame.

Sawyer rodeó el sofá con ella y la bajó con cuidado.

—Sasha...

—Lo siento. Lo siento. —Sasha se secó los ojos mientras se arrodillaba delante de Riley y le cogía las manos—. Lo siento muchísimo.

—Pero si tú no hiciste nada. Así que para. No, eso no es correcto. Sí que hiciste algo. Lo hiciste todo. Así que te estoy agradecida..., muy agradecida. ¿Puedo comer algo? Lo que sea.

—Hay sopa en el fuego. —Brigid continuó echando las cartas sobre la mesa baja—. Sasha tenía antojo de sopa de pollo y es justo lo que toca.

—Yo te la traigo. Estoy muy contenta, Riley —dijo Annika mientras iba hasta la cocina con paso alegre.

—Yo también estoy bastante contenta. —Con las manos de Sasha todavía sujetas, Riley estudió a Brigid—. Eres clavada a ella.

—He visto los dibujos de nuestra Sasha y sí que me parezco. Salvo por unas cuantas décadas.

—Creo que me has salvado la vida. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Bran, ¿vas a darme ese whisky o a dejar que el vaso esté medio vacío hasta que pasen los años?

Bran sirvió un buen par de dedos y se lo llevó. La besó en ambas mejillas.

—Tienes mi gratitud eterna, *Móraí*.

—No hay de qué. Todavía estás pálida —comentó Brigid, estudiando a Riley por encima del borde del vaso—. Pero tienes los ojos cristalinos. ¿Sasha?

—Oh, yo no...

—Tú sí. —Brigid rechazó su protesta—. Sabes mirar, sabes ver. Así que mira a tu hermana y no protestes.

Sasha tomó aire de manera entrecortada y cerró sus ojos llenos de lágrimas.

—Aún hay dolor, pero es soportable. Todavía queda por sanar, pero está

mejorando. Tiene hambre y eso es buena señal. Necesita comer, por el momento con cuidado, y descansar uno o dos días más.

—¿Y la mano? —indagó Brigid.

—Ah... Le dolerá cuando le retiren el vendaje; Bran te tratará, mitigará el dolor —le dijo a Riley—. Pero está sanando bien. Deberíamos retirar el vendaje mañana. —Sasha miró a Brigid—. ¿Es así?

—Así es. Eres mucho más de lo que piensas. Su mente lo sabe, pero su corazón se culpa —le dijo Brigid a Riley.

—Pues entonces es tonta. Eso es una idiotez.

—Claro que lo es. —Brigid acarició el cabello de Sasha—. Pero el amor suele estar lleno de idioteces, ¿no es así?

—¡Aquí llega la comida! —Alegre como unas campanillas, Annika llegó con una bandeja—. Sasha ha preparado sopa de pollo, fideos y verduras y *Móraí* ha elaborado pan integral.

—Tú me cantabas —dijo Riley cuando Annika dejó la bandeja.

—¿Me oíste? *Móraí* me dijo que si te hablábamos o cantábamos, tú lo oírías con el corazón, y que debíamos tumbarnos contigo y mantenernos cerca.

—Lo oía. —Se volvió hacia Sawyer—. Terry Pratchett.

—Encontré *Ronda de noche* entre tus cosas. Parecía que lo hubieras leído un millón de veces.

—Casi, casi. —Riley tomó una cucharada de sopa, que le supo a gloria—. Ay, Dios mío de mi vida.

—Despacio —le aconsejó Brigid—. O vomitarás.

—Dame un minuto y luego podemos hacer un resumen, pero tengo la sensación de no haber comido desde hace semanas. —Riley tomó más sopa y trató de ir despacio—. Enviaste a buscar refuerzos —le dijo a Bran.

—No sabía lo suficiente. Te estábamos perdiendo.

—He visto muertos en el campo de batalla con más vida que tú.

Doyle se sirvió un whisky en el bar.

—Menuda forma de empezar con tacto —farfulló Sawyer.

—Es mejor ir al grano. —Riley comió otra cucharada y se echó hacia atrás—. Tienes razón: hay que ir despacio. Fue Malmon.

—¿Estás segura? —exigió Bran.

—Muy segura. Salí afuera..., todavía está un poco inconexo..., pero salí afuera. Necesitaba un descanso e iba a dar un paseo. Vi el coche. No había oído volver a Doyle y a los demás, pero vi el coche. Vi la compra, así que me dispuse a acercarme y a coger unas bolsas. A echar una mano. Y Sasha... —Se interrumpió cuando esta se sentó sobre los talones y se rodeó con los brazos—. No tú, ¿vale? Él adoptó tu apariencia. O fue Nerezza quien le dio tu aspecto.

—Si yo no hubiera vuelto a salir, podría haber adoptado la forma de Bran, de Sasha o la tuya —dijo Doyle, señalando a Riley con la cabeza mientras se apoyaba contra el bar—. La ilusión se adaptaba a las circunstancias.

—Sí. —Agradecida por la aclaración, Riley tomó un mordisco de pan con cuidado—. Creo..., creo que si me hubiera limitado a internarme en el bosque como era mi intención, me habría estado esperando dentro. Con la forma de Sasha o la de cualquiera de vosotros. Pero me desvié y me dirigí hacia el coche, así que tuvo que atraerme. Me dijo que había encontrado algo que tenía que ver. No dudé, ¿por qué iba a hacerlo? Fui de cabeza. Grabados, algo sobre unos grabados. ¿En un árbol? —Sus recuerdos se desdibujaban—. Algo así. Caminamos y nos desviamos del sendero. Ajena, no tenía la más mínima idea y él me golpeó a traición. Volé por los aires. Me di con algo. Una roca, un árbol. Sentí que algo se rompía dentro de mí. Mi brazo... no respondía. No podía coger mi pistola ni mi cuchillo. No podía luchar, no podía, y él me estaba dando una paliza de muerte. Pensé que estaba acabada. Muerta.

—Sasha nos llamó. —Annika le llevó una taza de té a Riley—. Entró

corriendo y dijo que nos diéramos prisa. Doyle dijo que nos necesitabas, así que todos salimos corriendo tan rápido como pudimos. Pero...

—Él se había marchado cuando llegamos allí —concluyó Sawyer—. Doyle llegó primero. Él te encontró. Le vio. A Malmon.

—No pudo o no quiso mantener la ilusión. —Doyle se encogió de hombros—. La ilusión de Sasha titubeó solo un instante. No se quedó a luchar. Huyó.

—Doyle te trajo a casa, Bran fue a por sus medicinas mágicas y Sasha intentó curarte, empezar a curarte, pero era tan grave que... ¿Cómo se dice? —preguntó Annika a Sawyer.

—Perdió el conocimiento.

—No tenía... no tenía suficiente energía —acertó a decir Sasha.

—Ni yo —le recordó Bran—. La gravedad de las heridas, cómo se infligieron y el veneno que ya tenías dentro. Sanar no es mi especialidad.

—Podría haberlo sido. —Brigid agitó un dedo en el aire—. Pero a ti te iba más lo llamativo. Te quieren, *sí-mac tíre*. —Aquello significaba mujer lobo en gaélico, tradujo Riley, divertida—. Te quieren bien y te valoran. Mi chico mandó a buscarme. Y en el momento justo. Tienes un corazón, un espíritu y un cuerpo fuertes. Ha sido una suerte para ti. Y también para mí. —Brigid levantó su vaso, brindó y bebió.

—Gracias por mi vida, *máthair*.

Brigid asintió con aprobación.

—Eres respetuosa. Come. Bran, sírvele a nuestra chica media copa de vino.

—A mí ni siquiera me dejaron tomarme una cerveza cuando me dieron una paliza —se quejó Sawyer.

Brigid se echó a reír.

—Claro, deberías haberme llamado a mí. Una cerveza nunca hace daño a un hombre tan robusto como tú.

—La próxima vez. Disparamos a un par de docenas de cuervos mientras

estabas inconsciente —agregó Sawyer.

—Cuervos.

—Me parece que Nerezza quería regodearse. Pero no le dimos nada de qué presumir. —Bran le llevó el vino—. Tienes mejor color. Me alegro de verte, cariño.

—Yeats —recordó Riley—. Leías a Yeats.

—Me parecía oportuno. Necesitabas dormir más.

—Me siento mejor.

—Y dormirás todavía mejor.

—No...

—Duerme ahora. —Brigid tan solo le dio una palmadita en el hombro a Riley. Esta se quedó dormida—. Doyle, sé buen chico y llévala arriba. —Brigid acarició el cabello de Riley, esbozó una sonrisa y asintió—. Lo conseguirá. Se pondrá bien.

El sol brillaba cuando Riley despertó de nuevo y una agradable brisa, que olía a flores y a bosque, se colaba por las puertas abiertas de su balcón.

Durante un instante, todo lo demás pareció que era solo un desagradable sueño, hasta que intentó incorporarse y sintió la típica debilidad que acompañaba a una dura enfermedad o una herida.

Y Sasha entró desde el balcón.

—Espera. —Se acercó con rapidez para colocarle los almohadones a la espalda—. Tómalo con calma. Dios, tienes mejor cara. Tienes mucha mejor cara.

—Si me dices que he dormido otros cinco días te doy con el cinturón.

—Ni siquiera uno. Un poco más de medio día.

Con tono alegre, Sasha mezcló en un vaso algo de un vial con algo de una

botella.

Riley entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué es eso?

—Un reconstituyente. Brigid ha dicho que podrías beberlo cuando despertaras de forma natural.

Riley miró el vaso con más interés.

—¿Cómo el que Bran preparó para Sawyer?

—Brigid lo ha rebajado.

—Aguafiestas. —Pero Riley lo aceptó y se lo bebió—. ¿Cuánto tarda en...? Vale. —La resaca causada por dormir tanto se desvaneció y por fin, por fin, sintió que su cabeza estaba despejada—. Me gustaría tener unas cuantas dosis de eso para la próxima vez que me pille una borrachera de tequila.

—Riley.

—No empieces otra vez, Sasha. Puede que anoche estuviera medio ida, pero me acuerdo de lo suficiente. Esto no es culpa tuya.

—Necesito soltarlo. —Sasha se sentó en el lateral de la cama—. Hazme un favor, ¿vale? Deja que lo haga.

—Vale, pero si empiezas a soltar idioteces otra vez, te callo la boca.

—Sé que cualquiera podría haber salido solo de la casa..., que fue algo aleatorio y oportunista.

—Por ahora vas bien.

—Pero fuiste tú. Sé que podrían haber utilizado la cara de cualquiera de nosotros para alejarte de la casa y llevarte al bosque. Pero fue la mía. Me horroriza y me enfurece saber que tienes una imagen de mí atacándote, haciéndote daño, casi matándote. Ponte en mi lugar por un momento y dime que tú no estarías igual que yo.

Agradecida por que tener la mente despejada, Riley tardó un momento en organizar sus pensamientos..., y los sentimientos que los acompañaban.

—Pensé que eras tú. Cuando me llamaste, cuando fui contigo. Creía que eras tú cuando me estrellaste contra lo que me pareció un muro de hormigón. Creía que eras tú —repitió mientras a Sasha le temblaban los labios—. Y que estabas poseída, que Nerezza se había apoderado de ti. Me había pegado una tremenda patada en la cabeza y en ese preciso instante, tirada en el suelo, mirándote, pensé que ella había conseguido meterse dentro de ti de alguna manera. Intenté coger mi pistola..., eso lo recuerdo..., recuerdo que si no hubiera tenido el brazo inutilizado, lo habría hecho, te habría disparado. Habría intentado darte en la pierna, pero te habría disparado, creyendo que eras tú.

—Para defenderte de...

—Me horroriza y me enfurece saber que te habría disparado. Las dos tendremos que superar el horror y la ira, Sasha. No hay más. O pasamos página o habrán ganado este asalto.

—Quiero la ira. —Y ardía en los azules ojos de Sasha—. Quiero infligirle dolor, pena y terror por hacerte pensar, aunque solo fuera un instante, que yo te haría daño. Por hacerte elegir, aunque fuera por un instante, hacerme daño.

—Vale. —Riley asintió—. La ira es buena. Nos la quedamos. Pero tú y yo estamos en paz.

—Estamos en paz.

—Estupendo. Tengo que levantarme.

—Todavía necesitas descansar.

—En serio, tengo que hacer pis. Pis de verdad.

—Yo te ayudo.

—Deja que intente levantarme yo sola. Me siento razonablemente bien.

Consiguió hacerlo. Tal vez un poco temblorosa, pensó Riley, pero la habitación se mantuvo quieta y no se le nubló la vista.

—Todo bien por ahora. No es por pudor..., no tengo mucho de eso en todo

caso, pero voy a intentar vaciar mi desesperada vejiga yo solita. Espera.

No fue pitando al cuarto de baño adjunto, pero se movió con rapidez y dio gracias por poder hacerlo. Pero no había gratitud comparable a la que sintió cuando vació su pobre vejiga.

—¡Conseguido! ¿Lo siguiente podría ser una ducha caliente? —Primero salió y alargó la mano vendada—. ¿Y si antes me quito esto?

—Deja que vaya a buscar a Bran o a Brigid.

—¿Para qué?

—Tienen mucha más experiencia.

Riley se limitó a enarcar las cejas.

—Estoy de pie. Estoy lúcida. Yo elijo a mi sanadora. Quítamelo y échale un vistazo.

Sasha comprendió —la criatura con su rostro le había roto la mano; la mujer, la amiga, estimaría su salud— y retiró el vendaje.

—No la muevas. —Sasha la tranquilizó mientras sujetaba la mano de Riley entre las suyas—. Parece... limpia. Dolorida, agarrotada, pero limpia. Puedes mover los dedos.

Riley experimentó tal alivio al sentirlos, al verlos moverse, que casi no podía hablar. Cuando lo hizo, le temblaba la voz.

—Me daba miedo no poder utilizarla o al menos perder cierta movilidad. —Cerró el puño, lo abrió y lo cerró de nuevo—. Sí que está dolorida. Puede que un uno y medio en una escalada de diez. —Animada, giró el hombro derecho, flexionó el bíceps, intentó un rango de movimiento—. Puede que un dos en la escala, pero disminuirá con el uso.

Fue hasta el espejo móvil de cuerpo entero para realizar una prueba mayor. Ojerosa, demacrada, pensó. Débil.

—Por Dios, parezco esmirriada.

—Aparte de la sopa de anoche, hace casi una semana que no has comido

nada sólido.

—Pienso ponerle remedio. ¿Queda algo? De sopa.

—Sí.

—La quiero..., después de darme una ducha y ponerme ropa de verdad.

—Te esperaré.

La ducha alcanzó la categoría de milagrosa, igual que poder utilizar las manos y los brazos sin apenas molestias. Mientras se vestía reparó en el caballete de Sasha, que estaba en el balcón, y en el dibujo del bosque a medio terminar.

—También estaba furiosa con el bosque —le dijo Sasha—. En realidad es absurdo, pero así me sentía. Pensé que pintarlo me liberaría y me ha ayudado. Verte levantada ha terminado de lograrlo.

—Pues espera a verme comer. Mientras lo hago tal vez puedas contarme lo que ha pasado cuando aún estaba inconsciente.

—Bran ha hecho verdaderos progresos con el escudo que está creando. Cuando no estaba con los libros, Doyle ha estado blandiendo el látigo.

Riley se paró en seco al imaginarse a Doyle investigando sin provocar a nadie.

—¿Con los libros?

—Sobre todo traduciendo. Algunos pasajes en griego, otros en gaélico o en latín sobre las estrellas y la isla. Todavía no hay respuestas definitivas.

Mientras bajaban por la escalera de atrás, Sawyer entró en el vestíbulo.

—¡Hola! Iba a subir a verte. ¡Fíjate!

—No te fijas mucho —le aconsejó Riley, pero Sawyer la abrazó—. Ay, Dios, me has echado de menos.

—Pues sí. Por aquí nadie quiere discutir los detalles, ya sean intrascendentes o importantes, de la chapuza cinematográfica que es *La guerra de las galaxias: Episodio IV. Una nueva esperanza*.

—Sí que has sufrido.

—Dímelo a mí. —Aunque lo hizo de forma sutil, mantuvo rodeada su cintura con el brazo para acompañarla hasta la mesa—. Pero buscas comida.

—Ya te digo.

—Yo me ocupo —le dijo a Sasha—. Bran sigue con Doyle en el campo de tiro. Annika está fuera con Brigid; la abuela de Bran le está enseñando a hacer punto —le contó a Riley mientras sacaba el recipiente de sopa de la nevera.

—¿Punto?

—Sí, los hilos las han unido. En fin, querrían saber que la hija pródiga ha vuelto.

—Voy a salir.

Sasha echó un último vistazo a Riley y salió.

Riley se recostó, picada por la curiosidad.

—Vale, te has librado de ella.

—Solo quería que supieras que le preocupa que la mires de forma diferente.

—Ni lo hago ni lo haré y ya hemos zanjado todo eso.

—Sabía que lo haríais. —Mientras se calentaba la sopa, le cortó una generosa rebanada de pan, le troceó con destreza una manzana y partió unos taquitos de queso—. Un aperitivo.

—Gracias. Yo también te he echado de menos. Supongo que la búsqueda de la estrella está parada.

—No del todo. Comentamos la posibilidad de ir a bucear, ya que Brigid estaba aquí para cuidarte, pero no tenía sentido... y no nos parecía bien. Tenemos que estar los seis, así que lo pospusimos. Por unanimidad. Doyle y yo hemos hecho un mapa de algunas zonas por tierra. Annika dice que está un poco colado por ti.

—¿Qué tipos de zonas...? ¿Qué? ¿Qué?

Sawyer esbozó una sonrisita de suficiencia, sin duda divertido por su

reacción.

—Puede que sea porque Sasha le dio *Orgullo y prejuicio* para que te lo leyera. Annika piensa que Doyle es como el señor Darcy.

—Ah, venga ya.

—Eso mismo dije yo. —Agitó un dedo en el aire—. Es una romántica. Una ventaja para mí. De todas formas, Doyle ha estado bastante echo polvo por lo que te ha pasado. Todos lo hemos estado, pero... —Lanzó una mirada a la puerta por si acaso mientras servía sopa en un tazón—. Supongo que yo mismo lo he notado. Tuvimos que inmovilizarte. —Exhaló un suspiro y dejó la sopa delante de Riley—. No me gusta recordar aquello. Fue espantoso de verdad en todos los aspectos. Pero tuvimos que sujetarte mientras Bran y Sasha se ocupaban de ti, cuando te subimos de nuevo arriba. Yo estaba muy pendiente de ti; te sujetaba las piernas. Doyle estaba detrás de ti en la cama, manteniéndote erguida para que Bran pudiera darte de beber una poción, sujetándote los hombros.

—No lo recuerdo... con exactitud. Está todo mezclado.

—Seguramente sea lo mejor. Deja que siga así. Bueno, Doyle tenía mala cara. Ya sabes que casi nunca deja entrever nada. Pero tenía mala cara. Supongo que todos la teníamos. No le di mucha importancia, hasta que Annika empezó con lo de Darcy y todo eso, pero Doyle no dejaba de hablarte..., sobre todo en gaélico y en voz baja, así que no sé qué decía, pero era la forma en que lo decía. Son solo especulaciones, tómalo por lo que es. Solo pensaba que querías saberlo.

—Anni te lo está pegando.

—Me pego a ella siempre que puedo.

Riley se echó a reír e hizo caso omiso, dedicándose a la sopa.

—¿Recuerdas lo que te dije cuanto estabas cabizbajo y enfurruñado por estar débil y herido?

—No estaba enfurruñado. —Y la idea le enfurruñó un poco—. Tal vez cabizbajo, ligeramente.

—Pues arrójame mis palabras a la cara si hago lo mismo.

—Considéralo hecho.

—¿He estado muy cerca de estirar la pata? No te reprimas.

Sawyer la estudió primero de forma prolongada, evaluándola con sus ojos grises.

—Estabas guardándote el recibo en el bolsillo, diciéndole a los parientes fallecidos que te llamaban desde la luz que se quedaran con el cambio.

Asintió mientras comía.

—Entonces no me comeré el coco ni me pondré de mal humor demasiado porque, oye, estoy viva.

—Buena actitud —dijo Brigid cuando entró con Annika—. Te será muy útil. Vamos a echar un vistazo. —Rodeó la mesa y asió la barbilla de Riley con una mano, posando la otra en la parte superior de su cabeza—. Mente despejada, un poquito débil, un poquito dolorida. Durante un día o dos te cansarás más rápido de lo que te gustaría. El descanso y el reconstituyente te ayudarán con eso. El dolor muscular pasará lo mismo que la debilidad. Esta noche carne roja para ti, niña.

—Y mi gratitud no conoce límites.

—¿Puede comerse las galletas? *Mórai* me ha enseñado a hacerlas. Están muy ricas.

—Un par de galletas de azúcar nunca hacen daño a nadie y un poco de té para acompañarlas, ángel mío —agregó Brigid—. Con solo dos gotas del vial. Sawyer King, eres un chico muy dulce y muy valiente. Ya casi te la mereces.

—Estoy en ello.

Cuando llegaron los demás, Riley trató de hacer caso omiso de las especulaciones de Sawyer y devolverle la mirada a Doyle con

despreocupación. Que Bran se acercara y repitiera el gesto de su abuela le fue de ayuda.

—Casi te has recuperado. Yo te recomendaría un filete poco hecho para esta noche.

—Ya me han dado la noticia.

—Vamos a tomar té y galletas —anunció Annika.

—Y yo estoy entusiasmada con ambas cosas. Sasha me ha puesto un poco al tanto sobre lo que ha pasado los últimos días. Me ha contado que has hecho progresos.

Bran se sentó y estiró las piernas.

—Estaremos preparados para ella si nos ataca tal y como predijo Sasha. Puede que hayamos perdido rato de buceo, pero me está proporcionando más tiempo para dedicarlo a mi propio trabajo. Y Doyle y Sawyer han aprovechado para explorar los alrededores.

—Hay algunas posibilidades que deberíamos comprobar —agregó Sawyer—. Annika ha encontrado un par de cuevas costa arriba.

Riley cogió una de las galletas de la bandeja que Annika dejó sobre la mesa.

—He oído que has ejercido de bibliotecario —le dijo a Doyle.

—No he encontrado más que fragmentos y nada que aporte algo al conjunto. Ahora que vuelves a estar en pie, puedes recuperar el puesto.

Riley probó la galleta y le pareció que estaba buenísima.

—¿Ninguno pensáis que es extraño que no nos hayan atacado mientras teníamos una baja en el equipo?

—Vinieron los cuervos —dijo Annika, todavía atareada con el té.

—Más cuervos..., mencionaste algo anoche. Lo tengo borroso.

—Llegaron dos días más tarde de que te atacaran. —Doyle permaneció de pie—. Poco después del amanecer. El día siguiente no salimos.

—Bran envió a buscar a *Móraí*. —Annika dejó la tetera en la mesa—. Tus heridas eran muy graves y teníamos que ayudarte, así que no hicimos ejercicios de calistenia ni entrenamos.

—Pero cuando retomasteis el entrenamiento, ¿ella envió a los cuervos?

—Un par de docenas. —Doyle miró por la ventana, como si comprobara si había más—. Fue más una molestia que un ataque.

—Está débil.

Sasha captó la atención.

—No temas —murmuró Sasha.

—No temo. Tan solo me preocupa que encuentre un modo de utilizarme. Pero puedo sentirlo..., está débil. Se hace más fuerte, pero... Ah. Transformar a Malmon, la ilusión para disfrazar a la criatura, exigió cuanto tenía. Pero ella le necesita. Él la alimenta; le sirve. La ama de manera irracional. Carece de toda razón. Ella lo es todo. Y el Orbe que todo lo ve... Esperad, esperad. —Sasha extendió ambas manos, con las palmas hacia arriba—. Bebe un brebaje de sangre. Eso la mantiene. Y el Orbe que todo lo ve está turbio..., solo por momentos recobra la nitidez..., y a un precio desorbitado. Ve la casa del acantilado y lo que había antes. Oh, si hubiera destruido a los antepasados, ahora no habría presente. No habría guardianes. ¿Por qué él no terminó con la mujer, con la loba? Si acaba con uno, acaba con todos. ¿Por qué no le puso fin antes de que llegara el inmortal? Tráeme su cuerpo inerte, tráeme su sangre. La sangre de la loba, la sangre de un guardián. Su sangre, mi sangre. Me atiborraré de ella y llevaré las estrellas a la oscuridad.

Sasha exhaló y se sentó.

—Una gota también en el té de Sasha, cariño —le dijo Brigid a Annika.

—Estoy bien. Me ha sentido y me ha hecho retroceder, pero todavía está demasiado débil. Él..., Malmon..., no tenía que matarte, solo dejarte medio muerta y llevarte con ella. A ti o a cualquiera a quien pudiera llegar. Tenía que

sacarte sangre y devolverle las fuerzas a ella..., para la juventud además de su poder. Drenarte la sangre despacio para mantenerla con vida. La sangre de los vivos es más poderosa que la sangre de los muertos.

—Siempre lo ha sido en tales asuntos. —Brigid cogió su taza de té—. Un asunto desagradable.

—Casi tanto como para quitarme las ganas de esta galleta. —Riley le dio un mordisco despacio.

—Es la primera vez que he podido atravesar sus defensas desde que te hirieron. No sé si eso significa que he estado demasiado distraída o que te necesitábamos de vuelta. Da igual. —Con la misma lentitud que Riley, Sasha eligió una galleta y la mordió—. Ya hemos vuelto.

—Hemos vuelto —convino Riley—. Ahora vamos a joderla bien. Lo siento —se disculpó con Brigid.

—Es algo que apoyo por completo. Mañana por la mañana me pondré en camino y os dejaré con ello.

—Oh, no te vayas, *Móraí*. —Annika rodeó a Brigid con los brazos desde atrás.

—Volveré cuando hayáis terminado con esto y espero que todos encontréis la forma de venir a verme a mí y a los míos. Pero quiero mi propia cama y a mi hombre. ¿Más? —Le palmeó la mano a Annika mientras miraba a su nieto a los ojos—. Esto va para ti. Para los seis. Todo lo que soy estará a vuestro lado. Bébetelo el té —le dijo a Riley—. Y que uno de estos salga contigo un rato a dar un paseo. Te sentará bien.

—Sí, señora.

—*Móraí* —la corrigió Brigid—. Pues también soy la tuya.

—*Móraí*.

«Abuela», pensó Riley, y se bebió el té.

Como tenía por costumbre, Doyle hizo una última ronda después de medianoche. Caía una fina lluvia, que tapaba la luna menguante, sumiendo el mundo en una oscura y serena niebla. Amortiguaba el sonido del mar, de forma que su regular latido se convirtió en el pulso del mundo.

La casa se alzaba a su espalda, tras la fina cortina de lluvia, con luces encendidas aquí y allá para darle vida.

Aunque su ruta alrededor de la casa se había convertido en rutina, permanecía alerta y preparado. Y cuando vio la figura encapuchada de pie entre las tumbas, la espada saltó a su mano.

No era Nerezza, pensó mientras se acercaba, sigiloso como un gato. Demasiado delgada. Durante un momento pensó en Riley y se enfureció al imaginarla bajo la lluvia, cuando apenas acababa de levantarse de la cama.

Pero la figura se dio la vuelta. Lo primero que le vino a la cabeza fue que era su madre.

El espíritu de su madre surgiendo de la niebla. ¿Para consolarle? ¿Para atormentarle? A veces las dos cosas se parecían.

Entonces ella habló y supo que era de carne y hueso.

—Te mueves como una sombra —comentó Brigit—. Pero tus pensamientos hablan a gritos.

—Creía que eras Riley y no eran solo mis pensamientos los que iban a gritar. Tú tampoco deberías estar aquí afuera, bajo la lluvia y de noche.

La lluvia repicaba sobre su capucha, formando un oscuro y mojado marco para aquel rostro lleno de fuerza e imperecedera belleza.

—Soy irlandesa, así que no me molesta la lluvia. ¿Y a qué bruja le preocupa la oscuridad? La dulce niña deja ofrendas a sus difuntos.

Doyle bajó la mirada. Annika había añadido conchas a las piedras y traído flores frescas.

—Lo sé.

—Ellos viven en ti y también en los demás. En mí y en los míos. Te pareces a mi tío, el hermano de mi padre, Ned. Era un rebelde y murió luchando. He visto fotos tuyas cuando tenía tu edad.

—Tengo más de trescientos años.

Brigid soltó una sonora carcajada.

—Te conservas bien, ¿eh? Por lo que sé de Ned, carecía de tu disciplina, aunque creía en su causa y dio la vida por ella. He intentado ver si vuestras vidas estarán determinadas y no puedo. Yo no tengo el poder que tiene Sasha. —Esbozó una sonrisa al ver su sorpresa—. ¿Yo? Sirvo a la ciencia de la magia. Me gusta pensar que Bran ha sacado eso de mí. Y sano. Las cartas me pueden guiar hacia algunas respuestas, pero Sasha es la clarividente más poderosa que he conocido en mi larga vida y todavía tiene que utilizar la totalidad de sus poderes. Y tú, muchacho, solo sé que no alcanzarás el tuyo en su totalidad hasta que no derribes las barreras que tú mismo te has impuesto.

—Yo no tengo poderes.

Brigid agitó su dedo en el nebuloso aire.

—Ahí está, esa es una de tus barreras. Cada uno de vosotros tiene aquello que se os otorgó, lo queráis o no. Hace más de medio siglo que amo a un hombre. Puede que eso no sea nada importante para alguien de tu edad, pero no es poca cosa. He engendrado hijos, he conocido la felicidad y la pena, la frustración y el placer, el orgullo y la decepción que los hijos causan a una

madre. Aquí, en esta tierra sagrada, puedo decirte que tú le aportaste todo eso a tu madre y es todo lo que una mujer pide para un hijo.

—Yo no era su único hijo.

—Y el mal se llevó a tu hermano menor. Ella se llevó esa pena a la tumba. Pero no por ti, muchacho. No por ti. —Alzó la cabeza hacia la casa y sonrió —. Tu loba está inquieta.

Doyle volvió la vista y vio que se había encendido la luz en la habitación de Riley.

—No es mi loba.

Brigid se limitó a suspirar.

—Alguien que ha vivido tanto tiempo como tú no debería ser tan tonto. Pero supongo que así son los hombres, ya tengan veinte años o doscientos veinte. Te deseo un buen viaje, Doyle, hijo de Cleary, y felicidad a lo largo del camino. Buenas noches.

—Buenas noches. —La miró mientras se marchaba y la vio entrar sana y salva en la casa.

A continuación siguió con la ronda. Antes de regresar adentro, vio que la habitación de Riley volvía a estar a oscuras y esperó que ella estuviera durmiendo.

Riley se levantó al amanecer, decidida a regresar a la rutina, a esforzarse durante el entrenamiento. Cuando salió afuera, lanzó una mirada retadora a los demás.

Quizá los estiramientos básicos le produjeron ciertos calambres, pero se aseguró de que sus músculos se lo agradecían. Y tal vez los desplazamientos laterales, las sentadillas y zancadas hicieron que se le desbocara el corazón y que los músculos le temblaran, pero apretó los dientes mientras los hacía.

Y realizó casi una docena de flexiones antes de que sus temblorosos músculos se rindieran y la hicieran caer de cabeza a la húmeda hierba.

—Tómame un descanso —comenzó Sasha.

—No me trates como a una cría. —Riley exhaló con los dientes apretados y se esforzó por colocarse de nuevo en la posición de la plancha. Bajó hasta la mitad, y de forma negligente, cuando sintió que sus brazos cedían de nuevo.

Se maldijo cuando Doyle introdujo una mano debajo de su chaqueta con capucha, la agarró del cinturón y la hizo subir y bajar. Cuando la soltó, sin demasiada delicadeza, Riley se puso a cuatro patas, lista para gruñir y morder.

Sawyer se acuclilló delante de ella y le dio con un dedo en medio del ceño fruncido.

—¿Es que tengo que darte la charla?

Durante un momento, que se dilató, tuvo ganas de propinarle un puñetazo. Después su ira se desinfló igual que sus bíceps.

—No. Pataleta evitada.

—Has hecho más de lo debido en el punto de tu recuperación en el que estás —señaló Sasha—. Eso me toca las narices.

—Vale, algo es algo.

—Carrera de cinco kilómetros —anunció Doyle.

—Hacemos ocho —replicó Riley.

—Hoy son cinco.

—Tonterías. Y alargarla a ocho solo hará que mañana estés en peor forma. Cinco e iremos a tu ritmo.

Empezó a despotricar, vio la mirada pícara de Sawyer y decidió que por nada del mundo quería que le arrojaran a la cara sus propias palabras. Se puso de pie.

—¿Qué te parece esto? Vosotros cinco corréis la distancia habitual y yo

utilizo la máquina del gimnasio y me limito a cinco kilómetros. Solo os entretendría.

—Yo puedo quedarme con Riley —dijo Annika.

—No es necesario. Estaré en la casa, en el gimnasio. Cinta de correr, cinco kilómetros. —Riley hizo una cruz con el dedo sobre su corazón.

—Trato hecho. En marcha —ordenó Doyle.

Odiaba que él tuviera razón, ya sabía que solo podía correr ocho kilómetros si los hiciera cojeando o arrastrándose. Más valía limitarse a cinco, moderar el ritmo y probar a aumentar la distancia la próxima vez.

Consiguió correr los cinco a duras penas, aun con la música para distraerse.

Se sentó en el banco, chorreando de sudor, y bebió agua como si estuviera en el desierto. Se obligó a estirarse y se consoló pensando que ya había recuperado el aliento.

Y vio las pesas.

No había prometido no levantar peso.

Cogió un par de pesas de nueve kilos, las colocó y empezó una serie de repeticiones.

—Baja a cuatro y medio —dijo Doyle desde la entrada.

—Puedo con nueve.

—Y sobrecargarás los músculos en vez de fortalecerlos de nuevo.

La obstinación pura y dura la llevó a hacer otra repetición antes de dejar las pesas y coger la de cuatro kilos y medio.

—Tienes razón. —Se colocó de nuevo en posición para trabajar lo tríceps —. No necesito un observador.

—Un tutor, más bien. Eres demasiado inteligente, Gwin. Sabes que perjudicarás tu recuperación si te excedes.

—No me excederé, pero necesito hacer un poco de ejercicio. En realidad nunca he estado enferma, no de gravedad. Un par de días, gastroenteritis, un

catarro, esas cosas. Resaca, desde luego. Pero me recupero. Necesito recuperarme.

Sin decir nada, Doyle fue hasta el soporte de las pesas y cogió una de veintiséis kilos y medio. Se sentó y se puso a hacer repeticiones sin esfuerzo.

—Creído.

Riley pasó a hacer elevaciones laterales de hombro, de pecho, y adoptó un ritmo agradable, con él ejercitándose cerca.

—Con eso lo has abarcado todo —declaró Doyle cuando ella terminó una segunda ronda.

Habría discutido, para guardar las apariencias, pero le era imposible realizar una tercera serie.

—Solo quiero hacer una serie de press de banco. Una serie. Estoy un poco dolorida, pero es algo bueno. Ya sabes a qué me refiero.

Doyle se acercó al banco.

—Una serie.

Riley colocó las pesas en su lugar, se secó la cara con una toalla y después fue a tumbarse en el banco.

—No diré que no necesito un observador porque no soy idiota.

Doyle dejó las pesas y asintió.

—Hecho.

Sus palabras removieron algo en su memoria, que enseguida se esfumó. Riley se concentró y agarró bien la barra.

—Vale, eso lo he notado —farfulló mientras realizaba una elevación—. Una serie de tres. No puedo con más.

Y a la tercera repetición le temblaba todo, pero hizo que aumentara su satisfacción.

—Vale. Vale, ya está. Es suficiente. —No se fijó en las pesas hasta que no se incorporó—. Has bajado a cuarenta kilos.

—Estoy impresionado de que hayas podido levantar eso. Pasado mañana puedes probar con cuarenta y cinco. E ir a más.

Decidió que, dadas las circunstancias, no era vergonzoso levantar cuarenta kilos. Y, además, se sentía bien, realizada, saludablemente fatigada en vez de exhausta.

—Me estoy recuperando.

—Según la abuela de Bran, la loba acelera tu tiempo de superación.

—Es probable. Como he dicho, nunca antes había estado mal.

Se estiró y él hizo lo mismo. Riley se fijó en que todo se flexionaba, abultaba y estiraba como debía.

Tenía que reconocer que ese hombre estaba muy cachas.

¿Y si sentía algo por ella? También a ella le inspiraba pensamientos lujuriosos, perfectamente normales.

Hasta habían logrado realizar una sesión de gimnasio sin burlarse del otro. Por consiguiente, como era lógico, podrían ponerle el colofón con otra forma de ejercicio saludable y... mutuo.

—Podríamos tener sexo.

Doyle tenía el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, metido bajo el hueco del derecho para estirar. Y solo movió la cabeza en su dirección.

—¿Qué?

—No es que no se te haya ocurrido a ti. —Fue a por otra botella de agua y le estudió como haría con un posible *follamigo*.

Sudado, igual que ella, su negro cabello se ondulaba un poco por la humedad. Sus ojos verdes la observaban con recelo desde un rostro lleno de duros planos y ángulos.

¿Y el cuerpo? Por Dios, ¿qué mujer no querría jugar con él?

—Yo estoy soltera, tú estás soltero. Yo estoy aquí, tú estás aquí. —Mientras

hablaba le señalaba con el dedo a él y después a sí misma—. Ya nos hemos dado un morreo que estuvo medio bien.

—Medio bien.

—A mí se me da bien. Solo lo comento. —Bebió un trago de agua—. O eso me han dicho. Seguro que a ti también se te da bien. Sexo normal, Doyle, que hace ocho meses y cinco días que no practico.

—Eso es muy específico.

—Estaba trabajando en un proyecto en Bretaña, me topé con un viejo amigo y satisfice una necesidad. Mi récord de sequía son ocho meses y veintitrés días. Francamente, no quisiera establecer otro.

—¿Quieres que te ayude a mantener intacto tu actual récord?

Ella se encogió de hombros. No le importaba que él continuara estirando, que continuara observándola. Si no se podía hablar de sexo sin tapujos, ¿de qué servía ser adulto?

—A menos que te esté interpretando mal..., dudoso, aunque posible..., un revolcón te vendría tan bien como a mí. También se me ha pasado por la cabeza que vamos a volver de lleno a la acción de un momento a otro. Si puedo evitarlo, no quiero caer sin haber tenido sexo. Así que lo que digo es que tú podrías rascarme a mí y yo a ti. Sin florituras, sin preocupaciones. —Le puso el tapón a la botella—. Piénsatelo. Si no te parece bien, no pasa nada.

Había recorrido la mitad del camino hasta la puerta, cuando Doyle la agarró del brazo e hizo que se diera la vuelta.

—La gente pasa demasiado tiempo hablando de sexo.

—Bueno, es una actividad infinitamente fascinante y variada.

Doyle la agarró de la camiseta e hizo que se pusiera de puntillas.

—Pensar y hablar de sexo significa que no lo estás practicando.

—En eso estamos de acuerdo. —Divertida y excitada, se impulsó con los

dedos de los pies y dio un pequeño salto para enganchar las piernas alrededor de su cintura—. En fin. ¿Quieres pensar y hablar un poco más?

—No.

Se apoderó de su boca, de aquella ingeniosa boca que hablaba demasiado. Ella sabía a agua fresca, a sal y a calor, y el sonido que escapó de sus labios no fueron palabras —gracias a Dios—, sino que transmitía placer en estado puro.

Su tibio, ágil y húmedo cuerpo se apretó contra él mientras la sujetaba de las caderas y ella le agarraba del cabello.

No era suficiente, pensó. Ni mucho menos. Terminarían aquello, empezarían y terminarían lo que llevaba agitándose dentro de él desde hacía mucho tiempo.

Se giró con la sola idea de llevarla a su habitación.

Y entró Sasha.

—Oh. ¡Oh, lo siento! Yo... Ay, Dios.

Doyle la dejó en el suelo antes de que una vibrante Riley pudiera reaccionar.

—Diría que el desayuno está listo. Necesitas comer —le dijo a Riley y se marchó.

—Riley. Dios, Riley, ¿podría haber elegido un momento peor?

—Bueno, podríamos haber estado desnudos. —Agitó la mano—. No pasa nada. No deberíamos haber empezado en un lugar público, por así decirlo. ¿Sabes?, creo que voy a sentarme un segundo.

Algo que hizo, justo en el suelo.

—No sabía... Es decir, lo sabía —balbuceó Sasha y se sentó a su lado—. Pero no lo sabía. Solo venía a decirte que estamos a punto de comer y... Tendría que haberlo sabido. Percibí... Creía que estabais haciendo ejercicio... de manera vigorosa.

Riley apoyó la cabeza en las manos y rompió a reír.

—Lo hacíamos. Estábamos en ello. Volveremos a hacerlo, esto está claro. De ninguna manera dejaremos esto sin acabar. Estoy oficialmente agitada y removida y juro que pienso beberme ese martini.

—¿Qué?

—Una referencia a la cultura popular. No te preocupes por eso. —Le dio una palmadita en el hombro a Sasha—. Necesito comer. Tengo que estar en la mejor forma para los próximos asaltos. —Se levantó y le ofreció una mano a Sasha—. ¿Qué hay de desayunar?

Comió como un lobo. Junto con los demás, se despidió de Brigid y después se marchó para pasar un rato en la biblioteca antes del entrenamiento con armas.

Doyle no se unió a ella, lo cual no le resultó sorprendente. Sabía tan bien como Riley que si lo hacía con aquel asunto pendiente entre ellos estarían rodando desnudos por el suelo diez minutos después de que se quedaran a solas con la puerta cerrada.

Ella esperaría, él esperaría. Ambos esperarían. Si Doyle no iba a su habitación esa noche, Riley iría a la suya.

Asunto zanjado.

La expectación le proporcionó una agudeza, que aprovechó mientras seleccionaba libros y abría su propio cuaderno.

Le dio vueltas a las notas de Doyle que había en él. Al parecer unos cuantos siglos de práctica no habían hecho que su letra fuera clara y legible.

Mira al pasado para encontrar el futuro.
Aguarda en la oscuridad, fría e inmóvil.
La sangre de la sangre la libera.

Y así el hielo arderá con la fuerza de un sol.

Leyó sus notas de nuevo, leyó otras. Al menos había marcado los libros y las páginas para que ella pudiera verificarlo.

Mientras trabajaba, leía con el ceño fruncido algunas de sus traducciones, anotaba preguntas y sus propias interpretaciones.

Cuando lo necesitaba echaba una cabezadita de diez minutos, preparaba más café e investigaba más a fondo.

—«Ve el nombre, lee el nombre» —farfulló mientras leía—. «Pronuncia el nombre.» ¿Qué nombre?

Annika entró en la estancia mientras ella continuaba leyendo.

—Sasha dice que algo viene. Que te des prisa.

Riley se levantó de un brinco, dejando sin responder su pregunta.

Cuando llegó abajo y salió corriendo, los demás estaban armados y a la espera.

—Del mar. —Sasha señaló—. No es ella..., ella no está lista..., pero ha enviado a muchos. Una nube negra. Veo una gran nube negra que bloquea el sol.

—Podemos subir a las torres. Sawyer y yo.

—Esta vez no. —Doyle escudriñó el claro cielo azul, las agrupaciones de nubes blancas y grises—. Guardemos esa estrategia para cuando ataque con todas sus fuerzas. Esto es una prueba. —Señaló con la espada en las manos—. Ahí, hacia el oeste.

Llegaron, formando un embudo alrededor de las nubes, oscureciéndolas. Hasta que se convirtieron en las nubes mismas, negras y vivas. Giraron, como una especie de látigo, de oleada, que tiñó el claro cielo azul del color de la medianoche.

—Impresionante. —Sawyer sacó sus dos armas de mano—. Pero ¿cuál es el

propósito?

Tras sus palabras, dicho látigo restalló, produciendo una explosión sónica que estremeció la tierra y apagó el sol.

—Ese es el propósito —dijo cuando el mundo se sumió en una oscuridad absoluta—. No puedes golpear lo que no puedes ver. ¿Bran?

Entonces oyeron el estruendo de las alas, el viento huracanado. Bran arremetió contra la oscuridad y la negrura se tornó en un turbio gris, con tintes verdosos.

—Con eso bastará.

Riley disparaba con la derecha y en la izquierda sujetaba su cuchillo de combate. Cuervos de ojos rojos, murciélagos de largos dientes con cabezas enormes y cuerpos retorcidos.

Sabía que sus alas cortarían como cuchillas si tocaban la carne.

Pero las balas que Bran había hechizado dieron en el blanco. El ejército alado de Nerezza estalló en llamas y cayó en una lluvia de sangrientas cenizas. A su izquierda, Annika disparaba luz con sus brazaletes, daba un salto mortal y disparaba de nuevo. Las flechas de Sasha volaban, certeras y letales, mientras Bran arrojaba azules rayos gemelos, que dejaron una estela de fuego.

Y, pese al aullido del viento, en todo momento oyó la espada de Doyle atacando; la música brutal del campo de batalla.

¿Eran más lentos que antes?, se preguntó. No había duda de que eran multitud y, aun con destreza, se verían superados sin los poderes de Bran. Y, pese a todo, casi erró un par de blancos, pues se movía con más torpeza que los demás.

Se tiró al suelo y rodó para evitar un ataque, recargó mientras se movía, disparando desde el suelo. Se levantó con rapidez, atacando con su cuchillo cuando uno se acercó. El viento la agarró entonces como si fuera un puño,

levantándola y arrojándola hacia atrás. Una nueva oleada de dolor invadió su cuerpo, que no se había recuperado del todo.

Disparó de nuevo mientras resollaba y trató con todas sus fuerzas de ponerse en cuclillas. Se le heló la sangre cuando de dentro del enjambre surgió otra que se lanzó directo a por ella.

No tenía balas suficientes, pensó, pero hacía que las que tenía contaran. Rodó, avanzó a gatas por la fuerza del viento. Sintió el corte de un ala en la pantorrilla, otro en el hombro mientras lanzaba patadas y golpes con el cuchillo.

Docenas caían a su alrededor mientras sus camaradas los destruían y aun así seguían llegando.

Disparó de nuevo y apuñaló a uno antes de que pudiera atacarle al rostro con sus afiladas alas y sus garras. Tres se unieron, de ojillos brillantes y salvajes, lanzándose contra ella mientras trataba de recargar el arma.

La espada de Doyle los atravesó, embistió y golpeó mientras se abría paso en medio del huracanado viento. La agarró con una mano del cuello del jersey y la arrastró tras de sí.

—¡Mantente agachada!

Riley no era partidaria de quedarse agachada. Aprovechó el cuerpo de Doyle como pantalla para levantarse y recargar. Se quedó con él, espalda contra espalda, medio delirante mientras salpicaba el aire de balas.

Annika saltó, con los brazaletes relampagueando, luego Sawyer y después Sasha.

—¿Y Bran? —gritó Riley.

—Ha dicho que viniéramos aquí y nos quedáramos aquí —respondió Sasha a voz en grito, atravesando con un rayo a una criatura tras otra—. Y...

La luz la cegó durante un instante. Iba acompañada por una oleada de calor,

una ardiente energía que abrasó el aire. Las criaturas que murieron no tuvieron ocasión de gritar.

El cielo volvía a ser azul.

Más temblorosa de lo que le gustaría, Riley se agachó y apoyó las manos en los muslos mientras recobraba el aliento.

—Estás herida. —Annika la rodeó con los brazos.

—No. Solo son un par de rasguños.

Aunque de nada sirvió, protestó cuando Doyle tiró del jersey para dejar el hombro al descubierto y estudió la herida.

—Un rasguño.

—Tal y como he dicho. —Volvió a colocarse el jersey.

—Han ido en tropel a por ti. —Sasha bajó su ballesta y miró hacia atrás mientras Bran iba hacia ellos con paso firme—. No me he percatado hasta que casi era demasiado tarde.

—Cantidad por encima de la calidad, en esto mismo estaba pensando. —Sawyer se limpió una salpicadura de sangre de la mejilla—. Suficiente para mantenernos ocupados, pero tirando a débil.

—Sí. —Riley asintió—. Lo mismo he pensado yo. Entonces el viento me agarró y me arrojó; fue como si me golpeará un tornado. Un par de cientos venían hacia mí. —Exhaló una bocanada de aire—. Ella sabía que me habían herido y supuso que era la hermana débil. Pues a la mierda.

—Estábamos demasiado lejos para ayudar. —Annika le frotó el brazo a Riley—. Si Doyle no hubiera estado más cerca, si no...

Al darse cuenta de que todavía sujetaba con fuerza su pistola, Riley se obligó a enfundarla y le miró.

—Sí. Gracias por la ayuda.

—Son gajes del oficio.

Sus ojos decían algo diferente, pensó, algo no tan frío ni displicente. Le

sostuvo la mirada mientras Bran le echaba un vistazo al hombro.

Riley le oyó hablar, pero no discernió las palabras. Tanto él como los demás habría podido entrar en otro mundo. Por el suyo corría la adrenalina y el deseo.

Doyle la agarró del brazo.

—Ahora —dijo.

Ella enfundó su cuchillo.

—Ahora.

Fue con él hacia la casa. Al parecer no andaba lo bastante rápido para él, ya que la cogió en vilo. Eso le pareció bien, así que le rodeó la cintura con las piernas y tiró de su cabeza para acercarla a la suya.

—¡Oh! —Encantada, Annika se rodeó con los brazos—. Van a disfrutar de muy buen sexo.

Sasha vio a Doyle subir los escalones de la terraza con Riley.

—¿No deberíamos atender sus heridas antes...?

Bran meneó la cabeza.

—Está bien por ahora. Vamos a limpiar, a tomarnos una cerveza, y dejemos que ellos... se ocupen el uno del otro por ahora.

—Limpiar. Es buena idea. —Sawyer agarró a Annika de la mano.

—Oh, nosotros también vamos a practicar sexo.

Bran rio y rodeó a Sasha con los brazos.

—Suena de maravilla —dijo, y la llevó directa a la cama en un abrir y cerrar de ojos.

Doyle pasó de la cama. Dio media vuelta en cuanto cerró la puerta de la terraza con el pie y empujó a Riley contra la pared.

—Dijiste que sin florituras.

—No son necesarias. —Se apoderó de su boca otra vez, añadiendo un mordisco de prueba mientras se esforzaba para quitarle la espada y la vaina.

Quería sentir su carne, su olor, su sabor, su tacto, y dejó que la vaina cayera con un ruido sordo para poder despojarle de la camisa y dar con ella.

Doyle ya la había encontrado; sus manos ascendieron por debajo del jersey para tomar en ellas sus pechos. Unas manos grandes, ásperas..., justo lo que buscaba.

Pero deseaba cada vez más la penetración. Quería la intrusión, ardiente y con fuerza. La indescriptible excitación de la vida después de haber estado a punto de morir.

Doyle también tenía rasguños. Juntos olían a guerra; a sangre, a sudor y a la batalla.

Impaciente, no la despojó del jersey, sino que metió los dedos donde se había rasgado y se lo arrancó casi por completo. La violencia de aquel acto corrió por sus venas e hizo que forcejeara para quitarle el cinturón mientras él hacía lo mismo con ella.

La necesidad le atenazaba la garganta, le encogía las entrañas.

Doyle le bajó los pantalones por las caderas y a continuación, gracias a Dios, la penetró de manera feroz.

Una pausa, un latido, un aliento. Asimilando la sorpresa, el éxtasis, y sus ojos se cruzaron una vez más.

Le sostuvo la mirada mientras el aliento se desgarraba de sus pulmones, mientras él la embestía. Se corrió violentamente..., liberación, bendita liberación..., y después enroscó las manos en aquel espeso cabello y dejó que la penetrara mientras ella se movía contra él para tomarle.

Cuando aquella ardiente sacudida la golpeó de nuevo con la fuerza de un látigo, sintió que el cuerpo de Doyle se estremecía mientras caía con ella.

No era necesario que se aferrase a él. Estaba atrapada entre su cuerpo y la pared, todavía en vilo. Pero se aferró de todas formas. Después de un viaje como ese, no estaba nada segura de que no fuera a salir flotando como una mota de polvo.

«Rápido y con fuerza», pensó, más que satisfecha. Y un muy buen trabajo. Que Doyle estuviera sin resuello aumentaba su satisfacción.

A fin de cuentas se enorgullecía de su trabajo.

Ya que se aferró durante un momento, exploró los músculos de su espalda. La velocidad había eliminado algunos de los mejores detalles. Y Doyle tenía una espalda realmente impresionante. También un pecho magnífico, que se apretaba con fuerza contra el suyo, como si fuera una puerta de hierro llena de irregularidades.

De hecho, a un nivel estrictamente físico, jamás había visto un espécimen mejor, menos aún había estado con uno. Puntos extras, decidió, y cuando por fin abrió los ojos, encontró los de él clavados en los suyos.

—Buen trabajo, señor Semental. Avísame cuando quieras dejarme en el suelo.

Doyle se las apañó para subirse los pantalones sin soltarla. Después se giró, con ella todavía sujeta, fue hasta la cama y se dejó caer con Riley en ella.

Riley exhaló una bocanada. Aquel espécimen de excepcional físico pesaba lo suyo.

—Lo siento. —Se bajó de encima de ella y se tumbó de espaldas un momento—. Sin florituras —repitió.

—¿Te parece que soy de las que les van los adornos?

—No, pero hay ciertos detalles... No me he acordado, no he pensado, en la protección.

—Cierto. Yo acabo de romper un ayuno de más de ocho meses. Estoy limpia. Supongo que tú también.

—Soy inmune a todo tipo de enfermedad o trastorno. Hay otros motivos para utilizar protección.

—Utilizo un LARC; un anticonceptivo reversible de acción prolongada. No te preocupes.

—Bien.

Bajó la mirada y vio los jirones de su jersey.

—Me gustaba este jersey.

—Estaba estropeado de todas formas. Y no te has quejado en su momento.

—En su momento estaba un poco alterada, además de arrancándote la ropa. Solo digo que me gustaba.

Lo había perdido, pensó, y se quitó lo que quedaba de él.

—Tendré que cogerte algo prestado hasta que pueda cambiarme. No es que no sepan lo que acabamos de hacer, pero exhibirme delante de Sawyer o de Bran es donde marco el límite.

—Coge lo que necesites.

Se incorporó para quitarse las botas y echó un vistazo por encima de su hombro. Convirtió el vistazo en un prolongado estudio mientras ella yacía desnuda, con los vaqueros todavía por las rodillas.

—Has perdido peso.

—Lo recuperaré.

—Sí que lo harás. Tienes un cuerpo fuerte y ágil. Atlético, eficiente.

Riley aleteó las pestañas, divertida.

—A las chicas nos encanta oír lo eficiente que es nuestro cuerpo.

—Es un logro cuando se trata de guerra y de guerreros. Lo deseaba. Te deseaba.

—Lo mismo digo..., salvo por lo de atlético. Tú estás cuadrado.

—Voy a desearte de nuevo.

—Me parece bien. De hecho... —Se incorporó para desatarse las botas—. ¿Por qué no vamos a por el segundo asalto después de que nos recuperemos un poco?

—Yo me curo y me recupero rápido.

—Todavía mejor, así que... —Enarcó las cejas cuando Doyle se levantó para quitarse los pantalones—. Ay, por Dios. Hola. —Riendo, arrojó su calzado al suelo—. Seguro que eso es un beneficio de la inmortalidad que no te molesta.

—Veremos si puedes con ello.

—Oh, sí que puedo con ello —replicó cuando él se colocó a horcajadas sobre ella.

Pudo con ello, y otra vez más cuando se ducharon para eliminar los restos del sexo y de la batalla. Sin estar segura de si podría con un cuarto asalto, agarró una de sus camisas y fue corriendo hasta su dormitorio.

Se cambió, dejó su camisa sobre una silla para devolvérsela más tarde y después se volvió hacia el espejo para examinarse.

En su opinión, parecía tan relajada como podría estarlo una mujer que no estuviera en coma. Y bastante saciada. De hecho, creía que podría tirarse en la cama y dormir durante horas..., salvo que estaba muerta de hambre.

Además de eso, tenían que hablar sobre la batalla antes de los asaltos.

Se apartó la camisa limpia y se examinó el hombro. Doyle lo había tratado, además de la pierna, con el ungüento de Bran... y ella había hecho lo mismo

con sus heridas más leves. Dado que ya parecía estar mejor, lo tocó y no sintió ninguna punzada.

Apenas era un arañazo, pensó. El cielo se había cubierto de muerte y tenía apenas un arañazo.

Pero el ataque se había centrado en ella y eso dolía. Ya había sido dos veces el objetivo. Pensaba vengarse por ello antes de que todo terminara.

Se puso el cinturón, con la pistola en una cadera y el cuchillo en la otra, y bajó en busca de comida, bebida y de sus amigos.

Los encontró a todos en la cocina y en primer lugar atacó la fuente de tentempiés posteriores a la batalla y cogió un huevo relleno.

—¡Sasha ha preparado Bellinis! —Annika le sirvió de inmediato uno a Riley, que dejó clara su aprobación mientras se comía una tostada con salami y queso—. ¿Has tenido buen sexo?

—Sí, gracias. —Riley brindó una amplia y exagerada sonrisa a Doyle, que ya se estaba bebiendo una cerveza.

—Sawyer y yo hemos tenido buen sexo y Bran y Sasha también. Creo que es agradable que todos hayamos tenido buen sexo ahora. *Mórai* decía que es bueno para el cuerpo, la mente y el espíritu, sobre todo durante una misión.

Bran se atragantó.

—¿Qué? ¿Mi abuela?

—Es muy sabia. La echo de menos. Me enseñó a hacer punto. Estoy tejiendo bufandas para todos. Cuando no estemos juntos, como ahora, serán como un abrazo.

Riley la rodeó con un brazo.

—Iré a verte a dondequiera que vayas. ¿Dónde está Sasha?

—Quería terminar una cosa —dijo Bran—. No tardará. ¿Te duele algo?

—Nada de nada. El par de arañazos ya se están curando. Permitidme que diga que sé que habría estado en un buen lío de no haber sido por vosotros. No

solo porque no estoy al cien por cien, porque diría que estoy cerca del noventa por ciento, sino porque además se centró en mí, concretamente. No podría haberme defendido sola aun estando al cien por cien.

—Nerezza no nos entiende, no entiende nuestra unión. —Bran señaló con su cerveza para abarcar la habitación—. No solo luchamos juntos, no solo buscamos juntos. Nos defendemos y protegemos los unos a los otros, sin importar cuál sea la amenaza.

—Lo hacemos. —Sasha entró con un lienzo—. Y lo haremos. Quería terminar esto porque, como bien hemos dicho, los símbolos son importantes. Creo que esto es un símbolo de esa unión. De lo que somos, cada uno de nosotros, de lo que somos juntos.

Fue hasta la mesa, le dio la vuelta al lienzo y lo apoyó contra un jarrón de flores, que esa mañana habían cortado del jardín.

—Un escudo de armas —dijo Sawyer.

—En realidad, es un éxito, puesto que el blasón muestra a todos los componentes, no solo los elementos heráldicos y... —La voz de Riley se fue apagando cuando reparó en las expresiones perplejas..., o en el caso de Doyle, la fría mirada—. Vamos a dejarlo en que es un escudo de armas. —Riley bajó su copa y se acercó—. Un escudo de armas impresionante.

—Esta soy yo, la sirena. —Annika unió su mano con la de Sasha, le dio un apretón y señaló a la mujer retratada con una cola iridiscente, brazaletes de cobre en ambas muñecas, subida a una roca en el mar—. Y este es Sawyer.

El hombre tenía una pistola en cada cadera y la brújula que sujetaba la palma extendida de una mano parecía brillar bajo el soleado cielo.

—¡Y tú, Riley!

—Sí, ya lo veo.

Sasha había pintado la imagen de una mujer con el rostro inclinado hacia una luna llena, con el cuerpo de un lobo.

—Te dije que quería pintarte transformándote —le recordó—. Esto lo pedía a gritos.

—Lo has capturado bien. Es decir, en realidad nunca he visto cómo me transformo (estoy un poco liada mientras tanto), pero has plasmado el júbilo. A ti también, Doyle. Con esa pinta taciturna, el abrigo ondeando al viento y la espada en la mano.

—Taciturno no. Pensativo. Y ahí está ella —añadió con una poco común expresión irlandesa—, con una ballesta y un pincel y los ojos repletos de visiones.

—Y tú. —Sasha se volvió hacia Bran—. El hechicero sobre el acantilado, cabalgando el rayo.

—Cada uno de nosotros como individuos en las particiones y aquí, debajo del blasón, los seis juntos, todos unidos como uno solo —comentó Bran.

—Dragones para los defensores —añadió Doyle.

—Me gustaban como quedaban. —Sasha estudió su obra—. Quería algo fuerte y místico.

—Las tres estrellas y la luna componen el blasón. —Reparó Sawyer—. Lo has clavado, Sasha. ¿Qué pone? El lema, ya sabes. ¿Está en latín?

—Dice: «Para encontrar las estrellas. Para servir a la luz. Para guardar los mundos».

Sasha miró a Riley con alivio.

—¿Lo he puesto bien en latín? Me daba miedo equivocarme; al principio no lograba decidirme. Gaélico, latín, griego. Pero no dejaba de volver al latín, así que me decidí por él.

—Está perfecto.

—Y es precioso —añadió Annika—. Los colores son fuertes porque nosotros lo somos. Y tiene seis lados porque somos seis. Hasta el...

Al no conseguir dar con la palabra, siguió con el dedo el borde del escudo

de armas.

—El borde —dijo Sawyer.

—Sí, el borde. Son tres cabos de dos..., sí..., entrelazados. Porque nosotros lo estamos. ¿Puedes hacer dibujos, como los bocetos, para todos?

—Creo que yo puedo hacer algo más —intervino Bran—. Dejádmelo a mí. Es magnífico y es poderoso, *fáidh*. ¿Permitirás que lo utilice?

—Por supuesto.

—Cogiste a unos desconocidos y los uniste para darles un propósito, para formar una familia.

—Yo no...

—Tu visión —la interrumpió—. Y tu coraje. Creo que nos habríamos unido, pues estábamos destinados a hacerlo. Pero sin ti, no lo habríamos hecho cuando lo hicimos ni donde lo hicimos. Ni, en mi opinión, como lo hicimos. — Se volvió hacia ella y la besó con delicadeza—. Mi intención era hacer esto cuando estuviéramos a solas. Esta noche, con velas y vino bajo la serena luna. Pero creo que ahora, aquí juntos, es mejor.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja blanca con el símbolo del infinito grabado en plata en la tapa.

—Bran.

—*Mórai* me ha dado esto antes de marcharse esta mañana. Había pensado en crearte uno yo mismo, pero este era de su abuela, creado por su abuelo con amor, magia y una promesa. ¿Aceptas este símbolo de eternidad y lo llevarás puesto?

—Sí. Por supuesto que sí. —Sasha le asió la mano—. Te quiero.

Se quedó boquiabierta cuando Bran abrió la caja. El anillo captó la luz, bañando la habitación de todos los colores, antes de que su brillo se tornara normal.

—Es precioso. Es...

Magnífico, elegante, la piedra central era un corazón de un blanco puro, enmarcado por diminutos diamantes redondos que brillaban como un arcoíris.

—Te doy este corazón porque eres el mío.

—Lo llevaré porque tú eres el mío. Oh, me vale. Me vale.

—Magia —dijo, atrayéndola y besándola con pasión.

—Vale, parad. Vamos a echar un buen vistazo. —Riley tomó la mano izquierda de Sasha—. Menudo pedrusco. Muy bonito —le dijo a Bran.

—¿Cómo va nadie a estar a la altura de eso? —se preguntó Sawyer, y le dio a Bran un ligero puñetazo en el hombro.

—A mí me gustaría un anillo si fuera tuyo. Soy muy feliz. —Llorosa, Annika abrazó a Bran primero y después a Sasha—. Soy muy, muy feliz.

—Te queda perfecto.

Sasha sonrió a Doyle.

—La sensación es todavía mejor. —Entonces se giró entre los brazos de Bran—. Yo también soy muy feliz. Y hace que me sienta fuerte. —Se apartó—. Hace que me sienta valiente. Hace que crea más que nunca que haremos lo que dice nuestro blasón. Encontraremos las estrellas.

—Y serviremos a la luz —dijo Bran.

—Y guardaremos los mundos —dijeron los demás a la vez.

Riley retrocedió y cogió su copa.

—Hacer esas tres cosas significa luchar, sobrevivir y destruir a Nerezza. No solo a sus secuaces y aquello en lo que Malmon se ha convertido.

—Estoy de acuerdo. Dado que ahora estamos todos aquí, ¿por qué no nos sentamos y hablamos de la última batalla? —comenzó Bran.

—Vale, pero dadme cinco minutos. —Sawyer abrió un cajón en busca de las tijeras de cocina—. Necesito unas hierbas del huerto para este marinado. Cuando me decidí por el costillar de cordero no sabía que celebraríamos un compromiso oficial. Esta noche nos damos un capricho, chicos y chicas.

Cuando salió, Riley fue a sentarse al salón. Apoyó los pies en la mesita de centro.

—Siempre estoy lista para una comida de celebración, pero esta noche parece especialmente oportuna.

Sasha se sentó a su lado.

—¿De verdad?

Riley leyó entre líneas y se echó a reír.

—Sí, todos estamos teniendo sexo. Lanza el confeti. Lo que quiero decir es que Sasha tiene un anillo, nosotros un escudo de armas y un lema cojonudo. Y lo mejor es que estamos todos vivos.

—Por los pelos —puntualizó Bran.

—Ellos eran lentos y estaban débiles. Sawyer dijo... —Annika hizo una pausa y miró hacia la puerta—. Deberíamos esperar para decirlo..., pero él lo sabe porque lo dijo. Eran lentos y estaban débiles.

—No lo habría pensado si este hubiera sido el primer ataque. —Mientras bebía, Sasha encogió las piernas—. Esta vez había muchos, más que nunca. Pero sin la..., sin la misma ferocidad. Salvo la dirigida hacia Riley.

—Deberíamos... Aquí llega —dijo Annika cuando Sawyer entró con una cesta con hierbas aromáticas.

—Seguid. Yo soy multitarea.

—De acuerdo. Antes quiero decir que no percibí, no al principio, su interés por Riley. Y cuando lo hice... —Sasha posó una mano en la pierna estirada de Riley y se la frotó—. Casi era demasiado tarde.

—Ellos..., o Nerezza..., dieron por hecho que no estaba en forma.

—No lo estabas —respondió Doyle de manera implacable.

Quería ponerse furiosa, pero se obligó a encogerse de hombros.

—Ligeramente. Ya me gustaría a mí verte acabar con unos cientos de

pajarracos mutantes salidos del infierno, empeñados en matarte a base de cortes y de darte picotazos.

—Eso fue lo que hizo. —Sawyer continuó picando hierbas mientras hablaba—. El resto estábamos demasiado desperdigados.

—Vale, entendido, y una vez más te doy las gracias por salvarme.

—No busco gratitud. No estabas en forma —repitió Doyle—. Aun así, un soldado lucha. El problema era más bien que estábamos desperdigados. Puede que Nerezza esté también en baja forma, pero tenía una estrategia. Nos alejó a unos de otros o, más bien, nos alejó de Riley con la esperanza de eliminar a quien ella creía que era más vulnerable.

—Casi funcionó. —Bran estudió su cerveza desde su silla—. No podemos olvidarnos de protegernos los unos a los otros.

—Lo hicimos. No se puede negar que estuvo a punto de darle la vuelta a esto —prosiguió Sawyer—. Pero nos protegimos los unos a los otros. Y ganamos. Ella fue a sorprender e intimidar, ¿no es así? Bloqueó el puñetero sol. Y funcionó... temporalmente. Cada uno de nosotros estaba tan ocupado abatiéndolos que no cubrimos las espaldas de los demás. Pero después lo hicimos.

—Te vi volar —murmuró Annika—. El viento estaba vivo. Te envolvió y te arrojó.

—Así lo sentí —reconoció Riley—. Fue como si me arrastrara un tornado..., aunque no es que haya vivido esa experiencia.

—Te arrojó —repitió Annika—, más lejos aún de nosotros. Te vi caer y tuve miedo. Pero estaba mucho más furiosa todavía.

—Yo también estaba un poco mosqueada. Vinisteis corriendo. Todos. Ella no cuenta con eso en su bolsa de estrategias. Es un rollo del tipo todos para uno y uno para todos. Y me siento mucho mejor.

—Ella también se encontrará mejor —señaló Sasha—. Lo próximo que

mande no será ni débil ni lento.

—Trabajemos en el posicionamiento. —Doyle asintió cuando Sawyer sacó otra cerveza de la nevera y la meneó—. Nadie se queda aislado, separado ni alejado. Puede que fueran más lentos y débiles, pero eran avispados. Aunque no lo bastante.

—Si hubiera percibido la intención, aunque fuera cinco segundos antes...

—Tú no tienes toda la culpa, rubita —dijo Doyle—. Nos flanquearon.

Dado que había uno de los cuadernos de dibujo de Sasha sobre la mesa, lo cogió, junto con uno de sus lapiceros. Hizo un bosquejo rápido.

La estructura, a ojos de Riley, parecía más un granero que la casa de Bran, pero cumplía con su objetivo. También las líneas curvas y garabatos para representar los senderos del jardín, los arbustos, los árboles, la pared del acantilado.

Y por lo que alcanzaba a ver, lo había colocado todo y casi a escala.

—Empezamos aquí. —Utilizó las iniciales del nombre de pila, y S.K. para Sawyer, para anotar las posiciones—. Annika se desplazó aquí; Bran aquí.

Empleó líneas de puntos para plasmar el cambio de posición de cada uno. E hizo lo mismo otra vez, hasta que los colocó tal como estaban cuando Riley fue arrojada.

—¿Cómo sabes adónde nos movimos cada uno en el fragor de la batalla? —exigió Sasha.

—Sé dónde está mi gente.

Riley se acercó para estudiar el diagrama.

—Impresionante. Y dando por hecho que es riguroso..., cosa que hago... —añadió antes de que Doyle pudiera gruñirle—, ilustra la facilidad con la que nos separó. Bran, el hombre de la magia, está en el extremo opuesto a mí cuando caía. Piense lo que piense del resto de nosotros, ella respeta el poder,

su poder. Sawyer estaba más cerca, pero claro, muy alejado. Reduce las posibilidades de que saque la brújula y me saque de allí.

—Sasha está contra la pared por encima del mar.

—Y de espaldas. Estaba de espaldas. Seguro que esto también fue deliberado.

—Yo estaba más cerca, pero... —Annika miró a Doyle—. Debe de creer que soy más fuerte en el mar que en tierra. ¿Verdad?

—Se equivoca, pero sí.

—Y tú, aquí, más cerca que los demás salvo yo. Pero lejos de todas formas. Verlo así, como un dibujo, ayuda. ¿Puedes dibujar qué deberíamos haber hecho? ¿Las posiciones?

Doyle le brindó una sonrisa.

—Sí. El caso es que esas posiciones tienen que ser flexibles. Hay que reaccionar en el momento. Nos pueden golpear o es posible que tengamos que desplazarnos para ayudar a otro. Pero...

Mientras Doyle dibujaba y explicaba la estrategia en el campo de batalla, Riley se levantó para servirse otra copa y miró a Sawyer mientras untaba el gran costillar de cordero con las hierbas aromáticas y el ajo, y tal vez mostaza, supuso.

—Eso huele realmente bien.

—Un par de horas macerando con esto —metió el costillar en una enorme bolsa de plástico y vertió aceite de oliva dentro— y sabrá aún mejor —prometió mientras giraba la bolsa para cubrir la carne.

—Nos engañó —le dijo a Riley y después se lo repitió a los demás—. Nerezza nos engañó y por eso la subestimamos. Lección aprendida.

—Esto es algo valioso. —Bran señaló los dibujos—. Y también lo será el entrenamiento con el que creo que Doyle nos va a machacar.

—Empezando ahora.

—¿Ahora? —Riley estuvo a punto de atragantarse con la aceituna que se había metido en la boca—. He bebido —señaló.

—Y si ahora nos atacaran, habrías bebido. Hemos de saber dividirnos en equipos. Eso es algo que ya hemos trabajado, pero hoy se ha ido a la mierda. Así que practicaremos hasta la saciedad.

—¿De cuánto tiempo dispones antes de que tengas que seguir con la preparación de esa comida? —le preguntó Bran a Sawyer.

—Dispongo de una hora.

—Pues entonces una hora. —Se levantó y tiró de Sasha para que se pusiera en pie—. Después necesito otra hora para mí con el cuadro.

Entrenaron. Riley detestaba admitir que Doyle tenía razón, pero necesitaban hacerlo. Quizá fuera extraño pensar y sentir que las batallas con las fuerzas del mal se habían vuelto una especie de rutina, pero dado que casi le habían derrotado miserablemente, tenía que reconocer eso como parte del problema.

Se había vuelto descuidada y no estaba sola.

Cuando Doyle dio por terminado el entrenamiento, Riley se escabulló. No para ponerse con los libros, sino para sucumbir a la recuperación. Se tumbó en el sofá de la biblioteca de la torre, con el fuego crepitando, y se echó una muy necesaria siesta.

Con las pilas recargadas, regresó a la cocina y le envolvieron los maravillosos aromas a carne asada y patatas.

—En el momento justo —le dijo Sawyer—. El cordero está reposando. Comemos en diez minutos.

Al echar un vistazo reparó en que Annika ya había puesto la mesa. Había hecho una novia y un novio con el salero y el pimentero, confeccionando una cola con una servilleta de lino blanco para Sasha y una pajarita con un lazo negro para Bran. Incluso había creado una pérgola de flores sobre ellos.

—Qué bonito —declaró Riley.

—Ella sí que lo es. He pensado en la aguamarina.

—¿Uh?

—Para un anillo. Para Anni.

—Ah. Porque representa el mar. Precioso, Sawyer.

—¿Por casualidad no sabrás dónde puedo conseguirla...? La piedra. Solo la piedra. Se me ha ocurrido que Sasha podría ayudarme a diseñar un anillo y que a lo mejor Bran podría... —Meneó los dedos.

«Qué bonito», pensó de nuevo.

—Haré unas llamadas.

Disfrutaron de su cena de celebración, con la decoración nupcial de la mesa y con champán. Doyle habría preferido cerveza, pero imaginaba que algunos momentos merecían burbujas.

No hablaron de la guerra, sino de bodas, y dado que era un hombre que había vivido como soldado muchas vidas, también sabía que había momentos en los que había que dejar la sangre y las batallas a un lado y disfrutar todo lo posible del amor y la vida.

Tal vez tampoco tuviera mucho que decir, pero sus compañeros no parecían necesitarle, ya que la conversación no decayó en ningún momento.

—¿Te casarás conmigo aquí? —preguntó Bran—. ¿Cuando hayamos devuelto las estrellas y nuestras vidas vuelvan a ser nuestras?

—¿Aquí? No se me ocurre un lugar más perfecto ni más hermoso. Mi madre...

—La traeremos y mi familia vendrá en tropel, créeme.

—*Mórai*. —La idea encantó a Annika—. Puedo enseñarle las bufandas que he hecho. Pero...

—Te preocupa que no puedas venir, que hayas regresado al mar —dijo

Sasha—. ¿Bran?

—Te haré una piscina —prometió—. Si tu tiempo en tierra se termina, tendrás una piscina y participarás en el día.

—¿Harías eso por mí?

Bran le asió la mano y le besó los nudillos.

—Eres mi hermana.

—Y la mía. Riley y tú lo sois. Así que seréis mis damas de honor. Lo haréis, ¿verdad?

—No podrías impedirnoslo, ¿verdad, Anni?

—Oh, estaremos encantadas de ser tus damas de honor. ¿Eso que es?

Riley se sirvió más patatas mientras que Sasha rompía a reír.

—Como ayudantes. Es una tradición muy antigua..., que evitaré narrar.

Hizo caso omiso del aplauso de todos los sentados a la mesa.

—Pero para llevarlo al presente, prestamos apoyo a Sasha, ayudamos a hacer que el día sea perfecto para ella. Después nos vamos de fiesta.

—Eso me gusta muchísimo.

—Y aquí están mis padrinos, Doyle y Sawyer. Es muy parecido a lo que Riley y tú vais a hacer para Sasha.

—Puedes contar con nosotros, hermano. Puedes contar con que te vamos a preparar la mejor despedida de soltero de la historia, ¿a que sí, Doyle?

—¿Te despedirás? —preguntó Annika.

—Las despedidas de soltero son una excusa para que el novio y sus amigos beban hasta emborracharse y contraten chicas que hacen estriptis —le explicó Riley.

—Tiene demasiada clase para contratar a chicas que se desnudan —protestó Sasha.

—No, no la tenemos. —Y Doyle se sirvió más champán.

—Nosotras tendremos nuestra versión —le aseguró Riley.

—Harás algunas llamadas —supuso Doyle.

—Tengo algunos contactos.

Bran esperó hasta que la fiesta terminó.

—Me gustaría que todos os reunierais conmigo afuera dentro de una hora. Para una especie de ceremonia, podría decirse. Necesitaréis vuestras armas.

—Si se trata de otro entrenamiento después de esa comida... —Riley gruñó mientras se levantaba de la mesa.

—Es otra cosa. Dentro de una hora —repitió Bran—, junto al rompeolas.

Riley dedicó casi la hora entera a hacer esas llamadas y después se guardó el móvil para ir a por armas. Dado que Bran no había especificado, decidió cogerlas todas.

Cuando Sawyer entró en la sala de estar reconvertida en armería, Riley se dio cuenta de que había tenido la misma idea.

—Pensaba buscarte después de bajar la primera tanda.

—No es necesario que me busques y, estando los dos, podremos hacerlo en un solo viaje.

—Y hablando de viajes —dijo cuando se cargó al hombro el rifle de larga distancia—. Tengo una fuente para tu aguamarina.

—¿Que...? ¿Ya?

—Entrega a domicilio. Bran no ha dicho nada sobre munición, pero... —Se metió cargadores extra en los bolsillos.

—Espera. ¿Dónde? ¿Cómo?

—Pues es que conozco a un tío que conoce a una chica cuya familia tiene una joyería en Dublín. Además de vender, elaboran y diseñan, así que tiene piedras sueltas.

—En Dublín.

—Sí, en la otra punta del país, pero no creo que eso sea problema para un viajero como tú. El tío de la chica que conoce el tipo puede tener algunas piedras que mostrarte en un par de días. Si quieres que vayamos, podemos transportarnos allí, echar un vistazo, y volver.

—Si, yo... no esperaba que fuera ahora.

—Tú decides, vaquero.

—Cierto. Yo decido. Me apunto. ¡Guau!

—Bien. Cárgalas. A ver qué está cocinando Bran.

Riley se dio cuenta de que lo de cocinar no se alejaba mucho de la realidad, ya que Bran tenía un caldero suspendido sobre el suelo. El cuadro del escudo de armas de Sasha flotaba encima de este.

—Has empezado con el espectáculo sin nosotros —dijo Riley.

—Aún no habéis visto nada. —Bran miró su alrededor cuando los demás cruzaron el jardín—. Hemos hablado de la unión. Hemos mostrado nuestra unión. Sasha nos ha dado un símbolo de unidad. Si estamos todos dispuestos, aquí vamos a dar un paso más.

—Estamos contigo —repuso Sawyer sin más—. Todos.

Riley asintió.

—Esas son las palabras de todos.

—Entonces aquí trazo el círculo. —Cogió un *athame* de su cinturón y con él apuntó hacia el norte, el sur, el este y el oeste—. En esta tierra, en esta hora, lanzamos nuestra luz, elevamos nuestro poder. Que arda el fuego, que se agite el aire. —El fuego se encendió debajo del caldero. Se levantó el viento para iluminar el círculo de luz alrededor de los seis—. Contra el mal conspiramos para resistir en los malos o los buenos momentos. Que la tierra florezca, que el agua fluya. Que el sol y la luna derroten a la oscuridad, pues contra la oscuridad probamos nuestra voluntad. —Las flores salieron disparadas del césped dentro del círculo. Agua azul y pura brotó de la nada para verterse

dentro del caldero—. Parientes somos, por sangre y de corazón. Como un solo ser o por separado. Este símbolo creamos, nuestra unión celebramos.

El aire crepitó. Riley lo sintió palpar en su propia sangre, sintió a la loba dentro de ella abrirse al poder, a la descarnada belleza mientras Bran colocaba las manos por encima del caldero. Mientras las elevaba al cielo. En ellas había ahora dos viales, que emitían un blanco resplandor.

A su parecer, lo que de ellas se vertió era luz líquida.

La niebla se alzó y lo que se removía dentro del caldero emitió un zumbido.

—Esto me fue transmitido, de mano a mano, de magia a magia, de hijo a hija, de hija a hijo. —Bran sostuvo en alto el *athame* y después lo introdujo en el caldero—. Tu ballesta, *fáidh*.

Sasha se la entregó. Riley vio en sus ojos no solo el amor, la fe inquebrantable, sino también una gran parte del asombro que ella misma sentía.

Cuando Bran puso la ballesta en el caldero, se volvió hacia Annika, que sin mediar palabra le tendió los brazos. Él tomó los brazaletes y los añadió.

Con confianza ciega, Riley le dio a Bran sus pistolas, incluso el cuchillo que llevaba a la cadera. Sawyer hizo lo mismo y a continuación sacó la brújula.

—Deberías tomar esto también.

—¿Estás seguro? —le preguntó Bran.

—Sí. Pasó a mí, de mano en mano.

Tras añadirla, Bran se volvió hacia Doyle y tomó su arco.

—¿Me confías una vez más tu espada?

—A ti y a todos los presentes dentro de este círculo, pues en nadie más he confiado en trescientos años.

Por imposible que pareciera, Bran metió la espada en el caldero.

—Luchamos por la luz, con la voluntad de hacer el bien. Todo cuanto somos

en cuerpo, mente y alma se une más allá de las estrellas que buscamos. En esta noche, por esta marca, somos un clan, y bajo este símbolo, unidos nos mantenemos.

El humo que desprendía el caldero se agitó y formó el símbolo del escudo de armas.

—¿Deseas que así sea?

En vez de responder, Riley asió la mano de Sawyer y a continuación la de Doyle. Y los seis se unieron alrededor del círculo.

—Entonces, por nuestra voluntad, que así sea.

La réplica del escudo de armas refulgió entre el humo, ardió en llamas y después descendió dentro del caldero.

Y todo quedó en silencio.

—¡Guau! ¿He oído amén? —preguntó Sawyer.

Riley exhaló una bocanada de aire.

—Amén, hermano. Tienes un talento del copón, irlandés.

—Bueno, se hace lo que se puede.

Bran sacó la espada de Doyle, la sostuvo bajo la luz de la luna. El escudo de armas estaba grabado en el acero, justo debajo de la empuñadura.

—Es nuestro —murmuró Annika—. Nuestra familia.

Bran sacó sus brazaletes y se los colocó de nuevo en las muñecas. Annika dibujó con los dedos los nuevos símbolos.

—Ahora son aún más bonitos.

—Y potencialmente más poderosos. —Bran le entregó las pistolas a Riley—. La fuerza reside en la unión y creo que eso se expandirá.

Sawyer cogió sus armas de mano y estudió los símbolos en las cachas, igual que en las de Riley.

—Es genial. —Y cogió su brújula, que ahora tenía grabado el escudo de armas—. Realmente genial.

Ya podía atacar, pensó Riley, y escudriñó el cielo. Ya podía atacar y poner a prueba al Clan de los Guardianes.

Nerezza no apareció esa noche ni la siguiente. No envió criaturas crueles a que los atacara cuando se sumergieron en las frías aguas del Atlántico para buscar.

Nada merodeó en el bosque, nada revoloteaba en el cielo.

Sasha no tuvo visiones.

Riley aprovechó el tiempo. Entrenó, practicó, se ejercitó, hasta que volvió a sentir que su cuerpo volvía a la normalidad. Dedicó horas a los libros, al ordenador y a las notas.

Y pasó más horas con Doyle en la cama. O en el suelo.

Fue con Sawyer a Dublín, utilizando como excusa un viaje para comprar comida, dejando atrás a una enfurruñada Annika. Ya de paso, reemplazó el jersey que se le había estropeado.

Y ya que estaban allí, arrastró a un conmocionado Sawyer a un bar para tomarse una pinta.

—A lo mejor tendría que haber comprado uno ya hecho.

—De esta forma significa más.

—Sí, pero... ya habríamos acabado.

Riley se recostó para disfrutar de su Guinness, pues en su opinión no había nada como una buena Guinness, y la saboreó despacio en un bar irlandés escasamente iluminado.

Si se le añadía un plato de patatas fritas todavía calientes de la sartén y

aderezadas con sal y vinagre, ya era la perfección.

—¿Te estás arrepintiendo?

—No. No, es solo que... —Sawyer tomó un rápido e insípido trago de su cerveza—. Voy a prometerme..., con anillo y todo. Es un momento.

Riley alzó su pinta, contenta de brindar por eso.

—Por el momento.

—Sí. —Chocaron sus jarras y Sawyer miró a su alrededor, como si se hubiera olvidado de dónde estaban—. Parece raro estar aquí..., toda esta gente..., sentados mientras nos tomamos una cerveza. Nadie sabe una mierda, excepto tú y yo, Riley.

Riley le dio un mordisco a una patata y miró a su alrededor; el bullicio de la conversación, la energía y el colorido.

Luz tenue en un día en que el sol no conseguía decidirse, el olor a cerveza, patatas fritas y a puré de verduras que impregnaba el ambiente.

Voces con acento alemán, japonés, italiano, estadounidense, canadiense, británico e irlandés.

Siempre había considerado que un buen bar europeo era una especie de Naciones Unidas en miniatura.

—Echo de menos a la gente y eso no es algo que suela pasarme —cayó en la cuenta—. Pero he echado de menos el ruido y el ambiente. Las caras y las voces de desconocidos. Menos mal que no saben una mierda. No puede hacer nada de nada. Así que estar aquí sentados, como gente normal, tomándonos una birra normal en un bar normal, es otro momento.

—Tienes razón. Tienes razón. En el fondo es por lo que luchamos.

—Un mundo donde cualquiera pueda tomarse una birra a las cuatro de un martes por la tarde.

—O prometerse con una sirena.

—Puede que eso sea ir demasiado lejos para casi todos en este bar o en

Dublín, exceptuándote a ti. Pero sí, brindo por eso. —Miró a la camarera, una chica joven de rostro lozano y el pelo de un intenso color morado—. Estamos bien, gracias.

—Cuando haya terminado y este mundo esté sumido en la oscuridad, me beberé vuestra sangre.

La chica tenía una sonrisa fácil y un bonito tono de voz. Y su mirada se tornó vacía y delirante. Riley introdujo una mano debajo de su chaqueta y abrió la pistolera.

—No —susurró Sawyer, con la vista fija en el rostro de la camarera—. Ella es inocente.

—Sois débiles. ¿Creéis que podéis destruirme con lo que tenéis? Yo me hago más fuerte.

Mientras miraban, el morado cabello se alargó, se volvió de color gris humo con mechones negros. Sus ojos azules se tornaron negros mientras se clavaban en Riley.

—Puede que a ti te conserve como mascota y deje que Malmon te tenga.

Riley cogió su vaso, aunque no apartó la mano en su pistola.

—Me aburro —dijo y bebió un trago.

La mesa tembló; las sillas se sacudieron. Y el resto de clientes continuó bebiendo, sin notar nada.

Sawyer giró un dedo en el aire muy despacio.

—Oye, si haces de camarera..., lo que te pega mucho..., a lo mejor podrías traernos unos frutos secos para acompañar las pintas y las patatas fritas.

La ira hizo enrojecer su lechosa piel irlandesa.

—Te arrancaré la carne de los huesos y se la daré de comer a mis perros.

—Ya, ya. ¿Y esos frutos secos?

—La tormenta se acerca.

La camarera pestañeó y se apartó el morado pelo con aire aturdido.

—Les ruego me perdonen, se me ha ido el santo al cielo. ¿Quieren que les traiga alguna otra cosa?

—No, gracias. —Riley bebió un buen trago y esperó a que la chica se alejara—. Qué divertido.

—Nos hemos quedado sin frutos secos.

Riley soltó una carcajada y le ofreció el puño para que Sawyer lo chocara.

—Qué huevos tienes, Sawyer. Será mejor que nos vayamos a casa e informemos. Nerezza se está recuperando y está al acecho.

Sawyer exhaló un suspiro mientras se marchaban del apartado.

—Ahora tenemos que contarles que hemos estado en Dublín.

—No hay forma de escaquearse —convino Riley—. Deja que lleve yo la batuta.

—Con mucho gusto.

Dada la situación, a Sawyer no le supuso ningún problema dejar que Riley se ocupara. Cuando regresaron, se dirigieron a la cocina; él se limitó meterse las manos en los bolsillos, donde había guardado las bolsas de la joyería, y a tener la boca cerrada.

Sasha trabajaba sola, convirtiendo la masa en barras de pan.

—Hola, habéis vuelto.

—Sí, qué bien huele.

—Tengo la salsa para la lasaña en el fuego y estoy intentando preparar pan italiano. Es divertido. Espero que hayáis encontrado la ricota y la mozzarella.

—Oh. —¡Mierda! Riley se metió las manos en los bolsillos—. En cuanto a eso...

—¿Necesitáis ayuda para traer las provisiones? Annika está arriba con Bran y... no sé dónde está Doyle. —Sasha eligió un cuchillo y realizó unos

cortes en diagonal a las barras—. Dejad que tape esto para que fermente y os ayudo.

—En realidad no hemos traído provisiones.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde habéis estado?

—Annika está en la torre, ¿no? Sawyer quería conseguir unas gemas para un anillo de compromiso, así que...

—¡Sawyer! —Arrojó la bayeta a un lado por el momento y se acercó corriendo a abrazarlo con fuerza—. Es tan... ¿Gemas? ¿No un anillo?

—Verás, se me ha ocurrido que tú podrías ayudarme a diseñar uno y que quizá Bran...

—¡Oh! ¡Qué idea tan buena! —Lo abrazó de nuevo—. Le encantará. Estoy deseando empezar. Dime qué tienes en mente.

—En realidad tenemos que esperar un momento. ¿No es así? —Apeló a Riley.

—Así es. Cuando estábamos en Dublín...

—¿En Dublín? —Sasha se quedó boquiabierta y le dio un pequeño empujón a Sawyer al tiempo que se apartaba de él—. Habéis ido a Dublín.

—En pocas palabras; es una larga historia. Yo tenía un contacto, así que nos trasladamos allí, conseguimos las piedras y nos estábamos tomando algo, cuando...

Riley se interrumpió cuando Sasha alzó un dedo.

—Vosotros dos habéis ido a Dublín..., da igual lo rápido que llegais y volvierais... —dijo Sasha, cortando de raíz el principal argumento de Riley—. No le habéis dicho a nadie que ibais a ir. ¿Y después os habéis ido a tomar algo?

—A lo mejor había que estar ahí. Y, vale, yo me he comprado una sudadera. La necesitaba. No es que nos estuviéramos paseando por Grafton Street.

—Cualquiera que salga de la propiedad tiene que dejar claro dónde está. Es

evidente que ocurrió algo mientras estabais allí. Iré a buscar a los demás y vosotros dos podréis dar explicaciones.

Mientras Sasha tapaba con cuidado las barras con el trapo, Sawyer cambió el peso de un pie a otro.

—¿Podemos omitir la razón por la que hemos ido? ¿Al menos cuando esté Annika?

Sasha le lanzó una fría mirada.

—Lo único que teníais que hacer era contárnoslo a Bran, a Doyle o a mí. Sabemos guardar un secreto. Voy a buscarlos.

A solas con Sawyer, Riley exhaló una profunda bocanada.

—Mamá está muy decepcionada con nosotros.

—Me siento idiota. ¿Cómo consigue que me sienta idiota sin levantar la voz?

—Es un don. Voy a abrir el vino. No nos terminamos la birra y me da la sensación de que vamos a necesitar una bebida de adultos.

—Tampoco hemos comprado las provisiones. ¿Cómo se nos han olvidado las provisiones?

—Teníamos un poquito de prisa por regresar —le recordó Riley. Abrió una botella de vino tinto y sacó unas copas. Y se preparó para afrontar las consecuencias.

Annika bajó la escalera trasera medio bailando, olvidado ya el enfado, mientras Doyle entraba desde fuera.

—¿Vamos a beber vino? Bran y yo hemos estado trabajando mucho. El vino está bueno. —Annika rodeó a Sawyer con los brazos y se pegó a él—. Y tú también.

Sawyer le lanzó una sonrisa lánguida a Riley por encima de la cabeza de Annika mientras le acariciaba el cabello.

—Muestra un poco de solidaridad —le dijo Riley a Doyle antes de que él

podiera ir a por una cerveza. Sirvió seis copas.

Él estudió su cara antes de coger una.

—¿Qué ocurre?

—Todos a la vez, a todos a la vez.

Y al ver la expresión en el rostro de Bran cuando entró con Sasha se percató de que ya le habían puesto al corriente de manera sucinta.

—Vale, esto es lo que pasa. —Riley cogió una copa y bebió un trago para coger fuerzas—. Sawyer y yo nos hemos transportado hasta Dublín.

—¿Qué es Dublín? —preguntó Annika.

—La capital de Irlanda. —La mirada de Doyle se endureció—. Está en la costa este del país.

—Eso está muy lejos para ir a comprar comida. ¿Es una ciudad? —continuó Annika, apartándose de Sawyer—. Pero no me has llevado...

—No, yo... Bueno, es que...

—Sawyer tenía que ir allí a por algo para ti. Una sorpresa para ti.

Lejos de apaciguarse, Annika miró a Riley con el ceño fruncido.

—¿Una sorpresa para mí? ¿Qué es?

—Anni, una sorpresa significa que tú no tienes que saber qué es todavía. Yo he ido para ayudarle.

—Da lo mismo —interrumpió Bran, con un tono tan displicente como lo había sido el de Sasha—. Viajar tan lejos, por el motivo que sea y sin contárnoslo al resto, va en contra de todo lo que hemos hecho y de aquello en lo que nos hemos convertido.

—La culpa es mía... —comenzó Sawyer, pero Riley le cortó.

—No, estamos juntos en esto. Y tienes razón. Lo que digo es que nos dejamos llevar y dejémoslo ahí. Sawyer puede humillarse más tarde.

—¡Oye!

—Es que creo que a ti se te daría mejor humillarte que a mí. Podemos

seguir hablando de lo estúpidos e irresponsables que hemos sido. O podemos contaros lo que ha pasado, que es infinitamente más importante.

—Humillarte se te da de pena —farfulló Sawyer.

—Te lo he dicho.

—Nerezza. Ha sido Nerezza. —Sasha se adelantó—. Ahora puedo sentirlo.

—Vivita y en carne y hueso. O más bien en el cuerpo de una camarera de un bar de Grafton.

—¿Os habéis ido a tomaros una birra? —exigió Doyle.

—Oh, como que tú no habrías hecho lo mismo. Terminamos con nuestro... asunto y fuimos a tomar una cerveza antes de regresar. Y apenas había pegado un buen trago de mi Guinness, cuando se acercó la camarera. Al principio tenía su propia cara y su propio cuerpo, su propia voz. Pero ¿sus palabras? —Riley cerró los ojos un momento para recordarlo—. Nos dijo: «Cuando haya terminado y el mundo esté sumido en la oscuridad, me beberé vuestra sangre». —Bajó la mirada al vino tinto que tenía en la mano, lo contempló y acto seguido se lo bebió casi para fastidiarle—. Y si pensáis que no impresiona oír a una camarera joven y guapa decir eso con acento irlandés, dejad que os diga que sí que lo hace.

—La gente seguía a lo suyo —añadió Sawyer—. No podíamos saltarle encima. Solo era una chica. Nerezza la estaba utilizando, así que no podíamos sentarla de culo de un empujón.

—Ni dispararle, como bien me señaló Sawyer. Nos ha dicho que éramos débiles y que ella se hacía más fuerte.

—Nos hizo una demostración para probarlo. La chica cambió y ahí estaba ella, de pie en medio del abarrotado bar. Su pelo ya no es todo gris. Hay mechones negros y está envejecida, pero no como cuando la agarré en Capri.

—Se está recuperando —murmuró Sasha—. Está recuperando su fuerza y sus poderes.

—Riley la ha insultado. Le dijo: «Me aburro».

—Willow mala. Es una referencia a Buffy.

Doyle le dio un pequeño empujón a Riley.

—¡Ya te vale!

—Oye, en realidad, teniendo en cuenta que se trataba de una chica inocente, insultarla era lo único que podía hacer. Era lo único que podíamos hacer.

—Dijo que a lo mejor convertía a Riley en su mascota y que se la daba a Malmon.

—¡Sí, claro!

—No lo descartes —arguyó Sawyer—. Por alguna razón, ahora va a por ti. El bar se estremeció cuando se cabreó con Riley. Las botellas y las copas temblaron. Nadie se dio cuenta.

—Entonces Sawyer le lanzó una buena pulla y le dijo que podía traernos unos frutos secos. La cabreó todavía más, así que empezó con que nos iba a arrancar la piel a tiras y a dársela de comer a los perros. Como no podíamos atacarla, no le hemos hecho caso. Lo último que ha dicho es: «La tormenta se acerca». Y entonces la camarera volvió y parecía aturdida y confusa.

—No ha intentado haceros daño. —Bran asintió, agarró el vino y le pasó una copa a Sasha—. Os tenía a los dos solos, en un espacio público reducido en el que habríais dudado de recurrir a la fuerza o la violencia, pero no os ha atacado.

—Porque no puede —concluyó Sasha—. Todavía no está lo bastante fuerte para eso. Sí lo está para utilizar las ilusiones y otros medios. Pero no para atacar ella misma.

—No estaba allí de verdad. ¿Lo he entendido bien? —Doyle se volvió hacia Bran—. Solo estaba su ilusión.

—Esa es mi suposición, sí.

—Si hubiese estado más fuerte, nosotros no habríamos estado allí con

vosotros. —Annika se acercó a Sasha y se alejó de Sawyer—. No habríamos sabido que estabais lejos. Y si os hubiera cogido o herido, no lo sabríamos.

—No ha pasado nada. —Sawyer sintió que señalar eso era de viral importancia—. Lo siento, ha sido una mala decisión, pero ni nos ha cogido ni nos ha herido. Y todos estamos solos o con solo una parte del equipo en todo momento.

—No solos o en un número reducido en Dublín —espetó Doyle.

—De ahí la mala decisión. No hemos actuado bien, pero hemos sacado cierta información. Podéis seguir dándonos de tortas por esa mala decisión o podemos utilizar lo que hemos sacado en claro.

—A ti también se te da de pena humillarte —comentó Riley.

—Eso parece. Mirad, lo que fue a hacer allí era muy importante para mí. Actué de forma equivocada y lo siento. *Mea culpa* al cuadrado, de corazón. Es todo.

—Tal vez deberíamos tranquilizarnos un poco y después podemos hablar de esto de manera más razonable. —Sasha fue a remover la salsa—. Y aún necesitamos esas provisiones.

—No habréis comprado las puñeteras provisiones.

—Nos distrajimos un poco —le replicó a Doyle—. Iremos a por las puñeteras provisiones ahora.

—No, Annika y yo iremos a por ellas.

—Sí. —Annika unió su brazo al de Doyle—. Iremos nosotros y yo me tranquilizaré para que podamos volver a hablar.

Levantó la mano, con la palma vuelta hacia Sawyer.

—Tú tienes la lista de lo que tenemos que comprar.

Él la sacó del bolsillo trasero y se la entregó.

—¡Mierda! —dijo cuando ella se largó junto a Doyle.

—Se le pasará. Todos tendremos que superarlo —adujo Riley—. Hemos

hecho lo que hemos hecho, lo hemos reconocido. Si vais a seguir regañándonos, quiero más vino.

Sasha volvió la vista desde el fogón.

—Ha sido innecesariamente arriesgado.

—A mí no me lo pareció. —Riley se encogió de hombros.

—¿Hasta que os visteis esperando a que la diosa os llevara unos frutos secos? —planteó Bran.

—Ni siquiera entonces. Ha sido una clara intimidación, irlandés. ¿Nos ha sobresaltado? Claro que sí. Pero ¿qué iba a hacer? Ni viene ni ha venido a luchar ella sola. Deberíamos habérselo contado a todos... menos a Anni. No hacerlo ha sido una estupidez, solo una estupidez. Solo puedo decir que imagino que estábamos tan absortos por la misión secreta que no se nos ocurrió.

—Imprudente, impulsivo. E incomprensible.

—¿Incompren...? —Muda de asombro, Sasha dio media vuelta y miró a Bran boquiabierta.

—*A ghrá*. Un hombre enamorado suele pensar con el corazón en vez de con la cabeza.

Sawyer intentó esbozar una deslumbrante sonrisa para Sasha y se dio unas palmaditas en el corazón.

Ella dio un respingo.

—Riley no es un hombre enamorado y tendría que haber sido más lista.

—También se hace el tonto por amistad.

—Los tontos no... Voy a cerrar el pico —decidió Riley—. Vamos, Sasha. Bien está lo que acaba con todo el mundo respirando. Y sabes que quieres ver las piedras. Tienes muchas ganas de ver las maravillas que Sawyer ha comprado para el anillo.

—En realidad no... Mierda, pues claro que quiero verlas.

Sawyer aprovechó el indulto y sacó las bolsas de su bolsillo.

—Este es el pedrusco mayor.

Depositó la piedra en su mano. Perfectamente redonda, de un precioso azul, la piedra relucía como una pequeña poza.

—Aguamarina. —Con una sonrisa, Bran le frotó el hombro a Sasha—. Dicen las leyendas que las sirenas codiciaban las piedras.

—Mar azul..., el nombre significa mar azul, así que encaja —añadió Riley.

—Es preciosa, Sawyer. ¿Puedo? —Sasha la cogió y la sostuvo en alto—. Oh, fíjate cuántas tonalidades de azul se ven a la luz. No podrías haber elegido nada más perfecto para ella.

—¿Tú crees? Tengo estas pequeñas piedras. —De la segunda bolsa sacó una serie de diminutos diamantes, zafiros rosas y más aguamarinas—. Estaba pensando que podría ocurrírsete algo y compré estas. —De una tercera bolsa sacó dos alianzas de platino—. Y quizá Bran pueda unirlo todo.

—Me encantaría.

—Y ya se me han ocurrido un par de ideas. —Sasha estudió de nuevo la piedra y se la devolvió—. Eso no significa que no siga mosqueada.

—Bajar a mosqueada es un progreso. —Sawyer guardó las piedras y las alianzas en las bolsas.

—En nombre del progreso me gustaría añadir una cosa. Cuando la bruja dijo que se acercaba la tormenta, el vello de la nuca se me puso de punta. —Sawyer miró a Riley—. ¿Y a ti?

—Oh, sí, Ahí había algo grande. No era una simple fanfarronada. En mi opinión se le escapó por resentimiento, pero tenía peso. Puede que eso sea un detonante para ti.

—Ahora mismo no —le dijo Sasha.

—Es algo en lo que pensar. Voy a pensar en ello mientras investigo los libros. Esa es mi penitencia.

—Investigar no es ninguna penitencia para ti. Pero preparar una ensalada...

—Eso se me da mejor a mí; a ella se le dan mejor los libros. —Sawyer probó de nuevo con esa sonrisa deslumbrante—. Aprovechemos nuestras virtudes.

—Buen plan. Si me necesitáis, estaré en mi habitación, trabajando duro.

Riley escapó mientras podía.

Quizá no le gustara que Doyle y Annika siguieran cabreados, pero imaginaba que Annika no iba a continuar enfadada mucho tiempo. Y, en lo referente a Doyle, tenía un plan.

Cuando abrió las puertas de su balcón los oyó regresar. Mientras esperaba, continuó trabajando, tomando notas. Doyle no tardó demasiado.

Estaba sentada a su escritorio cuando él entró. Solo llevaba puesta su camisa.

Él cerró la puerta con firmeza.

—¿Eso es lo que te pones para investigar?

—¿Esto? —Giró en la silla. Sí, seguía cabreado, pero... estaba interesado—. He supuesto que sacarías tiempo para recuperar tu camisa. Solo quería tenerla a mano.

—¿Te crees que puedes distraerme con sexo?

—Claro. —Se levantó—. Entiendo que quieras recuperar tu camisa, pero parece un poco redundante cuando ya llevas una puesta.

Mientras él se quedaba donde estaba, le despojó de la vaina, apoyó la espada junto a la cama. Volvió y comenzó a desabrocharle la camisa.

—¿Estás muy segura de tu atractivo?

—¿Atractivo? Venga ya. Tengo todas las partes necesarias de una chica. Eso es atractivo suficiente, sobre todo para un hombre que ya las ha catado. —Arrojó la camisa y le dio un suave empujón hacia la cama—. Siéntate, grandullón, y yo te desnudaré.

—¿No te preocupa que Sawyer o Bran pudieran haber entrado en vez de yo? Otro empujón.

—En primer lugar, estoy tapada. En segundo, eres el único que entraría sin llamar. Siéntate —repitió.

—No he venido aquí para practicar sexo. —Pero se sentó en el lateral de la cama.

—La vida es una caja de sorpresas. —Le quitó las botas y sonrió mientras le desabrochaba el cinturón—. ¡Sorpresa!

—Podemos tener sexo y seguir cabreado contigo.

—Eso es muy práctico para ambos.

Lo empujó para tumbarlo boca arriba. Con movimientos rápidos le bajó los pantalones y los arrojó al otro lado de la habitación.

A continuación se sentó a horcajadas encima de él.

—¿Qué te parece si hablamos después?

Doyle la agarró del pelo sin demasiada delicadeza para tirar de ella. Cuando sus bocas se encontraron, la giró para ponerla de espaldas.

Riley esperaba que se limitara a tomarla, que la penetrara con fuerza..., y no habría puesto objeciones. En lugar de eso, pasó de agarrarle el pelo a agarrarle las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza.

El instinto hizo que intentara zafarse.

—¡Oye!

—Cierra el pico.

Asaltó su boca, acelerando su organismo. Riley forcejeó..., no para protestar, sino por el deseo de tocarle con sus manos.

Tendría que decirle que no, tendría que pedirle que parara de forma tajante, o aceptaría lo que él le diera. Todavía estaba furioso y su furia iba acompañada de un abrasador deseo. Creía que podía engañarle, y por Dios

que lo había hecho, pero iba a conocer la fuerza de lo que quería de ella antes de que terminara.

La quería indefensa por una vez, inmovilizada debajo de él, con las manos sujetas por las suyas. Su cuerpo tembló y se retorció cuando tomó su pecho con la boca. Cuando sus dientes le produjeron una punzada de dolor.

Ella era capaz de confundirle por completo con aquellos ojos. Ahora iba a saber lo que era sentir que la capacidad de decisión se disolvía en un deseo aplastante.

Le bajó los brazos con fuerza, manteniendo sus muñecas sujetas con la mano. Y descendió sin miramientos por su cuerpo. Riley gritó cuando utilizó la lengua. Se arqueó, se retorció y gritó de nuevo cuando no mostró misericordia.

Pero lo que gritó no fue la palabra «no».

Fue un sí.

Sabía lo que era arder. Sabía lo que era sucumbir a la necesidad, por feroz que fuera. Pero aquello la empujaba más allá de todo lo conocido. La llevaba al límite solo para propulsarla de nuevo. Y otra vez más, hasta que le ardieron los pulmones y el corazón estaba a punto de estallarle.

Cuando le soltó las manos para poder utilizar las suyas con ella, para apretarla, agarrarla y saquearla, Riley solo pudo aferrarse a las sábanas y dejar que lo que él le hacía arrasara su ser.

Por todas partes, todo lugar por el que pasaban aquellas ásperas manos se estremecía, como si sus terminaciones nerviosas vivieran ahora sobre su piel.

Riley echó la cabeza hacia atrás cuando tiró de ella. Su cuerpo entero se estremeció ante la amenaza de más, acogiéndolo con ganas.

—No, no, vas a mirar. Vas a abrir los ojos y a ver a quien te posee como has de ser poseída. Mírame, maldita sea, mira a quien sabe lo que habita dentro de ti.

Riley abrió los ojos y los clavó en los suyos, de un verde tan intenso que

casi resultaban cegadores. Pero en ellos vio necesidad y conocimiento. Por ella, de ella.

Le agarró las caderas.

—Te veo.

Medio desesperado, se hundió en su interior. La embistió mientras le ardía la sangre y su corazón saltaba allí donde no debía. Pues la veía, la conocía, y ella a él.

Y por ello temía que ambos estaban condenados.

«Dominada», pensó cuando ambos quedaron laxos. Ese paso que jamás le había permitido a otro, se lo había permitido a él. Asumir el control de su cuerpo y de su mente, y de todo cuanto era.

Una vez que se daba ese paso, ¿cómo daba marcha atrás?

¿Cómo podía retroceder?

Cuando Doyle se apartó para tumbarse a su lado, su primer impulso fue el de acurrucarse. Pero lo reprimió y se quedó donde estaba.

«Nada de sentimentalismos», se advirtió. Sabía abordar las cosas y no ponerse seria.

—Puede que me quede esa camisa. Es evidente que me sienta bien.

—Puedes conservar lo que queda de ella.

Perpleja, bajó la vista y reparó en los jirones de la camisa a los pies de la cama.

—Si seguimos con esto, acabaremos yendo por ahí casi desnudos.

Doyle se dio la vuelta, cogió la botella de agua de la mesilla de noche y se bebió la mitad de un trago. Le ofreció el resto, como si se le hubiera ocurrido entonces.

—Te he dejado marcada.

Riley hizo recuento. Moratones en las muñecas, un par más aquí y allá.

—No demasiado.

Pero se levantó y le llevó el tarro de ungüento a la cama.

—Me has cabreado —dijo mientras le untaba el ungüento en los moratones.

—Dame la lata todo lo que quieras porque nada llegará al nivel de la profunda desaprobación de Sasha. —Riley exhaló con los dientes apretados—. Me ha dejado chafada. Tendríamos que haberle dicho a alguien que nos íbamos y adónde íbamos. Sawyer quería conseguir lo necesario para un anillo de compromiso para Anni y...

—Eso ya lo he deducido yo solito, aunque imaginaba que habíais ido a por el anillo en sí. No lo justifiques.

—Mensaje recibido, alto y claro. Ha sido como un bofetón para todo el asunto de la unión y del todo irreflexivo. Aun así, todo esto..., viejas costumbres. Lo siento. Lo siento, es lo más que puedo decir.

Dado que todavía se sentía un tanto frágil, se levantó de la cama y se puso la camisa hecha jirones.

—Voy a... Espera. Has dicho que has deducido por qué nos fuimos. ¿Anni también?

—Puede que sí, no es idiota, pero la he encaminado por otro lado. Le he insinuado que habíais ido para que él pudiera buscarle un vestido nuevo y puede que unos pendientes. Un regalo.

—Bien pensado.

—Eso la ha calmado, igual que la media hora de tortura que ha pasado en la tiendecita que vende artículos variados.

—Estoy en deuda contigo por eso, pero teniendo en cuenta las recientes actividades, afirmo que la deuda está saldada. Voy a darme una ducha y después bajaré para terminar de compensar a todos ayudando con alguna tarea doméstica.

Al ver que él no tenía intención de unirse a ella, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Cerró los ojos.

Se dio cuenta de que Doyle lo había removido todo en su interior. Lo había removido y lanzado por los aires para que cayera de nuevo en un orden que ella no entendía.

Acabaría por entenderlo, se aseguró. Daba igual cuál fuera el rompecabezas, el problema, el código, acabaría por resolverlo.

Se quitó la camisa y se percató de que olía a los dos, a una mezcla de ambos. Una combinación.

Y después de dejarla doblada sobre la encimera del lavabo, se sintió ridícula porque sabía que no tenía intención de tirarla.

Tras unos días de paz, la rutina de entrenamiento y buceo, Doyle calculó que había llegado más que de sobra el momento de probar cosas nuevas. Buscó a Bran en la torre y se quedó observando durante un momento a su amigo mientras escribía en el grueso libro de hechizos.

No todo eran torbellinos e invocar el rayo, pensó. En parte, la magia era..., bueno..., trabajo duro y problemas y, al parecer, en una parte mayor, era algo tan corriente como papel y pluma.

Bran dejó la pluma y examinó lo que había escrito. Después puso la mano sobre la página. Surgió una luz, que se apagó al cabo de un momento.

Y en gran medida se trataba de poder, puro y duro, pensó Doyle.

—¿Tienes un minuto? —preguntó cuando Bran le miró.

—Ahora sí. Hay que escribir las cosas y sellar la magia. Por nosotros y por aquellos que vendrán después.

Picado por la curiosidad, Doyle se acercó a ver qué había escrito Bran.

—Está en la lengua antigua.

—La lengua de mi linaje... y del tuyo. De los antiguos dioses, de los antiguos poderes.

—Es una especie de hechizo localizador —dijo Doyle, traduciendo—. Utilizando el escudo de armas como un... dispositivo de seguimiento.

—Más o menos. Vamos a tomarnos un té.

Se levantó, dejando el libro abierto, y fue a encender una tetera eléctrica.

—Tú no necesitas electricidad ni una tetera.

—Bueno, podría decirse que los dioses ayudan a quienes se ayudan. No vale la pena ser un holgazán respecto a los aspectos prácticos básicos.

—Otros lo serían.

—Y lo son. A mí no me enseñaron así. El hechizo —dijo, volviendo al tema mientras medía las hojas de té—. He pensado en lo que le pasó a Riley y en lo que Sawyer y ella han hecho. Así que esto nos localizará a cualquiera que pueda verse apartado. He trabajado en ello desde que cogieron a Annika y a Sawyer en Capri, pero surgían otros asuntos más apremiantes, hasta ahora.

—Porque estos últimos días hemos dispuesto de un poco más de tiempo.

—Mientras dure. ¿Impaciente?

—Hermano, puede que tenga todo el tiempo del mundo, pero el momento es este, y todos lo creemos así, no deberíamos malgastarlo.

—Estoy de acuerdo, aunque he de decir que ha sido agradable tener a Sasha aquí instalada, que disponga de tiempo para pintar sin que las visiones la acosen día y noche.

Preparó el té y le ofreció una taza a Doyle. Miró el libro de hechizos, dejando la suya a un lado.

—Sentémonos y cuéntame qué tienes en mente.

—Sawyer está con Sasha en la otra torre.

—Trabajando en el diseño del anillo, sí.

Bran asintió y se sentó de nuevo. Y Doyle se encogió de hombros, interpretando su sonrisa.

—Respeto a las mujeres, sin salvedades. Estoy más acostumbrado a hablar de guerra con hombres.

—Ni todos juntos tenemos la misma experiencia en la batalla que tú.

Si bien le había dicho eso mismo en una ocasión, Doyle meneó la cabeza.

—Pues eso ya no vale. Pero dejando eso y el sexo a un lado...

—A veces un hombre debe hablar con un hombre. Y una mujer con una mujer.

—No cambia mucho. Explorando cuevas submarinas solo hemos conseguido tachar localizaciones.

—Estoy de acuerdo. En Corfú y en Capri encontramos lo mismo.

—Aquí parece diferente. —Doyle miró hacia la ventana, inquieto—. No sé si se trata de mis sentimientos por estar aquí o si es diferente de verdad.

—¿Volverías? —preguntó Bran—. Es algo que me he preguntado. Sabiendo que no pudiste salvar a tu hermano entonces ¿harías las cosas de manera diferente si pudieras regresar a ese día?

—¿Si lo intentaría o no? Desde luego mi vida habría tenido una duración normal, pero ¿qué vida habría sido esa, sabiendo que no he hecho nada por él? He tenido tiempo de sobra para llegar a la conclusión de que hice todo lo que pude. Es cierto que fracasé y eso siempre lo llevaré dentro, pero hice todo lo que pude y volvería a hacerlo. —Doyle contempló su té, oscuro e intenso—. Tú te preguntas por qué no le he pedido a Sawyer que me lleve atrás en el tiempo para poder matar a la bruja antes de que le haga daño... o para intentarlo. Sawyer lo haría, pues pocas son las cosas que no haría por un amigo. Y yo te pregunto, brujo: ¿puedo yo cambiar el destino?

—Eso no lo sé, pero sí sé una cosa. Podrías salvar a un hermano y perder a otro. O iniciar una guerra que acabe con miles de vidas. En mi opinión, hay que dejar en paz el pasado. Los dioses así lo hacen.

—Si cambias un instante, cambias una era. —Doyle contempló el fuego, las sombras y las luces—. Yo he pensado lo mismo. Fracasé y el hombre en que pudo convertirse desapareció. Con él se perdió el hombre que yo pude haber sido.

—El hombre que eres es suficiente. Tú y yo, y los otros cuatro, estamos aquí, movidos por los vientos del destino hasta cierto punto. Pero sobre todo

creo en cada paso que hemos dado, en cada decisión que hemos tomado a lo largo de nuestro camino. Así que estamos aquí. —Bran esperó un segundo y enarcó la ceja que tenía marcada—. ¿Qué quieres hacer?

—He pensado en lo dicho, en las visiones de Sasha. En venir a este lugar entre todos los lugares del mundo. Los dioses no hacen pagar por todos esos pasos, por todas esas decisiones. —Y Doyle sabía que aquella sería una de las más dolorosas que jamás había tomado—. Sé en qué cueva murió mi hermano. Es hora de que regrese. Es hora de que miremos ahí.

Doyle observó la cara de Bran con el ceño fruncido.

—Tú has pensado lo mismo.

—Da igual lo que yo pensara, ha de venir de ti. Si tú estás listo, iremos juntos.

—Mañana.

—Mañana —convino Bran—. He pensado en otras palabras, palabras que una bruja pelirroja te dijo a ti y tú me dijiste a mí. Sobre que el amor te perfora el corazón con uñas y dientes.

Doyle estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Riley? No pretende perforarme el corazón. Nos entendemos.

Bran iba a hablar de nuevo, pero Sasha entró de forma precipitada.

—Oh, lo siento. Os he interrumpido.

—No, hemos terminado. —Doyle se dispuso a levantarse.

—Siéntate un minuto y así puedes aportar tu opinión. Tras considerables esfuerzos, tengo un diseño que a Sawyer le gusta en un noventa y ocho por ciento. Echad un vistazo. Él ha ido a asegurarse de que Annika esté ocupada. Y a pensar en ello.

Sasha pasó las páginas de su cuaderno de dibujo y en cada una había varios diseños, que a Doyle le parecieron bastante buenos. Entonces se paró en una página con un único diseño en el centro.

Había utilizado lápices de colores para mejorarlo; el intenso azul de la piedra central, rodeada por un halo de diamantes blancos, y estos flanqueados por dos zafiros rosas. El aro repetía el brillo rosa, blanco y azul, de la alianza de bodas.

—Es precioso y perfecto para ella. Es único —agregó Bran—. Igual que ella.

—Cuesta no presionarle para que se decida por él porque creo que es perfecto. Quiero enseñárselo a Riley. ¿A ti qué te parece? —le preguntó a Doyle.

—No es lo mío. A mí me parece bien. Mucho brillo, que es algo que a ella le gusta.

—Noto algo. —Sasha le apuntó—. Oigo un pero.

—No es lo mío —repitió—. Solo pensaba cuánto le gustó el diseño alrededor del escudo de armas, el trenzado. Si las alianzas estuvieran trenzadas...

—¡Oh! —Sasha le pegó un entusiasta puñetazo en el hombro—. Oh, es perfecto. Qué inspirado. Voy a arreglarlo ahora mismo. Y si Sawyer no dice que adelante, es que algo no le funciona bien.

Salió con la misma rapidez con la que había entrado.

—Bueno, está zanjado. —Bran dejó su té y sonrió a Doyle—. Y parece que todos hemos participado. Las cosas son como tenían que ser.

Doyle se frotó el hombro con aire pensativo.

—Tu chica tiene mejor pegada que antes.

—En todo.

No llevó mucho tiempo y Sasha decidió que había dado en el clavo cuando encontró a Sawyer trabajando con Riley en la biblioteca de la torre.

—¿Y Annika?

—Haciendo la colada. Jamás he visto a nadie tan feliz con la lavadora. — Sawyer dejó su brújula sobre un mapa y meneó la cabeza—. Y está teniendo más suerte con eso que yo con esto.

—Yo he tenido una suerte increíble. He añadido otro toque al diseño.

—Ya estaba bastante satisfecho con el otro.

—Pero no al cien por cien. Creo que la idea de Doyle cambiará eso.

Riley levantó la vista de su libro.

—¿De Doyle?

—Ha hecho una sugerencia. Mira esto, Sawyer. Podemos trenzar las alianzas siguiendo el mismo patrón que utilicé en el escudo de armas.

—No sé si eso... —Entonces echó un vistazo—. Oh, sí. Conseguido. Es como... Es él. Es este. ¿Por qué no se nos ha ocurrido a nosotros?

—No lo sé. ¿Riley?

—Si no se pone a dar volteretas al verlo es porque se pone a dar saltos mortales. Lo has clavado, Sasha. ¿Adelante, tirador?

—Adelante, desde luego.

—Tienes que llevárselo a Bran para que empiece con su magia.

—Cierto. Tienes razón. —Sawyer se guardó la brújula y cogió el dibujo cuando Sasha lo arrancó de su cuaderno—. Gracias.

Sasha le vio marcharse.

—Querías que se fuera.

—Aquí no estamos consiguiendo anda. Parece que todo está estancado. Necesito moverme. A lo mejor me llevo a Anni y me pongo a trabajar en las volteretas y saltos mortales.

—A mí todavía se me da de pena.

—Hay una cosa más. —Riley se apartó de la mesa y movió los hombros en círculo—. A lo mejor podríamos hablar de ello después de que me mueva.

Riley reconocía que había estado nerviosa cuando arrastró a sus amigas afuera. No había sido capaz de librarse de ello, ni con el trabajo, el buceo, el sexo ni durmiendo. En cuanto su mente divagaba de la tarea que le ocupaba, empezaba la inquietud.

Así que a lo mejor lo conseguía pasando un tiempo alejada por completo de los hombres y realizando un ejercicio que requería de una conexión entre cuerpo y mente.

El cielo estaba azul y casi despejado y brillaba el sol. Satisfecha, Riley dejó a un lado la sudadera con capucha que había cogido al salir y se plantó con los brazos en jarra, ataviada con una descolorida camiseta roja en la que ponía: «¡Mola!».

No era ni Capri ni Corfú, pero aquella muestra del verano irlandés, que de hecho podía durar un día entero, levantaba el ánimo.

Tomó carrerilla, ejecutó un triple salto mortal y aterrizó.

Oh, sí, estaba de vuelta.

Y a Sasha no se le daba tan mal como antes. Sí, todavía no aterrizaba con seguridad, pero estaba cogiendo más altura. Y después estaba Annika; nadie se le podía acercar. Bien podría tener alas en vez de cola.

Riley hizo una voltereta hacia atrás, siguiendo las órdenes de Annika, y giró al tiempo que lanzaba una patada lateral. Dios, ojalá tuviera alguien con quien pelear.

La siguiente orden de Annika hizo que a Sasha se le pusiera un poco mala cara, pero corrió hacia Riley, que entrelazó los dedos con las palmas hacia arriba. Cuando el pie de Sasha tocó sus manos, Riley la impulsó hacia arriba con fuerza.

El salto mortal elevado fue más que decente y, a su parecer, el aterrizaje un tanto tosco, pero Sasha recobró el equilibrio enseguida y levantó el puño.

—¡Lo he hecho! Voy a hacerlo otra vez. Mejor.

Esa vez, mientras volaba, Sasha hizo como si disparara con su ballesta. Riley se sorprendió con una sonrisa de oreja a oreja, aunque Sasha no cayó bien y aterrizó de culo.

—Una vez más —gritó Riley.

Una vez más, Sasha lo clavó y después hizo un bailecito de la victoria.

Una hora después, Riley estaba sudando, sentía que había ejercitado bien los músculos y tenía la mente despejada. Y la sensación de inquietud regresó.

—Vale, ya nos hemos movido. Vaya si nos hemos movido. —Sasha se sentó en el suelo para estirar—. Bueno, ¿qué es esa otra cosa?

—No lo sé con exactitud. —Riley movió los hombros en círculo, como si intentara rascarse porque sentía picor.

—¿Aún te duele?

—No. —Mientras miraba a Annika meneando la cabeza, Riley estiró las pantorrillas, los músculos isquiotibiales—. Estoy bien y he recuperado mi peso. Supongo que estoy lista para la lucha. La espera me supera. Estamos muy cerca. Quiero ponerle fin.

Levantó la vista mientras estiraba los cuádriceps. Doyle estaba en la terraza, con el cabello agitado por la brisa y los ojos clavados en ella. Volvió adentro al cabo de un prolongado momento.

—Mierda.

—¿Te has peleado con Doyle? —Annika, comprensiva, le frotó el brazo a Riley—. Te gusta pelear con Doyle. Es como el juego previo.

—Sí. No. Quiero decir que no nos hemos peleado. Seguramente lo hagamos y no pasa nada. Es que... —Miró a Sasha—. Tú ya sabes por dónde voy.

—Lo siento. Cuesta no hacerlo. Tienes sentimientos. ¿Por qué no habrías de tenerlos?

—Los sentimientos no me preocupan. Pero tengo más de los que quisiera y

de los que soy capaz de manejar. No buscaba nada de esto y ahora estoy bien pillada.

—¡Oh! Estás enamorada. ¡Es maravilloso! —Annika abrazó a Riley.

—No es algo maravilloso para todo el mundo.

—Debería serlo.

—Y no sé si es eso. Es que... ¿Por qué no puede ser sexo puro y duro? Eso carece de complicaciones. Con eso sí sé qué hacer. Pero con esto no sé qué hacer.

—Hacéis muy buena pareja.

Riley miró a Sasha boquiabierta.

—¿Qué?

—Hacéis muy buena pareja. Encajáis. Reconozco que esto me ha tenido preocupada porque los dos sois combativos y cabezotas.

—No soy cabezota. Soy racional.

—Y los sentimientos no lo son. Tú me ayudaste a resolver los míos hacia Bran, a ver mi propio potencial, por mí misma y con él. Así que te digo que si quieres a Doyle, ve a por lo que quieres.

—Ya lo tengo, más o menos.

—Me gusta el sexo —dijo Annika, y se echó su larga trenza a la espalda.

—Lo hemos oído. —Riley puso los ojos en blanco—. Literalmente.

—Es un placer y es excitante. Pero con Sawyer he aprendido que es más. Con amor es más y significa más. Cuando ya no tenga las piernas podemos seguir practicándolo. Estoy contenta. Pero me entristece saber que no podré pasear con él, cocinar con él ni tumbarme en la cama y dormir juntos.

—Oh, Anni. —Sasha se acercó para abrazarla—. Es muy injusto.

—Pero estaremos juntos. Lo digo en serio. Hemos encontrado una forma de estar juntos todo lo posible y seremos felices. Si Doyle te hace feliz, deberías hacer caso a Sasha.

—¿Cómo voy a saber si me hará feliz?

—Averígualo —dijo Sasha—. Eres demasiado inteligente..., y, sí que eres una cabezota..., como para no hacerlo. Él te necesita.

—¿Que me...? ¿Qué?

—Puede que no lo sepa, puede que no sea capaz de aceptarlo todavía, pero te necesita. Y cuando el hombre se encuentre con el muchacho, cuando el muchacho vea al hombre, los oscuros recuerdos, la antigua sangre se derramará.

—Anni, ve a buscar a los demás —ordenó Riley—. Deprisa. ¿Qué ves, Sasha?

—Recuerdos y dolor a los que hacer frente de nuevo. Viejas costras, viejas heridas abiertas otra vez. Ella se alimenta del dolor, remueve el pasado para que ataque. Ella miente. Aguantad, resistid, superad esta prueba. Pues la estrella aguarda en la oscuridad, en el inocente. Devolverle la luz al hombre, al muchacho. Ved el nombre, leed el nombre, pronunciad el nombre. Y encontrad la blanca intensidad. —Sasha cerró los ojos y alzó una mano—. Necesito un segundo. Ha sido muy intenso.

Cuando sintió el brazo de Bran rodeándola, se apoyó en él.

—¿Recuerdas lo que has dicho? —la instó Riley.

—Sí, y lo que he visto. Una cueva, pero no está claro. Ha cambiado. Puede que sea la luz. Tu luz, al principio, tan limpia, tan blanca —dijo mientras bajaba la mano para asir la de Bran—. Pero luego había sombras. Sombras no. Y llegaba ella. Nerezza. Pero no era ella. No exactamente. Lo que digo no tiene sentido.

—Vamos adentro —sugirió Sawyer—. Puedes sentarte y tomarte un momento.

—No, en realidad el aire me sienta bien. Hacía mucho frío. Una cueva, pero no submarina. De esto estoy segura. Al principio parecía grande..., después

pequeña. Pero lo bastante amplia para que todos estuviéramos erguidos en ella. Es un lugar malo. Un lugar muy malo. —Apretó la mano de Bran hasta que los dedos se le pusieron blancos—. Allí ocurrieron cosas terribles, pasadas y terribles. Justo lo que ella quiere y necesita. Pero... Dios, entonces es justo lo contrario. Es alegría y quietud.

—A lo mejor nos llevamos lo pasado y lo terrible y eso cambia las cosas.

Sasha asintió al oír las palabras de Riley.

—A lo mejor. No lo sé. Solo sé que tenemos que ir allí. —Se volvió hacia Doyle—. Lo siento mucho. Tenemos que ir allí. Adonde perdiste a tu hermano.

—Lo sé. He hablado de ello con Bran.

—¿Haciendo planes sin que esté el resto de la clase? —espetó Riley.

—Empezando. Conozco la cueva y sé cómo encontrarla. Está a menos de cincuenta kilómetros de aquí.

—Puedes señalármela en el mapa para tenerla localizada —dijo Sawyer—. Por si acaso.

—Trazaremos un plan en detalle. —Bran masajeó el hombro de Sasha—. ¿Ya estás bien?

—Sí.

—Creo que un poco de comida nos vendría bien. Y vino.

—Eso tampoco voy a discutirlo.

—La sopa está en marcha. Anni, ¿por qué no vas a verlo? Yo iré a por el mapa. —Sawyer le tiró de la mano y dejó a Doyle a solas con Riley.

—No me gusta tener que dar explicaciones —comenzó Doyle.

—Pues no las des. —Se dispuso a marcharse, pero él la agarró del brazo.

—Quería hablar con un hermano y un brujo porque iba a hablar de volver al lugar en el que perdí a mi hermano y maté a la bruja que me maldijo.

—Vale.

—¿Ya está?

—Por Dios, Doyle, a ver si te enteras. Todos sabemos que es una putada, todos sabemos que es brutal. Así que necesitabas hablarlo primero con Bran. De acuerdo. Yo... Estamos contigo.

—He hablado con Sawyer antes que contigo.

—Ahora me estás mosqueando otra vez.

—¿Por qué has salido con las otras chicas?

—Quería practicar un poco. Sasha necesita practicar. —Entonces maldijo entre dientes—. Y, vale, quería estar un rato con las chicas. Lo pillo.

Doyle titubeó y aflojó un poco la mano.

—Si tuviera una vida que perder, la pondría en tus manos. Eso es confianza y respeto.

—Podría ponerme en plan gilipollas y decir que para ti es fácil decirlo. Pero no soy gilipollas y sé que no te resulta fácil. Estamos bien. —Tendió una mano para zanjarlo con un apretón.

Doyle la agarró de los codos, la puso de puntillas y la besó.

—Tú no eres una hermana para mí.

—Menos mal.

—Pero eres... esencial. Allí adonde vamos mañana, te quiero conmigo.

Ahucó una mano sobre su mejilla, sorprendida, conmovida.

—Ahí estaré.

Doyle la soltó, lo pensó un instante y después le cogió la mano. En vez de estrechársela, se la asió mientras regresaban a la casa.

Bien armado, se pusieron en marcha temprano a la mañana siguiente. Riley iba con Doyle en su moto mientras se alejaban de la costa y se abrían paso entre las verdes y serenas montañas, que se alzaban hacia un despejado cielo azul.

Imaginó a Doyle siguiendo a caballo una ruta parecida a la de aquel día tan

duro. Los cascos golpeando la tierra, la capa de Doyle ondeando al viento mientras trataba de ir más veloz. El trayecto era ahora más rápido, pensó mientras tomaban las curvas en que florecían los lirios silvestres, tan amarillos como el sol que los alumbraba. Pero para él era más duro. En el pasado creía que salvaría a su hermano, que le llevaría a casa con su familia.

Ahora sabía que jamás lo haría.

Pero si encontraban la estrella...

¿Acaso aquel lugar que en otro tiempo albergara tanta maldad era ahora la morada de la Estrella de Hielo?

Sea como fuere, se dirigían a la batalla. Y estaba más que preparada para luchar.

Esencial. Eso le había dicho Doyle. Intentó no darle demasiada importancia, igual que intentó no ahondar demasiado en sus propios sentimientos. Aquello distaba mucho de ser una prioridad en ese momento, se recordó. Sintiera lo que sintiese ella, lo que sintiese él, no estaba a la altura del destino de los mundos.

Doyle redujo la velocidad y se desvió por un angosto camino de tierra, lleno de baches.

—A partir de aquí iremos a pie —le dijo—. El coche de Bran no cabe por aquí.

Riley se apeó.

—¿A cuánto está?

—A poco más de un kilómetro.

Se detuvo, dirigió la mirada a la izquierda, por encima de un muro de piedra, hacia una pequeña granja en la que un perro con manchas dormía bajo el sol y las vacas pastaban en un campo más allá.

Allí, de pie, la granja con sus azules molduras, los edificios anexos, un viejo tractor e incluso el perro de manchas se desvanecieron.

Las ovejas pastaban en el campo y montaña arriba. Había un muchacho pastor dormitando, apoyado contra una roca. Este abrió los ojos, de color azul claro, y miró a Doyle.

—¿Le ves allí?

—¿Al perro?

—Al chico. Aquel día me miró. Me mira ahora.

—No hay ningún chico.

Riley posó la mano en su brazo y volvió la vista hacia Bran, que se aproximaba con los demás.

—Tiene el pelo casi blanco debajo de la gorra. Está medio dormido, con el cayado sobre el regazo.

—Hay una especie de cortina en el aire. —Bran levantó una mano y empujó. Entrecerró los ojos al notar la resistencia y empujó de nuevo.

La bonita granja estaba tranquila y el perro seguía durmiendo.

—Te está manipulando, tío.

Doyle asintió al oír las palabras de Sawyer.

—Por ese camino, a un kilómetro más o menos. La cueva está en un montículo de roca y hierba. Hay un pequeño estanque afuera. Aquel día estaba negro.

Y recordó que lo que vivía en él reptaba bajo la oleosa superficie como si fueran serpientes.

Ahora, a lo largo del estrecho camino de tierra, había lirios amarillos y grandes setos de fucsia. Una urraca pasó volando.

Una es por la tristeza.

A medida que se acercaron vieron símbolos y talismanes, tallados en madera o en piedra, hechos con ramas y pajas. Advertencias y protecciones contra el mal.

Al ver que los demás guardaban silencio supo que solo veían la intrincada

pared de piedra, las flores silvestres, las vacas dispersas en el campo.

Un cuervo descendió y se posó en la pared. Doyle le sujetó la mano a Riley cuando esta fue a coger su pistola.

—Al menos ves eso. —Sacó su espada y partió al ave en dos.

Los pájaros cantaban desde los árboles. Inofensivos y alegres pájaros campestres. Entre los árboles divisó el resplandor del agua del estanque. Se desvió hacia la derecha y atravesó la arboleda que lo protegía.

Agua de un azul intenso entre maleza y repleta de nenúfares.

—¿Qué ves tú? —le preguntó a Riley.

—Un estanque de nenúfares que necesita que lo limpien.

—Otra cortina. —Bran levantó la mano una vez más—. Y al otro lado, el agua es densa y negra.

—La cueva. —Sasha señaló la alta y oscura cueva—. Sangre y huesos. Un burbujeante caldero lleno de ambas cosas. No está limpio, no está limpio. Ella miente y todo lo que hay dentro es una mentira. —Sasha soltó una bocanada de aire y se calmó—. Está esperando.

—Debería entrar solo. Solo —repitió antes de que alguno pudiera protestar—. No puede hacerme nada.

—Menuda sandez.

—Estoy con Riley —dijo Sawyer—. O todos o ninguno. Yo voto que todos. Riley sacó su arma.

—A lo mejor podrías encender la luz, Bran. Estaría bien ver adónde vamos. Una luz blanca y brillante bañó la entrada de la cueva. Avanzaron juntos hacia ella y entraron.

Elevada y amplia, tal y como la recordaba. El viento había arrojado hojas y agujas de pino, que alfombraban el suelo. Los animales que la habían utilizado como guarida dejaban sus excrementos tras de sí. En las irregulares paredes rocosas crecían una irregular capa de musgo y maleza, como dedos huesudos.

—Supongo que deberíamos separarnos —dijo Riley—. Echar un vistazo.

—Permaneced juntos —advirtió Sasha—. Esto no me... huele bien.

—De dos en dos, por ahora. Ya que Sasha tiene toda la razón. —Bran miró a través de su propia luz—. Esto no huele bien.

Rebuscaron. Riley se acuclilló para examinar las paredes de la cueva centímetro a centímetro de forma meticulosa. A menos de sesenta centímetros, Doyle pasó las manos por la pared, desmigando el musgo.

La tensión le atenazaba la nuca, como afiladas garras. Los músculos del abdomen se le contrajeron como lo harían antes de entrar en batalla.

Podía oír a Annika hablando en voz baja con Sawyer, las botas de Riley en el suelo mientras se movía a lo largo de la pared.

La luz cambió, adquirió un turbio tono gris, y el ambiente se enfrió. Se dio la vuelta.

El suelo estaba cubierto de huesos y captó el olor de la sangre que empapaba la tierra. En el centro de la cueva había un humeante caldero negro encima de un fuego rojo como una herida abierta.

La bruja a la que había matado lo removía con un cucharón hecho con un brazo humano. Su cabello era una maraña de negros rizos y su rostro poseía una cegadora belleza cuando sonrió.

—Puedes salvarle. Recuperar el tiempo aquí y ahora. Él te llama.

Ella gesticuló.

Ahí, tirado en el suelo de la cueva, tan pálido como la muerte y sangrando por una docena de heridas, estaba su hermano.

Este le tendió una mano temblorosa.

—Doyle. Sálvame, hermano.

Doyle, espada en mano, giró para atacar a la bruja, pero ella se desvaneció entre carcajadas. Corrió hacia su hermano y se arrodilló a su lado, como hizo hacía mucho tiempo. Sintió la sangre correr por sus manos.

—Me muero.

—No. Estoy aquí. Feilim, estoy aquí.

—Tú puedes salvarme. Ella ha dicho que solo tú podías salvarme. Llévame a casa. —Feilim tiritó mientras un hilillo de sangre se deslizaba entre sus labios—. Tengo mucho frío.

—He de detener la hemorragia.

—Solo hay una forma de detenerla, de salvarme. Acaba con ellos. Debe ser su sangre por la mía. Acaba con ellos y yo viviré. Nos iremos juntos a casa.

—La mano de su hermano agarró la suya—. No me falles de nuevo, *deartháir*. No dejes que muera aquí. Máталos. Máталos a todos. Por mi vida.

Doyle miró hacia atrás con su hermano entre sus brazos.

Los demás luchaban, con pistola y ballesta, con la luz y con los brazaletes, con cuchillo y con los puños, mientras la muerte alada surcaba la cueva llena de humo.

No podía oírlos. Pero sí oía las súplicas de su hermano.

—Soy tu hermano, al que juraste proteger. Soy de tu sangre. Acaba primero con el brujo. El resto será fácil.

Doyle ahuecó la mano en la mejilla de su hermano con suma ternura. Y después de ponerse en pie, alzó su espada.

La cólera en su interior era fría, una furia glacial mientras los ardientes golpes de la sangre y la locura se arremolinaban a su alrededor. Su hermano. Joven, inocente, sufriendo. La vida se le iba, abandonaba un cuerpo devastado por el dolor.

El fragor de la guerra lo rodeaba.

Siempre otra guerra.

En medio del fétido ambiente vio a Riley atravesar a un agresor con su cuchillo y después a otro mientras le gritaba algo que no pudo oír.

¿Acaso no lo sabía, no veía que ya no formaba parte de ellos? Estaba apartado, apartado y aislado durante ese momento. Lejos.

El rayo de Bran no podía atravesar la distancia, como tampoco las flechas de Sasha.

Su hermano, pensó. Su sangre. Su fracaso.

—Sálvame.

Una vez más, Doyle bajó la mirada al rostro que le había perseguido a través de los siglos. Tan joven, tan inocente. Tan lleno de dolor y miedo.

En su mente se sucedían las imágenes, grabadas con felicidad y tristeza. Feilim, caminando con paso inseguro por una playa bañada por el mar. Tratando de no llorar cuando Doyle le quitó una astilla del dedo pulgar. Cómo se rio cuando montó un rechoncho poni castaño. Lo alto y delgado que había

crecido y sin embargo aún se sentaba con ojos ávidos alrededor del fuego cuando su abuelo contaba una de sus historias.

Y, en ese momento, aquella imagen que las tapaba todas; Feilim, con el rostro blanco, los ojos colmados de dolor, desangrándose a sus pies.

Y el muchacho alzó una mano trémula hacia el hombre.

—Esta única cosa, solo esta única cosa, y viviré. Solo tú puedes salvarme.

—Habría dado mi vida por salvar a mi hermano. Tú no eres mi hermano.

Y encerrado en ese hielo, Doyle hundió la afilada punta de su espada en el corazón de aquella mentira. Esta profirió un grito agudo e inhumano. Su negra sangre bulló y quedó reducida a cenizas.

Ahora su espada cobró venganza, fría y fulminante mientras Doyle atravesaba todo cuanto se le acercaba. Si tenía garras o mordía, no sentía nada. En su interior rugía otro grito, un grito de guerra que resonaba en sus oídos, que hacía latir con fuerza su corazón.

Un millar de batallas se arremolinaban en su cabeza mientras su espada embestía y asestaba golpe tras golpe. Un millar de campos de batalla. Diez mil enemigos sin rostro, igual que las delirantes criaturas creadas por una vengativa diosa.

«No retrocedas. Máталos a todos.»

Vio a una de las negras bestias asesinas clavarle las garras en la espalda a Sawyer. Lo apartó con una sola mano y redujo a polvo su cruel cabeza con la bota.

Se giró para destruir más bestias y vio que no quedaba más de ellas que sangre, vísceras y cenizas. Vio que Sasha se arrodillaba, agitando una mano cuando Bran corrió a su lado. Vio a Annika abrazando a Sawyer para sostenerle en pie además de para estrenarle.

Y a Riley, con la pistola bajada y el cuchillo cubierto de sangre todavía en la mano, observándole.

Doyle se percató de que resollaba y en su cabeza resonaban aún tambores tribales. Y él, que había luchado en innumerables guerras, quería estremecerse ante la victoria.

Se obligó a volverse hacia Bran.

—Sawyer está herido.

—Estoy bien. —Sawyer agarró el brazo de Annika y le dio un apretón mientras estudiaba a Doyle—. Estoy bien.

—Purifícalo —repitió Doyle—. No basta con acabar con ellos.

—Sí. —Bran ayudó a Sasha a levantarse—. Tu mano, *fáidh*. Y la tuya. Y todos. Carne con carne, sangre con sangre.

Tomó la sangre de sus heridas en la palma de una mano y levantó la otra en alto. Esta se llenó de sal pura y blanca.

—Con la sangre derramada repelemos la oscuridad. —Caminó en círculo alrededor de los demás, derramando la sangre de todos en el suelo—. Con sal ahora bendita dejamos nuestra marca —dijo y volvió sobre sus pasos, dejando que resbalara entre sus dedos—. El fuego quema ahora la impía mentira, alza las llamas para purificar.

El fuego crepitó, se avivó y propagó alrededor del círculo que él había trazado.

Sus llamas se tiñeron de rojo, de frío blanco, y después, por último, de un sereno azul.

—Así pues, el mal queda desterrado de este lugar, derrotado por el valor, la luz y la gracia. Nosotros, los seis, somos testigos por voluntad propia. Hágase mi voluntad.

Las llamas aumentaron en el círculo de fuego, volvieron el aire de un azul claro y después se extinguieron.

—Ya está.

Doyle asintió y envainó su espada.

—Si la estrella está aquí, esperará. Tenemos un herido al que atender.

—¿Así de simple? —preguntó Riley mientras él salía.

Bran la detuvo cuando se disponía a salir detrás de él.

—Dejemos eso para más tarde. Todos estamos bastante maltrechos. Llevo un pequeño botiquín en el coche, pero... Sawyer, ¿puedes transportarnos allí? Preferiría no tener que hacer el intento de caminar una distancia tan corta.

—Está herido. En la espalda, en el brazo.

—No es tan grave —le aseguró a Annika—. Puedo ocuparme de transportarnos.

Sasha salió cojeando con la ayuda de Bran. Riley se despreocupó de sus propias heridas, aunque la parte posterior del hombro le dolía como mil demonios, y salió.

Doyle estaba parado; su rostro era una máscara debajo de las salpicaduras de sangre.

—Vamos a transportarnos hasta donde dejamos el coche y la moto —le informó Bran—. Tenemos heridas que atender.

—Ven aquí —le pidió Sawyer—. Así es más fácil.

Sacó la brújula con una mano un tanto temblorosa. Tomó aire y exhaló durante un momento y asintió acto seguido.

Riley sintió una rápida sacudida y después se encontró junto a la moto de Doyle. Se fijó en que Sawyer no objetó cuando Annika y Sasha le ayudaron a montarse en el coche.

—Conduzco yo —le dijo a Doyle.

—Nadie conduce mi moto.

—Hoy conduzco yo. Mírate las puñeteras manos. —Sacó un descolorido pañuelo del bolsillo de atrás y se lo dio—. Envuélvete la que está peor y no seas un auténtico gilipollas.

Se subió a la moto y arrancó.

—Se curará antes de que lleguemos.

—Me importa una puta mierda. O te montas o te vas a patita.

Como sabía que no estaba tan sereno como deseaba..., como necesitaba..., se montó detrás de ella.

Riley condujo la moto del mismo modo en que hacía todo lo demás. Con temeraria velocidad. Pero Doyle estaba de humor para ser temerario. Riley sabía conducir, cosa que no le sorprendió, y recorrieron el serpenteante camino, pasando de largo muros de piedra y setos a toda velocidad.

No le parecía mal que todo se viera horroroso, como tampoco se lo parecía el escozor y la quemazón de sus heridas en proceso de curación. Por el momento enmascaraba su horrible pesadilla privada.

Cuando llegaron a la casa y apagó el motor, Doyle estimaba que estaba recuperado y calmado. Tardó unos segundos en comprender que ella no lo estaba.

—¿Te has olvidado de que había otras cinco personas más en esa cueva? —exigió—. ¿O simplemente has decidido que tú eras el único capaz de llevar a cabo la tarea?

—He hecho lo que había que hacer.

Se apartó de ella mientras sus palabras le recordaban de nuevo el rostro de su hermano, el letal filo de la espada en su espalda.

—Gilipollecés, gilipollecés, gilipollecés.

Sasha la llamó cuando se disponía a ir tras él.

—Riley. Está sufriendo.

—Ha dejado de sangrar antes de que hubiéramos recorrido la mitad del camino.

—No es esa clase de sufrimiento.

—Ayuda con Sawyer, ¿quieres? —Bran cogió a Sasha en brazos—. Cúremos la carne y ocupémonos del alma después.

—Estoy bien. Solo un poco... —Sawyer se tambaleó a pesar de que Annika le sujetaba— débil.

Dado que estaba blanco como la cal y que tenía las pupilas dilatadas, Riley se percató de que en absoluto estaba bien.

—Ya te tengo, colega.

Agradecido por el apoyo, pasó el brazo sobre los hombros de Riley y notó algo húmedo.

—No es mi sangre, doctora. Es la tuya.

—Me llevé algunos golpes. ¿Anni?

—Yo tengo algunas heridas, pero podría ser peor. Sawyer se puso delante para protegerme y uno le clavó las garras en la espalda. Entonces Doyle...

—Sí, esa parte la vi.

Entraron como pudieron y fueron a la cocina, donde Bran ya estaba atendiendo las heridas que Sasha tenía en la pierna y en los brazos con la ayuda de Doyle.

—Quiero una birra —consiguió decir Sawyer cuando se sentó en una silla.

—¿Quién no? Quítale la camisa, Anni. Seguro que sabes hacerlo.

Annika lanzó una lánguida sonrisa a Riley mientras le quitaba la camiseta ensangrentada y rasgada a Sawyer con cuidado.

—¿Me ayudas con...? ¡Oh! Ay, Bran, es muy profunda.

Riley echó un vistazo y tomó aire con los dientes apretados.

—Parece que ya se ha infectado.

—Un momento. Bébetelo, *a ghrá*.

—Ya se me está pasando. —Bebió—. En serio, está mejor. Ocúpate de Sawyer.

—Annika, trabaja con Doyle..., y, Doyle, ayuda a Annika a atender sus heridas. Sasha ya solo necesita el ungüento —le dijo—. Incluso en los pequeños cortes. Hay veneno.

Se acercó a Sawyer y le lanzó a Riley una mirada furibunda por encima de su cabeza. Sacó del botiquín una navaja, un vial y tres velas. Encendió las velas con el pensamiento y después cogió un cuenco pequeño.

—Primero tengo que extraer el veneno.

—Está en estado de shock —dijo Riley cuando a Sawyer empezaron a castañearle los dientes.

—Agárrale, porque esto va a dolerle un montón. Prepárate, Sawyer.

—Vale. Sí.

—Mírame. —Riley le agarró ambos brazos—. Tengo una pregunta. Iron Man contra Hulk. ¿Quién gana?

—Iron Man.

Riley menó la cabeza.

—Hulk le machaca.

—Sí, claro. Es más fuerte, pero no tiene un plan de acción. Iron Man tiene coco, es inteligente.

—Hulk tiene instinto. Es primitivo.

—Eso no... *B'lyad*. ¡Me cago en la puta! ¡Joder!

—Aguanta —farfulló Bran mientras utilizaba la navaja especial para que la sangre emponzoñada cayese toda en el cuenco.

Annika se zafó de Sasha, sollozando, y se arrodilló al lado de Sawyer.

Sus manos la agarraban con tanta fuerza que Riley imaginó que se le rompían los huesos, pero continuó hablando de todas formas.

—Intelecto contra instinto. Difícil cuestión.

—Y lo dice la..., joder, joder..., la mujer loba.

—Sí, así que yo debería saberlo. Piénsalo. Enfrenta al señor Spock y a Hulk.

Sawyer apretó los dientes, resollando y con el cuerpo temblando.

—¡Ten cuidado! ¡Hostia puta!

—Ya casi está —prometió Bran—. Ya está limpia.

—Vale. Vale.

Riley vio que Sawyer recuperaba el color y sintió que la agarraba con menos fuerza.

—Ahora solo queda el ungüento.

Mientras Bran se lo aplicaba, Sawyer cerró los ojos y exhaló.

—Ah, sí, eso funciona. No llores, Anni. —Apartó una mano de Riley y acarició el cabello de Annika—. Estoy bien. Ahora deja que Sasha termine de curarte.

—No pasa nada. —Annika levantó la cabeza y alzó sus ojos llorosos hacia Bran.

—Te lo prometo. Por ahora, ponle ungüento en las heridas cada dos o tres horas y volveré a echar un vistazo antes de acostarnos. Pero está limpia y ya está sanando. Puedo decirte que habría sido peor, muchísimo peor, si esa maldita criatura le hubiera clavado las garras más adentro.

—Gracias.

Doyle se encogió de hombros.

—No hay de qué. ¿Una birra?

Sawyer se limitó a levantar el dedo pulgar.

—Eres mi corazón. —Annika se levantó y se inclinó para besar a Sawyer con delicadeza—. Y tú eres todos mis héroes. Ahora ya solo tengo dolores leves, Sasha. Riley tiene más.

—Mierda. Tiene una buena herida en el hombro. —Sawyer se puso en pie, tambaleándose un poco—. Intercambiamos los puestos, colega.

Resignada, Riley tomó asiento, se quitó otra sudadera que jamás volvería a ser la misma y se quedó con su camiseta negra de tirantes y los vaqueros mientras Bran examinaba la herida.

—Me alegra decir que no es tan grave como la de Sawyer y que no tendré

que utilizar la navaja para drenarla.

—Yupi.

—¿Una birra? —le preguntó Sawyer.

—Tequila. Un chupito doble.

—Eso está hecho.

Dolía, y dolía lo suficiente como para que levantara el vaso en alto en cuanto se bebió el primer chupito.

—Y otra vez.

Se bebió el segundo mientras el dolor se aliviaba y Bran atendía sus cortes y rasguños de menor relevancia.

—Muy bien, ahora te toca a ti. —Sasha señaló a Bran—. Siéntate. Anni, vamos a curar al sanador.

—A mí tampoco me importaría tomarme una birra.

Doyle sacó una para Bran. Su maldición le curaba, pensó. Pero los demás se curaban unos a otros. Se quedó ahí, de pie, tan aislado como lo había estado durante aquel horror en la cueva. Dio media vuelta y fue hacia la puerta.

—Nadie se va —espetó Riley.

—Quiero tomar un poco el aire.

—Eso tendrá que esperar.

—Tú no me das órdenes, Gwin.

—Pues entonces te las doy yo. —Con voz glacial mientras trataba las heridas de Bran, Sasha miró a Doyle—. Nadie se marcha hasta que hablemos de lo que ha pasado.

—¿Qué ha pasado? —Quería deshacerse de ello igual que se deshizo del pañuelo ensangrentado alrededor de su mano—. Nos metimos en una pelea, no inesperada, y salimos de nuevo.

—Eso no es todo. Ella te aisló de nosotros —prosiguió Bran—. Utilizó ese lugar y tus recuerdos de él contra ti.

—Jugó con tu cabeza, tío. O lo intentó —matizó Sawyer—. Y no podíamos llegar a ti. Era como un muro o un puñetero campo de fuerza. Nosotros en un lado y tú en el otro con...

—¿Le visteis?

Riley decidió hacer otro intento.

—Un hombre..., un muchacho en realidad. Joven, sangrando. No podíamos oír nada, pero estabais hablando. Era como si estuvierais en trance. Los secuaces se movían en manada, pero os dejaron en paz. Estabas...

—Atrapado —dijo Sasha—. Creo que la razón de que nos atrajeran allí fue para apartarte, para separarte del resto. Para llevarte al pasado.

—Te pregunté si, en caso de que pudieras volver y salvarle, lo harías.

Doyle negó con la cabeza en respuesta a las palabras de Bran.

—No era él. —Doyle cedió y se sentó—. Parecía él, sonaba como él. Y al principio... Era como haber vuelto, como si tuviera otra oportunidad. No podía oírlos y cuando os vi luchando, parecía algo difuso y carente de importancia. Lo que importaba era salvar a mi hermano, llevarle a casa.

—Entonces ¿por qué no lo hiciste? —exigió Riley.

—Me dijo que para salvarle tenía que acabar con vosotros. Vuestra sangre a cambio de la suya y él se salvaría. Dijo que le había fallado en el pasado, pero podía salvarle ahora. Que hiciera solo eso. He matado a más de los que quisiera. ¿Qué importaba cinco personas más a cambio de la vida de un hermano al que había jurado proteger?

—Te pidió que hicieras algo malvado —declaró Annika.

—Así es. Y supe lo que ya sabía. No era Feilim. Él nunca me habría pedido eso. Jamás. Era todo corazón y dulzura. Su nombre significaba «siempre bueno» y lo era. Él... era como tú. —Riley comprendió—. Así que hice lo que tenía que hacer.

—¿El qué? —Riley dejó el vaso de chupito de golpe—. Estabas ahí, de pie,

en trance y de repente te pusiste a pelear como un poseso.

—Le clavé la espada en el corazón.

—El corazón de esa cosa —dijo Sasha con amabilidad—. En el corazón de esa cosa, Doyle.

—Sí. En el corazón de esa cosa. Y su corazón tenía el rostro de mi hermano.

—Se levantó de repente—. Y necesito tomar el aire, joder.

Sasha dejó el ungüento y besó a Bran en la cabeza.

—Si no vas tras él, me decepcionarás, Riley.

—Quiere estar solo.

—Lo que quiere y lo que necesita son cosas diferentes.

—No sé qué...

—Pues averígualo, pero ve tras él.

—Joder. —Riley agarró su sudadera destrozada y se la puso al salir.

—Eres sabia y buena, *fáidh*. —Bran se llevó su mano a los labios.

—Sé lo que es sentirse apartada. Y sé lo que es amar cuando el amor parece algo imposible.

Riley no se sentía particularmente amorosa. Si estuviera en el lugar de Doyle, la habría emprendido a patadas y puñetazos con cualquiera que se interpusiera en su camino. Se recordó que podía aguantar un puñetazo, se metió las manos en los bolsillos y cruzó el césped hasta el muro del acantilado, donde estaba él.

—He dicho cuanto tenía que decir. No quiero hablar contigo ni con nadie.

Era justo, pensó, y no dijo nada.

—Lárgate.

Largarse sería tomar el camino fácil, sería preferible, reconoció. Tomó el camino difícil, se sentó en el muro y le miró en silencio.

—No tengo nada que decirte. —Su furia se desató; le dolía más a él que a ella—. No tengo que justificar nada ante ti ni ante nadie. —Ella no dijo nada y

su silencio solo le enfureció más. La agarró de la sudadera y la bajó del muro —. Hice lo que tenía que hacer. Eso es todo. No necesito nada de ti.

Todavía tenía que limpiarse la sangre..., pero ella también. Bajo la barba de dos días, su rostro era tosco y sombrío. Y en sus ojos había una expresión desgarrada.

«El instinto contra el intelecto», pensó. Se decantó por el instinto. Doyle la empujó cuando le rodeó con los brazos, así que simplemente no tiró la toalla. Apretó los dientes cuando el hombro que no había terminado de sanar se resintió y le estrechó con más fuerza.

Y el instinto demostró no equivocarse cuando él se quedó inmóvil y después apoyó la cabeza contra la de ella.

—No quiero tu compasión.

—Pues vas a tener que aceptarla. Y el respeto que la acompaña.

—Y un cuerno el respeto. —Se zafó de su abrazo y retrocedió.

—Yo sí tengo algo que decir y vas a tener que escucharlo.

—No si te amordazo.

Riley afianzó su postura y alzó la cabeza.

—Inténtalo y acabarás sangrando. Ella se aprovechó de tu pena, te llevó de nuevo al momento en que esa pena era más intensa y te ofreció una mentira. La mentira era cambiar lo que pasó y procedía de la imagen de alguien a quien amabas y perdiste. Te engatusó, Doyle, igual que me hizo a mí en el bosque, como hizo con Sasha en la primera cueva de Corfú, pero no con violencia, a ti no. Con crueldad.

—Sé lo que ha hecho. Yo estaba ahí.

—No seas capullo. Sobre todo cuando voy a señalarte algo fundamental que parece estar demasiado cabreado como para entenderlo. Has sido más fuerte que ella. Has hecho lo que tenías que hacer, sí, pero lo has hecho porque eras más fuerte.

—No era mi hermano —comenzó.

Riley se acercó y le dio un puñetazo en el pecho.

—Gilipolleces. Se parecía a él, sonaba como él, sangraba y se moría en la misma cueva en que le perdiste. Tenías una opción y no me digas..., joder, no me digas que durante una fracción de segundo no te preguntaste si lo habrías recuperado de haber hecho lo que ella quería. Si habrías roto la maldición. No me digas que la decisión que hoy has tomado no ha sido la más difícil de todas las que has tomado en todos los años que llevas vividos.

—Para salvarle me habría cortado mi propio cuello cuando hacerlo habría importado. ¿Hoy? Aunque esa hubiera sido una posibilidad real, aunque hubiera sido mi hermano, no te habría sacrificado ni a ti ni a nadie de esa casa.

—Lo sé.

Era importante que ella lo supiera, más de lo que podía expresar con palabras.

—Me apartó y me hizo sentir esa distancia para que pudiera mantenerme alejado, veros luchar y pensar de qué servía todo aquello. Ellos vivirían, morirían y yo seguiría adelante. Esa es la diferencia.

—Tres noches al mes yo también soy muy diferente.

—No es lo mismo.

—Oh, bua, bua. Tengo que vivir para siempre, siente mi sufrimiento. — Riley se agarró el corazón, poniéndose dramática a propósito—. He de vivir para siempre, joven, sexy y fuerte, siente mi tormento. Supéralo, viejales.

—No tienes ni idea de...

—Bla, bla, bla. Bla, bla, bla. ¿Por qué no te tomas un descaso de todo eso de que llevas más de un siglo maldito? Tú tienes tiempo.

—Joder, eres una mosca cojonera.

—¿Quieres palabras de consuelo, unas palmaditas en la cara? Vete a buscar a Sasha o a Annika.

Se dispuso a dar media vuelta y esbozó una sonrisa cuando él la agarró del brazo e hizo que se girara. Recibió su mirada furiosa con una expresión de desdén y disfrutó mucho de su forma de borrarla de la cara.

De cómo su boca se apoderó de la suya de manera apasionada y ardiente. De cómo sus manos la toquetearon, la acariciaron y poseyeron.

Asimismo, algo se removió en su interior cuando esa boca, esas manos, se tornaron más amables. Cuando durante un trémulo momento hubo auténtica ternura.

Cerró los ojos con fuerza cuando él la abrazó, cuando sus manos le acariciaron la espalda con suavidad.

—Le amaba más de lo que puedo expresar con palabras.

—Lo sé. Cualquiera puede verlo.

—Cuando aprendió a andar me seguía a todas partes como un cachorrillo. Tan lleno de luz y... de alegría. Si me lo quitaba de encima me sentía como un bruto. Era como Annika. Creo que por eso ella me toca la fibra sensible.

—¿No tiene nada que ver con que esté buenorra?

—Es un plus. No podía oírte y en medio de aquella niebla, a través de esa pared, parecías tan lejana. Pero te conocía. —Se apartó para estudiar su rostro —. Ella no pudo llegar ahí.

—Ella no entiende eso. Así es como la derrotaremos. Además, somos más listos. O, en cualquier caso, yo lo soy. Mucho más lista.

—¿Quién se porta ahora como una capulla?

—Es la pura verdad. ¿Has tomado aire suficiente?

—No me vendría mal otra cerveza.

—A mí me vendría bien comer algo. Me toca la comida, así que prepararé sándwiches. Puedes echarme una mano.

—A mí me toca la cena de esta noche.

—Pues te ayudaré a ir a por la pizza.

Doyle digirió la mirada a la casa, luego la miró a ella y sintió que algo se soltaba.

—Trato hecho.

Nerezza montó en cólera en una cámara subterránea. Las criaturas que había creado se escabulleron y dispersaron. Solo Malmon se quedó, preparada, incluso feliz, de soportar sus maltratos.

—Debería haberlos matado como a cerdos. ¡Debería haber hecho lo que le exigía! ¿Dónde está ese amor humano? ¿Dónde está esa pena humana? Es débil, débil y falsa.

Le arrancó la cabeza a un murciélago y arrojó el cuerpo todavía trémulo contra la pared.

—Estás cansada, mi reina.

Se abalanzó contra él, dispuesta a clavarle los dedos como si fueran garras. Se detuvo un par de centímetros antes de alcanzar sus ojillos amarillos. Relajó las manos y acarició la fría y áspera mejilla.

—Vuelvo a ser fuerte. Me has cuidado bien.

—Eres mi reina. Eres mi amor.

—Sí, sí.

Restó importancia a aquello y se paseó por la cámara. En los espejos facetados de las paredes podía verse reflejada una y otra vez.

Su cabello era ya más negro que blanco y casi tan sedoso como antes. Sí, Malmon la había cuidado bien. Había empañado ligeramente el espejo para que las arrugas de su cara se suavizaran e incluso se desvanecieran ante sus ojos.

Recuperaría toda su juventud y su belleza y más. Lo tendría todo.

—Vino —ordenó a Malmon—. Solo vino. Para reconfortar más que para

fortalecer.

Sentada en su trono enojado, jugó a cambiar el color de su falda, de negro a rojo y a negro otra vez. Un juego de niños, pero tras su derrota, había sido incapaz de hacer incluso eso.

«Ahora», pensó mientras bebía vino. Era lo bastante fuerte.

—He dejado que mi sed de venganza empañara mi propósito. Los mataré, desde luego. Los mataré a todos y me daré un festín con ellos. Y el inmortal no será más que un juguete al que atormentar durante toda la eternidad. Pero antes, las estrellas. Me olvidé de las estrellas.

—Estuviste muy enferma.

—Pero ya no. Algún día te recompensaré, pequeño mío. Iremos a por ellos. Soy más fuerte, pero cuesta demasiado lanzar mi poder a distancia. Tenemos que acercarnos para caer sobre ellos cuando encuentren la Estrella de Hielo.

—El viaje te cansará.

—Sus muertes, cuando tenga las estrellas en mis manos, me rejuvenecerán. Tengo planes, pequeño mío. Unos planes espléndidos. Pronto, muy pronto, los mundos gritarán en la oscuridad. Muy pronto las estrellas brillarán solo para mí. Y regresaré a la Isla de Cristal, beberé la sangre de las diosas, las falsas hermanas que me desterraron. Lo gobernaré todo desde allí. —Cogió el Orbe de todo y lo miró con una sonrisa—. ¿Ves cómo se despeja la niebla para mí, cómo se arremolina la oscuridad? Excavaremos nuestra fortaleza en las profundidades y atacaremos con una fuerza y un poder que desgarrará la tierra y rasgará el cielo. —Dirigió su feroz sonrisa a Malmon—. Prepárate.

—¿Mi reina? ¿Iré contigo a la Isla de Cristal y me sentaré a tu lado?

—Por supuesto, pequeño mío. —Agitó la mano para despedirle.

«Hasta que ya no te necesite —pensó—, o peor aún, hasta que me aburra de ti.» Pero ese día recompensaría su lealtad con una muerte rápida y limpia.

Un par de días de lluvia torrencial hizo que los jardines florecieran en todo su esplendor y dio lugar a entrenamientos pasados por agua y barro. Eso no impidió que los seis decididos guardianes exploraran cuevas y lugares históricos. En la plétora de libros, Riley encontró referencias a piedras, un nombre..., nunca concreto..., tallado en ellas que «marcaba la morada de la estrella». Exploraron ruinas, cementerios y paredes de cueva siguiendo esa pista, mientras la incesante lluvia caía sobre ellos y cubrían las montañas de un intenso verde esmeralda.

Riley se encontraba en la irregular hierba de un camposanto, con la lluvia cayendo por el ala de su sombrero y la niebla baja cubriendo sus botas. Las grises ruinas de una vieja abadía se alzaban a su espalda sobre un recodo del río, del color del té bajo las plumizas nubes.

En lo referente a la atmósfera, a su parecer tenía todas las gloriosas notas del gótico. Esperaba, igual que había hecho en cada parada durante los dos últimos días pasados por agua, esa atmósfera provocaría una visión a Sasha.

—De principios del siglo XII —dijo Riley—. Tierra fértil para cultivos y animales, peces en el río. No es un mal lugar. Así que, como es natural, los partidarios de Cromwell tuvieron que saquearlo.

—Una sensación espeluznante. ¿Y podría llover todavía más? —Sawyer levantó la vista al cielo.

—Me gusta la lluvia. —Annika señaló hacia las moradas espigas que

crecían en las grietas—. Hace que las flores crezcan en la piedra.

—Si sigue así, podrás nadar en tierra. Dentro o fuera —agregó Sawyer—. Aunque dentro, en este caso, es fuera.

—El nombre en la piedra —le recordó Riley—. Primero las lápidas, diría yo.

—Podría sernos de utilidad saber el nombre que buscamos —señaló Doyle.

—Échales la culpa a los enigmáticos dioses y a sus mensajeros.

Dado que quejarse del tiempo no les llevaría a ninguna parte, Riley empezó a caminar, a leer las lápidas, a reflexionar.

Llegados a ese punto, no parecía egocéntrico preguntarse si el nombre que buscaban sería uno de los suyos. El de un antepasado. Esa conexión. Sin duda en una lápida o sepultura, que era lo más lógico.

Volviendo al tema central, se preguntó si en algún momento encontrarían los nombres de las tres diosas o de la joven reina en algún grabado.

O...

—A lo mejor es el nombre de la estrella. —Se puso en cuclillas y pasó la mano sobre el desgastado nombre en una piedra cubierta de líquen—. Casi con toda seguridad en gaélico..., *réalta de orghor...*, dado que proviene de Arianrhod. Pero posiblemente en griego o en latín.

—Parece poco probable que vayamos a encontrarlo en un lugar tan al aire libre —comenzó Doyle—. Y con lo que llueve, bien podríamos habernos sumergido.

—Piedras, nombres, agua... Este lugar tiene los tres elementos. Vale la pena echar un vistazo. Y yo no diría que esté abarrotado de turistas.

—Cualquier turista que se precie pasará un día como este en un bar.

Eso era difícil rebatirlo, pensó Riley, y se abrió paso hacia las ruinas.

Entendía lo antiguo, siempre se había sentido atraída por ello y por los cimientos que sentaban para los que llegarían después. Podía imaginarse la

vida allí, dentro de aquellos muros de piedra. Una vida dedicada a la oración y el intelecto, a la agricultura y al servicio.

Y a la superstición.

Algunos habían sido enterrados dentro, bajo las losas de piedra en las que los nombres y fechas eran huellas apenas visibles, erosionadas por el tiempo y la climatología. Pero para ella evocaba vida y muerte, fogatas, ollas burbujeantes, voces quedas orando.

Aromas a incienso, humo y tierra.

Inició el ascenso por una estrecha escalera curvada de piedra, fijándose donde las vigas, desaparecidas hacía mucho ya, en otro tiempo sujetaron el segundo piso y el tercero. Atravesó una abertura que se abría a un ancho saliente que daba al río, que discurría de manera perezosa. Divisó el pájaro posado en un árbol y metió la mano bajo su chaqueta para sacar su arma.

Entonces se relajó.

Solo era un grajo, que holgazaneaba en una tarde lluviosa.

Vio a Annika abajo, girando en círculo, con los brazos levantados como si quisiera atrapar la lluvia.

—Ella se entretiene sola.

—Dondequiera que va —convino Doyle a su espalda.

Riley volvió la cabeza.

—Las botas tendrían que hacer más ruido en unos escalones de piedra.

—No si sabes caminar. Aquí no hay nada, Gwin.

—Hay historia y tradición, hay arquitectura y longevidad. Estamos aquí, donde algunos de los sepultados abajo estuvieron en otra época. Eso es algo. Pero no, no creo que este sea el lugar.

Vio a Sasha entrar en las ruinas con Bran.

—Ella siente la presión... de todos nosotros. Ya llevamos aquí casi tres semanas.

Riley siguió con su mirada de vuelta a Annika.

—Tiene tiempo. No le queda solo un mes más. No hemos llegado tan lejos para atascarnos ahora, solo para mantenernos a flote y que ella tenga que regresar antes de que terminemos.

—Desde un punto de vista táctico, si yo fuera Nerezza lo pospondría hasta que llegara ese momento..., hasta que uno de nosotros, por naturaleza, se separe del resto. —Resignado con la lluvia, Doyle escudriñó la niebla y las piedras—. Aunque encontremos la estrella primero, tenemos que encontrar la isla e ir allí. Y el tiempo corre.

—La táctica es una mierda.

—Ese podría haber sido el lema de Custer.

—¿De veras? ¿Estuviste en el territorio de Montana en 1876?

—Eso me lo perdí.

—Entonces te advierto que Custer era un arrogante ególatra y formó parte de una fuerza invasora que no ponía objeciones al genocidio. Le dieron bien para el pelo. Creo que Nerezza tiene mucho en común con él.

—Los lakota ganaron la batalla, pero no la guerra.

Riley se echó el sombrero hacia atrás, ladeó la cabeza para estudiar aquel duro y atractivo rostro.

—¿Sabes una cosa? Puede que no sea la presión de nuestros pensamientos combinados lo que bloquea a Sasha. A lo mejor es tu constante pesimismo.

—Realismo.

—¿Realismo? ¿En serio? Soy una licántropo y estoy aquí con un tío de trescientos años. Hay una sirena ahí abajo, correteando por un cementerio. ¿Dónde encaja eso en el realismo? Somos una puñetera fuerza mística, McCleary, y no lo olvides.

—Trescientos cincuenta y nueve, técnicamente.

—Qué gracioso. Bueno, ¿por qué no...? Espera, espera. —Entrecerró los

ojos y se volvió hacia él—. ¿En qué año te maldijeron? En 1683, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

Le propinó un puñetazo en el pecho cuando cayó en la cuenta.

—Hace trescientos treinta y tres años. Tres, tres, tres. El tres es un número poderoso.

—No veo en qué...

—El tres. —Espetó el número al tiempo que trazaba un círculo en el aire con las manos—. ¿Cómo coño se me ha pasado esto? —Le agarró del brazo y tiró de él hacia las escaleras. Se detuvo a medio camino, ya que Bran y Sasha estaban subiendo—. Doyle tiene trescientos cincuenta y nueve años.

—Se conserva muy bien —comenzó Sasha.

Bran ladeó la cabeza y le puso una mano en el hombro a Sasha.

—Vaya, ¿cómo no me he dado cuenta de eso?

—¡Lo ves! —Riley apuntó a Doyle con el dedo—. No pensamos en el número exacto porque..., ¡oye!..., un inmortal era el colofón. Pero tiene que ser pertinente.

—Me he perdido. —Sasha miró hacia atrás cuando Annika y Sawyer subieron por la escalera.

—El tres —repitió Bran—. Un número mágico, un número poderoso. Igual que nosotros. Tres hombres y tres mujeres que buscan tres estrellas.

—Creadas por tres diosas —concluyó Riley.

—El año que viene cumpliré trescientos treinta y cuatro.

—Lo que importa es el presente. No seas tarugo. —Sin prestarle atención, Riley indicó a los demás que retrocedieran para poder bajar—. Este momento, este año. Tres, tres, tres. Y este lugar... Irlanda, Clare, donde se erige la casa. Tú naciste ahí, ¿verdad? ¿En la casa?

—La maternidad del hospital local estaba hasta arriba en ese momento.

Riley le golpeó en el pecho con el dorso de la mano, siguiendo con la racha.

—A lo mejor esto acaba donde empezó. O donde empezó Doyle, y el reloj se puso en marcha el día en que le maldijeron. —Y a continuación preguntó—: ¿Qué mes? ¿Qué mes de 1683?

—Enero.

—¿Has oído el clic? Sasha, ¿cuándo empezaste a soñar con nosotros, con las estrellas, con esto?

—Ya lo sabes porque ya te lo he dicho. En enero, justo después del primer día del año.

—Exactamente. Clic, clic. Empezaste a verte arrastrada a esto cuando Doyle llegó a los trescientos treinta y tres años como inmortal. Y tú nos uniste a todos. —Entonces miró a Bran—. Eso sí es algo.

—Sí, sí que lo es. Hay que hacer caso de las señales.

—Hay un cementerio..., piedras..., en la parte de atrás de la casa. Lo siento, tío —añadió Sawyer.

—Donde hace semanas que vivimos, entrenamos y paseamos —señaló Doyle.

—Pero no hemos buscado ni excavado. —Riley alzó una mano al ver la furia en los ojos de Doyle—. No me refiero a excavar literalmente.

—Jamás le faltaríamos el respeto a tu familia —agregó Annika—. ¿Es posible que tu familia ayude a proteger la estrella? ¿Es a eso a lo que se refiere Riley?

—Eso es justo lo que quiero decir. Mira. —Se volvió hacia Doyle—. Lo que yo hago, incluso excavar literalmente, es porque respeto y valoro el pasado y a las personas que nos precedieron. Yo no profano, jamás, ni apoyo a nadie que lo haga, ni siquiera en nombre de la ciencia y de los descubrimientos. Tenemos que comprobar esto. Por el momento, vamos a regresar y a comprobarlo. ¿De acuerdo?

—Vale. Nos refugiaremos de este tiempo de mierda. Y mañana, dado que

las probabilidades de que la estrella aparezca en la tumba de mi madre son muy escasas, nos sumergiremos haga el tiempo que haga.

Riley no dijo nada cuando volvieron al coche y se montaron, ya que suponía que todo el mundo tenía derecho a estar de mal humor y quería pensar.

Dedicó el trayecto de vuelta a recabar más información sobre el número tres con su teléfono móvil.

—El tiempo se divide en tres —meditó en voz alta—. Pasado, presente y futuro. Todos los demás números se combinan a partir de los tres primeros. Lo que forma a un hombre, o a una mujer: mente, cuerpo y alma. Tres. En casi todas las culturas el tres se utiliza como un símbolo de poder o filosofía. Los celtas, los druidas, los griegos, la cristiandad. El arte y la literatura.

—Hay que decir Beetlejuice tres veces —comentó Sawyer.

—Ahí lo tienes. A la tercera va la vencida. De hecho..., no se me había ocurrido..., los pitagóricos creían que el tres era el primer número verdadero.

—Se equivocaban, ¿no es así? —replicó Doyle.

Riley bajó el teléfono y le miró a los ojos.

—Platón dividió su ciudad ideal en tres grupos. Obreros, filósofos y guardianes, que eran guerreros, básicamente.

—Y en su utopía, los obreros eran lo mismo que esclavos; y los filósofos, gobernantes. Solo era ideal para algunos.

—Lo que importa es el tres —insistió Riley. Se bajó del coche en cuanto Bran aparcó—. Tenemos que mirar. Sabemos que para ti es algo personal; todos somos conscientes de ello. Pero puede que eso forme parte de ello. Así que tenemos que mirar.

—Pues miremos.

Bran le hizo una señal a Riley cuando Doyle se encaminó hacia la parte de atrás y después apretó el paso para alcanzarle.

—Casi toda mi familia descansa en Sligo —comenzó—. Pero los que moran

aquí son también mi familia. La de todos.

—Tú no los conociste.

—Te conozco a ti, todos te conocemos a ti. Háblanos de ellos.

—¿Qué?

—Una cosa —dijo Bran—. Cuéntanos una cosa que recuerdes de cada uno de ellos. Y así los conoceremos.

—¿Cómo ayudará eso a que encontremos la estrella?

—No podemos saberlo. Feilim. Es el hermano que perdiste. Nos has dicho que era bueno y puro de corazón. Así que le conocemos. ¿Qué me dices de este hermano?

—¿Brian? Era listo y bueno con las manos. A su lado está su esposa, Fionnoula. Era muy bonita y se enamoró de ella cuando apenas tenía diez años. La amó toda su vida. Constante, así era Brian.

—¿Y sus hijos, que están aquí con ellos? —le animó Bran.

—Tuvieron otros tres, además de los dos que están aquí. Casi no les conocí. —Doyle se acercó a la tumba de su último hermano—. A Cillian le gustaba soñar, tocar música. Tenía la voz de un ángel, que atraía a las chicas como la miel a las abejas. Mi hermana Maire no está aquí, sino que está enterrada con su esposo y sus hijos en el cementerio de una iglesia cerca de Kilshanny. Era mandona, testaruda. Siempre una peleona. —Halló cierto consuelo al buscar algo que decir sobre cada uno de sus hermanos y hermanas. De sus abuelos. Se detuvo frente a su padre—. Era un buen hombre —aseveró Doyle al cabo de un momento—. Amaba a su esposa, a sus hijos, la tierra. Me enseñó a luchar, a construir con piedra y madera. No le importaba contar una mentirijilla si era por diversión, pero no toleraba el engaño.

»Mi madre. Ella llevaba la casa y todo lo que había en ella. Cantaba mientras cocinaba. Le gustaba bailar, y cuando Maire tuvo a su primer hijo...

Aún la recuerdo con el bebé en brazos, contemplando su cara. Dijo que fueras quien fueses, ahora eres Aiden.

Annika apoyó la cabeza en el brazo de Doyle.

—Nosotros creemos que cuando uno de los nuestros muere, puede elegir quedarse ahí o regresar de nuevo. Regresar es más duro, muchos lo hacen.

«Consuelo», pensó Doyle una vez más.

—Nunca te he dado las gracias por las flores, las conchas y las piedras que pones en las tumbas.

—Es para honrar a quienes fueron. Aunque elijan regresar, puede que no los conozcamos.

—Esos eran ellos, o una parte de ellos. He pronunciado sus nombres. Aquí no está la estrella.

—Solo tenemos que descubrir cómo abrir la cerradura. Me pondré con ello —prometió Riley—. Puede que no esté aquí. Puede que esté dentro o alrededor de la casa o en el viejo pozo. En algún lugar del bosque. Hay demasiadas evidencias como para pensar que está aquí mismo.

—Entremos y tomémonos un descanso. Hemos tenido un par de días deprimentes —añadió Sasha—. A todos nos vendrá bien un descanso.

—Podemos tomar vino con pan y queso. Sawyer me ha dicho que podría ser cocinera jefa esta noche y podría preparar... ¿Qué voy a preparar?

—Sopa de patata al horno... en cuencos de pan. Es buena para un día lluvioso.

—¿Cuencos de pan? ¿Cómo voy a pensar en investigar cuando voy a comer cuencos de pan?

Sasha agarró a Riley del brazo.

—Tomándote una copa de vino primero.

—Podría funcionar.

En opinión de Riley, el vino solía funcionar. Y no le importaba tomarse una

copa frente a la chimenea, con los pies en alto mientras trabajaba en su tableta. Sobre todo cuando empezaba a aflorar el olor a lo que fuera que Sawyer le estaba enseñando a picar, remover o mezclar a Annika.

Tenía la sensación de que Sasha sentía lo mismo mientras dibujaba en el salón de la cocina. Doyle mencionó una ducha caliente y desapareció. Dado que pensaba que quería tener espacio, se lo dio.

Notó vagamente que Bran estuvo ausente al menos una hora, que regresó y volvió a marcharse. Poco después de ayudar a Annika a hacer bolas con masa de pan, Sawyer le dijo que las cubriera con un trapo y las dejara una hora.

Y se escabulló.

Riley dejó su tableta.

—¿Y si intentáramos una especie de caza del tesoro?

—¿Por qué vamos a cazar un tesoro?

—No, es un juego.

—Me gustan los juegos. Sawyer me enseñó uno a las cartas y cuando pierdes te quitas una prenda de ropa. Oh, pero me dijo que solo lo jugamos los dos.

—Sí, ese mejor en pareja. Es cuando tienes una lista de cosas que encontrar y las buscas.

—Como las estrellas. Así que es una búsqueda.

—En cierto modo.

Sasha levantó la vista de su dibujo.

—¿Cómo nos va a ayudar a encontrar la estrella una búsqueda del tesoro?

—Es una forma de que registremos la casa, que busquemos lo inesperado. Qué sé yo. Soy optimista sin fundamentos —reconoció Riley—. La familia de Doyle construyó este lugar. Él nació aquí. Bran construyó en este lugar trescientos años después. Estamos recorriendo Clare en coche y a pie, estamos

haciendo submarinismo en el Atlántico. Pero tiene más sentido, es más lógico que la respuesta esté aquí mismo.

—¿No crees que Bran, siendo como es, lo habría sentido?

Dado que Riley ya había considerado aquello, tenía una teoría.

—Creo que, de algún modo, esto no empezó para nosotros hasta enero... y hasta el reticente renacimiento de Doyle. Sí, todos menos tú ya sabíamos de las Estrellas de la Fortuna antes de que nos juntáramos en Corfú... y eso es también parte de esto. Todos los sabíamos, pero tú no. El reloj se puso en marcha cuando Doyle alcanzó en número mágico. —Se levantó y se sirvió más vino—. Es una buena teoría. El reloj se pone en marcha en enero, tú empiezas a tener visiones sobre nosotros, sobre las estrellas. Tardas un poco, pero vas a Corfú... y también el resto de nosotros. El mismo momento, el mismo lugar.

—Riley es muy lista. —Annika también se sirvió más vino.

—Puedes estar segura. —Chocó su copa con la de Annika y, sintiéndose generosa, llevó la botella adonde estaba sentada Sasha y le llenó la copa—. Estás dibujando la casa.

—Me encanta la casa. No creo que sea más que eso. Pero sigo tu teoría. Y... Bran trajo las otras dos estrellas aquí, a esta casa. Así que puede que esa sea la razón.

—Bien pensado. Así que podríamos registrarla de arriba abajo. Tus visiones hasta el momento dicen que está en un lugar frío, hablan de un nombre en una piedra. Lo primero en la lista para la búsqueda es un nombre, una piedra. Hablaste de que el muchacho ve al hombre, el hombre ve al muchacho.

—Tenemos tres hombres —señaló Annika.

—Tienes razón. Uno de ellos nació aquí, vivió aquí de niño. Podría ser eso. O... —Riley bebió un trago—. Podría ser algo simbólico una vez más. Algo de la casa en la época de Doyle o que represente... —Se interrumpió cuando entró Doyle.

—¿Quién iba a imaginar que era tan fácil conseguir que cerraras el pico?

—No desea hurgar en una llaga —le dijo Sasha.

—No hay ninguna llaga. —Miró el vino y, dado que estaba a mano, se puso una copa—. Tenías tazón antes. Todo eso de los caprichos del destino me pone de mala leche. No era por ti, pero al igual que el vino, estabas a mano.

—Riley quiere cazar tesoros para encontrar la estrella.

Annika echó una ojeada debajo del trapo y se alegró al ver que las bolas habían aumentado de tamaño.

—¿Una búsqueda del tesoro?

—Algo parecido —le dijo Riley a Doyle—. Recopilamos una lista de cosas, símbolos y posibilidades que pueden ser pertinentes y empezamos a buscar. Joder, ¿qué otra cosa tenemos que hacer en una noche lluviosa?

Doyle cambió de posición y la acorraló contra la encimera.

—¿En serio?

—Puedes tener sexo ahora —sugirió Annika con amabilidad—. Hay tiempo antes de la cena.

Doyle le brindó una sonrisa.

—Guapa, ¿seguro que no puedo convencerte para que dejes a Sawyer por mí?

—Qué bonito. —Riley levantó la rodilla sin demasiada sutileza y apretó con firmeza contra la entrepierna de Doyle.

—Es una broma porque sabe que Sawyer es mi único y verdadero amor.

—Menos mal —dijo Sawyer cuando entró, seguido de Bran.

—¡Sawyer, las bolas son más grandes!

—Las mías no. —Doyle le bajó la rodilla a Riley.

—No, la tuya también... Ah. —Annika se apartó el pelo y se echó a reír—. Has hecho otro chiste.

—Es un no parar de reír. —Riley empujó a Doyle en el pecho, pero él no se

inmutó—. Me impides el paso.

—Estoy pensando en el tiempo antes de la cena.

—Yo voy a aprovechar el tiempo antes de la cena —anunció Sawyer—.

Anni...

—Pero no podemos tener sexo ahora porque tengo que preparar la cena. Me toca a mí.

—Anni —repitió y fue hacia ella, ahuecó la mano sobre su rostro y la besó.

—Sasha puede vigilar las bolas de masa —murmuró Annika y le rodeó el cuello con los brazos.

—Te quiero. Lo adoro todo de ti. Todo lo que eres.

—¿Va a pasar ahora? —Doyle preguntó entre dientes a Riley.

—Cierra el pico.

—¿Te acuerdas cuando Riley y yo fuimos a Dublín?

—Hirió mis sentimientos que no me llevaras contigo y los demás estaban enfadados porque...

—Sí, vamos a saltarnos esa parte —se apresuró a decir Sawyer—. Fui a comprar una cosa para ti y Riley me ayudó.

—La sorpresa, pero no me diste la sorpresa.

—Voy a dártela ahora porque te gusta la lluvia y estás haciendo sopa y estamos en familia. Tú eres mi familia. Sigue siendo mi familia, Annika.

Sacó una concha pulida del bolsillo.

—Es preciosa.

Pero cuando se dispuso a cogerla, Sawyer levantó la parte de arriba.

Annika se llevó las manos a los labios, boquiabierta.

—Un anillo. ¿Es mío?

—Hecho para ti. Lo hemos diseñado; todos hemos aportado algo. Riley me ayudó a encontrar las piedras y Bran, bueno, obró la magia. La piedra azul...

—Conozco esta piedra. Es preciosa. Guarda el corazón del mar.

—Tú tienes el mío. Siempre. Cásate conmigo.

—Sawyer. —Se llevó una mano al corazón y posó la otra sobre el de él—.
¿Me lo pones como Bran se lo puso a Sasha?

—Me tomo eso como un sí. —Le puso el anillo en el dedo.

—Es más bonito, más precioso que todo lo que tengo. Menos tú. Seré tu compañera, siempre. —Sawyer la estrechó entre sus brazos para sellarlo con un beso y la abrazó con fuerza—. Creía que ya tenía la mayor felicidad, pero esta es mayor.

—Y esa es nuestra Anni. —Esa vez Riley apartó a Doyle de un codazo—.
Enséñanoslo.

—Es tan bonito. Contiene el mar y el rosa es por la alegría y la alianza es por todo, por la familia. Gracias por ayudar. —Besó a Riley en la mejilla—.
Gracias. —Después a Sasha y a continuación a Doyle—. Y gracias a ti por la magia. —Abrazó a Bran y se balanceó.

Después se apartó, alzando la mano del anillo bien en alto.

—¡Fijaos! Es muy, muy precioso. Es mejor que cualquier sorpresa.

Saltó a los brazos de Sawyer, riendo mientras se apoderaba de su boca.

—Mmm. Sasha terminará... —Se apartó de un salto cuando sonó el temporizador—. ¡Las bolas!

—Hermano. —Doyle cogió su copa, meneando la cabeza—. Jamás te aburrirás el resto de tu vida.

Sawyer miró a Annika retirar el trapo de la masa, como un mago terminando un truco.

—Cuento con ello.

Cenaron sopa, bebieron vino y hablaron de teorías.

—Interesante —consideró Bran—. La idea de que la estrella pueda estar

dentro, o incluso ser de la casa.

—Puede que tus albañiles lo mencionaran —comentó Doyle.

—Ha tenido tres siglos para perfeccionar su reputación de escéptico. — Tras decidir ignorar a Doyle, Riley pellizcó un trozo de su cuenco de pan y lo disfrutó—. La hipótesis, igual que esta búsqueda, igual que todos los reunidos a esta mesa, se basa en el hecho irrefutable de que existen las realidades alternativas, las realidades paralelas. Si aceptamos eso, pasamos a otros hechos. A Doyle lo cambiaron en enero de hace trescientos treinta y tres años. En enero, Sasha empezó a tener visiones sobre las Estrellas de la Fortuna y sobre nosotros. Conclusión: ese fue el comienzo.

—A todos nos arrastraron hasta Corfú —prosiguió Bran—. Tres de nosotros nos conocimos en el mismo hotel el día en que llegamos. En cuestión de días, los seis luchábamos juntos por primera vez contra Nerezza. En el tiempo que llevamos aquí se ha forjado un vínculo. —Alzó la mano de Sasha para besarla—. De índoles diversas.

—Un vínculo —repitió Sasha—. Y cada uno de nosotros llegó al punto en el que fuimos capaces de compartir nuestro legado. Creo de veras que estamos donde estamos ahora gracias a ese vínculo. En enero no existía. No existía cuando Bran construyó esta casa ni cuando maldijeron a Doyle. Pero... sí estaba ese potencial.

—Sí. —Satisfecha, Riley golpeó la mesa con un dedo—. Ese potencial empezó en el preciso momento en que crearon las estrellas y evolucionó. Las estrellas cayeron y la información sobre cuándo ocurrió es incompleta, pero indica que cayeron antes de que naciera Doyle. ¿Su nacimiento... y el renacimiento místico a causa de la maldición? Son otro paso en la evolución. El resto de nosotros lo completamos. Y ¿no os preguntáis por la combinación? Brujo, sirena, inmortal, licántropo, clarividente, viajero. ¿Por qué no seis brujos, seis inmortales?

—La diversidad imprime carácter —conjeturó Bran—. Y desafíos que superar.

—Has de reconocerlo; tú mismo lo dijiste —añadió Sawyer mientras miraba a Doyle—. Lo más cerca que has estado de encontrar a Nerezza ha sido en aquella cueva de Corfú, con nosotros.

—Me trago que el momento era importante, que los seis éramos importantes. Lo que no me trago es la idea de que la Estrella de Hielo esté detrás del zócalo.

—Si unimos los puntos. —Riley cogió su copa, dirigiéndose a la mesa en vez de a Doyle en particular—. El argumento con más peso es que solo nosotros seis podemos encontrar las estrellas... y que no se podían hallar hasta que nos juntáramos. Por lo tanto, puede que la Estrella de Hielo estuviera oculta en la casa donde nació Doyle y puede que ahora esté escondida dentro o en los alrededores de esta. Es una casa de piedra y la información y las visiones hablan de una piedra. Y del mar, que está ahí mismo.

—El hombre ve al muchacho, el muchacho ve al hombre. No, no es una visión —se apresuró a decir Sasha—. Acabo de recordarlo. ¿Un espejo, un cristal?

—Ahora estás usando el cerebro. Y eso del nombre. A lo mejor es algo escrito, algo en un libro.

—Un cuadro. La firma del artista o la persona que aparece en el cuadro —explicó Sasha.

—Recuerdos —sugirió Sawyer—. Un recuerdo. Algo grabado.

—Voy a apuntar esto. —Riley se levantó para coger su tableta del salón—. Espejo, cristal, libro...

—Qué rápido escribes las palabras. —Annika se colocó de lado para verlas aparecer en la pantalla—. ¿Me puedes enseñar? Me gusta aprender.

—Claro. —Pero Riley lo dijo de manera distraída cuando miró por fin a

Doyle—. ¿Por qué elegiste el dormitorio de arriba?

—Tenía una cama.

—Deja de ir de listillo. ¿Por qué esa habitación en particular?

—No había una razón concreta salvo que...

—Salvo ¿qué?

—Que da al mar. También mi habitación de cuando era niño tenía vistas al mar.

—Vale. Eso podría ser importante. Hablad entre vosotros. Yo quiero darle vueltas a esto. —Riley se llevó la tableta de nuevo al salón.

Doyle se levantó y la siguió.

—¿Estás mosqueada por algo?

—No. Obviamente estoy trabajando en algo, tanto si tú apoyas la teoría como si no.

—¿Estás mosqueada porque no me lo creo?

—No. —Levantó la vista y le sostuvo la mirada—. Las teorías están para discutir las y cuestionar las. Por eso son teorías. Soy científica. Adoro las ideas incluso si son opuestas a las mías.

—Entonces ¿a qué viene esa actitud?

—Estoy trabajando en algo —repitió—. Eso y algo personal. Si estuviera mosqueada lo diría.

—Vale. —Regresó a la mesa y se sentó con los demás.

Riley volvió a ignorarle de nuevo. Parecía lo mejor mientras mantenía un debate interno sobre si debía o no decirle que estaba enamorada de él. Y si se lo decía, cuándo lo hacía. Y si se lo decía, en qué momento lo hacía, cómo se lo contaba.

Muchas preguntas, sin una respuesta clara.

Tenía mucho en lo que trabajar, así que dejó que esas preguntas dieran

vueltas en su cabeza mientras añadía cosas a la lista para la búsqueda del tesoro y se desentendió de la conversación al otro extremo de la estancia.

En la mesa, Annika admiró su anillo, meneando los dedos para conseguir que brillara. Pensó que le encantaría casarse con Sawyer en la isla en que la había tomado..., donde uno de los suyos le había dado la brújula al antepasado de Sawyer. Donde le había dicho que la quería por primera vez.

Todo el mundo podía asistir, la gente de tierra que era de la familia y la gente del mar. Esperaba de todo corazón que pudiera casarse con Sawyer mientras todavía tuviera piernas. Entonces podría ponerse un vestido bonito y bailar con Sawyer.

Pilló a Sasha sonriéndole mientras los hombres hablaban de planes de batalla y de cosas complicadas.

—Me gusta mirarlo y sentirlo en mi dedo. ¿Te pasa lo mismo con el tuyo?

—Siempre.

—¿Vendréis Riley y tú a la boda y me apoyaréis igual que haremos contigo?

—Pensaba que no ibas a pedírmelo. —Sasha rio.

—Creo que me gustaría mucho poder casarme en la isla. En nuestra isla.

Sawyer la rodeó con el brazo.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—¿De veras? Oh, así podrían venir todos. Nuestra familia, tu familia, mi familia. Tendríamos flores en la tierra y en el mar y música. Y vino. Es más de lo que alcanzo a imaginar. Más de lo que nunca imaginé, y eso que de niña

solía soñar con la ceremonia, con la promesa. Tenía un lugar para los sueños especiales y ese era el más especial de todos.

—¿Qué clase de lugar?

—En las cálidas aguas del sur, donde el agua es tan clara que el sol la atraviesa, tenía un lugar secreto solo para mí. Un jardín de coral y plantas marinas. Allí me acurrucaba y tenía mis mejores sueños. —Ahora los sueños se habían cumplido, pensó, y se arrimó a él—. ¿Tú tienes un lugar secreto?

—Una casa del árbol.

Annika abrió los ojos como platos.

—¿Tú casa era un árbol?

—No, es una casita construida en un árbol. En lo alto de un árbol. Mi padre y mi abuelo la construyeron para los niños. Todos pasábamos un tiempo ahí, pero yo subía allí solo, sobre todo las noches de verano. Imagino que allí tuve sueños muy bonitos.

—Sobre todo después de hojear revistas porno —dijo Riley desde el otro extremo de la habitación.

—Eran sueños diferentes.

—¿Qué son las revistas porno? —preguntó Annika.

—Luego te lo explico. ¿Y tú, bocazas?

—¿Yo? —Riley miró hacia ellos—. Viajábamos mucho, así que buscaba lugares en cualquier sitio. Los libros eran mi lugar, no tan secreto, pero eran mi lugar. Hay multitud de sueños dentro de los libros. Pero ahora que lo pienso, había un viejo refugio para tornados en mi casa. Supongo que era mi versión de la casa del árbol o de un jardín marino.

—Sasha. —Annika se volvió hacia ella, disfrutando de la conversación—. ¿Dónde estaba tu lugar secreto?

—Iba a decir que no tenía ninguno, pero eso es una respuesta automática. Algo que dices sin pensar —explicó—. El ático. Para mí era muy secreto, un

lugar al que iba sola cuando tenía que escapar de algo, de alguien. Dibujaba e imaginaba que era como todo el mundo. No era feliz como lo soy ahora.

—Ojalá hubiera podido ser tu amiga cuando eras pequeña.

—Ya estamos recuperando el tiempo perdido. Sigamos con ello. Te toca, Bran.

—Había un riachuelo a un buen trecho de nuestra casa en Sligo. Me iba allí de niño y tenía que pensar en cosas importantes. Me sentaba contra un viejo y nudoso serbal, veía los peces en el riachuelo, practicaba magia y soñaba con ser un gran brujo.

—¡Y lo eres! —Annika juntó las manos—. Doyle, ¿dónde estaba tu lugar?

—Cuando era un crío había mucho trabajo por hacer todos los días. Había que recoger leña, turba, atender al ganado.

—Caminar descalzo por la nieve dieciséis kilómetros para ir al colegio. Cuesta arriba —añadió Riley y se ganó una mirada de indiferencia.

—¿No tenías zapatos?

—Está tirando de clichés de sabelotodo —le dijo Doyle a Annika—. Yo era el mayor y por eso tenía más responsabilidades... Una respuesta automática —apostilló, lanzando una mirada a Sasha—. Una vieja costumbre. Teníamos prohibido escalar por el acantilado, así que, como es natural, nada apetecía más. Si conseguía escabullirme de mis hermanos, de las tareas, eso es justo lo que hacía. Me gustaba el peligro que entrañaba, el mar agitándose abajo, el viento azotándome. Y cuando encontré...

Se interrumpió, estupefacto, pasmado. ¿Todo el tiempo?, se preguntó mientras su mente trataba de entenderlo. ¿Había estado allí todo el tiempo?

—Ni en la casa, ni en el cementerio. La estrella no está ni aquí ni allí.

Riley ya se había levantado. Dejó la tableta y fue hasta la mesa.

—Pero sabes dónde está.

—No... —Le enfureció tener que calmarse—. Puede —respondió, ya más

sereno—. Una teoría, uniendo los puntos, como dices tú. Escalaba por el acantilado un poco, después un poco más, y cuando no me pillaban y me escondía, todavía más. Incluso por la noche, a la luz de la luna, y bien sabe Dios que si me hubiera resbalado... Pero eso formaba parte de la emoción, el riesgo. A fin de cuentas yo era el mayor y Feilim acababa de nacer; mi madre estaba entretenida y mi padre embelesado. Era una preciosidad, hasta un crío de nueve años veía lo guapo que era. Tenía días cuando encontré la cueva.

»Me vendría bien un whisky.

—Yo te lo traigo. —Al levantarse, Bran echó un vistazo al dibujo que estaba haciendo Sasha de manera rápida y experta sobre su regazo.

—Una cueva en la pared del acantilado —le instó Riley.

—Sí. Era como un tesoro. Entré como un chiquillo sin sesera. El mar reverberaba en su interior. Ahí había algo que todos salvo yo desconocía, que nadie conocería salvo yo. Yo era un pirata reclamando mi botín. Fue mi lugar durante las semanas, los meses y años posteriores. Me llevé una vieja manta para caballos, yesca, sebo, los pequeños tesoros de un niño. Podía sentarme en la cornisa de afuera, contemplar el mar e imaginar las aventuras que viviría. Fabriqué una flauta para tocarla, para llamar a mi dragón. Hacía mucho que me había decantado por el dragón como guía espiritual. Gracias —Doyle cogió la copa que Bran le puso delante—. Grabé la imagen de uno en la pared de la cueva y mi nombre encima.

—Doyle Mac Cleirich, escribió el muchacho en la piedra, y soñó con el hombre que sería. Guerrero, aventurero. —Sasha dejó el cuaderno de dibujo sobre la mesa. En él había dibujado una cueva iluminada por una sola vela sujeta en una roca por su propia cera y un muchacho moreno y desgredado, con la camisa sucia, y una expresión de concentración mientras grababa las letras en la pared de piedra—. Mientras sueña con el futuro, no ve el fuego ni el hielo. Ni siente el calor ni el frío. Eso le toca al hombre, que sabe que la

guerra es sangre y muerte y que aun así lucha. La estrella espera al muchacho, al hombre. Ve el nombre, lee el nombre, pronuncia el nombre y su hielo arde entre el fuego. Una para la clarividente, dos para la sirena, tres para el soldado. Desafiad la tormenta, hijos de las diosas, y llevadlas a casa. —Sasha exhaló de forma entrecortada y alargó la mano para coger el whisky de Doyle—. ¿Te importa? —dijo y se lo bebió. Se estremeció de nuevo—. Vaya. Seguramente ha sido un error.

—Lo has hecho bien. —Bran posó las manos en sus hombros—. Has estado brillante.

—¿Lo has visto? —Doyle señaló el cuaderno de dibujo—. ¿Has visto esto?

—En cuanto has empezado a hablar de los acantilados. Es como un velo en mi cabeza, es difícil de explicar. Y cuando has empezado a hablar, se ha retirado. Y te he visto..., te he visto de niño en esa cueva. He sentido...

Doyle cogió la botella de whisky que Bran había llevado a la mesa y sirvió más en su vaso.

—Adelante.

—Determinación, excitación, inocencia. Poder rodeándote. Te cortaste el dedo con el cuchillo y cuando lo pasaste por las letras que habías grabado, tu sangre las selló.

Doyle asintió y bebió un trago.

—Siempre ha estado aquí. Tal y como decías. —Miró a Riley—. Jamás pensé en la cueva. Incluso fui allí cuando vinimos. Bajé y fui a verla de nuevo. No le di importancia. No sentí nada.

—Estabas solo. La próxima vez no lo estarás.

—El descenso no es nada fácil.

Riley enarcó las cejas.

—Llegar a las otras dos tampoco fue un paseo.

—Diría que me dieras las coordenadas, pero si te desvías unos

centímetros... —Sawyer se rascó la cabeza—. La caída es cojonuda.

—Utilizaremos cuerda. —Bran miró hacia la ventana—. Pero esta noche no. En la oscuridad no, no con lluvia. Así que por la mañana..., ruego que los dioses nos den un respiro con el tiempo..., y juntos.

—Pongamos que la encontramos y yo digo que lo haremos. ¿Qué hacemos con ella? —preguntó Sawyer—. ¿Dónde la guardamos hasta que descubramos cómo llevarla a casa?

—Bueno, según el patrón establecido... —Riley miró a Sasha.

—En un cuadro. He estado pintando cuando he podido, pero nada me ha empujado como las otras dos. Puede que ahora que el velo se ha despejado, me sienta inspirada. Si no, a lo mejor un cuadro más corriente sirva igualmente.

—Y otra pregunta más: ¿dónde coño está la Isla de Cristal? No dejo de buscarla en los libros —prometió Riley—. Pero empiezo a pensar que no voy a encontrar la respuesta en la biblioteca ni en la red. De todas formas seguiré investigando. Empezando ya mismo.

—Si vamos a escalar, lo haremos al amanecer —le dijo Doyle.

—Estaré lista —respondió y se marchó.

Trabajó hasta pasada la medianoche, jugueteó con un par de teorías. Y las descartó.

Escribió un extenso e-mail a sus padres, poniéndoles al corriente de dónde y cómo estaba y preguntándoles si conocían cualquier hilo del que tirar que a ella se le hubiera pasado.

Era hora de dejarlo por esa noche, se dijo. Era hora de dormir un poco... o de intentarlo. Si al día siguiente iban a dar el siguiente gran paso, todos tenían que estar preparados.

No solo preparados para encontrar la estrella, para protegerla, sino también para luchar. Nerezza les haría una visita en cuanto se olierá que tenían la última estrella.

Se marchó de la biblioteca con eso en mente, se dirigió a la sala de estar donde guardaban las armas. Doyle estaba sentado en silencio al amor del fuego, puliendo su espada.

—Debería dormir un poco —le dijo.

—A eso iba. Lo mismo te digo.

—En cuanto haya terminado. No pensé en la cueva. Debería haberlo hecho. No lo hice.

—A mí no se me ocurrió preguntar si había algún lugar por aquí que tuviera un significado especial para ti. Estaba obsesionada con el cementerio porque sabía que sí lo tenía.

—Al principio pensaba que tenías razón. Lo odiaba.

Riley se sentó enfrente de él.

—Tienes derecho a desear que tu familia descanse en paz. Creo que... ¿Quieres saber qué pienso?

—¿Cuándo te ha detenido eso? Sí —reconoció al ver que ella guardaba silencio—. Quiero oír lo que piensas.

—Creo que esto es un regalo. Creo que es algo que se te dio hace cientos de años para ayudarte a resolver el resto. Cualquier niño quiere ser un héroe, ¿verdad? Y ahora tú lo eres. Lo eres —insistió cuando él negó con la cabeza—. Simplemente te dieron la opción de ser un héroe o marcharte. No te marchaste. Regresaste al..., he de decir malévolo..., lugar en el que mataron a tu hermano y cuando Nerezza trató de utilizar tu sufrimiento contra ti, contra todos nosotros, le diste una patada en el culo. Hoy no querías estar en el cementerio ni hablar de tu familia. Pero lo has hecho. Eso no son heroicidades

de guerra, Doyle, pero es progresar. Así que... —Se levantó—. Como he dicho antes, he estado intentando encontrar algunas soluciones.

—Para encontrar la isla.

—Cero patatero en eso. Me refiero al asunto personal. Llegamos a una especie de acuerdo y lo estoy incumpliendo.

Doyle la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué acuerdo?

—Solo sexo, sexo sano y del bueno. Nada de sentimientos. Pero las cosas se han transformado un poco a mi alrededor. Dentro de mí.

Doyle dejó la espada con sumo cuidado.

—¿Estás embarazada?

—No. Por Dios. Eres irritante gran parte del tiempo y eres malhumorado. Y avasallador —decidió.

—¿Qué tiene eso que ver con le sexo?

—No tiene nada que ver. Tiene que ver con la parte de los sentimientos que se suponía que no debía ocurrir. No sé por qué ha pasado. Me gustaría saber por qué, así que eso también resulta irritante. Puedo achacarte parte de eso también a ti, ya que sacarte algo es complicadísimo. Como, por ejemplo, que hasta hoy no sabía que tenías veintiséis años cuando te maldijeron.

—¿Cómo sabes eso?

—He echado la cuenta, por Dios bendito. ¿Cuántos años tenías cuando Feilim nació? Nueve. ¿Cuántos años dijiste que tenía él cuando murió? Diecisiete. Con lo cual, dejando a un lado la inmortalidad, tienes un par de años menos que yo. Eso resulta raro.

Sin decir nada, Doyle agarró su espada de nuevo.

—No, olvídate de eso un momento y escucha. Lo que digo es que a pesar de todo eso..., y podría decir que tienes cualidades que compensan las chorradas,

aunque esto ya se está alargando demasiado. A pesar de ello, o puede que esté trastornada por ello..., aún no sé si es lo uno o lo otro... Estoy enamorada de ti.

—No, no lo estás.

De todas las respuestas que había imaginado, jamás imaginó un frío y sereno rechazo. Se había preparado para que hiriera sus sentimientos, incluso para un puñetazo en el corazón. No se había preparado para la ofensa ni la ira.

—No me digas qué es lo que siento. No me digas lo que tengo aquí. —Se golpeó en el corazón con el puño—. Te lo estoy diciendo aunque preferiría no hacerlo. ¿Te parece que es algo que me agrada? ¿Estoy dando saltos de alegría? ¿Me ves más feliz que una perdiz?

—La situación te ha absorbido, nada más. Nos acostamos juntos y los demás hablan de bodas y flores. Te has mezclado con ellos.

—Tonterías. Tonterías ofensivas. ¿He hablado yo de bodas y flores? ¿Te parezco una persona impaciente por irse pitando a comprar un gran vestido blanco y un ramo?

Doyle sintió la primera señal de alarma.

—No, en realidad no.

—Esto me gusta tan poco como a ti, pero así son las cosas. Te estoy mostrando mi respeto al contártelo. Muéstrame tú respeto no acusándome de ser una chica sentimental.

Doyle pensó que debería levantarse.

—Lo que digo es que estamos viviendo una situación desconocida e intensa. A eso le sumamos el sexo. Nosotros... nos respetamos mutuamente, confiamos el uno en el otro. Es evidente que nos sentimos atraídos. Eres una mujer inteligente, una mujer lógica, una mujer racional. Una mujer que tiene que saber...

—Soy lo bastante inteligente como para saber que el pensamiento lógico y racional importa una mierda cuando se trata de la persona de la que te

enamoras. —Mucho más que cabreada, puso los brazos en jarra—. ¿Qué crees que me he estado diciendo a mí misma? Pero siento lo que siento. Dios sabrá por qué.

—Yo no puedo darte lo que el amor exige.

Riley meneó la cabeza cuando la furia en sus ojos se transformó en compasión.

—Tonto, el amor no exige nada. Simplemente surge. Asúmelo.

—Riley —dijo cuando ella se dispuso a marcharse y entonces se dio la vuelta.

—No me digas que te importo. Eso es deleznable. Es indigno para ambos.

—Existen razones por las que no puedo...

—¿Te he pedido yo algo a cambio?

No le había pedido nada, pensó. Y ¿qué se suponía que tenía que hacer él?

—No.

—Pues déjalo. Déjalo estar. Te lo he dicho porque independientemente de qué opine, no me gusta arrepentirme de nada. No pienso arrepentirme por decirte lo que pienso. No hagas que me sienta mal por sentir eso.

Dejó que se fuera; eso era lo mejor para los dos. Pero sabía que en tres siglos, con todo cuanto había hecho, todo cuanto había experimentado, ella era la única mujer que había conseguido volverle del revés.

Durmió bien. Había hablado claro, pensó, había resuelto el problema interno que la carcomía al decirlo. Así que se había quitado ese peso y esa preocupación de encima.

Él no la había herido, reflexionó Riley mientras se vestía para un escabroso descenso del acantilado. Era una mujer inteligente y culta, razonablemente

atractiva y cosmopolita. Si Doyle no podía ver ni aceptar su amor, peor para él.

Jamás había soñado con bodas, matrimonios y finales felices. No tenía nada en contra de eso, claro. Pero tenía una vida plena e interesante... aun antes de la guerra contra una diosa. Si sobrevivía a esa guerra, tenía intención de continuar llevando una vida plena e interesante.

Doyle podía formar parte de ella o no. La decisión era toda suya.

Pero la prioridad del presente pesaba más que la prioridad del posible futuro. Se colocó las armas, pues no salía de casa sin ellas, se sujetó la funda del cuchillo y tomó las escaleras de atrás para ir a la cocina.

El olor a café, su prioridad número uno, flotaba en el aire, junto con el de carne asada y pan tostado.

—Tortillas —le dijo Sasha a Riley mientras doblaba una de manera experta en la sartén—. Con todo. Annika puso la mesa antes de que yo bajara para que Sawyer pudiera llevarla a darse un baño rápido.

Riley se fijó en que había construido una cueva con servilletas y la había colocado sobre un estrado encima de una ondulante servilleta azul, que sin duda representaba el mar. Dentro de la cueva había colocado seis figuras hechas con limpiapipas. Estas rodeaban a un dragón elaborado con lo mismo que sujetaba una pequeña piedra blanca.

—Considerémoslo una profecía. —Riley se puso un café y decidió aprovechar el momento—. Le he dicho a Doyle que estoy enamorada de él.

—¡Oh! —Sasha sacó la tortilla a un plato con rapidez. Su sonrisa se desvaneció—. Oh.

—Oye, no esperaba que me cogiera en brazos como el musculoso héroe de una novela. Simplemente necesitaba decirlo para que pensar en decirlo..., o no decirlo..., no me nublara la mente. Lo he hecho, así que tengo la mente despejada.

—¿Qué te ha dicho?

—No mucho, pero una de las cosas más destacadas ha sido que debía de estar mezclando, ¡mezclando!, el sexo y toda la charla sobre la boda. Eso es insultante.

—Sí que lo es. Para tus emociones y tu intelecto.

—¡Bum! —Riley le dio con el dedo en el hombro a Sasha—. Sobre todo estaba pasmado y mosqueado..., más lo primero que lo segundo. Que se quedara pasmado no se lo voy a tener en cuenta. Teníamos un trato.

—Oh, para...

—Hicimos un trato —insistió Riley—. Yo lo he incumplido.

Sasha soltó un bufido.

—Como si se pudiera hacer un trato en lo referente al amor.

—Lo entiendo. Pero no lo entendía cuando acepté ese acuerdo. Es la primera vez para mí. —Se encogió de hombros y enganchó el pulgar en el bolsillo delantero de los pantalones—. En fin, cuando terminamos me dio pena porque no lo entiende. El amor es algo inestimable, ¿verdad que sí? No es algo que puedas encontrar excavando, buscando, leyendo. O te enamoras o no.

—Que te da pena, y una mierda.

Riley soltó una carcajada y bebió un trago de café.

—No, en realidad no. Y no te lo he contado para que te cabrees con él.

—Eres mi amiga. Eres la primera amiga de verdad que tengo. ¿Qué clase de amiga sería si no me cabreara con él? Pues claro que estoy cabreada con él. Menudo gilipollas.

—Te lo agradezco. Pero si no puedes hacer el trato de no enamorarte, no puedes hacer un trato para enamorarte, ¿verdad? O te enamoras o no —repitió Riley—. Estoy bien. Y lo que es aún más importante es que tenemos que estar unidos. Sin conflictos internos, mucho menos hoy.

—Puedo estar cabreada con él y mantenerme unida.

Sasha vertió huevo batido en la sartén, frunciendo el ceño.

—Invierte el orden. Primero lo de mantenernos unidos.

—Por ti. —Sasha añadió beicon frito, pimienta y queso rallado—. Lo haré por ti.

—Te quiero. Creo que no lo digo muy a menudo. Hoy es un buen día para decirlo.

—Yo también te quiero.

Riley oyó pasos en la escalera.

—Vas a contárselo a Bran; no pasa nada. Aunque quizá podrías esperar hasta que volvamos. Con la estrella.

—Eso puedo hacerlo.

No era Bran, sino Doyle, y Riley estimó su reacción. Concluyó que resultaba gracioso ver al musculoso espadachín inmortal con aire incómodo y preparado para soportar la ira femenina.

Tal vez aquella reacción no fuera digna de ella, pero no le importaba.

—Estamos papeando tortilla antes de escalar. —Riley habló con suma despreocupación mientras se llenaba la taza hasta arriba de café—. Según Annika... —señaló hacia la mesa con la taza— nos va bien.

—Estupendo.

Miró hacia atrás y su alivio al ver llegar a Bran fue lo bastante visible como para que Riley se sintiera realmente divertida.

—Ah, justo el hombre al que quería ver. Quiero coger la cuerda del garaje. ¿Tenemos tiempo para eso, Sasha?

—Tenéis diez minutos.

—Tiempo de sobra. ¿Me echas una mano, Doyle?

Riley contuvo una risita hasta que se marcharon.

Ya en el garaje, Bran cogió un rollo de resistente cuerda de su gancho en la pared.

—Bueno, ahora sé por qué tenía la sensación de que debía tener todo esto.
—Se lo pasó a Doyle y cogió un segundo rollo.

—Es más que suficiente. La cueva está a poco más de cuatro metros y medio hacia abajo.

—Yo podría bajar a todos sin la cuerda —consideró Bran—. Aunque me sentiría mejor si yo hubiera estado antes allí. Es para orientarme, en realidad. Sawyer podría hacer lo mismo en cuanto tuviera las coordenadas, pero...

—Tienes la cuerda —concluyó Doyle—. Y creo que hay una razón para eso.

—Atados juntos, en lugar de que os baje de uno en uno o de dos en dos. Sí, creo que tiene que ser así. —Bran ladeó la cabeza—. ¿Estás preocupado?

—No. No, es una bajada peligrosa, pero no es nada que no podamos hacer.

—Entonces ¿qué pasa?

—No es nada. Es otra cosa. No es relevante. —¡Maldición!—. Riley dice que está enamorada de mí.

Bran se limitó a asentir.

—Entonces eres un hombre afortunado.

—Podría ser si fuera un hombre normal y corriente. E incluso así, tenemos asuntos más importantes. Si está cabreada conmigo porque no..., porque no puedo... —Se interrumpió, profiriendo un improperio—. Si lo que cree que siente la distrae...

—Me parece que Riley se conoce muy bien. Eso para empezar. Y además a mí no me ha parecido que estuviera cabreada ni distraída.

—Es astuta —replicó Doyle, haciendo sonreír a Bran.

—Sí que lo es. Y en mi opinión eres tú el que parece distraído y mosqueado. Sientes algo por ella.

—Por supuesto que sí. Nos acostamos juntos.

—Como diría Sawyer: venga ya, tío.

La sorpresa hizo que Doyle soltara una carcajada.

—Vale, no, no he sentido algo por cada mujer con la que me he acostado. Pero formamos parte de una unidad, estamos conectados. —Examinó la cuerda—. Estamos unidos.

—Soy un hombre enamorado y ese amor crece cada día. A mí me alucina. Y te he visto resistirte. Estamos conectados, unidos, así que deseo que seáis felices, ya que he visto con claridad que ella te hace mejor a ti y tú a ella. Pero eso has de saberlo tú, has de decidirlo tú.

—No hay nada más que saber ni ninguna decisión que tomar. Y tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

Doyle cogió el último rollo de cuerda de la pared.

En cuanto comieron, se detuvieron junto al rompeolas.

Sasha echó una ojeada, miró hacia abajo y se puso pálida.

—Hay mucha altura.

—El señor Brujo no dejará que te caigas. —Riley rodeó la cintura de Sasha con la cuerda—. Además, tal y como hemos hablado, Sawyer, Doyle y yo tenemos experiencia escalando en roca. Tú solo tienes que tener cuidado con donde pones el pie y seguir nuestro ejemplo.

—Y no mirar hacia abajo —dijo Sasha.

—Si la ballesta te molesta, déjala aquí. Puedes quedarte una de mis pistolas. Disparas bastante bien.

—La ballesta se me da mejor. Puedo con ello.

Riley aseguró el nudo. Le habría gustado tener unos sólidos mosquetones, un par de frenos y unos buenos arneses, pero no podían tenerlo todo. Y la cuerda era de primera.

Calculó la longitud y fue a asegurar a Bran.

—No le pasará nada —dijo Riley en voz queda—, pero si se pone a

temblar, háblale. Eso la tranquilizará.

Desvió la mirada y se fijó en que Doyle amarraba a Sawyer junto a Annika. Satisfecha, comenzó a atarse ella.

—Deja que compruebe eso. —Doyle fue hacia ella.

Riley realizó un sondeo mental mientras sus manos la rozaban aquí y allá. Sí, podía sobrellevarlo.

—Mi primera escalada de verdad fue en Arizona, estudiando a los anasazi. Cálido y seco —añadió, alzando la vista al claro y azul cielo matutino—. Sin viento. —Le miró a los ojos—. Sasha está como un flan, pero se las apañará.

—Vale. Asegurar el final.

Doyle esperó mientras Riley rodeaba el tronco de un árbol con la cuerda y la ataba.

—¿Quieres comprobarlo?

Doyle negó con la cabeza. Como ocurría con casi todo, Riley sabía lo que hacía.

Utilizó la cuerda a pesar de que él no la necesitaba. Asumió las riendas y saltó por encima del muro. Con su entusiasmo de costumbre, Annika saltó con él.

—Despacio —advirtió Sawyer, y aterrizó en la estrecha cornisa de suave hierba.

—No todo el mundo tiene tu equilibrio.

—Se refiere a mí. —Sasha saltó—. Lo tengo. No te preocupes.

Riley esperó, dejó que Doyle iniciara el descenso y después pasó por encima del muro.

Consideraba el primer metro y medio una pendiente para niños y habría disfrutado del desafío que se avecinaba, junto con el estruendo y la espuma de las olas, el ligero viento que soplaba y la sensación de la pared del acantilado, si no estuviera preocupada por Sasha.

—¡Lo haces genial! —gritó mientras Sasha descendía con cuidado unos cuantos centímetros más mientras Sawyer le aconsejaba que se moviera con cuidado a la derecha y plantara ese pie.

A todos les sorprendió que Annika perdiera el agarre cuando una roca cedió bajos sus dedos cuando habían descendido tres metros. Se tambaleó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Riley afianzó los pies, recogió cuerda y respiró de nuevo cuando Sawyer tiró de Annika.

—¡Me disculpo! —gritó—. Quiero decir que lo siento.

—Ahora escala —respondió Riley a voces—. Nada después.

Riley continuó el descenso, con el corazón todavía retumbándole con fuerza. Levantó la vista una vez y vio los cuervos posados en el muro.

—¡A cubierto!

Se soltó de una mano, presionando con fuerza con los dedos de los pies, y sacó su pistola. Consiguió abatir a dos antes de que los demás alzaran el vuelo.

Más abajo, Sasha descendió hasta el saliente.

—Ella nos vigila. Puedo sentirlo.

—Casi hemos llegado —señaló Doyle—. Ten cuidado de dónde pones el pie.

Riley le vio entrar en la cueva cuando ella llegó al saliente. Volver a subir iba a ser más complicado. Así que ya pensaría en ello más tarde.

Se movió con cuidado por el saliente y siguió a los demás al interior de la cueva.

—Qué estrecho es esto. —Se apretujó entre Sasha y Annika.

—Es puro, como el muchacho. ¿Podéis sentirlo? —preguntó Annika.

Se escuchaba el sonido de mar, olía a mar y a tierra, y cuando Bran mantuvo una mano suspendida sobre una roca, Riley vio que la vieja cera allí

concentrada se licuaba y brillaba, de forma que la cueva quedó bañada por un suave resplandor dorado.

—Yo habría construido un fuerte aquí —comentó Sawyer mientras miraba alrededor—. La versión irlandesa en cueva de una casa del árbol. ¿Qué crío podría resistirse?

—Era para él, para el muchacho, el muchacho que soñaba con ser un hombre. Es para él, el hombre que recuerda al muchacho. —Sasha alargó la mano y la posó en la espalda de Doyle—. Aguarda y ahora es el momento. El momento de los seis. Mira el nombre, lee el nombre, pronuncia el nombre.

Doyle vio el nombre que había grabado en la piedra hacía mucho tiempo, encima del símbolo del dragón. Leyó el nombre, su propio nombre, de forma que se le grabara en la mente como lo estaba en la pared.

Y pronunció el nombre.

—Doyle Mac Cleirich.

La luz cambió, pasó de un cálido dorado a un blanco glaciado, y el aire se tornó gélido como el invierno.

El nombre, su nombre, ardió en la roca, cada letra arrojaba fuego. El dragón rugió.

Con el corazón desbocado y la sangre corriendo por sus venas, Doyle se puso de rodillas y acercó la mano a la llama. Y de la boca del dragón cogió la estrella.

Ardía como el fuego, pero pura y blanca, con un brillo cegador. Sujeta en la palma de su mano, su poder se liberó.

—No está fría. —Doyle contempló la belleza que tenía en la mano—. Ya no. Está caliente.

Y también el ambiente.

—La tenemos. —Se levantó, se dio la vuelta y la sostuvo en alto para que los demás la vieran—. Tenemos la última estrella.

La tierra tembló mientras él hablaba. Rocas sueltas se desprendieron en la entrada de la cueva y cayeron al mar.

—Yo diría que ella lo sabe.

Riley trató de darse la vuelta hacia la entrada de la cueva. Un rayo luminoso del brazalete de Annika golpeó al primer murciélago que entró.

—Pues yo digo que es la señal para que salgamos cagando leches de aquí.

—Pero no del modo en que hemos llegado. —Sawyer sacó su brújula—. Aguantad.

El viaje los catapultó hacia la luz, hacia el viento. Riley oyó el estruendo del trueno, vio un fogonazo. A continuación sintió que caía sin poder evitarlo, que rodaba en el aire.

Se percató de que ya no era un trueno, sino las olas estrellándose contra las rocas. Y se precipitaba directamente hacia ellas.

Sintió el azote del frío y la humedad en la cara. Trató de coger su cuchillo. Quería cortar la cuerda, cortar la cuerda antes de arrastrar a los demás con ella.

Entonces su cuerpo se sacudió cuando la cuerda se tensó. Ascendió de nuevo, luchando por respirar, y aterrizó sobre el césped, mojada y sin fuerzas.

—Anni, todos. ¿Estáis todos bien? —La voz ronca de Sawyer se abrió paso en su aturdida mente—. Sasha... Por Dios, Riley.

Apartó las manos que tiraban de ella.

—Vale, no estás herida. ¿Qué coño ha pasado, Sawyer?

—¡Dentro! No podemos poner la estrella en peligro en una pelea. —Doyle cogió a Riley—. Corred —ordenó y salió por piernas en dirección a la casa mientras lo que había llovido dentro de la cueva caía sobre el rompeolas.

Riley ignoró por el momento la humillación de que Doyle cargara con ella al hombro y cogió su arma.

—Estábamos sujetos al puñetero árbol.

—Ya no.

Disparó unas cuantas veces antes de que Doyle entrara en la casa.

La bajó de su hombro a la isla de la cocina para poder mirarla a los ojos.

—¿Estás herida?

—No. Estoy mojada. —Le empujó—. Una vez más, ¿qué coño ha pasado, Sawyer?

—Ella nos ha zurrado. Es lo que puedo decir. —Guardó la pistola en su funda—. Me ha desconcertado durante un momento. He perdido el control durante un par de segundos, por así decirlo.

—Me estaba precipitando a las rocas. —Riley se apartó el pelo empapado—. Me parece que he estado a puntito de estrellarme.

—Podrías haberte estrellado —le dijo Doyle—. Sin la cuerda para tirar de ti.

—No sé qué me ha arrojado —añadió Sawyer—, pero seguro que estaba esperando para hacerlo. Lo siento. Perdí el control.

—Tú no tienes la culpa. Y lo has recuperado. —Más calmada, Riley miró por la ventana el cielo encapotado y el aguacero—. La tormenta.

—No. —Sasha se apartó de la cara el cabello revuelto por el viento y meneó la cabeza—. Es solo su ira. Está reuniendo más. Ahora mismo, Riley necesita ropa seca, y por muy agradecida que esté a las cuerdas, tenemos que soltarnos.

Bran se limitó a agitar la mano y las cuerdas desaparecieron.

—La ropa seca puede esperar. Quiero echar otro vistazo a la estrella.

Bran agitó la mano una vez más. Riley exhaló un suspiro cuando su ropa, su pelo e incluso sus botas se secaron y entraron en calor.

—Te lo agradezco.

—Es un placer. Llevaremos la estrella arriba con las demás. La guardaremos sana y salva.

—Aún no tenemos un lugar en el que depositarla —le recordó Sawyer.

—Sí que lo tenemos. —Bran rodeó a Sasha con un brazo—. Nuestra *fáidh* estuvo pintando hasta casi las dos de la madrugada.

—No nos lo habías contado —dijo Annika.

—Bran y yo hablamos de ello después de que terminara. Ambos pensamos que debíamos concentrarnos en conseguir la estrella. Hasta que lo hiciéramos...

—¿Qué has pintado? —Riley se bajó de la encimera de un salto—. Vayamos a verlo. Y... —Meneó la mano en dirección a Doyle.

Él sacó la estrella de su bolsillo y la ofreció.

—Peso y calor sin masa. Es sencillamente alucinante. Y la luz. Cristalina y pura como el hielo ártico. Palpita —murmuró mientras subían—. Como el latido de un corazón.

Miró a Doyle y esbozó una amplia sonrisa.

—Lo hemos conseguido.

La empujó contra la pared, y con la estrella palpitando entre ellos, la besó como un hombre poseído.

—Te he visto caer. Estabas a apenas treinta centímetros de las rocas cuando yo..., cuando nosotros..., conseguimos tirar de ti. Ibas a cortar la cuerda. Intentabas coger tu cuchillo.

—Pues claro que iba a cortar la cuerda. Pensaba que me había caído y que

os arrastraría a todos conmigo. Tú habrías hecho lo mismo.

—Yo no puedo morir —le recordó y se marchó.

Riley contempló la estrella, exhaló entre dientes y fue tras él.

—¿De verdad es este el momento para ponerte de morros? Acabamos de encontrar la última estrella. Tenemos en nuestro poder algo que nadie ha tenido jamás salvo los dioses. Nosotros...

—¿Tienes intención de ponerlas en un museo con una placa?

Riley se estremeció..., algo que él jamás la había visto hacer, sin importar cuál fuera la amenaza. Una expresión dolida asomó a aquellos ojos que le miraban, y eso también era algo nuevo.

—Eso no es justo.

—No, no lo es. No lo es. Te pido disculpas. Lo siento. —Se alejó un par de pasos y volvió—. Lo siento mucho. Ha sido una estupidez e injusto.

Ella asintió despacio.

—Está olvidado.

—Riley. —La cogió del brazo antes de que pudiera alejarse—. He imaginado que morías, te he visto aplastada contra las rocas. En mi cabeza. Eso... me ha arruinado el buen humor —decidió.

—Sigo aquí. Así que acostúmbrate. Los demás nos están esperando y también la estrella.

—De acuerdo. —Fue con ella en silencio hasta la torre.

Riley puso los ojos en blanco cuando todos dejaron de hablar y se dieron la vuelta.

—Perdonad la tardanza. Estábamos... ¡La hostia!

El cuadro resplandecía. Riley habría jurado que palpitaba de un modo casi tan visible como la milagrosa estrella que todavía tenía en la mano.

—Es... impresionante, Sasha.

—No sé hasta qué punto puedo atribuirme el mérito.

—Es todo tuyo —le dijo Bran—. Todo.

Ella le acarició la mejilla.

—Estaba explicando que la inspiración me vino en torno a la medianoche. Había preparado el lienzo por si acaso, y menos mal, porque la necesidad de pintar esto se apoderó de mí. No la vi simplemente. Estaba ahí; podía olerla, tocarla, oírla. Comparado con esto, cualquier otra visión o imagen que había tenido era vaga y confusa.

—Es que tengo que decirlo, ¿vale? —Sawyer realizó una florida reverencia en dirección al cuadro—. Contemplad la Isla de Cristal.

La isla flotaba en un reluciente mar de color índigo, bajo un cielo estrellado en el que reinaba una blanca luna. Flotaba como si fuera libre para ir y venir con el viento. Sus playas eran blancas, polvo de diamantes que contrastaba con la espumosa orilla del mar. Sus ondulantes montañas, sombreadas de verde con pinceladas de color de las flores silvestres en plena floración.

En una de esas montañas se alzaba un palacio de reluciente plata. En otra, un círculo de piedras grises como la niebla de la que surgían.

Pequeños detalles cobraban vida mientras Riley examinaba la pintura. El suave recodo de un riachuelo, la pronunciada caída de una cascada, jardines iluminados como con hadas en vuelo, una fuente en la que un dragón alado expulsaba agua en vez de fuego.

—Tenemos que llegar allí. Y cuando lo hagamos, tienen que dejar que me quede con un par de muestras. Algunas piedrecitas, un poco de arena, un poco de tierra. Debe de haber fósiles. Es decir...

—Tranqui, Indiana. —Sawyer le dio un codazo—. La estrella primero.

—Si, la estrella primero, pero más tarde sí. —Riley bajó la mirada a la estrella y la levantó hacia el cuadro—. Hace que entiendas por qué, ¿verdad? Tiene que regresar, hay que protegerlas. Hay que protegerlo todo. El mundo se va a la mierda de forma regular y rutinaria. Pero este... Este se mantiene unido.

Puede que gracias a eso el resto no nosotros no nos volvemos locos. —Le ofreció la estrella a Bran—. Te toca, hombre de la magia.

Tal y como había hecho con las otras dos, Bran encerró la estrella en cristal. Formaron el círculo y realizaron el ritual como guardianes, para enviar la estrella sana y salva al interior del cuadro. Adonde Nerezza no podía alcanzarla.

—En fin, lo único que tenemos que hacer es encontrar la isla, llegar allí..., con las estrellas..., destruir a la malvada diosa psicópata y... —Riley se encogió de hombros—. Entonces yo hago la primera ronda.

—Te tomo la palabra —dijo Sawyer.

Riley miró hacia la ventana con el ceño fruncido cuando restalló un relámpago.

—¿Estás segura de que esto es solo una rabieta?

—Estoy segura —le dijo Sasha.

—Entonces me voy a trabajar en el siguiente paso. Pienso encontrar la puñetera isla. Es lo que hago.

El tiempo desapacible continuó, así que no le costó nada refugiarse en la biblioteca, rodeada de libros, al amor de la lumbre. Riley entendía la paciencia que requería examinar de manera minuciosa los distintos estratos, pero la frustración le atenazaba los omóplatos.

Habían luchado, habían sangrado, habían buscado, habían hallado. Y todo eso no serviría de nada si la isla continuaba fuera de su alcance.

Se recostó en el asiento, movió los hombros en círculo para aliviar la tensión y escudriñó las paredes repletas de libros. Había tanto allí, tantísimas aventuras, pensó. La respuesta podía estar en cualquiera de ellos, o al menos

una señal que llevara a la respuesta. Pero ¿cuánto tardarían en encontrar dicha respuesta? ¿Cuánto tiempo tenían?

Miró hacia la ventana al oír un trueno. ¿Y cuánto tiempo podían acampar dentro de una casa seis personas..., por espectacular que esta fuera..., sin que les entraran ganas de liarse a mamporros unos con otros?

Necesitaban acción, movimiento, avances.

Se levantó, fue sin prisas hasta las estanterías y cogió un libro al azar.

Doyle entró.

—No tengo nada —le dijo—. Nada que no tuviera hace dos horas. Hace dos días, de hecho. Si quieres ponerte con ello, tú mismo. A lo mejor deberíamos iniciar un club de lectura... y que todos cojan un libro cada día. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. En realidad no es mala idea.

—Tenemos las estrellas.

—Sí, pero no tenemos la isla. —Riley señaló la ventana con el libro que sostenía en la mano—. No cabe duda de que Nerezza puede hacer que continúe este tiempo de mierda y luchar con ella ahora, sin un plan de escape, no sirve de nada.

—Luchamos cuando tenemos que luchar.

—No te lo discuto, pero a nivel táctico nos conviene encontrar una ruta hasta la isla antes de enfrentarnos a ella. ¿Qué? —Riley se frotó la cara con la mano, como si tuviera una mancha—. ¿Qué miras?

—No te entiendo.

—No eres el primero. —Pero ella sí entendía y dejó el libro—. ¿De verdad quieres ponerte con esto? No parece ser tu estilo.

—Tenemos las estrellas —repitió—. Pero no hemos terminado. Tenemos que trabajar, luchar y hacer planes en equipo.

—Sí, eso no es problema. —Enarcó una ceja—. Si para ti sí lo es, es problema tuyo. Mis sentimientos son míos. El hecho de que hayan salido a la

luz no cambia nada. Y como dijo Bogart..., más o menos..., los problemas de dos personas no significan una mierda en el panorama general.

—Lo has parafraseado como te ha venido en gana.

—Y es cierto. —Exhaló un suspiro y apoyó el brazo en el sillón—. No todo el mundo consigue lo que quiere. Es la pura realidad. Puede que nos enfrentemos a diosas, a la magia y a las estrellas, pero todos entendemos la realidad. ¿Te parece que soy de las que joderían algo tan importante..., o peor aún, de las que languidecerían..., porque un tío del siglo XVII no me quiere?

—No.

—Bien, porque no lo soy. Pues pillá esto, ¿vale? Soy dueña de lo que soy, de quien soy, de lo que siento. Haz tú lo mismo y estamos en paz. ¿Queda claro?

—Sí. Te tengo.

Riley se levantó mientras él daba media vuelta para marcharse.

—Espera un momento. Espera un momento. ¿Qué has dicho?

—He dicho que queda claro.

—No. —El corazón comenzó a retumbarle mientras se acercaba a él—. Has dicho: «Te tengo».

—Es lo mismo.

—No. —Corrió el riesgo y bajó sus defensas lo suficiente para mirarle, mirarle de verdad. Y lo vio—. ¡Capullo! —Le asestó un derechazo en todo el pecho—. Eres un auténtico gilipollas. Te tengo, *ma faol*. Eso es lo que me dijiste cuando estaba medio inconsciente, sangrando, quebrada, y me sacaste del bosque. Te tengo..., mi loba. ¿Tu loba? —Le propinó otro puñetazo y además le empujó.

—Estabas herida —comenzó.

—Así es, así es. —Le clavó un dedo en el pecho y presionó—. Y me sostuviste entre tus brazos cuando Bran me atendió. —Dios, todo volvió a su

mente entre el recuerdo del dolor—. Me dijiste que fuera fuerte, que volviera. Que volviera contigo. En gaélico. *Teacht ar ais chugan, ma faol*. Cobarde. — Aquella palabra destilaba desprecio—. Me dijiste eso cuando creías que estaba inconsciente, pero ¿no puedes decírmelo a la cara?

Doyle le agarró el puño antes de que le tocara.

—Pégame otra vez y verás quién es el cobarde.

—¿Te parece mejor enano emocional? Estás enamorado de mí y no puedes decirlo cuando estoy consciente porque tienes miedo. Es patético. Eres patético.

La agarró e hizo que se pusiera de puntillas, visiblemente furioso.

—Cuidadito con lo que dices.

—A la mierda. Digo lo que siento, ¿te acuerdas? Eres tú quien miente.

—No te he mentado.

—Vamos a comprobarlo. ¿Estás enamorado de mí?

Doyle la soltó.

—No pienso seguir más con esto.

—Sí o no, joder. Elige.

—¡Sí! —Y aquella palabra surgió como un trueno—. Pero no...

—Me vale con el sí —le interrumpió—. Muy bien.

Le abrió la puerta y le indicó que era libre de marcharse.

—No puede llegar a nada.

—Oh, por el amor de Dios, ya lo ha hecho. Y si vas a volver a lamentarte por ser inmortal, no sirve de nada. Sí, voy a morir. Podría ser hoy. —Agitó la mano hacia la tormenta al otro lado de la ventana—. Podría ser dentro de cincuenta años. Podría ser la semana que viene o podría vivir ciento cuatro años. Cinco de los seis tenemos que enfrentarnos a eso y es evidente que eso no va a impedir que Bran y Sasha o Sawyer y Annika se aferren a lo que tienen mientras puedan.

—Ninguno de ellos tiene que esperar a ver morir al otro.

—Pero lo harán.

—No es lo mismo, ni por asomo.

—La pena es la pena, pero tú te agarras a eso si es necesario. Ni te pido ni espero que esperes a que cumpla ciento cuatro años. Solo quería la verdad. Funciona mientras funciona.

—El matrimonio es...

—¿Quién ha hablado de matrimonio? —exigió—. No necesito promesas, anillo ni vestidos blancos. Solo necesito que me respetes diciéndome la verdad. Ahora ya lo tengo y volvemos a estar al mismo nivel. Con eso basta. —Exhaló un suspiro y esa vez posó la mano sobre el corazón de Doyle—. A mí me basta con eso, Doyle. Dame la verdad, quédate conmigo mientras funcione y eso será suficiente.

Doyle asió su mano.

—Juré que jamás volvería a amar.

—Eso fue antes de relacionarte conmigo.

—Lo fue. No hay nadie como tú. Tus ojos me tentaron, tu mente me fascina, tu cuerpo... tampoco es un problema.

Riley soltó una pequeña carcajada.

—Te olvidas de mi alegre personalidad.

—Nada de alegre. Prefiero la mordacidad a la chispa.

—Suerte que tienes.

Se arrimó a él, se alzó de puntillas y sintió que sus manos le agarraban las caderas. Y oyó que alguien bajaba corriendo la escalera de caracol.

—¡Tenéis que venir! —Annika juntó las manos—. Arriba del todo. Tengo que buscar a Sawyer. Tenéis que venir.

Corrieron arriba, sin hacer preguntas.

Bran estaba junto a Sasha, con una mano sobre su hombro mientras ella

miraba a través del mojado cristal de las puertas de la terraza.

—¿Una visión? —preguntó Riley.

Sasha respondió al tiempo que Bran negaba con la cabeza.

—No exactamente. Es... Hay algo ahí afuera, pero no puedo verlo ni oírlo. Solo lo sé.

—¿Nerezza? —Riley se acercó para situarse al otro lado de Sasha.

—Está cerca..., muy cerca, pero no es eso. En el mar, en medio de la tormenta o más allá. No sabría decirlo.

—Hay más. —Bran se giró hacia los tres cuadros que estaban en la repisa de la chimenea.

Desprendían una palpitante luz. Un intenso resplandor rojo en el cuadro del camino que cruzaba el bosque de Bran, un azul puro y profundo en el cuadro de la casa, un blanco resplandeciente en el de la Isla de Cristal.

—Es... Creo que son sus corazones —dijo Sasha—. El corazón de las estrellas latiendo. Y ahí afuera hay algo que no alcanzamos a ver. En el corazón de la tormenta.

—Espera. —Riley se presionó las sienes con los dedos mientras Sawyer y Annika entraban—. En mis notas... Dejad que piense. Tengo menciones. El corazón de las estrellas, el corazón del mar, el corazón de la tormenta.

—Iré a por tus notas.

—Solo... —Levantó una mano para que Doyle no se fuera—. Referencias a la resurrección de las estrellas..., la caída y la ascensión. Aliento silencioso, bla, bla, bla, corazones que laten. Palpitaban cuando las encontramos, así que lo achaqué a eso, pero había referencias a que el corazón llama al corazón, que las lleva a casa. Y..., uh..., cuando las estrellas despiertan por completo, la tormenta estalla en tierra y mar. Surca la tormenta hasta su corazón y allí aguarda el corazón del mar, el corazón del mundo.

—La Isla de Cristal. —Sawyer se acercó a la ventana y echó un vistazo

afuera.

—Es una teoría. Y Sasha habló de la tormenta, de surcarla. Está muy claro que tenemos la tormenta.

—No somos los primeros en seguir a una estrella. Y nosotros tenemos tres. —Bran contempló los rostros de su clan—. ¿Confiamos en el destino, en las estrellas?

—Si me meto ahí, será con vosotros cinco y con ellas. —Doyle miró las pinturas—. El destino es un cabrón, pero me apunto.

—Yo también me apunto. —Annika asió la mano de Sawyer—. Si es con todos vosotros.

—Yo digo que a por ello —convino Sawyer.

—Sí. —Sasha apartó la vista de la ventana—. Sí. ¿Riley?

—Tracemos un plan y hagámoslo.

Al amparo del anochecer, mientras la tormenta arreciaba, Sasha y Annika salieron hacia el rompeolas. Bien podrían estar de patrulla y los chubasqueros negros hacían que fueran poco más que sombras en movimiento.

Sasha asió la mano de Annika y la apretó con fuerza. Después, cogiendo la ballesta que llevaba a la espalda, disparó una flecha a lo alto. Estalló en un foganazo que iluminó el enjambre que gritaba en silencio en el oscuro cielo.

Llovieron disparos desde ambas torres. Bran arrojó su rayo desde el parapeto.

Ágil y veloz, Annika corrió a colocar los viales de luz donde Bran le había indicado, saltando para evitar las afiladas alas y las crueles bocas. Doyle arremetió para despejar el camino, cargando con su espada.

Y la tierra comenzó a sacudirse.

Desde su puesto en la almena, Riley cargó de nuevo y disparó sin cesar.

Exhaló entre dientes cuando un negro rayo golpeó un árbol en los límites del bosque y estalló. Mientras llovía metralla, la tierra se abrió para tragársela.

Nerezza no iba a destruir aquel lugar. Ni de coña. Con ojos feroces, se cargó una hilera de letales criaturas aladas.

Captó el vertiginoso movimiento a su izquierda y se dio la vuelta. La criatura que en otro tiempo fue Malmon le sonrió mientras ella le disparaba.

Un denso líquido verde se derramaba de su pecho.

—Ella me ha hecho fuerte. Te ha entregado a mí.

Su siguiente disparo erró, pues él pareció desvanecerse y aparecer en otro lugar. Antes de que pudiera disparar de nuevo, la criatura la agarró del cuello y la silenció, privándola del aire.

—Ella es Nerezza. Ella es mi reina. Lo es todo. Dame las estrellas para mi reina y puede que vivas.

—Que te den —consiguió decir cuando él aflojó un poco.

Entonces apretó con más fuerza y la levantó del suelo, de modo que sus talones quedaron suspendidos en el aire.

—Me ha dejado que elija. Te elijo a ti. —Aquellos ojos de reptil apenas parpadearon cuando le hundió el cuchillo en el vientre—. Puedo llevarte, alimentarme de ti. Tengo hambre.

Sacó su lengua de serpiente y la deslizó por su mejilla de manera espantosa.

—Los demás morirán aquí y el inmortal...

—Oye, gilipollas.

Malmon giró la cabeza por completo. Riley cogió aire mientras él parpadeaba, mientras aflojaba las garras un poco.

Sawyer le disparó entre los ojos.

—Eso es por Marruecos. —Le dio en toda la frente. Y Riley, que se estaba ahogando, levantó su pistola de nuevo y vio que no era necesario—. Y por Riley. —Malmon se desplomó hacia atrás, con la vista perdida, y sus garras

chocaron. Sawyer apuntó de nuevo—. Y eso, hijo de puta, es por Annika. —El último disparo le voló la cara a la criatura en que se había convertido el hombre. Sawyer agarró a Riley del hombro mientras ella resollaba. Su rostro lucía una expresión pétreo y su mirada era dura como el pedernal. Pero su voz era tranquilizadora—. Con los zombies funciona, así que es de suponer que también en este caso.

—Sí, gracias.

Malmon no se convirtió en ceniza, sino que pareció disolverse; escamas, sangre, huesos, se fundieron sin más, dejando una mancha en la piedra.

Riley tragó saliva e hizo una mueca de dolor.

—He de decir: «¡Puag!».

—Lo mismo digo. ¿De acuerdo?

Riley asintió después de soltar una profunda bocanada. A continuación levantó la mirada.

—Mierda, mierda, aquí llega la artillería pesada.

Nerezza surcó el cielo a lomos de su bestia de tres cabezas. Su cabello, vetado de gris, se sacudía al viento que bramaba. Armada con espada y escudo, cortó el aire con un negro rayo que se tornó en una lluvia de fuego. Bran arrojó el suyo mientras Riley y Sawyer corrían hasta los demás.

La tierra crepitó, los jardines estallaron en llamas. Bajo ellos, la estremecida tierra se rajó, se abrieron grietas que expulsaban fuego.

—Vamos, Bran, vamos —le apremió Riley mientras esquivaba lenguas de fuego y disparaba su arma—. Tenemos que alejarla de aquí. ¡Sasha! —Saltó, agarrando a Sasha del brazo y apartando a las dos cuando la tierra se desgarró.

—Esa es nuestra señal. Tenemos que irnos.

Sasha miró a Sawyer al tiempo que meneaba la cabeza, observando cuando Bran se plantó en lo alto del parapeto, atrayendo la cólera de Nerezza.

—Bran.

—Lo conseguirá. Confía en él. —Riley agarró a Sasha de la mano y le hizo una señal a Sawyer con la cabeza—. Adelante.

Riley mantuvo agarrada la mano de Sasha durante el viaje. Ahora conocía el amor y el miedo que lo acompañaba. Cuando cayeron en el barco, Doyle corrió a tomar el timón. El viento y la lluvia bramaban a su alrededor. El rugido de la tormenta enmascaró el rugido del motor mientras ponía rumbo al mar desde la costa.

—Lo conseguirá —repitió Riley—. Tan solo la mantienen alejada de nosotros hasta que podamos...

Bran aterrizó con suavidad en el barco, con los brazos llenos con las estrellas protegidas por cristal. Sasha le rodeó con los brazos.

—¿Estás herido, Bran?

—Solo un poco chamuscado aquí y allá. Coge las estrellas, *fáidh*. Si ellas nos guían, será en tus manos.

El barco remontó una temible ola y descendió de golpe. El viento y el agua los azotaban.

—Yo puedo nadar si es necesario —gritó Annika—. Pero...

—Espera. —Sawyer se agarró a ella cuando la siguiente ola amenazó con inundar el barco.

Riley se abrió paso hasta la timonera, donde estaba Doyle, con las piernas separadas y los músculos en tensión.

—Vuelve con los demás y agárrate bien, joder.

—Estoy contigo.

Doyle la miró y vio las marcas recientes en su cuello.

—¿Qué coño...?

—Luego. —Se preparó cuando el mar los sacudió como si fueran muñecas de trapo.

—¡Se acerca! —gritó Sasha—. Y las estrellas...

Ya no latían, se percató Riley mientras la siguiente ola la empapaba. Ahora palpitaban cada vez más rápido y desprendían rayos de luz, como si fueran faros.

Para mostrarles el camino. Y al mostrárselo a ellos, le mostrarían a Nerezza su posición exacta.

—Diez grados a estribor —le dijo a Doyle.

—Joder. ¿Ves lo que hay ahí afuera?

Un negro tifón que se arremolinaba contra la negrura. Y la lluvia se tornó en llamas una vez más. Cortaba el aire como flechas, siseaban como serpientes en el mar.

Cuando Bran alzó sus brazos para crear un escudo, Nerezza se lanzó en picado desde el cielo.

Su rayo colisionó con el de Bran y la energía rasgó la tormenta con gran estruendo.

—Coge el timón —ordenó Doyle cuando el disparo de Sawyer erró al inclinarse el barco. Tiró de Sasha para meterla dentro de la timonera y las estrellas con ella—. Llévanos adonde tenemos que ir. Necesitan ayuda —le dijo a Riley entre dientes, de forma concisa—. No lo sueltes —añadió, y acto seguido luchó por regresar con sus amigos.

—De corazón a corazón, de luz a luz. —Sasha se esforzó para no caerse cuando le sobrevino la visión—. Este momento en todos los momentos de todos los mundos. Exponeos a la tormenta, cabalgad la tormenta y abrid la cortina.

—Hago todo lo que puedo aquí.

Riley giró el timón con los dientes apretados, haciendo todo lo posible para cabalgar la cresta de la siguiente ola. Y con el corazón y la fe en la garganta, puso rumbo al tifón.

Locura. Igual que un viaje incontrolable, el descenso por un acantilado. La tromba de agua los atrapó, haciéndolos girar. Se le escurrió el timón de las manos y estuvo a punto de salir volando por los aires antes de conseguir aferrar de nuevo el timón con los dedos de una mano.

Miró a Sasha, con la espalda apoyada y las estrellas sujetas en los brazos como si fueran bebés, y el rostro iluminado por la luz.

—Los guardianes cabalgan la tormenta, guiados por las estrellas. El telón se abre, la tormenta cesa. La espada golpea. Y se acabó.

—¡Que las diosas te oigan! —gritó Riley—. Porque no puedo aguantar mucho más.

—Mira, Hija de Cristal, y ve.

Mareada, con ganas de vomitar, miró a través de la pared de agua y del fuerte viento con los ojos entornados.

Relucía. Clara, brillante, iluminada aún por un rayo de luna. La puerta a otro mundo.

Cuando la proa apareció, aferró el timón y miró hacia atrás.

A Doyle le llegaba el agua casi hasta las rodillas. Sawyer estaba prácticamente sentado en ella mientras presionaba un banco con los pies y disparaba al cerbero.

—¡No consigo tenerla a tiro! —gritó mientras Bran arrojaba su rayo contra el escudo de Nerezza y Annika atacaba a la bestia.

—Yo sí.

Doyle saltó al banco mientras el mar se sacudía. Atacó al cerbero y prácticamente le atravesó la cabeza del medio.

Y su espada chocó con la de Nerezza con un ruido metálico que estremeció el aire.

Estremeció los mundos.

Una de las cabezas fue a por él y se encontró con el rayo de Bran. Doyle no

le dio importancia, no dio importancia al mar embravecido, a los disparos, al tajo de poder.

Sus ojos, sus pensamientos, todo su ser estaba concentrado en Nerezza y en la necesidad de acabar con ella que moraba en su interior desde hacía siglos.

Doyle fintó y vio la expresión triunfal en los ojos de Nerezza cuando su espada atravesó su guardia y le abrió un tajo en el hombro.

Y con aquel triunfo, Doyle le hundi6 la espada en el coraz6n.

La sorpresa invadi6 aquellos ojos delirantes. Su chillido se uni6 al alarido de la tercera cabeza de la bestia cuando el siguiente disparo de Sawyer dio en el blanco.

Nerezza luch6 por remontar el vuelo, pero con la bestia se precipit6 al negro y picado mar y fue tragada por 6l.

Con su ca6da, la tormenta ces6. Estupefacta y sin aliento, Riley gui6 el barco a trav6s de la puerta donde la Isla de Cristal flotaba como un sue6o sereno.

Entonces se desplom6.

—¡Riley!

Doyle se gir6 al oír el grito de Sasha, con la espada ensangrentada en alto.

—No, no, es la luna. Ha cambiado. Y tambi6n yo. Maldita sea, maldita sea.

—Yo me ocupo. Que alguien empiece a achicar o nos hundiremos antes de llegar a la costa. —Doyle se agach6 y ayud6 a Riley a quitarse el impermeable y el jersey—. Te tengo. —Pos6 los labios en su sien cuando ella empez6 a transformarse—. Te tengo, *ma faol*.

Riley se dej6 llevar, dej6 que 6l la levantara sobre la cubierta anegada. Y cuando llegaron a la orilla, como si se deslizaran sobre un lago en calma, dej6 que la llevara hasta la playa, donde dio sus primeros pasos en la isla como una loba.

Riley no había lamentado tener sangre de licántropo jamás en toda su vida. Jamás había maldecido la luna ni le había molestado la transformación. Pero encontrarse en la Isla de Cristal, un lugar rebosante de misterio y magia, de una antigüedad desconocida, y no poder hablar hizo que maldijera el momento por inoportuno.

Olía a flores y a cítricos, a mar y a arena, al fresco verdor de la hierba, al humo de las antorchas que flanqueaban un sendero que ascendía por una alta montaña sobre la que se erigía un castillo plateado y resplandeciente, que desprendía luz. Sintió la cálida y suave brisa, un bálsamo para el frío y la humedad.

Y la desesperada necesidad de correr mientras la feroz energía de la transformación bullía dentro de ella. Se estremeció cuando Doyle se acuclilló a su lado, posando una mano con suavidad en su cuello.

—No corras, aún no.

El instinto y el intelecto colisionaron y se debatieron en su interior en otra batalla más. Pero sus penetrantes ojos verdes hicieron que se quedara quieta. A continuación sus músculos se tensaron, preparada para atacar y defender, y olió algo..., a otro.

Doyle llevó la mano a su espada.

Las diosas de la luna de las visiones y los dibujos de Sasha pasaron de la

oscuridad a la luz. Doyle se enderezó, sin soltar la espada. Bran le puso una mano en el brazo.

—Envaina tu espada, *mo chara*. Son seres de luz. ¿Acaso no lo notas?

—¿Cómo se saluda a una diosa? —preguntó Sawyer—. Me refiero a una diosa que no intenta liquidarte.

Annika resolvió el enigma echando a correr, con la trenza mojada agitándose a su espalda.

—¡Hola! ¡Qué felices somos! Sois muy hermosas. Os parecéis a mi madre y a Móraí. Como los dibujos que Sasha pintó. Estamos empapados y..., oh..., sangro un poco. —Annika se frotó la sangre del brazo, como quien se quita una pelusa de la solapa—. Siento que estemos tan desaliñados.

—Esa es una manera de hacerlo —murmuró Sawyer.

Luna esbozó una sonrisa.

—Sois muy bienvenidos aquí, hijos e hijas de Cristal. —Y posó la mano en el brazo de Annika, sanando el corte mientras la besaba en la mejilla.

—Oh, gracias. Os hemos traído las estrellas. Las tiene Sasha. Ella también sangra un poco. Y Sawyer..., es mi pareja. Y Bran está sangrando y tiene quemaduras. Aquí hay luna llena, así que Riley tuvo que transformarse muy rápido en su loba. Y este es Doyle. Le ha clavado su espada a Nerezza y ella ha caído al mar. Ahora la lucha ha terminado y nosotros estamos aquí. Soy muy feliz.

—Estáis contentos —le dijo Luna—. Y sois amados —les dijo a todos.

—Tenéis coraje. —Arianrhod dio un paso al frente—. Y se os valora. Hablaremos —le dijo a Riley—, pero tú debes correr. Sé libre. —Entonces miró a Doyle—. Juro por mi honor que ella estará a salvo y que volverá a tu lado.

La loba volvió la cabeza y miró a Doyle. A continuación corrió por la arena y se internó en la oscuridad.

—Ella siempre encontrará el modo de volver contigo y tú con ella.

—Tenéis fortaleza y valor. —Celene se acercó a Bran y le besó en la mejilla—. Poder y luz. Os respetamos y contáis con toda nuestra gratitud.

—Sois nuestros hijos.

—Sangre de nuestra sangre, huesos de nuestros huesos. Corazón —añadió Celene, posando la mano sobre la de Bran— de nuestros corazones. Hija. — Se volvió hacia Sasha—. ¿Nos entregas las estrellas?

—Sí.

Cada diosa tendió una mano. Cuando el cristal que envolvía las estrellas desapareció, cada estrella fue flotando hasta la mano que la había creado.

Palpitaron, palpitaron y pararon. Se desvanecieron.

—¿Han regresado al cielo? —Annika miró hacia arriba.

—Todavía no —respondió Luna—. Pero están a salvo.

—No pretendo deciros lo que tenéis que hacer —comenzó Sawyer—, pero ¿todo esto no era para devolverlas ahí arriba?

—No hemos acabado —dijo Sasha—. No se ha terminado.

—No he acabado con ella —repuso Doyle mientras estudiaba el rostro de Sasha—. Ella sigue ahí afuera.

—Tu espada golpeó de manera certera. —Arianrhod se situó frente a Doyle, con una mano en la empuñadura de la suya; guerreros frente a guerrero—. De igual modo, eres sincero. Pero tu acero no es la espada que le dará fin. Las estrellas esperarán hasta que a ella le llegue su final.

—Ahora ya no puede llegar hasta ellas —les aseguró Luna.

—Pero puede llegar hasta nosotros, incluso aquí —apuntó Sasha cuando la verdad la asaltó—. Ahora la ira cura sus heridas y, una vez curada, su locura será completa. Ansiará nuestras muertes igual que el vino.

—Pero esta noche no. —Celene levantó los brazos—. Ved lo que veo,

sabed lo que sé. La noche es pura y los Hijos de Cristal son bienvenidos de regreso a casa.

—Para emprender otro viaje. —Los ojos de Sasha se oscurecieron mientras veía y tomaba conciencia—. Más allá del círculo de poder donde el Árbol de Toda Vida resguarda la piedra y la piedra protege la espada. Una mano para sacarla, otra para blandirla, todo para acabar con aquella que devoraría los mundos.

—Pero no esta noche —repitió Celene—. Esta noche habrá comida, bebida y descanso. Os atenderemos.

—Ella está a salvo. —Arianrhod le puso una mano en el brazo a Doyle cuando él vaciló—. Y será guiada hasta ti.

Cuando desvió la mirada hacia las montañas, las sombras bajo el cielo estrellado, oyó el aullido de la loba. El sonido de la alegría y la victoria resonaba a su espalda cuando tomó el serpenteante camino iluminado por las antorchas con los demás.

El palacio, que se alzaba hacia el cielo nocturno, era tal y como Sasha lo había visto. Fragantes jardines repletos de color, fuentes musicales, habitaciones con un resplandor de cuento, llenas de luz y brillo.

Nadie se les acercó mientras seguían a las tres diosas por unas empinadas escaleras de plata, plagadas de flores y velas blancas tan altas como un hombre. Del techo colgaban cables de luces de tonos intensos, que derramaban su luz mientras recorrían un amplio pasillo hasta una gran estancia.

Doyle supuso que se trataba de un elaborado salón, engalanado con sofás curvados y butacas de los mismos colores intensos de los cables de luz. Había mesas con comida; fuentes de carnes, frutas y pan, quesos, aceitunas y dátiles. Postres rebosantes de nata. Vino y copas de cristal.

Pensó en el ayuno de Riley. En su mala suerte.

No ponía en duda que su ropa, su pelo y su cuerpo, calados hasta los huesos

por la tormenta y el mar, estaban ahora secos y cómodamente calientes.

Ahora no se movían en un mundo regido por la lógica.

El fuego crepitaba de manera agradable, y si bien las paredes parecían desprender luz, las velas titilaban.

Se oía el canto de un arpa por doquier, suave como un susurro.

—Tenéis preguntas. Pero el cuerpo, la mente y el espíritu deben alimentarse. —Celene sirvió vino en las copas—. Y han de descansar. Vuestras recámaras están preparadas cuando estéis listos.

—Hay cerveza. —Arianrhod sirvió de una botella de color ámbar y le ofreció a Doyle—. Cuando despierte habrá comida para ella en el dormitorio que compartiréis.

—¿Y si salgo a buscarla?

—Eres libre de ir y venir como te plazca, igual que ella. Igual que todos. ¿Podría ver tu espada? Y tú la mía —añadió cuando él entrecerró los ojos. Sacó la suya y se la ofreció—. La forjé cuando era muy joven, la templé con el rayo y la enfrié en el mar. La llamé *Ceartas*.

—¿Justicia?

Ella sonrió.

—Era muy joven.

Doyle aceptó su espada y le entregó la suya.

—Está bien equilibrada y tiene un buen peso —decidió Arianrhod—. Aún tiene su sangre.

—Al parecer no la suficiente.

—Mi espada, a pesar de su nombre, no se hizo para llevar su sangre. Te envidio por eso. Me gustaría enfrentarme a ti.

Doyle enarcó una ceja.

—¿Ahora?

Vio el brillo de un guerrero en sus ojos antes de que volviera la vista hacia

donde estaban los demás, llenándose los platos y atendiendo sus heridas.

—Mis hermanas protestarían, pero quizá mañana.

—Tendrás ventaja.

Intercambió la espada con él y envainó la suya.

—Guerrero contra guerrero, no diosa contra inmortal.

—No. Te pareces a mi madre.

Ese brillo de guerrero se tornó en una compasión que no había esperado.

—Espero que llegue el momento en que halles consuelo ahí en vez de tristeza. Come, soldado, la comida es buena. —Se giró hacia Sawyer—. El demonio, el humano al que ella transformó, está muerto.

—Sí.

Doyle giró la cabeza mientras los demás paraban para mirar a Sawyer.

—¿Malmon está muerto?

—Hemos estado un poco liados para comentar nada. —Sawyer se frotó la nuca—. Atacó a Riley.

—Las marcas de su cuello —añadió Doyle.

—Ella le disparó, le apuñaló; todo el cuerpo. Yo le disparé en la cabeza. —Bebió un trago de vino con cierta dificultad. Malmon había sido humano en otro tiempo—. Fueron necesarios tres. El número mágico.

—¿Ya no existe? —preguntó Annika en voz queda.

—Se convirtió en papilla. —Sawyer le lanzó una sonrisa lánguida a Bran—. Seguramente tengas que limpiar eso.

—Nosotras juramos no hacer semejante maldad. —Luna agachó la cabeza y después la levantó—. Pero ella rompió todos los juramentos. Y él se convirtió en su criatura malvada. Le transformó porque vio lo que él era. Ella destruyó lo que era humano. No tú, Sawyer King. Tú acabaste con un demonio.

—Para salvar a una amiga, a una hermana. —Arianrhod se volvió de nuevo

hacia Doyle y sacó una llave del bolsillo—. Esto te guiará a tu recámara cuando te retires.

—¿Cómo me encontrará ella?

La sorpresa, y tal vez cierta decepción, surcó el rostro de Arianrhod.

—Deberías confiar, hijo de Cleary, Hijo de Cristal. Mientras tu corazón lata, ella te encontrará.

—Ahora comed, bebed y reconfortaos, os daremos intimidad —comenzó Luna—. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirlo. Comed y descansad bien y estaremos con vosotros por la mañana.

—Nada malo ocurrirá esta noche —juró Celene—. Y nada os perturbará. Sois bienvenidos aquí.

Cuando se quedaron a solas, Doyle cogió la cerveza, la probó y decidió que no tenía nada de qué quejarse al respecto.

Sawyer levantó una mano.

—Permitid que diga simplemente: ¡Me cago en la puta! No estoy seguro de que mi cerebro vaya al mismo ritmo que el resto de mi persona, pero estamos sentados ante nuestro banquete personal en un castillo de la puñetera Isla de Cristal. Un castillo que, por si lo habéis notado, está hecho de cristal.

—¡Mierda! —dijo Doyle.

—Lo mismo digo, tío. He echado un buen vistazo, lo he palpado..., aunque a escondidas. Además le he dado un golpecito con la mano. Cristal. Imagino que cristal mágico, pero... ¡guau! Y para colmo, una diosa me acaba de servir una copa.

—Son muy simpáticas. Nosotros también las hacemos felices. —Annika tomó un bocadito de tarta de nata—. Me gusta esta comida.

—Tiene razón sobre la comida —le dijo Sawyer a Doyle.

—Sí, me vendría bien comer. —Pero fue hasta las puertas de cristal y las abrió para contemplar las montañas.

—Ella está bien. Puedo sentirla. —Sasha se apoyó contra Bran y tomó un sorbo de vino—. Está mejor que bien. Está entusiasmada. Pocos han visto este mundo, mucho menos lo han explorado, y dentro de la loba sigue morando una arqueóloga. —Se levantó, llenó un plato y se acercó a Doyle—. Come.

—¿Come, bebe y sé feliz?

—Mañana llegará de todas formas.

Volvió con Bran y él le acarició el cabello.

—Hemos encontrado las estrellas, hemos encontrado la isla y las hemos devuelto. Y supongo que deberíamos saber que estas cosas suceden de tres en tres. Así que nos queda otra cosa más por hacer.

—He debido de fallar y no le he dado en el corazón. —Doyle se sentó, indignado, y contempló la comida con expresión distraída.

—No lo creo. —Bran le dio un beso en la sien a Sasha.

—Es la espada —dijo ella—. La tuya puede hierirla y, encantada, hacerle sangrar, pero no puede acabar con ella. Tenemos que liberar de la piedra la que sí puede matarla y lo haremos.

—Alguien hará del rey Arturo —supuso Sawyer—. Espero que seas tú, tío, ya que eres el mejor con la espada.

—Libraremos una batalla más.

—No digas una más —le dijo Sawyer a Annika—. Trae mala suerte. Digamos simplemente que mañana nos vamos de excursión.

—Me gusta ir de excursión.

—Nos divertiremos.

Hablaron hasta bien entrada la noche o hasta muy tarde, según les pareció, y aun así Riley no regresó. Doyle dejó que la llave le guiara; simplemente le

llevó por le pasillo hasta una ancha puerta abovedada, que se abrió cuando se acercó a ella.

Esperaba encontrarla allí, esperándole. Pero la loba no estaba tumbada en la enorme cama.

Se acercó a las puertas una vez más y las abrió para que entrara la balsámica y casi tropical brisa, perfumada con el aroma del jazmín, que florecía por la noche, y de los cítricos. La habitación tenía un sofá curvado de dos plazas en un rincón, dos sillones de orejas frente a la chimenea y un sólido escritorio —eso le gustaría a Riley— bajo una ventana. Y la enorme cama, con un alto cabecero con símbolos grabados en él. Reconoció algunos; gaélico, griego, latín, arameo, mandarín.

Si su traducción era acertada, todo simbolizaba paz.

No le habría importado disfrutar de un poco de paz.

Se quitó la espada y la apoyó en el lateral de una butaca. Se sirvió un par de dedos de whisky, según descubrió, de una delgada botella y se sentó junto al fuego a esperarla.

Tendría que estar enfadado y no entendía por qué no lo estaba..., o no lo estaba demasiado. A estas alturas ya se habría desfogado y debería haber vuelto. Pero seguía ahí afuera, rastreando, explorando literalmente su magnífico mundo nuevo, supuso.

Así que se bebió su whisky, contempló el fuego con aire pensativo y con la mente de un soldado repasó cada momento de la batalla en busca de errores.

No la oyó, sino que más bien la sintió, escudriñando la habitación con aquellos alucinantes ojos.

—Ya era hora.

Se levantó, fue hasta la cama y la abrió. A continuación se desnudó y se metió dentro. Al cabo de un momento la sintió subir de un salto a su lado. Se acurrucó contra él.

Y al sentirse en paz, la rodeó con un brazo y durmió.

La transformación sucedió al amanecer, con el sol abriéndose paso en la noche con suaves tonos rosados, potentes rojos e intensos dorados. Le sobrevino entre dolor y belleza, impotencia y poder. Se estremeció, sucumbió, lo dio todo mientras la loba se convertía en la humana.

Y abrió los ojos al tiempo que exhalaba un suspiro y vio los de Doyle fijos en ella.

—¿Qué?

—Hermosa. Eres hermosa.

Parpadeó, todavía un poco aturdida.

—¿Uh?

Se colocó encima de ella y su boca la tomó de manera ardiente, indescriptiblemente tierna. Su organismo, su alma, su cuerpo, que apenas acababa de pasar por la esplendorosa transformación, temblaron otra vez por aquel nuevo asalto a sus sentidos.

Apenas podía respirar y sus manos le acariciaban la piel, ahuecándose sobre sus pechos, descendiendo hasta sus caderas. Su boca las siguió.

Riley alzó el vuelo, aferrándose sin cesar a esa ola de placer infinito y soltándose a continuación para dejarse caer.

Indefensión y poder, dolor y belleza.

Todo su ser respondió, le correspondió de nuevo. También ahí había una transformación, una fusión de dos seres en uno. Rodaron sobre la cama, agarrándose, hallando, tomando.

Doyle todavía podía percibir el olor de la naturaleza en ella, prácticamente podía sentir a su bestia en su interior. Cuando su boca buscó de nuevo la suya con fuerza y pasión, se entregó a todo lo que ella era.

Y todo lo que ella era le pertenecía.

El deseo ardió. El amor estalló. La necesidad, que iba más allá de lo físico, resultaba abrumadora.

Cuando se colocó a horcajadas sobre él, con aquellos ojos como oro fundido y su cuerpo en forma y resplandeciente bajo los rayos de la mañana, fue la perdición de Doyle.

Lo acogió despacio, en una espléndida tortura. Después con más fuerza, más adentro, hasta que su aliento se transformó en gemidos y su corazón latió a toda prisa bajo sus manos. Y emprendieron el camino veloz y salvaje, directos al corazón de la tormenta.

Cayó laxa sobre él, apoyando la cabeza en su pecho. En sus labios se dibujó una sonrisa cuando sus brazos la rodearon, igual que había hecho con la loba antes de que se quedaran dormidos.

Riley habría vuelto a dormir, caliente y satisfecha, de no ser por la repentina y acuciante hambre. Esperaba con toda su alma que hubiera comida cerca.

—Me viste transformarme —dijo.

—No es la primera vez. —Le acarició el cabello—. Es magnífico. Curiosamente excitante.

Ella esbozó una sonrisita arrogante al oír eso y levantó la cabeza de golpe mientras olfateaba el aire.

—Comida.

—Hay una especie de salón en el que...

—No, aquí. —Se bajó de encima de él y se levantó de un salto.

Había platos en una mesa, que antes no estaban allí; huevos, carnes asadas, pan y deliciosos pasteles.

Doyle se apoyó en los codos.

—Dime que hay café.

Riley olisqueó una jarra mientras se llenaba la boca de beicon.

—Té, pero es fuerte. Me muero de hambre.

La vio comer con manos ávidas, aún desnuda, todavía ruborizada por el sexo, con el cabello despeinado.

—Estoy enamorado de ti.

Ella volvió la vista hacia él.

—Oye, lo has dicho en voz alta.

—Estoy enamorado de ti. ¡Joder!

—Eso es más propio de ti. Más vale que muevas el culo si quieres un poco de esto.

—He estado casado. Dos veces.

Riley hizo una pausa y se sirvió té despacio.

—No es extraño en tres siglos.

—La primera fue unos cuarenta años después..., después de eso. Ella era joven y de carácter dulce. No debería haberla tocado, pero lo hice, y más de una vez, y ella... se quedó embarazada. No podía arruinarla. La había arruinado.

—Así que te casaste con ella. ¿Se lo contaste?

—No, no se lo conté. Y no tuve que hacerlo, ya que ella y el bebé murieron durante el parto.

—Lo siento. —En aquel momento Riley sintió el dolor de Doyle como suyo. Sordo y profundo—. Lo siento muchísimo.

—No era extraño en aquella época. Juré que jamás tocaría de nuevo a una inocente como había sido ella. Y no lo hice. Más de cien años después me casé de nuevo. Era un poco mayor, no era inocente. Era viuda. Estéril. Disfrutábamos juntos. A ella sí se lo conté, aunque dudo que me creyera. Hasta que ella envejeció y yo no. Y eso la volvió una amargada. Yo trabajaba como

soldado, pero siempre volvía a su lado. Y un buen día volví demasiado tarde. Se había colgado y me dejó una carta. Maldiciéndome.

Riley asintió y tomó un sorbo de té.

—Lo siento. Es una mierda. Para empezar, si me quedo embarazada, estamos en el siglo XXI. Soy fuerte y gozo de buena salud. Para continuar, no soy vana ni estúpida. Y por encima de todo, no necesito el matrimonio.

—Yo sí. Contigo.

Riley se atragantó con él té.

—¿Qué?

—Es una estupidez. Es un error. Ambos nos arrepentiremos.

Y al mirarla, simplemente al mirarla, aquello le dio exactamente igual.

—¿Hablas en serio? ¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —Se levantó de la cama y fue hacia ella—.

Dame el puñetero té.

—Pero si estoy emocionadísima.

Doyle le lanzó una profunda mirada sombría.

—No las amaba. Las dos me importaban y me comprometí con ellas. Honré ese compromiso, sin amor, ya que pensaba que el amor no era necesario. Ni posible. A ti te quiero y te haré la promesa y la cumpliré.

—Podría decir que no.

—No lo harás. —Dejó el té de golpe. Después cerró los ojos un instante. Y los abrió de nuevo con todos sus sentimientos reflejados en ellos—. No lo hagas. No me digas que no. Dame solo esto.

Riley alzó las manos para enmarcar su rostro con ellas.

—¿Entiendes que no necesito esto para que me quede contigo, para que te ame, para que acepte que tú seguirás adelante después de que me haya ido?

—Sí. Yo no lo necesito para quedarme contigo ni para amarte. Lo necesito

porque te quiero y te querré. Lo necesito porque, en tres siglos y medio, eres la única mujer a la que he amado.

—Vale.

—¿Vale? ¿Simplemente... vale? ¿Esa es tu respuesta?

—Sí, vale. Me apunto.

Doyle meneó la cabeza y apoyó la frente en la suya.

—Vaya dos patas para un banco.

—Funciona.

—Funciona —convino—. Imagino que querrás un anillo.

—*Treweth...*, la raíz anglosajona de prometido. Significa verdad. El anillo es un símbolo de la promesa. Valoro los símbolos.

—Buscaré algo. —La atrajo contra su cuerpo. Sí, la había encontrado.

—Sería estupendo quedarnos aquí. —Piel contra piel, corazón con corazón—. Pero no podemos. —Se apartó de mala gana—. Tengo unas cuantas preguntas y la primera es: ¿Dónde están las puñeteras estrellas?

—Nos han dicho que están a salvo. Te pondré al día. Deberíamos vestirnos y buscar a los demás.

—Genial. ¿Dónde está mi ropa?

—No sabría decirlo.

Riley frunció el ceño.

—¿Es que no la cogiste?

—Teniendo en cuenta la situación no se me ocurrió recogerla.

—Vaya mierda. —Perpleja, echó un vistazo a la habitación y después fue hasta un armario labrado de manera delicada. Contempló el contenido—. Estás de coña.

Doyle también miró y sonrió. Dentro había unos calzones de piel de color cuero, una camisa sencilla, un jubón de piel y su abrigo y sus botas.

Y un vestido del color del oro viejo, con encaje plateado y, para no

desentonar, unas botas de piel de cabritilla.

—¿En serio? ¿A ti te dan unos pantalones de piel guays y a mí me toca el vestido de lady Marian?

—O eso o vas desnuda.

—Deja que piense un momento. —Se puso el vestido... y frunció el ceño al mirarse en el espejo—. ¿Dónde voy a guardarme la pistola y el cuchillo? ¿Dónde están mi pistola y mi cuchillo?

—Ya lo arreglaremos. —Doyle se colocó su espada—. Estás preciosa.

—Parece que voy a una feria del Renacimiento. —Tiró del corpiño en vano—. Menudo escotazo. ¿Por qué se le da tanta importancia a los pechos?

—Luego te lo enseño —dijo y fue a abrir la puerta cuando llamaron.

—Buenos días. ¡Oh, Riley! —Annika entró dando una vuelta—. ¡Estás preciosa! Oh, qué bonito. ¿Te gusta mi vestido? ¿A que es maravilloso? —Giró en redondo, haciendo que la falda verde de seda se abriese—. Sawyer ha dicho que es como mis ojos y el tuyo es como los tuyos. El de Sasha es muy bonito y azul. Todos están en nuestra sala de estar. Tenemos que esperar a que vengan a por nosotros. Vamos a conocer a la reina. —Tomó aire y se centró en el rostro de Doyle—. ¡Eres feliz! Puedo ver tu felicidad. ¡Estás con Riley! —Le rodeó con los brazos—. Ahora tienes que comprarle un anillo a Riley.

—Me pondré manos a la obra.

—¿Puedo ser tu apoyo en tu boda? —preguntó a Riley.

Con una carcajada, esta dejó de sentirse incómoda con el vestido.

—Puedes aportar lo que quieras.

—Vamos, vamos. Hay más comida. Y café.

—¿Café? ¿Cómo habéis conseguido el café?

—Lo ha pedido Sasha. —Agarró las manos de Riley y tiró—. Solo tenemos que pedirlo.

—Me perdí esa información.

Los demás estaban en la sala de estar; Sasha con un suelto vestido azul de terciopelo; Bran del majestuoso color negro del hechicero; Sawyer con unos pantalones marrones y un jubón hasta la cadera encima de una camisa color beige.

—Bonitos ropajes —le dijo a Riley.

—Vestido del baile de graduación de la Edad Media. —Le estudió mientras iba a por café—. Tú tienes un rollo a lo Han Solo.

—Lo sé, ¿a que sí? Me mola.

—En fin, siento que anoche tuviera que transformarme y salir a correr, pero Doyle me ha puesto al día. Nerezza es como una zorra con las siete vidas de un gato y las estrellas no ascenderán hasta que hayamos acabado con ella. —Bebió un buen trago de café—. Y de ahí el peregrinaje hasta la espada en la piedra, como un giro al estilo del joven Arturo. Después le pondremos fin a esto de una puta vez.

—Eso lo resume todo —convino Bran—. Ojalá sea así de simple.

—Necesito mis armas —comenzó Riley, después se volvió cuando un hombre joven ataviado con pantalón escocés y jubón apareció en la puerta.

—Damas y caballeros, la reina Aegle solicita el honor de su presencia.

No todos los días se conocía a una reina, pensó Riley mientras seguían al paje por las escaleras. Uno no conocía a la reina de una isla mágica, que llevaba más de un milenio reinando, en toda una vida.

Se esperaba las enormes puertas dobles, pero había supuesto que las encontrarían custodiadas. En cambio estaban flanqueadas por jarrones de cristal con flores.

Esperaba una especie de salón del trono y el tamaño estaba a la altura de dicha descripción, junto con lo que parecía un kilométrico suelo de cristal transparente. Pero la decoración le parecía sencilla —flores, velas, telas de

diversos colores— y un trono, transparente como el suelo, más parecido a una silla elegante que a algo de la realeza.

Pero claro, una silla de oro y joyas podría parecer sencillo comparado con la mujer que lo ocupaba.

Era radiante.

Coronado con una tiara de cristal y gemas, su cabello estilo Tiziano se derramaba de manera profusa sobre los hombros de un vestido blanco. Las diminutas piedras claras repartidas por la prenda brillaban como diamantes. Quizá lo fueran. Su belleza quitaba el aliento. Su esculpida boca, sus vívidos ojos verdes y sus prominentes pómulos eran de una perfección luminosa.

Cuando sonrió, Riley habría jurado que la luz titiló.

Las tres diosas estaban a su derecha. A la izquierda había un enorme lobo blanco sentado, con unos brillantes ojos dorados.

Annika realizó una hábil reverencia.

—Madre de la magia, reina de los mundos, Aegle la radiante, somos vuestros siervos.

—Sois bienvenidos, Hijos de Cristal. Sois bienvenidos, Guardianes de la Luz.

Se puso en pie, bajó los tres escalones del trono y se acercó a ellos con las manos tendidas. Tomó las de Annika y la besó en las mejillas.

—Maravilla del mar, tenéis nuestro amor y nuestra gratitud. Viajero del tiempo y del espacio —besó a Sawyer—, tenéis nuestro amor y nuestra gratitud. Hija de la luna —hizo lo propio con Riley—, tenéis nuestro amor y nuestra gratitud. Guerrero de la eternidad, tenéis nuestro amor y nuestra gratitud. —Pasó de Doyle a Bran—. Hijo del poder, tenéis nuestro amor y nuestra gratitud. Os daría más que esto, pero vuestro viaje no ha terminado todavía. ¿Lo concluiréis?

Sasha respondió mientras Aegle asía aún sus manos y las palabras salieron

de su boca.

—Recorreremos el sendero de las diosas hasta el círculo de poder y más allá del Árbol de Toda Vida y de la piedra y la espada. Libraremos la última batalla; la luz contra la oscuridad. No puedo ver quién blande la espada ni si es efectiva. No puedo ver el final de Nerezza ni nuestro final.

—No puedes ver, pero ¿emprenderéis el viaje?

—Lo hemos jurado —respondió Bran.

—Es un juramento —añadió Annika y miró a Sawyer.

—Todos estamos comprometidos. —La besó en la sien—. Ah, Su Majestad.

—Podríamos permanecer aquí. —Riley atrajo la atención de Aegle—. Los Guardianes están en la Isla de Cristal, así como las estrellas, y en vuestro poder está desplazar la isla a otro lugar e incluso a otra dimensión. Podríamos quedarnos, posiblemente sin que Nerezza interfiera durante un par de siglos. O eso he leído en varios archivos.

—Vos sois una académica y una investigadora y lo que decís es cierto. ¿Es eso lo que deseáis?

—No, solo quería confirmarlo. No quiero ser irrespetuosa.

—Os daría tiempo. Disfrutaríais aprendiendo más sobre nosotros, más sobre este mundo. Os gustaría.

—Muchísimo. Pero no hay tiempo, ni aquí ni ahora.

—Ni aquí ni ahora.

—Entonces concluiremos nuestro viaje. —Riley miró a Doyle—. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Terminaremos. Mi mujer necesita sus armas.

Riley enarcó una ceja..., no solo por aquello de «mi mujer», sino también porque habló en gaélico.

—En el dormitorio que compartís, a vuestro regreso, y vestíos de forma adecuada para lo que está por llegar. —Aegle posó una mano en el brazo de

Doyle—. Solo tenéis que pedirlo. Tal es nuestro amor, nuestra gratitud. Solo pedid. —La reina retrocedió—. Albergamos la esperanza de que regreséis aquí, victoriosos, y junto con todos en la Isla de Cristal veremos brillar las estrellas.

Cuando se retiraron, pasaron entre sirvientes, damas de compañía, cortesanos, si mal no recordaba Riley. Todos se detuvieron y realizaron una reverencia. Aquello le resultó tan incómodo como el vestido.

—Así que ese ha sido nuestro regio discurso motivacional.

—¿A que es muy hermosa?

—Eso lo reconozco. —Riley asintió a lo que decía Annika—. Está a la altura de su nombre. Y parece que tenga... ¿cuántos...? ¿Dieciséis? Su cabello rojo es kilométrico.

—Pero si era como el de Sasha —dijo Annika—. Como el sol, en muchas trenzas.

—Negro. —Sawyer movió los dedos como en espiral—. Rizado.

Riley se detuvo en las escaleras.

—Rojo..., rojo Tiziano, largo y suelto. Ojos verde esmeralda. ¿Sasha?

—Negro, pero recogido. Sus ojos se parecían más a los tuyos, Riley, solo que un poco más oscuros.

—Es todas las cosas para cada persona. —Riley asintió mientras continuaban—. La hemos visto tal y como nos la imaginábamos..., o algo así. Tú has hablado con ella en gaélico —le dijo a Doyle.

—Ella hablaba en gaélico.

—En inglés y en ruso —repuso Sawyer.

—A mí me ha hablado mentalmente una vez, en el idioma de las criaturas

del mar.

—De todas las cosas extrañas, supongo que esto no es la más extraña — consideró Riley.

—Y no ha sido solo un discurso motivacional. Nos ha dado algo. —Sasha bajó la vista a su mano—. Nos ha dado luz. ¿No la sentís?

—Siento algo —reconoció Riley—. Esperemos que funcione.

—Haremos que funcione. Hoy pondremos fin a esto y a Nerezza.

Riley se volvió hacia Doyle.

—Don Cenizo ha tomado el desvío hacia la autopista del optimismo.

—Se parecía a ti —dijo de forma concisa.

—¿Cómo la has visto?

—Te he visto a ti. Para mí ella eras tú. Signifique lo que signifique eso, lo conseguiremos. No vamos a perder. No voy a perderte. Así que pondremos fin a esto. Vamos a prepararnos. Pongámonos en marcha.

Se alejó con paso decidido.

—Doyle es feliz —dijo Annika—. Ama a Riley. Va a darle un anillo.

—Ya nos preocuparemos por eso último cuando terminemos con la zorra. Y que me aspen si lo hago con este vestido.

Se marchó y siguió a Doyle.

Él estaba examinando con atención las nuevas prendas que había en el armario.

—Esto te gustará más.

—¿Se parecía a mí?

Doyle sacó la pistolera de Riley y la dejó en una mesa.

—No te conocía cuando tenías dieciséis años, pero sí. Tu cara, tu pelo, tus ojos. Confío en esos ojos y eso es lo que he sentido. No vamos a perder.

—Entonces de acuerdo. —Riley puso los brazos en jarra y echó un vistazo a las opciones de su guardarropa—. Eso me parece mejor.

Ataviada con pantalones resistentes y un chaleco de cuero con bolsillos para llevar cargadores de reserva, regresó a la sala de estar con Doyle. Cogió una cantimplora de cuero y olió el contenido.

—Agua. —Y se la colgó a modo de bandolera—. No vendrá mal.

Sasha y Bran se unieron a ellos. Bran palmeó una bolsa de piel.

—Rescatada del barco. Y unas cuantas bombas de luz.

—Agua. —Riley ofreció a Sasha la cantimplora—. ¿Alguna idea de cuánto tenemos que caminar?

—No lo sé. —Se volvió cuando entraron Annika y Sawyer—. Imagino que esto es lo que hay. Creía que..., parecía que..., si nos juntábamos para buscar las estrellas y las traíamos aquí... Pero esto es lo que hay. Somos guardianes y nos ha llevado hasta aquí en todo momento.

—Os guiaremos hasta el camino.

Las tres diosas estaban en la puerta de la terraza, recordadas contra la cálida luz del sol.

Bajaron a la vez, todas juntas, hasta un patio en el que había una fuente de la que brotaban arcoíris, donde había flores por doquier y de los árboles colgaban frutas, como relucientes joyas.

La gente guardó silencio de manera respetuosa. Los niños correteaban y saludaban con la mano.

Atravesaron una verja, pasaron de largo una arboleda y después un verde pasto, donde un hombre y el muchacho que trabajaba con él se detuvieron y se descubrieron la cabeza.

Riley oyó el cloqueo de las gallinas, el arrullo de las palomas, el gutural zumbido de las abejas. Una mujer con una niña pequeña a la cadera sonrió a Riley e hizo una marcada reverencia. La niña le lanzó besos. Otros estaban fuera de sus casas, ordenados como en una postal, con el sombrero en la mano o la mano en el corazón.

Los pescadores de una pequeña ensenada dejaron de lanzar sus redes y saludaron.

—La gente de la Isla de Cristal están con vosotros. —Luna señaló mientras cruzaban un tramo de arena blanca hacia el sendero. Flores y cestas con fruta, brillantes piedras y perladas conchas se amontonaban en el margen—. Ofrendas para los guardianes y buenos deseos para un buen viaje.

—En este día, en esta hora, el sendero es solo para vosotros. —Celene se detuvo con sus hermanas—. Solo vosotros podéis recorrerlo. Lo que aguarda al final es solo para vosotros.

—Corazones valerosos —dijo Luna—. Caminan en la luz.

Arianrhod posó la mano en la empuñadura de su espada.

—Y luchan contra la oscuridad.

Y entonces desaparecieron.

—Yo diría que eso es un «estáis solos» en versión diosas. —Dicho eso, Riley puso un pie en el camino e inició el ascenso.

Los primeros cuatrocientos metros estaban pavimentados en piedra, flanqueados por árboles, en una suave pendiente. Dio paso a tierra compacta a medida de que los árboles escaseaban y la pendiente se hacía más pronunciada.

¿Cuántos kilómetros habían caminado juntos desde que empezaron?, se preguntó. Debería haber llevado un registro.

El camino se estrechaba en algunas zonas, así que se colocaban en fila india. En otras, se volvía tan agreste que sorteaban surcos, saltaban rocas. Riley se paró en un saliente rocoso y se volvió para mirar atrás.

La isla estaba en calma, como si estuviera atrapada dentro de una bola de cristal. Todo el color y todas las siluetas permanecían inmóviles. Una capa de pintura se extendía sobre el mar y el cielo.

Un pájaro quedó inmóvil en pleno vuelo, una ola quedó paralizada encima

de la costa.

«Cuando los mundos se paralicen», recordó. Y eso había pasado.

Entonces un ciervo saltó en el sendero, un pájaro alzó el vuelo. El estandarte del palacio ondeó con la brisa.

Al final del camino se encontraba el final del viaje, pensó.

Saltó y continuó subiendo.

El camino serpenteaba y un pequeño arrollo discurría a un lado. El agua se derramaba sobre la roca, cayendo en un pequeño estanque donde bebía el ciervo.

—Anoche corrí hasta aquí —les dijo a los demás—. Una parte de mí quería seguir ascendiendo, pero algo me dijo que todavía no. Me detuve junto a este estanque, con el agua tan cristalina que veía mi reflejo y el de la luna.

—Esperemos que llegemos ahí arriba y que terminemos con esto antes de que vuelvas a ver la luna y te salga el pelo.

Riley miró a Sawyer y meneó la cabeza.

—Anoche fue la tercera noche aquí. Pero me encantaría terminar antes de que anochezca.

Caminó a su lado de forma agradable.

—Estaba pensando en Malmon.

—Se ha ido y no lo lamento.

—En eso mismo estaba pensando. Ella le eligió, le atrajo, le sedujo y le convirtió en un demonio. Un demonio que la adoraba. No solo mató por ella, sino que es muy probable que le salvara la vida, o al menos que la cuidara hasta que se recuperó.

—¿Y qué?

—Pues que ella no hizo nada por salvarle. Porque no significaba nada para ella. Mira, era un cabrón cuando era humano, tan malo y retorcido como el que

más, pero ella acabó con esa vida humana. Como alguien que sabe lo que es transformarse, te digo que esa transformación tuvo que ser agónica.

—Cuesta mostrar algo de compasión.

—Estoy contigo —convino Riley—. El caso es que ella no tenía que transformarle para conseguir lo que quería de él.

Sawyer se detuvo y entrecerró los ojos.

—No se me había ocurrido, pero tienes razón. Del todo.

—Lo hizo por diversión. Y cuando él fracasó, a pesar de que salvara su miserable existencia, no era más que una especie de diversión. Sí, intentó matarme, pero ella le envió para que le allanase el camino. Y después de todo eso, ¡zas!, estás muerto. Gracias a ti. Lo más probable es que pudiera haberle dado lo que tiene Doyle y en cambio todo acabó para él en un chasquear de dedos. Y a ella no le importa.

—¿Creías que le importaría?

—Lo que digo es que si él..., alguien que..., algo que la alimentó, la cuidó, acató su voluntad, la adoró y que murió por ella no le importaba, menos aún le importa ningún ser vivo. Oscuro o de luz.

—Podría haberle matado si aún hubiera sido humano, pero no como lo hice. Sencillamente no podría haberle..., no si hubiera sido humano.

—Lo sé. —Riley le propinó un codazo—. Por eso somos los buenos.

Annika empezó a cantar un poco más adelante en el escarpado camino.

—Y todo eso —dijo Sawyer.

—Y todo eso.

Subieron mientras el sol avanzaba hasta más allá del mediodía, con el arroyo creciendo con el camino. Cascadas rápidas y espumosas caían por los salientes rocosos, pero ninguna criatura iba a beber. Ningún pájaro volaba en el cielo ni se internaba entre los árboles.

Riley no captó ningún olor más que el del agua, la tierra, los árboles y sus

compañeros.

«Cuando los mundos se paralicen...», pensó de nuevo.

Ahí había... algo. Algo antiguo, potente, vivo. Pero no humano, tampoco una bestia ni un ave, ni nada procedente de la tierra.

—Hay algo...

Pero Sasha ya se había parado y estaba buscando la mano de Bran mientras él buscaba la suya.

—¿Lo sientes? —Las palabras de Sasha eran apenas un susurro por encima del murmullo del agua.

—Poder —dijo Bran—. Esperando. —Volvió la cabeza para mirar a los demás—. Dejad que antes eche un vistazo.

Pero Sawyer meneó la cabeza.

—Todos para uno, tío. Así se hace.

La espada de Doyle abandonó su vaina.

—Juntos.

Y juntos coronaron la alta montaña.

Ahí acababa el sendero y ahí se encontraba el perfecto círculo de piedras, escalonadas por tamaño, que iban de las que estaban situadas a cada lado, no más grandes que la cintura de Riley, a la más grande, tan alta como dos hombres.

De un gris sereno, se erigían bajo el fuerte sol de la tarde, en medio de un poco profundo mar de bruma.

—No es tan enorme como Stonehenge, pero sí más simétrico —comentó Riley—. Seguro que cuando lo mida, cada grupo tiene la misma altura y anchura y una proporción exacta. —La arqueóloga llevó la delantera, subió directamente y posó una mano en una piedra. La apartó—. ¿Habéis oído eso?

—Ha... gruñido —dijo Sawyer.

—¡No, canta!

—Annika se acerca más. Es más bien un zumbido, ¿verdad? —preguntó Riley—. Y me ha dado una pequeña descarga. No ha sido dolorosa, son más bien un «Piénsatelo».

—Aquí se levantan los guardianes, situados aquí por el primero. —Sasha extendió las manos hacia el círculo—. El círculo, la danza, la fuente. Luz y oscuridad, pues lo uno no existe sin lo otro. Sol de la mañana y luna en la noche. Dicha y pena, vida y muerte. Aquí hay verdad. Y de ahí brota el árbol, y bajo el árbol, la espada. Cruzad y despertad la espada. —Inclinó la cabeza hacia atrás—. Oh, apenas puedo respirar. Es tan fuerte, tan hermoso. ¡Cruzad!

Bran pasó entre las piedras. Estas emitieron un suave y quedo zumbido, un sonido que fue a más cuando el resto entró y se situaron con él.

Una luz cayó del cielo y golpeó las dos piedras de menor tamaño. Como una cadena de fuego, la luz se propagó alrededor del círculo, hasta llegar a la piedra mayor. Las voces se elevaron como el viento en una única y potente nota alta. Las piedras palpitaban con un resplandor plateado. La bruma se disipó, revelando el suelo de cristal.

Cuando las piedras guardaron silencio, el sol se derramó sobre los cientos de ramas desnudas de un magnífico árbol que se encontraba solo. Debajo del mismo había una gris lanza de piedra, con una espada desenfundada tallada en su superficie.

—Parece el segundo paso. —Como aún sentía la piel erizada, Riley carraspeó, tomó aire y después empezó a cruzar el círculo para pasar entre las piedras una vez más—. De la piedra. —Riley la rodeó, agachándose frente a ella—. ¿Alguna idea de cómo sacarla?

—Acercad la mano. Despertadla. Liberadla. Es lo único que sé —le dijo. Riley se enderezó y retrocedió.

—Lo más lógico es que sea Doyle. ¿Estamos de acuerdo?

Todos asintieron.

Doyle estudió el grabado. Un poco más pequeña y delgada que la suya, pero una espada de buen aspecto con una empuñadura sencilla y sin adornos. Reunió su fe, su confianza, sus esperanzas y trató de cogerla. Y tocó piedra sólida.

—No siento nada. ¿Debería? Solo que no soy yo quien ha de cogerla.

—Pues Bran. Lo siento —se apresuró a decir Annika.

—No es necesario. —Doyle se apartó—. Te toca, hermano.

Bran posó la mano sobre la piedra y utilizó lo que él era para intentar sentirla. Meneó la cabeza.

—Como una puerta cerrada con llave —murmuró, deslizando la mano y dejándola sobre la empuñadura tallada—. O dormida profundamente.

—Bueno, pues tiene que despertar, joder. Puede que haya un código o un patrón. A lo mejor algún tipo de conjuro. Solo tenemos que descubrirlo. Dadme un minuto para... —Riley deslizó la mano, siguiendo el grabado con los dedos en busca de una pista.

La piedra tembló y profirió un sonido, como de creciente gozo. Cuando se sacudió, apartó la mano con la espada sujeta en ella.

—Ah, mierda.

Se giró hacia Doyle en el acto y se la ofreció.

—No es mía. —Se preguntó si ella sentía la luz que palpitaba a su alrededor—. Es tuya.

—¿Qué se supone que voy a...?

Prácticamente saltó en su mano. Mientras la sujetaba, la tosca piedra empezó a cambiar, a volverse lisa. Una luz ascendió por la hoja, por lo que la alzó de manera instintiva para proteger a los demás.

El sol se reflejó en ella de manera abrasadora. Ante sus aturridos ojos, la piedra se convirtió en cristal transparente y pulido.

—¿Lo habéis visto todos? —El corazón le latía a toda velocidad y le

pitaban los oídos mientras bajaba la espada. Y su poder corría aún por su brazo, por su cuerpo—. Es de cristal.

—Como el palacio. —Sawyer acercó la mano y pasó el dedo por la plana hoja—. Tienes una espada mágica de cristal, Riley.

—Brilla —murmuró Annika—. Y suelta arcoíris.

—Y tiene poder. ¿Puedes sentirlo? —le preguntó Bran.

—Oh, de puta madre. Es como las estrellas. Palpita. Y la siento..., la siento mía, pero seamos prácticos. No soy experta con la espada. Sé el manejo básico, pero nada más. Me encantaría ensartar con ella a Nerezza, pero voy a necesitar mucho entrenamiento.

Sasha agarró a Riley del hombro.

—Ella se acerca.

Doyle se colocó junto a Riley.

—Aprende rápido —le dijo, y sacó su espada.

Ella llegó con un enjambre que convirtió el día en noche.

Riley se cambió la espada a la mano izquierda, pues tendría que acercarse mucho para hacer algo con ella, y sacó su pistola.

Surgieron en masa del cielo, salieron reptando y arrastrando las patas de los árboles; criaturas oscuras y retorcidas, con afilados colmillos y garras.

Flechas, rayos y balas impactaban en la oscuridad. Los chillidos desgarraban el aire cuando la luz estallaba.

Nerezza, cuya locura era ya total y sin rastro alguno de su belleza, con el cabello formado por una maraña de grises rizos y los negros ojos hundidos, cabalgaba con ellos a lomos de la bestia a la que había herido la espada de Doyle.

Su rayo colisionó con el de Bran y la onda expansiva derribó a Riley. Algo abrasador trepó con sus garras ardientes por su bota. Annika lo redujo a cenizas mientras ella retrocedía de golpe. Riley se puso en pie al tiempo que

disparaba sin descanso. Casi sin pensar, atacó con la espada. El engendro al que atravesó gritó y se desvaneció en medio de un fognazo.

Sintió la descarga de energía, la excitación, y se abrió paso a golpe de espada entre el enjambre.

—Necesito acercarme más. Puedo hacerlo, puedo acabar con ella. ¿Puedes llevarme ahí arriba, detrás de ella?

Sawyer negó con la cabeza.

—Estoy intentando derribar a su montura, pero estas cosas lo impiden. No dejan de llegar.

Metió otro cargador y Riley vio que le chorreaba sangre por la mano.

—Tenemos que ponernos a cubierto. Tenemos que...

—¡Morid aquí! —gritó Nerezza—. Morid aquí y yo me alimentaré de vuestro poder. Todo lo que sois me pertenece. Este mundo y todos morirán con vosotros.

Arrojó fuego. Annika desvió la primera bola, pero la segunda explotó delante de ella y la arrojó por los aires. Sawyer corrió hasta ella mientras Sasha mataba de un flechazo a la criatura antes de que su afilada ala le cortara la cara a Annika.

—Dentro del círculo. Atraedla dentro del círculo —gritó Sasha—. Creo que... ¡Bran!

—Sí, sí. El poder. Yo la atraeré.

—Déjame eso a mí. ¿Qué va a hacer? —exigió Doyle—. ¿Matarme? Que no se acerque a Riley. —Se abrió paso hasta aproximarse al círculo y consiguió darse la vuelta para mirar a Riley a los ojos—. No se trata de Malmon. Apunta al corazón. Conducéla hasta mí, empújala hasta mí. Un poco de magia no hará daño.

—Eso está hecho. —Bran arrojó su rayo al flanco de Nerezza—. Mantén la presión sobre ella.

—Irá a por Doyle. —Riley disparó, rechinando los dientes—. En cuanto vea que está solo.

—Pero no está solo —le recordó Sasha.

Bran saltó a una de las piedras y arrojó un vial de luz. Cuando estalló, el cerbero gritó de dolor. El latigazo de su cola no le dio a Bran por unos centímetros gracias a que saltó. Pero la maniobra hizo que Nerezza se situara de cara a Doyle, en el corazón del círculo de piedra.

—Inmortal. Arde y sangra.

Doyle rodó para esquivar el fuego y eludió la cola de la bestia de un salto. «Ha estado cerca», pensó.

—¡Bruja! —gritó—. Esta vez te arrancaré el corazón. Espada contra espada. ¡Dios contra diosa!

—Tú no eres un dios. —Él atacó cuando Nerezza se lanzó en picado, pero cortó el costado de la bestia cuando esta se volvió con rapidez. La espada que durante siglos había llevado consigo se partió en dos como un juguete—. Y eso no es una espada.

Bran le lanzó su rayo para alejarla mientras Doyle sacaba su cuchillo. Cuando giró, el cerbero le clavó las garras en la espalda y lo tiró al suelo.

Los demás corrieron hacia el círculo. Cuando la sangre de un inmortal, un guardián, manchó el cristal, la luz estalló como una bomba. Arrojó a Riley al suelo, hizo que los oídos le pitaran y la dejó sin respiración. A pesar del aturdimiento vio a Bran tratando de ponerse de rodillas, oyó maldecir a Sawyer. Y vio a Doyle desarmado, solo.

Nerezza reía por encima de ellos.

—¿Puede crecerte otra cabeza, inmortal?

Arremetió con la espada en alto.

Al igual que Bran, Riley trató de ponerse de rodillas y supo que no iba a conseguirlo.

—¡Doyle!

Vio el dolor y el arrepentimiento en sus ojos cuando él volvió la cabeza.

—Y una mierda. ¡Cógela!

Le lanzó la espada y toda su fe.

Doyle levantó la mano y agarró la empuñadura. Con el grito de un guerrero, se levantó como un resorte y giró para esquivar la espada de Nerezza. Y le hundió la espada de cristal en el corazón.

Ella no gritó. La bestia que montaba, todas las criaturas que volaban o se arrastraban se esfumaron como agua bajo el sol o se desvanecieron como feos dibujos a carboncillo bajo la lluvia.

El día cobró vida de nuevo.

Nerezza, la madre de las mentiras, cayó dentro del círculo, con los ojos vidriosos por el miedo y la demencia.

—Soy una diosa —dijo con voz entrecortada mientras el cabello se le caía y su carne se marchitaba.

Doyle agarró la espada con ambas manos.

—No eres nada. —Y le atravesó de nuevo el corazón.

La negra sangre burbujeaba. Sus dedos se convirtieron en huesos que repiqueteaban al juntarse.

—Deseo. Deseo.

Sus ojos negros se dieron la vuelta mientras la carne de su rostro se le caía a trozos.

Doyle agarró a Riley de la mano cuando se acercó cojeando hasta él. Miró a su alrededor una vez cuando los demás, magullados, quemados, cubiertos de sangre, la acompañaron.

—Nosotros hemos acabado contigo.

Nerezza quedó reducida a huesos sin emitir sonido alguno y los huesos quedaron reducidos a cenizas.

—¿No puede volver? —Annika se abrazó a Sawyer—. ¿Ha muerto?

—Mirad. —Bran señaló.

Los centenares de ramas del árbol reverdecieron, se cubrieron de frutos y flores. El aire, que solo momentos antes era un clamor de guerra, vibraba ahora con el canto de los pájaros y el sonido de la brisa. Una cierva salió del bosque para pastar en la hierba.

Las piedras se alzaban en la montaña de Cristal, plateadas y resplandecientes. La piedra mayor tenía grabado el escudo de armas de los guardianes.

—Buena respuesta. —Entonces Sawyer se arrodilló—. Lo siento. ¡Ay!

—Echemos un vistazo. Haremos lo que podamos aquí —añadió Bran— y luego...

—Solo tenemos que pedirlo —recordó Sasha—. Yo pido que nos lleven de vuelta. Si hemos hecho lo que teníamos que hacer.

—¿De verdad crees que van a...? ¡Oh! —exclamó Riley cuando se encontró, junto con los demás, en el inicio del sendero—. Genial.

Emprendieron el camino hacia el palacio, cojeando y dando muestras evidentes de dolor.

—¿No podíamos desear estar curados? —preguntó Annika.

—La gente debería ver a sus guerreros. Deberían ver lo que cuesta luchar —le dijo Doyle y la rodeó con el brazo para darle apoyo—. Hacer lo que hay que hacer.

La gente lloraba y los vitoreaba al paso de los seis. Y lloraron y los vitorearon durante todo el camino hasta las puertas del palacio, donde los esperaban las diosas.

—Os atenderemos ahora. —Celene avanzó y alzó la voz—. Esta noche habrá una celebración. Esta es una noche para la música y para el baile, para

el vino y el gozo. Esta noche es ahora y para siempre la Noche de los Guardianes.

—Me voy a desangrar en el suelo —comenzó Sawyer.

Luna acarició su brazo herido.

—No lo haréis. Venid ahora para que os atiendan y alimenten, para que os bañen y descanséis. Hoy somos vuestras siervas.

No estaba nada mal tener a unas diosas como siervas. Al menos no cuando eso incluía sumergirse en una bañera llena de agua caliente, que una bonita y joven doncella había perfumado con jazmín, decidió Riley. O que masajearan con aceite todo tu dolorido cuerpo.

Tampoco le importó, no demasiado, volver a ponerse el vestido. No cuando le dieron permiso para explorar y coger muestras. Algunas piedras, algunas raspaduras, un poco de tierra, un poco de arena. Un par de flores que jamás había visto.

Cuando corrió al salón para reunirse con los demás, prácticamente flotaba.

—No vais a creer lo que he visto. Tiene gallinas que ponen huevos de colores. He visto a un bebé dragón..., los adultos prefieren las cuevas. Un puñetero bebé dragón. —Agarró una botella y se sirvió una copa, sin importarle qué contenía—. ¿Y la biblioteca de este lugar? Hace que la tuya parezca un puesto de peaje de una gasolinera, Bran. Todos los libros que jamás se han escrito en todos los idiomas. Quiero decir que el puñetero Hogwarts no tiene lo que tienen aquí. —Bebió un buen trago de lo que resultó ser vino—. ¿Y su sociedad? No hay guerras desde la rebelión con la Bahía de los Suspiros..., que, por cierto, ha vuelto. A la gente le gusta su trabajo, elijan el que elijan. Los granjeros atienden sus granjas, las tejedoras tejen, los panaderos hacen pan. Si necesitan cortar un árbol, plantan otro. Siempre. Y... ¿Qué?

—Nosotros también nos hemos dado una vuelta —le dijo Sawyer—. Annika

fue a nadar con algunas criaturas del mar a la Bahía de los Suspiros. Sasha ha hecho medio millón de dibujos. Bran se ha encerrado con otras personas mágicas.

—Nosotros subimos, consagramos la tierra dentro del círculo —le explicó Bran.

—Doyle también ha estado ocupado. —Sasha continuó dibujando.

—¿De veras? ¿En qué?

—En poca cosa —replicó, pero Sasha levantó la cabeza y le taladró con la mirada—. Vale. Muy bien. —Se levantó y sacó algo del bolsillo—. Tengo esto.

Riley contempló el anillo, boquiabierta. La piedra, de un blanco puro, estaba engastada en una sencilla alianza. Su brillo no precisaba adorno alguno.

—A ti no te va eso de armar un alboroto —dijo.

—No, no me va. Pero ¿cómo has...?

—Solo pedid, ¿no? Pues solo pregunté si había algún joyero y me ofrecieron un centenar de anillos.

—Sasha y yo ayudamos a partir de ahí —adujo Annika—. Porque era complicado.

—De todas formas, resulta que no llevo encima dinero que sirva por aquí. Y no querían nada. Pero...

—Llevaba una flauta en el bolsillo..., una flauta de música..., que hizo cuando era niño —repuso Annika con amabilidad—. Hizo un trueque.

—Eso... Vaya, qué bonito.

—La cosa es aún más bonita —le dijo Sasha a Riley—. Le pidió a Bran que lo grabara.

—Está grabado. —Riley enganchó el anillo de la mano de Doyle y lo giró para mirar en el interior de la alianza—. *Ma Faol*.

Se le formó un nudo en la garganta que le impidió hablar. Lo único que pudo

hacer fue mirarle fijamente.

Doyle le quitó el anillo.

—¿Me das tu mano?

—Pues claro que te la doy.

—Se llama la Piedra de Cristal. No sé qué es en realidad.

—Lo averiguaré. —Se quedó atónita porque le escocían los ojos y tuvo que reprimir las lágrimas—. Y puedo decirle a todo el mundo que eres un agarrado y que es de cristal.

—Seguro que lo harías. —Le puso el anillo en el dedo—. Ahora estás atrapada.

Annika aplaudió.

—¡Bésala, Doyle! Tienes que besarla ya.

—Sí, bésame, Doyle. —A pesar del vestido, Riley cogió impulso y le rodeó la cintura con las piernas—. Y hazlo bien.

Doyle lo hizo de maravilla.

Epílogo

Riley descubrió que una celebración real requería lujo. También descubrió que Annika era una fuerza de la naturaleza cuando la sirena se lo proponía.

Echó a los hombres, decretando que las mujeres se vestirían juntas.

—Es especial —insistió Annika mientras se abrochaba con paciencia lo que parecían medio millón de botones de la espalda del vestido de Riley—. Cuando tenemos una celebración especial, mis hermanas y yo nos preparamos juntas. Vosotras sois mis hermanas. —Apoyó la mejilla en la nuca de Riley—. Os echaré muchísimo de menos.

—No llores. —Riley se volvió, alarmada—. Ganamos. Salvamos los mundos.

—Vamos a seguir viéndonos. —Sasha se acercó para un fuerte abrazo en grupo—. Somos un clan, ¿recuerdas? Iremos a tu isla y Bran te hará una piscina para que puedas venir a vernos. Y todos iremos a dondequiera que Riley y Doyle estén.

—Es una promesa.

—Crucemos los meñiques. —Riley levantó su dedo meñique—. Es una promesa muy seria. —Enganchó el de Annika y Sasha sumó el suyo—. Hecho. Os quiero de corazón, chicas. Y voy a necesitar dosis regulares de Sawyer y de Bran.

—¿Me haríais un favor? —preguntó Annika.

Sasha la besó en la mejilla.

—Solo tienes que decirlo.

—La celebración me entusiasma de verdad, pero... ¿Podríamos hacer una celebración propia? Solo nosotros, cuando volvamos a casa de Bran. Una noche para los seis, sin preocupaciones y sin armas, antes de que regrese al mar.

—Es una idea magnífica. —Riley miró a Sasha—. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. La mejor y más grande celebración de todos los tiempos.

—Y trato hecho otra vez. De acuerdo, Anni, ¿qué me dices de la gran revelación? —Riley señaló el espejo. Annika lo había tapado con un tapiz.

—Ah, sí. —Pero antes echó un buen vistazo a sus amigas y asintió con aprobación. A continuación retiró el tapiz con una floritura—. ¡Estamos preciosas!

—¡Guau! —Riley parpadeó.

Había visto a sus amigas, claro; Annika, con un vestido en tonos azules y verdes, tan iridiscente como su cola de sirena, con el cabello recogido en gloriosas trenzas que caían por su espalda. Y Sasha, con su largo cabello cayendo en suaves ondas sobre un vaporoso vestido de color azul plateado. Pero apenas se reconocía con el ajustado vestido del color de los pétalos de rosa aplastados, con una reluciente enagua dorada.

Se llevó la mano al cabello, que Annika había logrado dar volumen, rizar y peinar con cierto estilo.

—Estamos que lo petamos. —Deslizó un brazo por la cintura de Sasha mientras Annika hacía lo mismo para unirse las tres—. Somos chicas duras a las que se les da muy bien liquidar a los malos.

—Chicas duras —repitió Annika y se echó a reír—. Chicas duras preciosas.

—Sí que lo somos. —Riley apuntó su reflejo con un dedo—. Vámonos de fiesta.

Supuso que el interminable tiempo dedicado a acicalarse mereció la pena cuando vio la cara de Doyle. Y más aún cuando él le asió la mano, se inclinó y la besó.

—Reina guerrera. Mía.

—Tú también estás muy bien. —Pasó los dedos por su jubón plateado—. ¿Listo para hacer esto?

Doyle le ofreció el brazo y aunque ella rio, posó el suyo en él para subir las amplias escaleras los seis.

La gente, ataviada con sus mejores galas, abarrotaba el salón de baile, donde las mesas estaban repletas de comida en fuentes de plata y de oro. El techo estaba cuajado de luces, las enormes velas resplandecían y los árboles enjoyados relucían en medio de la fragancia de montones de flores blancas que perfumaban el ambiente.

Puertas y ventanas se mantenían abiertas para que entrara el sonido de la música y los festejos de afuera.

La conversación cesó cuando entraron los seis. El alegre jaleo de afuera se acalló ante cierta señal. Los hombres hincaron una rodilla en el suelo; las mujeres realizaron marcadas reverencias. Y la reina se levantó de su trono y se acercó a ellos.

—Esta noche honramos a los héroes. —Hizo una reverencia ante ellos e inclinó la cabeza—. Vuestros nombres, vuestras hazañas se recordarán para siempre y se conmemorarán esta noche a través de los tiempos. Vosotros y vuestros descendientes serán siempre bienvenidos aquí. —Se levantó y tomó la mano de Bran y la de Sasha—. Bran Killian, Sasha Riggs. Solo tenéis que pedir.

—Se me ha dado más de lo que jamás me atreví a desear. Me he encontrado a mí misma —dijo Sasha—. Y el amor. Y una familia.

—Yo tengo a mi corazón. —Bran se llevó la otra mano de Sasha al corazón

—. Hermanos, hermanas. Lo que soy, lo que tengo, es más fuerte gracias a ello.

—Formáis una magnífica pareja. Cuando llegue mi momento de tener un compañero de vida, espero encontrar semejante armonía. Que nuestra bendición sea con vosotros.

Se volvió hacia Sawyer y Annika y les tomó de las manos.

—Sawyer King. Annika de las aguas, solo tenéis que pedir.

—Todo cuanto podría desear está aquí mismo, conmigo —repuso Sawyer—. Ya no viajo solo.

—Deseé a Sawyer con todo mi corazón y se me concedió mi deseo. Cumplí mi promesa y mi gente puede enorgullecerse. Tengo una nueva familia y hemos prometido estar unidos.

—Hija del mar, posees un corazón rebosante de bondad. ¿No queréis pedir aquello que anida aún dentro de él?

Annika inclinó la cabeza.

—La luna debe cambiar para que los mundos existan, milady. No puedo pedir eso.

—La luna cambiará y vos podéis pedir.

—Pero yo... —Levantó la cabeza, con los ojos como platos y repletos de esperanza—. ¿Las piernas? ¿Podría conservarlas y caminar con Sawyer?

—Si ese es vuestro deseo. Hija del mar y de la tierra. ¿Deseáis pertenecer a ambos mundos?

—¡Oh, sí! Sawyer.

—Un momento. ¿No tendrá que renunciar a sus padres, a sus hermanas, a su gente?

—A ella, igual que vos, se os ha dado todo. No renuncia a nada. Sí —dijo Aegle, devolviéndole la sonrisa a Annika—, podréis tener hijos.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Annika mientras reía y rodeó a la reina

con los brazos. Riley se preparó, esperando a que hubiera una crisis de protocolo. Pero la reina se limitó a reír también.

—Sois pura felicidad y merecéis tenerla.

—Gracias, gracias. ¡Sawyer! —Annika giró y le rodeó con los brazos—. Puedo caminar y bailar contigo. Podemos tener hijos.

Cuando le susurró algo al oído, él carraspeó.

—Sí, podemos hacer eso justo después de la fiesta. —Con los ojos rebosantes de sentimientos, miró a la reina por encima de la cabeza de Annika—. Gracias.

—No lo habéis pedido. Formáis una magnífica pareja. Que nuestra bendición sea con vosotros.

Se volvió hacia Doyle y Riley.

—Doyle McCleary, Riley Gwin, solo tenéis que pedir.

—Tengo un millón de preguntas —comenzó Riley, haciendo sonreír a Aegle.

—Eso no es un deseo, sino estudio. Podéis quedaros o regresar si os place y aprender. La Isla de Cristal estará para siempre abierta a vos. Si os quedáis, el tiempo aquí es diferente. Tendréis más.

—No, no —dijo Doyle con firmeza—. Tienes trabajo, tienes tu manada. Estamos bien —le dijo a Riley.

—Es ella quien ha de pedir, no vos. ¿Renunciaríais a la luna, Riley Gwin, a la transformación y a la loba?

—Yo... —Se le formó un nudo en las entrañas—. Es lo que soy. Doyle...

—Es a quien amo. —Le agarró las manos para interrumpirla—. Creíste que aquella noche, durante la primera transformación, después de la batalla, pretendía matarte. Pero estaba impresionado. Y comencé a cambiar. Aquellos ojos, *ma faol*. No, no renuncies a nada.

—Es lo que soy. —Contenta, Riley se volvió hacia la reina—. Tener la puerta abierta aquí es un regalo enorme para mí. Gracias por ello.

—Habría lamentado que hubierais elegido de manera diferente.

Mientras Aegle hablaba, Riley vio al ciervo saltando por el camino, la cierva, que salió del bosque, la mujer con la niña a la cadera, la muchacha de rosadas mejillas, que le había llenado el baño.

—Eres una cambiante.

—Estoy en todo, soy de todo. Siempre estuve con vos. Y vos —le dijo a Doyle—, ¿vais a pedir un deseo?

—Vuelvo a tener una familia y con ellos he triunfado donde había fracasado durante tres siglos. Tengo a mi loba.

—La oscuridad os marcó, os dio lo que algunos hombres buscan, sabiendo que eso os haría sufrir. La luz puede retirarlo. ¿Renunciaríais a vuestra inmortalidad?

—No es posible. Ni siquiera Bran... —Doyle captó la expresión de Riley—. ¿Es posible?

—Pregunté y se me mostró. Puede hacerse.

—Un momento. No lo hagas por mí —insistió Riley—. Y no lo hagas por impulso. Morir no es agradable y...

—Tres siglos no me parece actuar por impulso. —La esperanza, la verdadera esperanza, le provocó cierto dolor. Una sensación agrídulce—. ¿Una vida contigo? ¿Una vida de verdad? ¿Vivir de verdad, sabiendo que un día es algo precioso y finito? Es lo que deseo. Es más de lo que pensé que jamás tendría.

—Debéis aceptar, pues. —Aegle extendió una mano. Un criado se acercó con rapidez y le entregó un cáliz de cristal—. De vuestro hermano.

Bran cogió el cáliz y sacó un vial con un líquido transparente del bolsillo.

—Esto es el agua de la vida, conjurada por la luz. Su pureza derrota a la oscuridad, rompe la maldición. —Vertió el agua en el cáliz—. Si eliges ser mortal, bebe.

Doyle contempló el agua, pensó en su vida, en la muerte, en las batallas, en los largos caminos que había recorrido solo.

Alzó la copa hacia Bran, después hacia Sasha, Annika y Sawyer. Y por último hacia Riley.

Y brindó por el amor de su verdadera vida.

—Quiero una manada de hijos —dijo y bebió.

—¿Qu... qué?

—Ya me has oído. —Esperó un segundo—. No me siento diferente.

—Alégrate de que no te ha pasado como a Nerezza y no hayas envejecido tres siglos. Define manada.

—Ya lo hablaremos. —Se volvió hacia la reina—. La primera hija de nuestra manada llevará tu nombre. Estaré agradecido por los días que tenga a partir de hoy, sean los que sean.

—Os complementáis. Veo una vida llena de aventuras en el horizonte. Que nuestra bendición sea con todos vosotros. Una reina puede reinar con bondad y afecto, con sabiduría y justicia, la gente puede prosperar, pero sin aquellos que lo arriesgan todo para luchar contra el mal, ningún mundo puede florecer.

Hubo música y festejos, vino y júbilo. Faldas de múltiples colores y luces. A altas hora de la noche, en mitad de la celebración, la reina y sus diosas se dirigieron a la playa.

Arianrhod ofreció la espada enfundada en una sencilla vaina de cuero.

—Esto es tuyo.

—¿En serio? —Riley la miró fijamente—. ¿Se me permite llevármela?

—Es tuya.

—Era nuestra hermana —dijo Luna—. Lloraremos lo que pudo haber sido.

—Y lloraremos por lo que eligió ser —añadió Celene—. Y conservaremos lo que ha regresado a casa. Para Aegle, la radiante, la Estrella de Fuego.

—Para Aegle, la radiante, la Estrella de Agua. —Luna se volvió con su

hermana.

—Para Aegle, la radiante, la Estrella de Hielo. —Arianrhod alzó la mano con las demás diosas. En ellas, las estrellas giraban y palpitaban.

Y emprendieron el vuelo directo al cielo, dejando una estela de luz en su viaje a la luna. La gente de Cristal vitoreó cuando las estrellas se asentaron, formando una curva perfecta, y brillaron.

—Y ahí estarán para siempre, para que todos los mundos las vean, para que se maravillen y tengan esperanza. —Una vez más, Aegle extendió las manos—. Buen viaje, Guardianes de Cristal. La puerta estará siempre abierta para vosotros.

—Id con alegría. —Celene cruzó las manos sobre su corazón.

—Con amor. —Luna posó una mano sobre las de ella.

—En paz. —Arianrhod cerró el puño sobre las de ellas.

Y Riley se vio, junto con los demás, en el rompeolas de la casa de Bran.

—¡Guau! —acertó a decir Sawyer—. Ha ocurrido.

Annika, riendo y todavía con el vestido de baile, se puso a hacer volteretas laterales en el césped.

—De nuevo en casa. —Bran atrajo a Sasha.

—Y todo está bien.

—Yo tengo una espada mágica.

Doyle miró a Riley.

—Tendrás que entrenar.

—Ya, ya, pero tengo una espada mágica. —La sacó y la alzó hacia el cielo—. Y mirad.

La espada brilló cuando apuntó hacia las tres estrellas bajo la luna.

—Ahí están. Eso lo hemos hecho nosotros. Y ¿qué creéis que van a decir al respecto los astrónomos?

—Solo tú —dijo Doyle, meneando la cabeza. A continuación tomó su rostro

entre las manos y fijó la mirada en los ojos que amaba—. Solo tú.

—Concededme un momento. Reuníos, equipo.

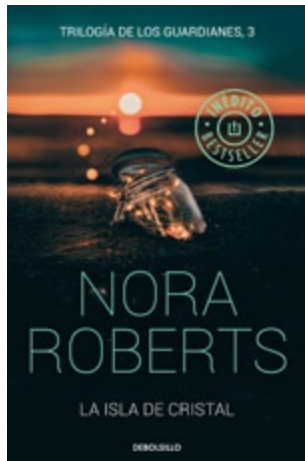
Sawyer consiguió agarrar a Annika.

—Es un momento importante. —Riley asió la mano de Doyle y rodeó la cintura de Sasha con un brazo. Esperó mientras los demás se acercaban y se unían.

Así, los guardianes pudieron estar por encima del mar, bajos las Estrellas de la Fortuna.

Unidos.

Tercer libro de la «Trilogía de los Guardianes»



Cuando la caza de la Estrella de Hielo lleva los seis guardianes a Irlanda, Doyle, el inmortal, deberá enfrentarse a su trágico pasado. Hace tres siglos, cerró su corazón, aunque a su espíritu guerrero sigue atrayéndolo lo salvaje. Y nadie conoce mejor lo salvaje que Riley... y el lobo que habita en ella.

Riley es arqueóloga, conoce la costa de Clare. Pero ahora sus pasos parecen dirigidos por la oscura diosa que anhela algo más que las estrellas, algo más que la sangre de los guardianes. Mientras investiga la historia de Irlanda en busca de pistas que los conduzcan a la última estrella y a la misteriosa Isla de Cristal, Riley descubrirá que su atracción hacia Doyle es más que algo pasajero.

Los guardianes tendrán que poner en riesgo sus vidas. La batalla final se acerca. Y solo su fuerza y su amor les pueden salvar de la derrota.

«Una verdadera artista de las palabras.»

Los Angeles Daily News

Nora Roberts, la autora número 1 en ventas de *The New York Times* y «la escritora favorita de América», como la describió la revista *The New Yorker*, comentó en una ocasión: «Yo no escribo sobre Cenicientas que esperan sentadas a que venga a salvarlas su príncipe azul. Ellas se bastan y se sobran para salir adelante solas. El "príncipe" es como la paga extra, un complemento, algo más... pero no la única respuesta a sus problemas».

Más de cuatrocientos millones de ejemplares impresos de sus libros avalan la complicidad que Nora Roberts consigue establecer con mujeres de todo el mundo. El éxito de sus novelas es indudable, y quienes la leen una vez, repiten. Sabe hablar a las mujeres de hoy sobre sí mismas: sus lectoras son profesionales, fuertes e independientes, como los personajes que crea en sus libros, y sus historias llegan a un público femenino muy amplio porque son mucho más que novelas románticas.

Las cifras son fenomenales: Nora Roberts ha escrito más de 180 novelas que se publican en 34 países, se venden unas 27 novelas suyas cada minuto y 42 han debutado en la primera semana de ventas en el codiciado número 1 de *The New York Times*.

Título original: *Island of Glass*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2016, Nora Roberts

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Imagen de portada: Yeshi Kangrang / Unsplash

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4679-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La isla de cristal

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Nora Roberts

Créditos